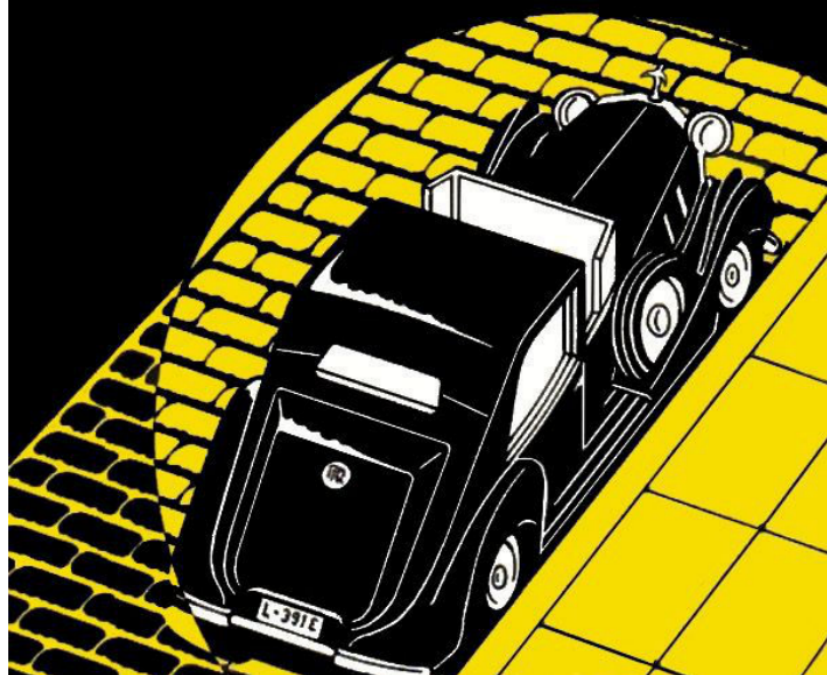


CRIMEN & CIA.

se

**Nicolas
Freeling**

**LOS AMOS
DE LA NOCHE**



Henri Castang deberá resolver un misterioso caso que ha conmocionado la vida de la capital de provincia francesa en la que reside. La hija de un magistrado británico que está pasando las vacaciones en Francia, descubre en el maletero del Rolls Royce familiar el cuerpo desnudo de una joven que ha sido estrangulada. ¿Se trata de una broma macabra o de un intento de involucrar al respetable juez en ese horrible crimen? Quizá, en un primer momento nadie adivina las verdaderas dimensiones del escándalo.



Nicolas Freeling

Los amos de la noche

Henri Castang - 4

Crimen & Cia. - 16

ePub r1.3

Titivillus 12.09.2021

Título original: *The Night Lords*

Nicolas Freeling, 1978

Traducción: Gemma Gallart

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



A la policía judicial

1

La puesta de sol

HENRI CASTANG, al final de la jornada, ebrio de la fatiga y la tensión mantenida durante tanto tiempo y liberada demasiado brutalmente, conducía en dirección a su casa en medio de la densa circulación de la hora punta. El trabajo estaba hecho: no había disfrutado de tiempo libre durante dos semanas: su única idea era llegar a casa, estar con su mujer, darse una ducha, cenar y meterse en la cama. Entonces, ¿por qué parar? ¡Y vaya un lugar para detenerse! Estaba prohibido aparcar en el puente. Lo que le importaban a Castang las normas de la policía municipal...

El puente era un arco encordado, un arco tenso y airoso de hormigón reforzado que cruzaba la vía férrea. Castang subió sobre la acera el polvoriento y abollado coche de policía, abrió la portezuela de un puntapié y apoyó los codos sobre el parapeto. Bajo él, cuarenta flejes brillantes y el tramado de tela de araña del cable aéreo mostraban el camino hasta el depósito de carga; y París, a unos cientos de kilómetros más allá. A su espalda, un torrente de latas de hojalata no le prestaba ninguna atención. Sus agotados propietarios, si es que le observaban, creerían que le había dado un ataque cardíaco, o que se lo había dado al Renault; tanto les daba. Pero frente a él, la puesta de sol ocupaba todo el cielo.

Una puesta de sol invernal: el vasto cielo era de un fuerte azul brillante. A un lado, sobre la ciudad, había una masa amontonada

de nubes blancas, estáticas, de un dorado pálido. En el centro, sobre las vías del ferrocarril, había una hendidura de brillante oro puro que abrasaba los ojos. La parte izquierda, por encima de los interminables suburbios, estaba emborronada por un delicado encaje de un cálido gris azulado: Dios fumándose un enorme y hermoso cigarro de la Cuba celestial. Los delgados velos se rompieron mientras los miraba. Más allá, a lo lejos, diminutas islas de blanco y oro prometían silencio, una mañana agradable y tranquila.

Castang no conocía policías que contemplaran las puestas de sol. Ni podía recordar cuándo lo había hecho él por última vez. Durante casi cinco minutos estuvo apoyado en el parapeto respirando profundamente. Cuando volvió al coche, lo metió directamente entre el tráfico sin hacer ninguna señal, de modo que la avalancha de gimoteantes ovejas negras tuvo que frenar frenéticamente, tocando la bocina con furia y sacando la cabeza por la ventanilla, cuando le adelantaban, para gritar: «¡Desgraciado!». De nuevo policía, le traían sin cuidado los canallas. En el semáforo rojo se repantigó en su asiento y miró fijamente hacia adelante, insolente como un chófer en un Rolls Royce.

En el muelle, que bordeaba un canal en desuso embellecido con álamos, donde vivía (un distrito asustado, bueno y burgués), cerró el coche y miró de nuevo. El cielo había palidecido. Un enorme reactor con sesos de mosquito descendía pesadamente en dirección al aeropuerto, como si fuera un pterosaurio desorientado. ¡Infeliz! En su vientre había más infelices. Se veía una minúscula y plateada luna nueva. A Castang le inundó la felicidad ante esta nueva manifestación de buena suerte, como si se hubiera bebido toda la pecera llena hasta el borde de champán y luego se hubiera tragado los peces de colores por pura insolencia. Se volvió para entrar en su casa y se llevó el mayor susto de su vida: la inmensa y serena masa de nubes que había visto diez minutos antes, blanca y dorada como la triple tiara del papa, avanzaba amenazadoramente por el cielo en dirección al este; una gran llama incandescente de color naranja pálido. Como buen francés, Castang no era nada supersticioso, pero sintió un escalofrío y la mano que buscaba las llaves en el bolsillo hizo instintivamente una señal contra el mal de ojo.

Vera, su esposa, que estaba leyendo tranquilamente una revista,

levantó los ojos y le miró fijamente.

—¿Ya has acabado? ¡Eh! ¿Has visto un fantasma?

—Acabado. —Se sentó sacándose los zapatos de un puntapié—. Algo parecido. Estoy cansado, supongo. Vi el cielo y vi el infierno. Vi a Dios en el centro, que venía a juzgar a los vivos y a los muertos.

—No hay nada raro en eso —dijo Vera, que tenía una mentalidad teológica.

—Supongo que no. Dios se estaba fumando un enorme habano.

—Viste la puesta de sol —dijo su avispada mujer—. Yo la estuve observando también. Has tenido una mala época. ¿Vas a cogerte días libres ahora?

—Sí, a menos que algún idiota atraque un banco.

—Vayámonos a algún sitio donde no haya teléfono. He hecho sopa de patata.

La sopa de patata de Vera era esclava, como ella. Consistía en un tazón grande y tres pequeños, con cebolletas picadas, pedacitos de pan frito y lonchas de tocino, asadas para quedar crujientes y desmenuzadas. Le devolvió ánimos a Castang. Tenía ganas de darse una ducha. Vera parecía oler algo, y probablemente eran sus calcetines, pero su prudencia no se lo permitía decir.

—¿Cómo está el bebé? —preguntó.

Estaba parapléjica desde hacía tres años a causa de un accidente. Ella misma hacía recuperación de piernas, con la ayuda del mal genio propiamente femenino; ahora podía hacer distancias cortas sin muletas, y para celebrarlo había conseguido quedar embarazada por primera vez. Estaba de tres meses. Aquello le había dado a Castang una sensación de responsabilidad totalmente nueva y una percepción diferente: habitualmente no era muy dado a contemplar puestas de sol.

—Está tranquilo y cómodo.

No quería hacer ninguna ostentación. Estaba haciendo labores de punto, pero no había exhibición de prendas menudas. Tampoco iba a mostrar un enorme vientre por todas partes. Todo iba a ser muy normal. Ejercicios de respiración, un agradable cambio después del control de natalidad; no gemiría bañada en sudor o se agarraría a los postes de la cama. Evidentemente, sería Castang quien armaría alboroto. La vida de policía no estaba aún

reconciliada con el papel de padre ruboroso.

Lo resolverían de la misma manera que manejaban todos sus problemas; juntos. Había cosas sobre su trabajo de policía que no le contaba; la mayoría las adivinaba y las pasaba por alto en un acuerdo tácito. Sabía mucho acerca de lo que había estado pasando en los últimos diez días. Conocía las dos caras de la vida de un policía; la flecha que vuela durante el día, y el cuchillo, más silencioso y siniestro, que aparece en la oscuridad.

No tenía mucho que contarle sobre la familia inglesa: lo sabía todo, lo comprendía quizá mejor que nadie, había contribuido a desenmarañarlo. También estaba al corriente acerca del especulador de fincas. Sabía sobre el último altercado —demasiado reciente— con la violencia. Era mejor así. Eso era lo que significaba estar casado. En efecto, sin esta confianza entre ellos no habrían permanecido casados.

—Me ducharé —dijo sacándose el cinturón y llevando los pantalones a la habitación para colgarlos.

Castang el meticuloso. No durará mucho, pensó. Pronto esta casa va a estar llena de bebés, pañales y chismes. Un final a una existencia ordenada, cuidadosa, egoísta.

Se sentó en la cama para despegarse el esparadrapo del cuerpo; el picor le volvía loco.

—Está cicatrizando —dijo Vera, observando la inflamada cicatriz situada justo por encima de su hígado.

Lo estaba; él lo sabía por el picor, y lo había visto cuando Fausta cambiaba el esparadrapo: no, no iba a contarle a Vera aquel detalle.

—Necesita un día o dos de descanso —dijo—. Mañana por la noche saldremos a celebrarlo.

—¿Sí? ¿Adónde?

—A casa de tu amigo monsieur Thomas. Los dos nos lo hemos ganado. Será un anfitrión poco dispuesto pero pródigo.

—Esto agudiza el apetito —dijo mientras iba a fregar los platos.

Ella no fumaba, porque estaba embarazada. Él lo hacía en exceso. No era bueno que lo hiciera, pero ella se lo iba a tomar con tranquilidad.

—Haré un poco de café ¿quieres?

Sí, era una buena idea, antes de dormirse bajo la ducha.

2

El sol también sale

HABÍA SIDO UN INVIERNO cálido; eran los peores. Había caído una fuerte nevada prematura, y helado hasta Navidad, pero todo se había derretido ya dejando una densa maraña de botas llenas de barro y de apestosos paraguas mojados; apenas había dejado de llover desde entonces. Un febrero de los que llenan los embalses. Las cuencas de los valles rebosaban con el agua de las inundaciones, recubierta por una repugnante capa de niebla. Castang cogió un resfriado llorón, algo raro en él, y contagió a Vera, a quien no le hizo ninguna gracia. La misma benignidad de la temperatura debilitaba la resistencia, el aire viciado olía mal, cuando podía olerse algo; la lluvia no era limpia, sino grasienta y contaminada, y manchaba los cristales de Vera. El comisario Richard parecía estar de un perpetuo mal humor. Una abundante cosecha de crímenes dentro de la categoría de la violencia gratuita no contribuyó a poner a prueba su inteligencia, sino que le creó un agotamiento nervioso. Hubo la típica protesta de la prensa sobre fuerzas policiales incompetentes que perseguían al público sin protegerle.

El tres de marzo amaneció muy parecido a los sesenta días que le habían precedido: gris, opresivo, maloliente. Castang, cuyo resfriado había pasado la fase repugnante y había quedado reducido a un paquete de pañuelos desechables al día, se levantó y marchó a la oficina con resignación. Una imprecisa plegaria llegó a las

divinidades policiales (era difícil creer que Dios se tomara algún interés) para que fuera un día tranquilo. Tenía tres informes que escribir, todos ellos insatisfactorios, sobre tres atracos diferentes a tres pequeños bancos suburbanos. No podía sentir ningún tipo de simpatía por los bancos, los cuales seguían abriendo esas estúpidas sucursales en cada esquina sin la suficiente protección. Ni simpatía por los bandidos, aunque al menos la mitad de ellos eran pobres imbéciles armados con pistolas de juguete. No sentía simpatía por nadie excepto por sí mismo, que era quien tenía que vérselas con una montaña de papeles.

Concentrado en todo esto —un individuo de un metro setenta y ocho de altura (¿quién le había medido?), de pelo castaño claro (¿cuánto hacía que no se lo había lavado?), cuyas facciones habían quedado disimuladas bajo el cuello vuelto de un amplio jersey verde oscuro— Castang no advirtió un vago aligeramiento del espíritu, que de alguna manera desinfectaba el trabajo que tenía entre manos. Hasta que no salió por la puerta para ir a almorzar no advirtió que brillaba el sol. No se trataba de un destello acuoso, sino de un auténtico sol en un cielo despejado. El almuerzo no era más que el *plat du jour* o el menú más barato de la taberna de enfrente; tocino estofado y lentejas con ensalada de endivias, un pedazo de queso y una taza de café, impuestos y servicio incluidos con un cuarto de agua mineral; su compañero de mesa era Lasserre, quien nunca había sido una persona muy estimulante, pero el sol le hacía diferente. Estaba haciendo la digestión con cierta satisfacción cuando sonó el teléfono del bar y el amo dijo:

—Castang.

Debiera haber sabido que era demasiado bueno para durar.

—Te necesito —dijo la voz de Richard.

El comisario estaba bebiendo una taza de verbena. Richard no comía en tabernas. Su secretaria, la seductora Fausta, le suministraba el refrigerio tanto material como espiritual; una visión deliciosa trayendo huevos revueltos. Tenía un hornillo en la oficina y hacía de ello un ritual bastante *snob*. Era la una y cuarto y el almuerzo ya había terminado.

—Vete rápidamente con Thomas —dijo Richard, echando las migas en la papelería—, están pasando cosas raras en su zona de aparcamiento.

—¡Oh, demonios! ¿Por qué yo?

—Por varias razones —dijo suavemente—. Pidió que fueras tú; parecía creer que estarías ansioso por hacerle un favor.

—Es de los que esperan obtener mucho por nada. Vera le hizo algunos dibujos y él consideró que le hacía un favor —resopló.

—Parece que también está metido en un lío con unos ingleses y tú hablas ese rosbif.

Es extraordinario cómo los franceses, relativamente sofisticados, siguen convencidos de que los ingleses se alimentan exclusivamente de solomillo.

—¿De qué se trata?

—No tengo la menor idea —dijo Richard aún más suavemente—. Vampiros, por lo que parece. Farfullaba. Cadáveres que aparecen y desaparecen. Quiere discreción, por lo tanto fue excesivamente discreto. Sois tan amigos, que sin duda te lo explicará mejor a ti. Suplica aterrizado que no haya prensa por en medio. Ve y tranquilízale.

Castang fue con resignación.

Era poco probable que la policía judicial enviara a toda prisa a un agente a investigar una vaga historia de vampiros, y estaría en lo cierto. Pero, aunque Thomas es un hombre corriente, en realidad no hay más que uno en Francia, porque en toda Francia hay solo una docena de restaurantes de tres estrellas, y solo uno se llama Thomas.

Este pequeño y exclusivo club posee mucha influencia. Quizá no «política» estrictamente hablando, pero la obtención de las tres estrellas había tenido que ver más con ello que con el que fuera un buen cocinero. Uno se preocupa de adquirir amigos influyentes. Una vez obtenidos, no se escatima nada para conservarlos. Castang estaba lejos de ser un amigo influyente, pero muchos pocos hacen un mucho. Vera, una ilustradora semiprofesional de talento, había hecho algunos dibujos para nuevos menús y se los había vendido a monsieur Thomas, un hombre muy vergonzoso.

Richard, que se movía en los círculos del club de golf y algunas veces hacía una muy buena imitación del dinámico hombre de negocios, podía ser un amigo influyente. Eso no era asunto de Castang.

El sol había secado las calles y brillaba en las gotas que colgaban

de los setos. Los brotes tiernos de los narcisos presentaban las puntas amarillas, las diminutas hojas de los sauces estaban recubiertas por una delgada neblina. Todos los franceses con un mínimo de inteligencia habían inventado pretextos para interrumpir las deprimentes tareas que estaban realizando, y se precipitaban hacia el jardín. En las afueras de la ciudad, los terrenos municipales ajardinados, tan queridos por Vera, eran una colmena. Castang sintió el placer y el bienestar, ausentes desde hacía tanto tiempo. Iba a disfrutar con los vampiros.

Los restaurantes de tres estrellas se encuentran en lugares inverosímiles, pudiendo demostrar un magnífico desprecio por unos alrededores sucios. El buen vino no necesitaba viña. «Thomas» estaba situado en una carretera principal, pero al final de un barrio industrial triste y lleno de polvo de cemento, a pocos kilómetros de la ciudad, que se había casi tragado el pueblo original. Desde fuera, era una casa totalmente mediocre. Una conversación con el alcalde local había asegurado la plantación de unos pocos árboles enclenques para aislarla de la carretera principal. En la parte trasera, sin embargo, había una enorme terraza cuyo techo y paredes de cristal podían retirarse cuando hacía buen tiempo, y una gran zona de aparcamiento, agradablemente dividida en parcelas por árboles frutales, aún desnudos.

Castang aparcó su abollado y maloliente Peugeot. ¿Era aquí donde habían estado revoloteando los vampiros? No vio ninguno. Observó los coches aparcados. Los clientes alemanes de edad avanzada, en Mercedes del modelo sedán de color *beige*, franceses ostentosos en Jaguars, vendedores americanos en grandes automóviles y cantidad de pederastas de todas las nacionalidades en agresivos cupés deportivos con tubos de escape que producían graves sonidos de barítono. Había un Rolls Royce negro con matrícula de Reino Unido: ja, ja.

El señor Thomas estaba realmente agitado cuando salió de aquella manera tan precipitada; cualquiera que fuese la forma que tomaran los vampiros debían de ser una mala publicidad.

Era un hombre bastante joven, con un rostro agradable, ligeramente vulgar. Tenía encanto, gracia, y una conversación afable. Suyo era el Ferrari colorado del extremo; una manifiesta muestra de consumo para animar a los clientes a hacer lo mismo.

Los restaurantes de tres estrellas son negocios familiares: esposo y esposa, un par de hermanos, y fuerte personalidad, aunque como ocurre a veces, sea una notoria farsa. No era este el caso; el auténtico Thomas era el padre, un cocinero de gran imaginación y talento, ahora un anciano caballero de setenta años, cuya presencia aún se hacía notar en la cocina pero que, por lo demás, nunca se dejaba ver. Siempre había odiado a los clientes y jamás se les había acercado. El restaurante había sido gobernado por la madre, una formidable mujer parecida a una abuelita juerguista, que había sucumbido a una hemorragia cerebral hacía más o menos un año. El hijo era un cero a la izquierda, pero servía para dar la cara y era hábil perseguidor de publicidad; había heredado el suficiente sentido comercial de su mamá como para ocupar su puesto.

Castang y él se estrecharon la mano.

3

Cómo entierra a su abuela un carnicero

SE SENTARON EN UNA MESA oscura junto a la entrada de servicio, detrás de una barrera de flores y frutas. Había el inconfundible olor de lo mejor de lo mejor, que no se encuentra en ningún otro sitio.

—¿Has comido? —preguntó monsieur Thomas.

—Sí —dijo Castang, aunque primero había pensado decir que no.

—No importa, otra vez será —añadió rápidamente—. ¿Algo para beber? —preguntó con poco entusiasmo.

—Sí, por favor —dijo con firmeza.

Thomas se levantó de un salto y habló en voz baja con el *maître*; regresó radiante. Apareció un camarero con dos vasos, y otro con una botella medio llena. Gran alarde de servilletas; ademanes estilizadamente hieráticos: monseñores bendiciendo el incienso según el ritual del papa Pío V. Castang sabía perfectamente que la botella se había vendido a un cliente que no la había terminado: el nombre en la etiqueta era extravagante, la cosecha soberbia. Admiró la hábil mezcla de adulación y economía.

Monsieur Thomas escogió sus palabras con igual habilidad; su explicación fue breve e ingeniosa.

En Francia, las costumbres funerarias son motivo de estrictas

normas municipales, que difieren de una comunidad a otra. Puede suceder que a varias empresas de pompas fúnebres se les permita ejercer en abierta competencia dentro de la comunidad. Sin embargo, oscilan dentro de unos límites razonables. En otras ciudades más pequeñas existe monopolio, y con la connivencia de las autoridades municipales, uno solo puede enterrar a sus familiares si se respetan las normas higiénicas aprobadas oficialmente. El precio es desorbitante y los beneficios inmensos.

Una venerable dama escogió desconsideradamente morir en una tal comunidad. Su nieto, el carnicero, escandalizado por dichas prácticas inmorales, tanto más cuanto que eran las suyas propias, e impregnado también por el principio francés de que no hay nada como una economía modesta, tomó medidas. Con un espléndido Volvo en su poder, usado frecuentemente para el transporte subrepticio de reses muertas procedentes del mercado negro, y con la convicción de que tanto es una pieza de carne que otra, optó por el traslado ilegal de la abuelita, la cual entraría en un mundo mejor con un gasto menor. En resumen, la abuelita fue a parar a ese vehículo.

Castang saboreaba el vino, era excelente.

Como es natural, el carnicero decidió durante el trayecto tomar un pequeño y ligero refrigerio antes de abordar cuestiones más penosas, y escogió este acogedor local. Desgraciadamente, personas malintencionadas que acechaban en la vecindad le robaron el coche, ignorantes de que la abuelita iba dentro.

Monsieur Thomas se calmó después de estas explicaciones. Aquel condenado carnicero, hecho una furia y aullando a voz en grito por allí, hacía una publicidad execrable. Su tortura era comprensible. Tenía que sopesar la pérdida de un Volvo totalmente nuevo (y si él no lo denunciaba, por supuesto que monsieur Thomas, en interés de sus clientes y en el suyo propio, lo haría) y las embarazosas preguntas sobre la abuelita. ¿Dónde estaba ahora? Tirada en una zanja en alguna parte; no, no estaba bien. La avaricia, como siempre, venció a la vergüenza. Saldría en el periódico y los vecinos se reirían disimuladamente, pero qué diablos, todos hubieran hecho lo mismo de haber estado en su lugar. Incluso el alcalde. Se olvidaría rápidamente. Una multa insignificante por burlar las ordenanzas de las autoridades

sanitarias era menos malo que no poder reclamar el seguro del coche.

Castang dijo que lo comprendía perfectamente, incluyendo las molestias causadas a monsieur Thomas. Sin embargo, no era asunto de la policía judicial. Los robos de coches y la no comunicación de los fallecimientos a las autoridades competentes eran infracciones graves, pero que concernían a la gendarmería local. Intentaría acelerar el curso de la justicia. Mientras lo hacía, ¿qué había de los pagos que se le debían a su esposa por los dibujos?

—Los dibujos son encantadores. Te haré un cheque ahora mismo. Comprendes, son algo maravilloso también para ella: los clientes se llevan nuestros menús como *souvenir* y los guardan religiosamente, firmados, ¿comprendes, Castang? Es una maravillosa oportunidad para ella. Pero aún hay algo peor, mucho peor. Cuento contigo.

—Ah, sí, la brigada del rosbif. La había olvidado.

—Yo no. Pero tenía que explicarte lo otro primero. Verás, a la mitad del almuerzo esa condenada mujer inglesa al darse cuenta de que había olvidado su pañuelo, fue a mirar en el coche y soltó el grito más escalofriante que nunca haya oído. «¡Hay un cadáver en el portaequipajes!». Como si eso no fuera suficientemente malo, el carnicero empieza de nuevo con toda la historia. Pensó que era su abuelita... —Se estremeció al recordar.

Los clientes que pagaban sus cuentas se consideraban con derecho a todo tipo de conducta escandalosa, pero cadáveres en una zona de aparcamiento...

—Localicé a Richard inmediatamente; la gendarmería no quiere involucrarse. ¡Y yo tampoco!

—De acuerdo, veré qué puedo hacer. ¿Dónde están los ingleses?

—En el salón de banquetes pequeño. No quisieron seguir comiendo; no se les puede culpar por eso, supongo. Anulé su cuenta, ¡pero no es culpa mía! ¿Cómo voy a mantener esto en secreto? Una docena de miserables de aquí dentro se apresuraron a vender toda la historia, terriblemente distorsionada, a la prensa. Estoy furioso. Ahora mira, Castang, ven aquí con tu mujer y pedid lo que queráis, sois mis invitados, y además le pagaré a ella toda la cantidad acordada, pero por el amor del cielo encárgate de que esto no trascienda.

—Bien, si pudieras darme ese cheque ahora —dijo Castang con amabilidad, sabiendo bien que de otra manera nunca llegarían a verlo.

Nunca volvería a tener esta oportunidad. Thomas sacó su talonario con tristeza, pero ocultándola valerosamente. ¡Oh, qué día más espantoso! Pero si la prensa sensacionalista aparecía, él sabría cómo manejarla. Los polis eran capaces de filtrar los disparates más espantosos, si uno no se los metía en el bolsillo.

—Demanda al carnicero —sugirió Castang, metiéndose el cheque en el bolsillo.

—Lo haría —dijo Thomas vengativamente—, si hubiera alguna manera de hacerlo sin cubrirme de ridículo. No volveré a verle nunca, gracias a Dios. Mi padre no le compraría ni un huevo de conejo a ese horroroso estafador.

Castang había conseguido dos vasos llenos del contenido de aquella excelente botella y se sentía achispado. Echó una mirada al interior del restaurante. A pesar de trastornos momentáneos, chillidos y demás, la clientela estaba sumida en el agradable letargo que nace de la glotonería felizmente saciada. Ninguna señal de nerviosismo o ansiedad. Y aquellos ingleses tenían un cadáver en su coche. De cualquier modo, un policía de homicidios había visto aparecer cadáveres en sitios más extraños. Un asunto para la PJ, no cabía duda, pero no era probable que fuera de una gran responsabilidad. Eran turistas, ¡y si alguien se había deshecho precipitadamente de un cadáver, sería en algún lugar fuera de su zona! Con todo, había que asegurarse.

Miró su reloj: eran únicamente las dos y cinco.

—¿Ha pagado alguien y se ha ido temprano? ¿O con precipitación?

—Una o dos mesas. Vecinos, principalmente.

—¿Los conoces?

—A la mayoría, creo.

—Necesitaré identificaciones. Y si eso no es posible, la descripción más exacta por parte de los que les sirvieron, y fotocopias de sus cheques o tarjetas de crédito.

—Eso es fácil. ¿Y las personas que están aquí ahora?

—No hay necesidad de molestarles. Cuando paguen, se les pide cortésmente que dejen su nombre y dirección; medidas policiales

rutinarias, bla, bla, bla. Como no tengo a nadie aquí, haz que un camarero anote discretamente la matrícula de cada coche del aparcamiento. No hay ningún problema con lo del carnicero, quien fuera que birlara el vehículo se deshará de él en cuanto descubra a la abuelita. La gendarmería se encargará de eso, y yo me ocuparé de los ingleses. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, sin duda alguna. ¿Te enseño el camino?

4

Desaprobación anglosajona

EL RESTAURANTE era un salón agradable, sin pretensiones, con gran cantidad de plantas verdes rebosantes de flores primaverales, de buen gusto, porque no seguía ninguna norma estética. El salón de banquetes pequeño era de pésimo gusto. Se dispuso en tiempos de la madre, y estaba amueblado en un falso estilo Luis XV de madera blanca y dorada, tapizado en un equivocado color rosa. La mesa para ocho estaba puesta pero no tenía flores; a la vez formal y mustio. El pequeño bar del fondo estaba vacío, y hay pocas cosas más deprimentes que un bar cerrado. En una mesa redonda junto al alféizar de una de las dos ventanas se hallaba un juego de café con *petit Four*, y en la banqueta se sentaban los ingleses, que todo lo criticaban. Y para colmo, el perro de uno de ellos había hecho sus necesidades debajo de la mesa.

Era una familia de cuatro personas. Un caballero de edad, que pasaba de los sesenta, una mujer regordeta de aspecto satisfecho algo más joven, una joven de veintiséis o veintisiete años, de aspecto ordinario pero de facciones agradables y un joven de unos veinticuatro. Todos parecían incómodos y encorsetados, pero Castang no les veía en su mejor momento. No lo había esperado; pocas personas tienen un aspecto diferente cuando se enfrentan por

primera vez con un policía de la PJ. Se presentó a sí mismo en su singular pero útil inglés y pidió permiso para sentarse en uno de los silloncitos.

La mamá era el portavoz; desde luego era ella la única que hablaba francés torpe pero correcto, la que tenía los pasaportes y cheques de viaje dentro de su enorme bolso de cocodrilo, y la que inspeccionaba las habitaciones antes de tomarlas.

—Nuestro nombre es Armita ge. Nos gustaría saber cuánto tiempo se supone que vamos a permanecer aquí.

—Es mejor que lo consideren como una avería. Ya sé, un Rolls Royce no la tiene. Pero la cosa va así. Es como remolcar el coche hasta el garaje, y que el especialista le eche una mirada. Confiamos en que los mecánicos den su diagnóstico rápidamente. Puede que se necesite una pieza de recambio. Intentaremos conseguirla en seguida. Bien, son las dos y veinte. Quizá hoy mismo, si tenemos suerte. Lo más probable es que sea mañana a la hora de comer.

—¡Dios mío! ¿Cómo, aquí?

—Mejor en la ciudad. El garaje y los mecánicos, ¿comprende? Es una ciudad bonita —dijo Castang sonriendo—. En este momento no puedo darles ninguna respuesta concreta. Todavía no sé nada. Me han informado que encontraron un cadáver en su coche. ¿Quién es, de dónde viene, cómo ha llegado, dónde está? Puede que sea muy fácil descubrirlo, puede que sea más complicado. Pero en cualquier caso, existen formalidades que cumplir. Mi superior, el comisario, es la autoridad; solo él puede decidir. Yo reúno todos los datos posibles y le presentó un informe. Quizá entonces quiera verles a ustedes, o a lo mejor no. Nuestra intención es crearles el mínimo de molestias posibles. Pero, me temo que esto es el mínimo.

—Ya veo.

Hubo un silencio. Con alguna vacilación, decidió jugar su mejor carta.

—Quizá debiera decirle de una vez que mi esposo aquí presente es sir James Armitage, juez del Tribunal Supremo de Inglaterra. Debe usted comprender que su palabra en cualquier asunto sería totalmente indiscutible. Se me ocurre que si diese su palabra en una declaración, por escrito si fuese necesario, para su superior significaría el fin de la cuestión.

—Ya veo.

Castang dejó el bolígrafo, exteriormente tranquilo e interiormente lleno de consternación. La teja número uno acaba de caerse del tejado. Por poco me da de lleno. En todos los edificios en construcción, en Francia, hay un aviso: *port de casque obligatoire*. Afortunadamente, llevaba puesto su casco.

—¿Y cuál sería la esencia de esta declaración? —dijo cautelosamente.

—Algo así como que —dijo con irritación— no sabemos absolutamente nada sobre estas preguntas que usted ha hecho. Esto de quién es y de dónde viene. Y eso, francamente —manifestó en tono tajante—, es suficiente para satisfacer a cualquier autoridad policial. Desde luego, nos damos cuenta de que la policía tiene un gran trabajo que hacer. Pero esto, me refiero a este horrible descubrimiento, es totalmente fortuito. Nuestro coche ha estado aparcado al aire libre. El asunto no nos concierne en absoluto.

Castang recogió su bolígrafo de nuevo.

—No quiero irritarles —dijo amablemente—. Sé que las frases oficiales son odiosas. «Todo esto se discutirá en el momento apropiado». Sí, desde luego, ¿y por qué debería molestárseles? Yo soy el servidor de la ley. Sir James —lo siento, ¿es el tratamiento correcto?— lo comprende; como usted dice, nadie mejor que él. La ley de la evidencia. Tenemos aquí una muerte no aclarada, quizá accidental, pero como mínimo se ha intentado esconder esa muerte, disfrazar o falsificar las circunstancias, y esto es serio. La ley en este caso ordena que el procurador, el fiscal de la región o su sustituto, deben hacer una inspección. Si no queda satisfecho, lo cual parece probable puesto que no se ofrece ninguna explicación, le pedirá a un juez de instrucción que abra una investigación. La policía se encargará de esta investigación. El comisario decidirá el curso que deberá tomar. Hasta que esto se haga, yo no puedo ayudarles. Ustedes deben ayudarme a mí. Creo que está claro.

Otro silencio. El problema de ser un ciudadano respetuoso de las leyes es que se tienen que acatar dichas leyes, y eso es un gran fastidio.

—Supongo hay algo de cierto en lo que usted dice pero, por favor, compéndalo. Si hacemos lo que nos pide, será contra nuestra voluntad, y de mala gana. Tendremos que decidir si hay motivos para una protesta oficial. Desde luego no perderemos tiempo en

ponernos en contacto con las autoridades consulares, en solicitar su presencia en cualquier transacción oficial y en avisar a nuestra embajada, la cual se ocupará de que se tomen las medidas oportunas.

La teja número dos, golpeando contra el casco, pero de rebote. Se sintió lo suficientemente enojado como para estar seguro de una cosa: los policías no intimidaban a nadie. Empezó a escribir bastante despacio.

—Tomo nota de su protesta —dijo con indiferencia—, así como de su apelación a sus derechos. Son legítimos. Serán respetados escrupulosamente. El procedimiento creará retrasos en el proceso administrativo.

El juez, que había estado mirando aburrido por la ventana, giró la cabeza y los hombros a la vez. Una larga cara rectangular. Bolsas debajo de sus ojos azules y una mandíbula aguda. Pelo corto y plateado. Piel sana con un ligero bronceado.

—Señor, le hago una pregunta. —Tenía una profunda voz cavernosa, acostumbrada a dirigir debates públicos—. Esas notas que toma, ¿qué valor tienen, si es que tienen alguno, como prueba? —preguntó conciso pero educado.

Castang sonrió.

—Esto se considera una investigación preliminar. Hasta que lo ordene el magistrado, las notas no son prueba. Son datos que me pueden servir en un procedimiento legal posterior.

—En ese caso —en tono bastante amable— no malgaste el tiempo escribiendo. Mi nombre y dirección serán suficientes. Usted procuraba impresionar a mi esposa, y lo consiguió hasta tal punto como para incitarla a hablar de cónsules. No veo ninguna necesidad de ello, Rosemary; como ha observado, eso complicaría aún más su burocracia. —Los ojos azules se volvieron hacia Castang—. Cinco minutos con su superior serán más que suficientes para solucionarlo.

—Bien —dijo Castang con una viva animación—. Nombres y direcciones si son tan amables. Y los números de sus pasaportes por favor. Casi como si fueran prisioneros de guerra —añadió en una oportuna ocurrencia.

Experimentó un travieso placer al poder decir la última palabra.

5

El inalterable buen humor de Richard

CASTANG SE HIZO la ilusión de que cuando finalmente se abriera el Rolls Royce no habría nada dentro. La hija, llamada Patience, hizo una mueca cuando él pidió que le mostraran el espantoso contenido.

—No voy a pasar por eso otra vez.

—Oh, yo lo haré —dijo el chico con aire indiferente, como si fuera cuestión de sacar al perro—. Tírame las llaves.

No había dicho una palabra hasta ahora; incluso su nombre, que era Colin, Castang lo había copiado del pasaporte.

—¿Cuál es su opinión de todo esto? —intentó Castang, mientras andaban hasta el aparcamiento.

Se encogió de hombros.

—Me parece obvio. Alguien quiere deshacerse de un estorbo e intenta colgárselo a otro. Mejor cuanto más improbable; intenta desviar la atención. Lo que ninguno de nosotros puede comprender es que ustedes puedan tragárselo. Mientras ustedes están aquí alborotando, el culpable está en un avión volando hacia Brasil o algo parecido.

No merecía la pena contestar.

Abrió el portaequipajes y se quedó de pie con aire indiferente,

con las manos en los bolsillos. Allí había toda clase de equipajes de vacaciones y abrigos de colgadores. Encajado allí —había estado suficientemente flexible en aquel momento— con las rodillas pegadas a los codos, se encontraba el cadáver sin ropa de una joven. Colin contemplaba atentamente el cielo y fingía silbar. Esa fingida insensibilidad no era más que una bravata juvenil. Toda la familia debía haberse puesto de acuerdo en cuanto a la táctica a seguir. No tenía nada que ver con ellos, y no tenían intenciones de verse envueltos.

Monsieur Thomas revoloteaba por la terraza.

—Aquí está la información que pediste.

—Gracias. ¿Puedo usar tu teléfono?

—Ven a mi despacho. ¡Ejem!, ¿no habrá nuevas complicaciones?

Castang no contestó, hizo un movimiento con los dedos agitando la mano a partir de la muñeca, en un gesto que decía: ¡Está que quema!

Fausta le pasó la comunicación; Richard, que sabía escuchar, no le interrumpió. Cuando dio sus instrucciones, fueron breves.

—Haz que el garaje local se cuide de remolcar el coche, con ellos dentro. Haré que el juzgado en pleno y el cirujano de la policía estén esperando. Autopsia e informe de laboratorio. Todo como de costumbre. El hecho de que esa gente sea quien es, es irrelevante.

—¿Interrogarás al juez?

—Lo espero. —No había ninguna señal de intimidación tampoco ahí...

Se formó un estúpido cortejo, parodia de un funeral auténtico. Era ridículo ver un Rolls Royce remolcado por una grúa, el tipo de grúa de polea bamboleanante que uno espera que sufra una avería en cualquier momento. Humillados, los ingleses estaban furiosos, con Patience frente al volante y haciendo esfuerzos para hacer honor a su nombre. Desde luego eran las reglas: sin embargo, no hubiera habido diferencia alguna si ellos mismos lo hubieran podido conducir. ¿Por qué enemistarse con esta gente? Richard lo había hecho a propósito, probablemente, ¡pero él no les conocía!

Le seguía Colin, conduciendo solo en un pequeño cupé deportivo, con esquíes en un portaesquíes colocado en la parte trasera. A Castang le había desconcertado, no sabía por qué, descubrir que el chico iba por su cuenta, aunque nada podía ser más

natural.

—¿Qué iba a hacer yo yendo detrás de ellos? —preguntó Colin sorprendido—. Cuando me enteré de que se iban de vacaciones, lo consideré una buena idea. Esquiaría un poco.

—¿Decidieron encontrarse aquí?

—Vine para la comida —dijo Colin con sencillez—. Ha sido una lástima; ¡no había perdido el apetito!

Castang cerraba la marcha en su abollado coche de policía, que dejaba mucho que desear tanto por dentro como por fuera y que despedía un terrible olor, incluso con la ventanilla bajada.

Cuando finalmente pasaron bajo la arcada y entraron en el patio del cuartel general de la policía, un edificio que en tiempos de Napoleón había sido un hospital militar y que hoy en día parecía el más macabro de los manicomios, les esperaba un impresionante comité de recepción. El juzgado en pleno, el sustituto de mayor antigüedad del procurador, un juez de instrucción y su secretario; por una vez se había despertado su curiosidad. ¡Un cadáver en el maletero de un juez de Su Graciosa Majestad! Lo que no había pasado por sus mentes era cómo se comportarían en análogas circunstancias. Richard, ostentosamente elegante, con corbata de lazo y una chaqueta deportiva, escoltado por dos individuos a quienes Castang no había visto nunca, hizo las presentaciones con un ademán triunfal.

—El señor Martin Greene, vicecónsul.

Era joven, delgado, con un rostro bien moldeado para estallar en carcajadas, pero que ahora se sentía claramente desdichado.

—Me temo que el cónsul general está ausente.

—Y este —siguió Richard encantado consigo mismo—, es el señor Malinowski. Es un experto traductor simultáneo e intérprete oficial.

Un hombrecillo pulcro en un traje negro, calvo y ágil, con una barbita negra y un pequeño rostro límpido y de aire confidencial, perfectamente adaptado para susurrar en los oídos de los demás. ¡Fiu!, pensó Castang; ha trabajado rápido para preparar todo esto.

—De modo que todo irá sobre ruedas.

Los magistrados, que no hablaban ni una palabra de inglés, saludaron con una cortés reverencia a su distinguido colega y se retiraron formando un corrillo. El contingente inglés se abalanzó

sobre el señor Greene, exceptuando al juez, quien se mantenía firme y supervisaba las operaciones como si fuera el duque de Wellington en el campo de batalla. El portaequipajes fue abierto con solemnidad.

—No esperarán que me meta ahí ¿verdad? —dijo el doctor de mal talante—. Sáquenla.

—Un momento —dijo Richard—, una fotografía.

Los técnicos, un grupo avergonzado, se sintieron aliviados al tener algo que hacer. El cuerpo estaba rígido.

—Rigidez —dijo el médico innecesariamente.

Todavía con las rodillas pegadas a los codos, la colocaron sobre una sábana de plástico que tenían preparada. Castang, que sospechaba que le iban a cargar con una investigación muy molesta, se dijo a sí mismo que era mejor observar. Los blancos dedos secos del médico examinaban el rostro, las uñas, las vértebras... El lacio pelo negro se le ponía en medio constantemente.

—Disipándose. Pse... pse... Eso pensé... —Se incorporó—. He de examinarla con detalle. Entretanto, es homicidio. Estrangulación. No manual, no con ligaduras. —Hizo una demostración con el codo doblado de lo sencillo que es estrangular a la gente.

—¿Puede confirmarlo ahora? —preguntó el sustituto—. Al menos elimina ambigüedades.

—Completamente. Una ligadura puede significar suicidio e incluso un accidente. Un codo por otra parte puede no ser utilizado con intención preconcebida de causar la muerte. Sigue siendo un homicidio. Los tecnicismos médicos y legales pueden esperar.

—Muy bien —dijo Richard, aún de buen humor—. *Monsieur le juge?*

Tiene que decirse formalmente, para que el secretario lo haga constar en acta.

—Por la presente se inicia la instrucción. Preliminares, Richard. Y si el caballero del consulado... se encarga de ello a su debido tiempo.

Se fue a toda velocidad a esconderse tras algunos libros de leyes. Los intérpretes son algo común, pero los cónsules y embajadas, ¡oh, Dios mío! Una encuesta preliminar demostrará que todo esto es absurdo. Desconcertados por el duque de Wellington, el juzgado en pleno se retiró precipitadamente.

—Iremos a mi oficina, ¿les parece? —dijo Richard—. Espero que sea lo suficientemente grande.

Fausta, quien debía de haber estado observando desde la ventana, había arrebatado las sillas a los traseros de varios policías. No tenía suficientes tazas de té para ofrecer algo de beber. El señor Malinowski se colocó justo detrás de mamá y papá. Richard creó una pausa ligeramente teatral.

—Creo, Fausta, que harías bien en reservar habitaciones en el hotel

d'Albion

. Una noche será suficiente, creo, puesto que el doctor va a hacer la autopsia inmediatamente. Castang, tú tomarás cuatro declaraciones como atestado.

—Cuando los resultados técnicos —siguió Richard, dulce como la miel— concuerdan, el asunto está resuelto.

Como si los resultados técnicos, pensó Castang, fueran un manojo de zanahorias que uno pudiera comprar en el supermercado. Será una puñetera suerte si están de acuerdo uno con otro, sin contar con las declaraciones de los testigos...

—El Albión es un lugar confortable. El adjetivo «pérfido» está más bien pasado de moda, espero. —El señor Malinowski, hábilmente, pasó por alto esa observación—. El señor Greene puede asistir a los interrogatorios si así lo desea. Esto es todo, creo, por ahora.

6

Resumen de los interrogatorios

INCLUSO MIENTRAS SE DECÍA a sí mismo que era ridículo, Castang sentía una oscura necesidad de disculparse; por la triste exigüidad de todas las oficinas exceptuando la de Richard, por aquel espantoso pasillo donde la gente insistía en utilizar los cubos contraincendios como ceniceros, por el predominio de ropas oscuras, calendarios con obscenidades escritas en ellos, y un ambiente general de desaliño, incompetencia, y negligente mafia, todo calculado para dar la peor impresión posible. Fue una agradable sorpresa descubrir que los miembros de la familia, uno detrás de otro, ignoraban cortésmente todo aquello, incluso cuando el imbécil de Orthez irrumpió en la habitación en mangas de camisa, tirantes y una canana bien evidente, a la vez sudoroso y censurable, diciendo:

—¡Oh! Lo siento.

Esa era una de sus cretinas costumbres. Uno tras otro, corteses, pacientes, en cierta manera condescendientes, pero sin nada de lo que quejarse.

No intentó hablar en inglés: no se podía hablar en un idioma y escribir en otro; gracias a Dios que contaba con el señor Malinowski. Pudo refugiarse en la fraseología oficial, un lenguaje

desgastado por el uso, pero que seguía teniendo significado. Escogió primero al juez.

El honorable sir James Clarence Gregory Armitage, mirando directamente por encima de su nariz, fue claro, preciso; se podría decir profesional. El Rolls Royce había cruzado el *hovercraft*, en dirección al Pas de Calais aproximadamente a mediodía, habían viajado por la carretera de la costa, sin prisas; no le gustaban las prisas. Habían llegado hasta Rouen, donde se habían detenido en el centro, desanimados por el denso tráfico, en un hotel cuyo nombre no podía recordar. Bastante ruidoso. El coche lo habían guardado en el garaje. A pesar del viento y de la lluvia, habían dado un pequeño paseo interesados por la arquitectura, la comida normanda —demasiado pesada para su gusto— y Juana de Arco. Habían cruzado el Sena al día siguiente, se pasearon sin rumbo fijo por la región del queso y la sidra, evitando la autopista, tomaron un almuerzo ligero en Caen, volvieron a la costa para examinar el lugar de los desembarcos de Arromanches durante la guerra, y acabaron al día en Bayeux, donde el coche había sido guardado en un patio, y donde no les había apetecido comer demasiado pero les habían servido una botella de buen vino. Al día siguiente habían hecho un trayecto largo y pesado, que les condujo cerca de Tours, donde se alojaron en un hotel muy agradable tipo casa de campo, donde la comida, misericordiosamente, era más ligera, muy tranquilo, y en el que habían dormido bien. Y al día siguiente habían continuado, y este era el resultado.

No, no había habido un itinerario fijo. Sobre la marcha, a su propio ritmo. No habían reservado nada. En esta época del año había habitaciones disponibles en todas partes, y era esta la razón primordial por la que la habían escogido. No habían planeado encuentros ni se habían encontrado con ningún amigo: todas las paradas habían sido fortuitas. Todo había sido más o menos nuevo para él. Partes del paisaje le eran un poco familiares debido a visitas anteriores, pero a las mujeres les gustaba la novedad, y lo que ellas llamaban «explorar». Nadie, ni en Francia ni en Inglaterra, podía enterarse de sus movimientos, hasta el momento en que las postales que enviaban las señoras empezaran a llegar. Captaba hacia dónde se dirigían las preguntas, y entendía que era un punto que debía eliminar, pero la hipótesis era ridícula.

En términos generales, suponía que la mujer muerta debía de haber sido introducida en Tours. No habían hecho ninguna parada aquella mañana, pero en cualquier caso la ciencia forense seguramente determinaría que la joven no podía haber muerto mucho antes.

Él, personalmente, no había estado cerca del portaequipajes aquella mañana ni la tarde anterior: se había contentado con su neceser, que guardaba dentro del coche para tenerlo más a mano. Había necesitado su maleta en Bayeux, y desde entonces no lo había vuelto a ver. En general, las cuestiones de equipaje se las dejaba a su mujer, que era muy eficiente.

Su hijo, que tenía ideas diferentes sobre cómo disfrutar unas vacaciones, les acababa de alcanzar allí. No sabía donde había estado el chico, y no sentía curiosidad.

Lady Rosemary Grace Armitage, cuyo apellido de soltera era Maitland, estaba totalmente segura de que el traicionero incremento de su equipaje tuvo lugar en Tours. Mientras pagaba la cuenta —escandalosamente cara— había confiado las llaves del coche a un portero, puesto que la noche anterior había sacado la maleta pequeña. Aquella tarde, el coche había permanecido en una zona de aparcamiento a cierta distancia del hotel. Era verdad que el hotel se alzaba en un terreno particular, pero cualquiera podía entrar, y puesto que la zona de aparcamiento estaba en un lugar que no podía verse desde el hotel, podía pasar cualquier cosa. Transcurrió algún tiempo. El hombre devolvió las llaves, pero ¿había cerrado el coche correctamente? Se retrasaron unos diez minutos; Patience había olvidado algo en su habitación. Había estado absorta comprobando la cuenta. Su marido le confiaba estos menesteres. ¿Qué se sabía de todos los otros huéspedes del hotel que habían aparcado sus coches? No podía recordar si había comprobado la cerradura del portaequipajes. Pensaba que sí. Pero era un gesto automático, que se hacía o no, sin pensar. Quizá lo había hecho Patience. Esa mañana había conducido ella.

No, no habían visto a Colin desde que dejaron el *ferry*. Habían acordado vagamente encontrarse aquí en este restaurante, si las cosas salían así. Sí, hoy; todos querían probar la comida. Era una lástima que se les hubiera amargado el almuerzo.

Oh, sí, las llaves. Hay tres juegos en total —eso por lo menos es

lo que pensaba—. El de Patience y el suyo, que eran las que se repartían la conducción. A sir James no le gusta conducir, y aún menos en el continente. El otro juego se suponía que estaba en casa; debía de tenerlas su chófer (que era a la vez jardinero, y mayordomo). Un chico portugués. Un chico encantador. Ciertamente, de fiar. Debía de estar en casa, arreglando el jardín. Al menos eso era lo que se había acordado. Desde luego no estaba en Francia, ¿qué iba a estar haciendo él allí?

La señorita Patience Armitage no tenía mucho más que añadir. Totalmente cierto, había vuelto a su habitación aquella mañana por un motivo personal. No más de diez minutos, si quería saberlo; hubiera pensado que cinco. Únicamente había utilizado su neceser. No había reparado en la maleta que había utilizado su madre. No podía jurar no haber tocado la cerradura del portaequipajes pero todo lo que podía decir es que era muy improbable. Había metido su maletín en el interior del coche, y estaba lloviendo; tenía prisa. Este mediodía, durante el almuerzo necesitó algo del portaequipajes —un mapa de carreteras— y lo abrió. Sí, lo había abierto con llave, y se llevó tal susto que solo se le ocurrió volverlo a cerrar de golpe. A ver, aquella mañana habían parado a poner gasolina en un pueblo. Pero en la calle, a plena luz del día. Ella misma había entrado en la estación de servicio un momento y sus padres se habían quedado en el coche. No, cualquier interferencia allí era imposible. Desde luego el asunto había ocurrido en Tours; no había otra opción. Seguramente se podía saber cuánto tiempo hacía que estaba muerta. Pero de todas formas, aunque el día anterior habían efectuado bastantes paradas, cualquier cosa anormal hubiera sido descubierta aquella tarde, cuando entraron en el hotel la maleta pequeña de su madre. Era allí donde debían dirigirse las investigaciones, aunque todos comprendían que su testimonio era precisamente para establecer aquel punto.

—En realidad —la voz tenía un tono de disculpa— no hay nada esencialmente inverosímil o extraño en nada de esto. —El señor Martin Greene había sido el perfecto espectador, sin interponerse ni enredar una sola vez, ni se había entrometido ni irritado a Castang.

—No —aceptó Castang sin entonación.

—Quiero decir que los ingleses son así, y que lo que aquí se considera como claramente excéntrico allí se acepta como

totalmente normal.

—Sí.

—El chico, Colin, es un fresco. Pero está totalmente fuera de su investigación, ¿no está usted de acuerdo? La clave es el Rolls Royce. Alguien lo consideró ingenioso —no me atrevo a utilizar la palabra divertido...

—¿En Inglaterra, qué vacaciones tiene un juez?

—¿Sabe?, no estoy muy seguro: tendría que mirarlo. Es todo un poco medieval; utilizan nombres latinos para sus períodos de sesiones, Trinidad y Michaelmas (Día de San Miguel), el de Primavera es Hilary creo. Pero no tiene que ser tan rígido, porque también trabajan fuera de los períodos de sesiones para resolver asuntos urgentes. Si ha tenido despacho, como ellos lo llaman...

—Disculpe. Veré si los muchachos han acabado con el coche, ¿de otro modo puede usted acompañarlos de vuelta al hotel?

—Oh, sí, tengo el mío aquí. Y en cierto modo les tranquilizaré, ¿sabe? Los ingleses tienden a tener un temor profundamente arraigado a la ley francesa. Ya habrán visto que ni usted ni el comisario Richard son exactamente ogros.

—Sí. Muchas gracias. ¿Se pondrá en contacto con nosotros por la mañana? Con un poco de suerte habremos encontrado algo para entonces. He de conseguir que el juez extienda un despacho oficial para interrogar, para utilizarlo en Tours.

—Oh sí; claro.

—Señor Malinowski, mi más sincero agradecimiento. ¿Verá a la secretaria del comisario?

—Ciertamente. Imagino que me necesitarán mañana. Buenas tardes a los dos.

Faltaban diez minutos para las seis. No estaba nada mal.

7

Una conversación animada

RICHARD ERA ESPECIALISTA en conversaciones sin orden ni concierto. Leyó el fajo de hojas mecanografiadas, todas debidamente redactadas en formato oficial y cada página rubricada por todos los interesados conforme era auténtica y exacta, incluyendo el señor Malinowski; tosió, encendió un cigarro, corrigió cinco errores de ortografía que se le habían pasado a Castang, y dijo:

—Bastante fresco, el Colin ese.

En francés es un pescado.

—Colin Maillard —sugirió Castang. Era un palo de ciego—. Ese Greene, quien, por cierto, no causó ninguna molestia, estaba claramente preocupado por si yo lo consideraba una insolencia, declarando amablemente que uno puede no recordar el nombre del hotel y que al no ser un representante no se molesta en guardar la cuenta. Pero descaro, sí.

—Un reto. Un gambito de peón de dama. ¿Lo aceptas o no?

—¿Cuál es la población de Deauville en el mes de marzo? Es un pueblo. Cae bajo la jurisdicción del distrito de Caen, ¿no?

—A menos que el juez insista en comprobarlo, yo diría que no —decidió Richard—. Es una trampa. Durante los últimos doce años

ha habido quizá cuatro casos que involucrasen a turistas ingleses, y solo tengo que recordarte a Gaston Dominici. Cada vez, la prensa inglesa montó un follón inmenso sobre nuestro desprecio de los derechos humanos e intentó crear un incidente diplomático. Si el chico nos incitara a hacer algo interpretable como injerencia irrazonable nos tendrían en sus manos. Tal como está, nos acusarán de hacer campaña para manchar la reputación de los Rolls Royce.

—Yo lo veo así —dijo Castang, aliviado.

—Esta chica, Patience, un nombre bonito... Sus repetidas y prolongadas visitas al lavabo...

—Sí. No me proponía volver a abrir la gran controversia pro o antibidé.

—Hay una diversidad de pequeñas discrepancias. ¿Las que se podrían esperar, en tu opinión?

—El juez dice que no se detuvieron esta mañana, mientras que hubo una parada para poner gasolina.

—Y la chica fue al lavabo... está dentro de nuestro distrito. Enviaré a Orthez, es exactamente el trabajo adecuado para él. ¿Dejaron el coche realmente solo durante un rato? Lo pregunto simplemente para que sea irrefutable. Y hay que comprobar a la gente del aparcamiento de Thomas. Si el coche lo dejaron abierto. La gendarmería anda a la caza de los desalmados que birlaron a la abuelita, pero si tienes que deshacerte de un cadáver desnudo, rígido o no, no escoges la terraza del exterior de Thomas para carretearlo. ¿A propósito, encontraron a la abuelita?

—Claro que sí. El carnicero reclama ahora que a la abuelita la estropearon por el camino.

—¿Y el Rolls?

—Las cerraduras no las forzaron, es seguro. Electromagnéticas.

—¿Hay una sola llave que sirva para todas las cerraduras, incluyendo el portaequipajes?

—No tengo el informe todavía. Y esa Patience no sabía qué maleta había cogido mamá la noche anterior. ¿Luynes o Langeais? Pero un minuto después dice «la maleta pequeña». Desde luego tenían habitaciones separadas. ¿Qué haría que se fijase en «la maleta pequeña»?

—Yo diría que no es más que el resultado de hablarlo entre ellas. Tuvieron que permanecer durante una hora en el asqueroso

salón para casamientos de Thomas, y deben de haber intentado reconstruir el asunto. «¿Te di la llave, querida?». «Sí, ¿no recuerdas que no podías encontrar la pasta de dientes?» —asintió Richard.

—Si en tres declaraciones diferentes no aparecen al menos cuatro anomalías evidentes uno se olería una historia inventada desde lejos.

—En mi opinión, al menos parecían sinceros. Colin no, desde luego, pero ese es deliberadamente mentiroso. Solo quise desviarme de lo que realmente ocurrió en Tours.

—Empieza a investigar —dijo Richard secamente— sobre los turistas ingleses que recogieron putas en Deauville, incluso en el mes de marzo, y todo francés que visite Marks and Spencer será arrestado por ratería. Estas fotografías —las cogió— son inútiles para utilizarlas en una identificación.

Castang ni siquiera las miró. Ningún fotógrafo, y ciertamente ningún técnico de la policía, conseguiría convertir en reconocible aquella cara hinchada y distorsionada. Los policías miran los huesos, pero el público mira las facciones. Los policías miran las orejas, a las que no altera la estrangulación, pero esta chica tenía el pelo largo y lacio.

—La dentadura —dijo Castang.

—Desde luego, una vez que vuelva del laboratorio de patología. Obviamente, he pedido todos los expedientes de personas desaparecidas, pero francamente, me sorprendería que hubiera algo ahí, de modo que le di el trabajo a Orthez.

—Los otros huéspedes, en Tours...

—Tan solo recuerda que estás a menos de dos horas por autopista de París. Todos esos lugares son nidos de amor. Esa es la teoría del juez. Algo va mal a mitad de la noche. El tipo esconde el cadáver en un Rolls Royce abierto.

—Una gilipollada total. Lo pondría en su propio coche, el único del que estaba seguro que nadie iba a registrar.

—Cuéntales cosas así a los jueces, siempre contestan «el pánico se apoderó de él».

Ninguno se exponía a confundir el juez de instrucción con el juez inglés; a cada uno de los dos se les daba una entonación diferente.

—A ver qué dice Tours mañana —concluyó Richard—. Puedes

irte.

Castang se fue a casa. El día había sido lo suficientemente largo.

8

Los verbos también se conjugan en plural

CASTANG ESTABA VINCULADO a su ciudad más profundamente que un funcionario lo está con su ministerio. Le tenía cariño. Desde luego, todo oficial de policía espera obtener un ascenso. Era un oficial jefe con un título de derecho conseguido tras muchos esfuerzos; había ido a «la escuela» y aprobado los exámenes para llegar a comisario; tenía la antigüedad necesaria. Por lo tanto, técnicamente, solo estaba esperando que alguna vieja reliquia se retirara, para tener su «ascenso». Pero según la ley, cualquier «aglomeración» de más de quinientos habitantes debe poseer un comisario de policía. Fantástico; hay cantidad de horribles poblachos en lugares remotos que apenas si merecen llamarse ciudades, y él no tenía el más ligero interés en convertirse en el «notable del pueblo»: quería permanecer en las brigadas criminales y el ascenso dentro de ellas es un asunto más delicado. El no haber sido nombrado era, quizá, una buena señal de que al menos Richard no estaba ansioso por librarse de él. Se contentaba con quedarse donde estaba. No tenía auténticas raíces en aquella ciudad; no las tenía en ningún sitio. Pero le había «cogido cariño».

Una de las desventajas de salir del trabajo a la hora en que normalmente termina el turno de día es que coincide con la hora

punta... Entre las cinco y las siete de la tarde, la ciudad, como todas aquellas con una historia medieval, queda bloqueada por los coches, y no hay nada más insólito que encontrarse avanzando poco a poco por un cruce durante un interminable cuarto de hora.

Vivía en un barrio burgués de avenidas rectas y anchas con árboles, bastante cerca del centro. Y siempre que podía cogía su bicicleta, y no aquel estúpido coche. La bicicleta iba a la misma velocidad y era menos frustrante; al menos una tercera parte del tiempo iba más de prisa. Uno no tenía que estar sentado contemplando la parte trasera del cacharro que tenía delante y respirando sus asquerosos gases.

Tenía dos desventajas fundamentales. El alquiler era muy elevado (aunque su calle daba al canal, pero era tranquila y sin malos olores. Sin hipocresía, tanto lo era para él como para Vera). Y montar en bicicleta era peligroso. Los automovilistas odian las bicicletas, y hacen todo lo posible para tirarlas al suelo junto con los ciclistas. A Castang le tocaban la bocina diariamente, le maldecían y le obligaban a meterse en la cuneta; el ataque físico real con una poderosa y larga barra de metal, tan peligrosa como cualquier arma, ocurría a diario. Se defendía apeándose en los semáforos en rojo y dirigiéndose a los agresores les gritaba «¡oficial de policía!, ¡documentación!», con su voz más desagradable. A menudo daba resultado, ya que el automovilista muchas veces tenía tanto de cobarde como de matón. Pero le hacía perder tiempo y energía, sin que la policía lograra popularidad. Vera, que apenas salía y nunca en horas punta, no sabía realmente lo malo que podía llegar a ser. A un policía se le prepara para aceptar la idea de ser herido, y de morir, con una buena dosis de imperturbabilidad. Conjugas el verbo diariamente. Él, ella, muere. Tú mueres. Yo muero. No le entusiasmaba morir de rotura de pelvis y bazo machacado. Castang se alegró de llegar a su casa sin incidentes. No estaba dispuesto a pensar en mujeres desnudas metidas en el portaequipajes de un Rolls Royce; tenía suficiente preocupación por su propio pellejo.

Su casa era una típica muestra de la arquitectura urbana de finales del siglo diecinueve; alta, estrecha, recargada y horrible. Pero construida con espléndida solidez y, por lo tanto, silenciosa. Los ventanales dejaban entrar generosamente la luz y el sol, y

albergaban balcones de hierro forjado para que Vera tuviera su jardín, que, por cierto, no era menos esplendoroso por el hecho de vivir en tiestos. En este panal vivían abejas burguesas, recogiendo afanosamente la miel financiera. Castang no era popular en el edificio; todos estaban seguros de que resultaría ser una polilla. ¡Un policía en el edificio! ¿Qué vendría después? Incluso en el caso de que hubiera ladrones no podrían fiarse de él; con la policía siempre era lo mismo. Todo el mundo sabía que les traía sin cuidado...

Castang abrió la puerta, empujó la bicicleta por el vestíbulo, que olía como siempre a polvo seco y caliente y estaba pobremente iluminado por una lámpara Tiffany falsa con siniestros pedacitos de cristal de colores, y bajó las escaleras del sótano hacia las bodegas. Como en todas las casas de aquel tipo, había gran cantidad de bodegas que iban desde la parte delantera donde estaba instalada la calefacción central, a través de un pasadizo abovedado, como un puente de los Suspiros con entradas cerradas al paso a cada lado y que ofrecían oscuras visiones momentáneas de escondites burgueses donde se alimentaban las polillas y el moho lo corrompía todo, hasta la parte trasera donde yacían los cubos de la basura, y montones de periódicos viejos, jarrones rotos, y la bicicleta de Castang.

En esta madriguera subterránea vivía un anciano, desdentado e inofensivo ogro llamado monsieur Auguste, extremadamente duro de oído y totalmente chocho. La palabra «vivía» necesita ser explicada: se suponía que tenía casa propia en alguna parte, y presumiblemente dormía allí, pero se le encontraba aquí en el sótano durante todo el día y cada día. Era una especie de pariente del propietario, quien hablaba de él con respeto, ya que era venerable y, claro está, útil. Era una especie de conserje jubilado: no solo se ocupaba de los cubos de la basura, sino que arreglaba cerraduras y radiadores que goteaban, y tenía una especial afinidad con la instalación eléctrica, que como él, databa de mil ochocientos ochenta. Poseía un cuchitril cerca de los cubos de la basura, conocido como el «taller de monsieur Auguste», lleno de pomos de puerta rotos y de pestillos de ventana en bronce vistosamente esculpido, llaves cuyo peso bastaría para hundir un pesado transatlántico, piezas de segadoras victorianas, acondicionadores de aire y balanzas. Se había parado en seco con la invención del motor

de combustión interna; esa era una invención del diablo y no quería tener tratos con ella. En consecuencia, a Castang le caía muy bien. Y siempre era afable.

—¿Por qué no abre una tienda de antigüedades? —le preguntaba Castang.

Y monsieur Auguste le respondía con satisfacción:

—Es este viento.

La civilización en Europa se ha visto grandemente empobrecida con la desaparición del conserje.

En el centro del puente de los Suspiros, bajo el arco enladrillado, brillaba resplandeciente la bombilla desnuda de cien watios, a pesar de los catorce letreros angustiados que le suplicaban a uno que la apagase. Monsieur Auguste nunca había llegado a instalar un interruptor automático, esa invención completamente francesa, de una raza burguesa que despilfarra miles de francos poniendo la calefacción demasiado fuerte (el edificio parecía siempre un horno), pero que se siente inmensamente orgullosa de un mecanismo ingenioso para ahorrar unos céntimos.

—Monsieur Auguste —dijo Castang, con su voz que resonaba de manera extraña en los sótanos.

—Monsieur Auguste —bramó Castang, ensordeciéndose a sí mismo.

Seguramente estaba en el lavabo, ya que además de otros adornos el sótano presumía de tener un lavabo; la gente de la época victoriana estaba decidida a vaciar sus vejigas tantas veces como la familia real. El mismo mecanismo del retrete estaba exactamente calculado para que le gustara a monsieur Auguste y este se pasaba muchas horas allí. Siempre dejaba la puerta abierta, y si se le molestaba aparecía, valientemente adornado con tirantes y largos calzoncillos de lana.

La puerta estaba medio abierta; Castang le dio una circumspecta patadita.

Se abrió. Monsieur Auguste estaba presente, con los tirantes colgando de la cadena.

—Oh, mierda —dijo Castang.

Yo muero, tú mueres, la chica desnuda del Rolls Royce muere. Nosotros morimos, vosotros morís, ellos mueren. Castang sintió una intensa afinidad con monsieur Auguste. Nosotros morimos.

Castang agarró el diminuto cuerpo, seco y ligero como una polilla, lo levantó, desabrochó los tirantes y lo sacó fuera a la luz; una de las patéticas economías había sido el contar con toda la luz de la bombilla del corredor que se filtrase a través del cristal mugriento de encima de la puerta. Hizo un examen cuidadoso si bien superficial, muy parecido al que el cirujano de la policía había hecho aquella tarde, mirando los ojos y las uñas, balanceando las vértebras cautelosamente, intentando sentir a través de los tejidos inflamados. No se sentía nada feliz. Tendría que ir y ver al propietario. Esta vieja viuda avariciosa, que escondía su corazón en una bolsa de clavos herrumbrosos (uno de los escondrijos de Auguste, decía Vera), vivía en el tercer piso, justo enfrente suyo. Por lo menos, la discreción estaba asegurada.

9

Nunca hay dos sin...

DESPUÉS DE TODO, la propietaria tenía un corazón. Las lágrimas corrían abierta y espontáneamente, sin preocuparse de si se desprestigiaba ante un inquilino, y menos con ese.

—Era mi hermano —gangeó desdichadamente—. Mi único hermano, y el último vínculo con los viejos tiempos.

A Castang le agradó aquel resquicio de luz. Se le ocurrió que no le haría ningún daño quedar bien con la propietaria.

—Puede dejar el caso en mis manos, ¿sabe? Me encargaré de que sea tratado de manera que los problemas y las molestias queden reducidos al mínimo. —Al fin la policía iba a justificar su existencia...

—Oh, monsieur Castang, qué bendición es tenerle en la casa.

Es cierto que, en este momento un leve «¡oh, Dios mío!», arrugó el fino rostro, pero la buena mujer se mantuvo firme:

—¿Puede mantenerse el asunto al margen de los periódicos?

—Lo hacen lo mejor que pueden para evitar informar de suicidios.

Esto hizo que volviera a empezar.

—Oh, Auguste... oh, no es posible...

Eso era lo que él pensaba, pero tenía que asegurarse.

—¿Ha estado quejándose de dolores?

—Auguste tenía solo setenta y dos años —indignada—. No hay

cáncer en la familia, monsieur Castang, somos una raza fuerte. Mi padre murió a los noventa de neumonía y mi madre a los ochenta y cinco. Auguste estaba fuerte como un roble. Y era un hombre muy feliz.

Sí, pensó él, un poco sorprendido pero convencido, eso era verdad.

—Tendré que traer aquí —aclaró la garganta—, los equipos de la policía. Serán discretos y silenciosos, se lo aseguro.

—Supongo que lo son —dijo pensándoselo—. Vendré —añadió con resolución—. No me pida que baje a ese sótano.

—Déjemelo a mí.

Montó guardia en el vestíbulo. Dos o tres inquilinos, al verla, mostraron a la vez curiosidad y la intención de quejarse. Ella hizo que su voz llegara hasta donde él pudiera oírla desde el sótano.

—Hemos... nos hemos encontrado con un pequeño problema, que monsieur Castang, muy amablemente, me está solucionando, y les ruego que no hagan preguntas. No se trata de la seguridad de la casa. Mañana estará todo aclarado. Por favor, no alarmen a los demás.

Era realmente un asunto para la brigada de seguridad urbana, y el comisario Favre, pero no quería un gran número de policías uniformados, o la ambulancia de la policía de socorro. Había llamado al oficial de guardia de la PJ y a Richard, que muy bien hubiera podido refunfuñar por tener que salir a la calle a la hora de cenar, pero no lo hizo. Hubiera podido enviar a Lasserre, pero no lo hizo. Era una especie de lealtad que hacía que sus subordinados le apreciaran.

Los técnicos de la PJ tuvieron intenciones de hacer chistes sobre un cadáver en la famosa residencia burguesa de Castang, pero les hizo callar. Hicieron las mediciones usuales y las fotografías de costumbre sin gran alboroto. Tal como les había pedido, trajeron la furgoneta sin distintivos. Monsieur Auguste fue trasladado, con decencia y discreción, al Instituto Médico Legal (eufemismo administrativo para la «morgue») tan pronto como Richard le hubo echado un vistazo.

—Lo siento —dijo Castang—. A mi parecer es un evidente montaje. Tú debes decidir. Pero mira esas magulladuras, no pude dejar de pensar... aquí, Martin, danos un poco más de luz.

Richard se tomó su tiempo, haciendo que Castang pasara un momento incómodo.

—Sí —dijo al fin—. Patología tendrá que confirmarlo, pero estoy de acuerdo. Han puesto la ligadura para esconder la estrangulación manual. Una coincidencia interesante. Si hubiera sido un codo como esta tarde, Patología lo detectaría, pero tú —nosotros— no. Un punto discutible, quizá, pero es imprescindible para empezar. Puede hacer que todo cambie ¡Hum!, esta es tu casa. Yo me atrevería a decir que, por muy pesado que pueda ser, preferirías que lo dejara en tus manos.

—Quizá —dijo Castang con cuidado—, si no te importa dile una palabra amable a la vieja especuladora que hay en el vestíbulo. Mi casera...

—Claro —dijo Richard—. Lo entiendo perfectamente. No te preocupes.

Y Castang se mantuvo al acecho durante un minuto, mientras se oían unos tranquilizadores murmullos. Richard era excelente manejando a la burguesía. Su porte era siempre el de un caballero, incluso cuando se le hacía salir a mitad de la cena.

Castang la encontró de pie en el umbral, mirando hacia la calle, mientras se despedía de Auguste. Habían sujetado la puerta para que quedara abierta y dejara pasar la camilla. Por un momento se preguntó por qué le parecía tan familiar, de alguna manera tan característica. El vestíbulo estaba poco iluminado; las farolas de la calle eran lo suficientemente distantes unas de otras como para no proyectar más que una luz difusa sobre el viejo rostro arrugado; su mandíbula se ladeó y elevó, observando y escuchando.

Entonces lo reconoció. Era exactamente la posición en la que Auguste acostumbraba a mantenerse en pie, inmóvil, esperando a los basureros, para asegurarse de que trabajaban como debían y no dejaban porquería en la acera. En el vestíbulo si llovía; si hacía buen tiempo —como era el caso ahora, una hermosa y templada noche de primavera— afuera en el umbral, en una postura que pertenecía tanto al hermano como a la hermana, escuchando y observando. Exactamente igual, sin ver nada y menos oír. A los fantasmas quizá.

¿Quién demonios podía querer matar a Auguste? ¿Por qué? Pero ahora no tenía intención de pensar en ello. Vera empezaría a estar

preocupada, indudablemente. Era demasiado sensible como para no haberse dado cuenta de los extraños tejemanejes, y demasiado discreta como para bajar a trompicones para averiguar qué pasaba. Pero él debía tranquilizarla inmediatamente.

Y no era asunto de la PJ, no hasta que se hubiera hecho un examen médico oficial. El Laboratorio de Patología (deprimente herramienta tan familiar a las investigaciones policiales) era en realidad un departamento del Hospital de la Universidad, y si había alguna polémica sobre una muerte podían obtener un dictamen muy bueno; la autopsia la haría un catedrático, y no algunos estudiantes escogidos al azar o técnicos del laboratorio. Castang pensaría en monsieur Auguste en algún momento del día siguiente.

También había aquellos molestos ingleses, rondando por ahí. Maldición.

Tenía que dejar pasar tiempo de una manera útil y oficial haciendo informes. A pesar de urgentes peticiones privadas para que se solucionara tan rápido como fuera posible para evitar incidentes diplomáticos, no se podía esperar que Tours enviase respuestas antes del almuerzo. Una «comisión rogatoria» enviada por un juez es, en el mejor de los casos, un asunto laborioso. Una autopsia tampoco podía apresurarse. Monsieur Auguste tendría que esperar, hasta que pudieran atenderle.

El señor Martin Greene, educado para ser paciente, aunque esperaba no tenerlo que ser por mucho tiempo, había recibido instrucciones y le habían enviado al Hôtel d'Albion

, y se preguntaba si, dadas las circunstancias, la familia del juez estaría realmente interesada en visitar la ciudad... Al cónsul general de Su Majestad Británica le habían sacado de la cama bajo el pretexto de que era una conveniente visita de cortesía, ya que el honorable sir James era un distinguido, ¡ejem!, visitante, ¡ejem!, involuntario, ¿qué era lo que dictaba el protocolo en el caso de un sir que encuentra una no solicitada mujer joven en el coche? Al cónsul general la noticia no le había agradado en absoluto. El juez de instrucción estaba preocupado, excitándose con diversas hipótesis, todas ellas capaces de desencadenar mala publicidad. El famoso secreto de instrucción era una ficción legal, y una palabra con doble sentido: la llamaran como la llamaran, detestaba la frase.

Castang era casi la única persona involucrada a la que se había dejado relativamente tranquila, pero incluso esto no duró mucho; su teléfono sonó.

—Sube, ¿quieres? —dijo Richard, con una extraña nota en la voz.

Estaba solo fumando un cigarrillo.

—Castang, lamento importunarte. Pensé que te gustaría saber esto. En este mismo momento he recibido un informe rutinario de la oficina de Favre, sobre un suicidio descubierto hace una hora o así en tu muelle. Y no, no hay error, por difícil que sea de creer. Le encontraron un carnet de identidad al individuo, y he llamado para verificar. Dicen que le conocen. Reille, Joseph Reille. ¿Te dice algo esto?

—Nunca había oído ese nombre, lo cual no quiere decir nada excepto que no es de mi edificio. —Castang se encogió de hombros—. ¿Quiénes son ellos?

—Avenue Briand ¿dónde si no?

—Supongo que la esperanza es lo último que se pierde.

El comisario de zona, Marchand, no era un amigo; ciertamente no lo era suyo, no lo era ni siquiera de Richard. Conseguiría muy poco telefoneando. Cuando el público dice que odia a la bofia, se refiere a Marchand. Distante e inútil, despótico e indiferente. Con sus colegas tenía fama de quisquilloso. Intentar hacer algo con Marchand o a través de él era desperdiciar tiempo y energía en cada ocasión, pero especialmente ahora. Castang podía adivinarlo... Había sido arbitrario la noche anterior, y se había contentado con una nota oficial enviada por el oficial de servicio. Una muerte en el distrito de Aristide Briand de la que se sospechaba que fuese un homicidio, y por lo tanto la PJ se ocupaba directamente de ella. Una especie de venganza burocrática estaba empezando.

—Lo mejor será que lo compruebe —suspiró.

—Eso es lo que yo había pensado —dijo Richard.

Sin duda no era más que una coincidencia, pero la policía sentía una antipatía inherente por la palabra y el hecho.

10

... Tres

DEBÍA HACERSE ALGO con las comisarías de provincias. Especialmente con aquellas que estaban en zonas urbanas del siglo diecinueve. ¡Espérate sentado! Supón que consigues que el sociólogo de la ciudad (es decir, alguien de relaciones públicas) y el arquitecto municipal (casi con certeza el cuñado de la esposa del alcalde) estén de acuerdo en dejar que un policía diseñe una comisaría. ¡Espérate sentado! Uno se quedaría encallado sutilmente en la maquinaria de las finanzas municipales, de todas maneras.

Algunos países escandinavos (desde luego) han intentado hacer algo en lo que se refiere a dar la bienvenida al público. Han construido una especie de vestíbulos de hotel en los ayuntamientos, o las prefecturas o donde sea, con el suelo enmoquetado, palmeras de plástico y guapas recepcionistas. Muy parecido a los bancos. Al igual que con esos, el público ha tenido el sentido común de echar un vistazo y decidir que se le sigue estafando.

Incluso en Francia hay comisarios de policía que hacen experimentos, cosas pequeñas como cambiar la pintura gris por crema y colocar algunas flores. El comisario Marchand no era uno de ellos.

Richard había hecho una vez unas «recomendaciones económicas» referentes a las oficinas de la PJ. Finalmente, le replicaron con una nota diciendo en prosa municipal que cualquier

violación de la uniformidad del edificio era deplorable, contraria al reglamento y totalmente impensable.

—Se necesitaría muy poco dinero —se había lamentado Vera—. Apenas nada. Las nueve décimas partes del buen gusto con sencillez y conveniencia.

—¡Ja!, sí —había dicho Castang con mala intención—. Ya puedo imaginarme a un directivo viniendo desde el Ministerio. De ahora en adelante demostrarán tener buen gusto. Eso es fácil. Como prohibirle a la marina desfilarse en zapatillas.

La avenida Aristide Briand no es demasiado complicada en cuanto a arterias. Tiene árboles y tiendecitas que venden pasteles o antigüedades. Era solo que la comisaría local tenía que estar situada en la casa más pequeña, fea y mediocre de la calle. Se encuentra en una esquina con corrientes de aire, tiene las ventanas con barrotes hasta el primer piso y está pintada de un rojo oscuro amarronado, como sangre seca. ¿Por qué no hay barrotes en los pisos superiores? Para que los sospechosos a los que se esté interrogando puedan saltar con más facilidad.

La sala de espera estaba repleta de público. No podía decirse quiénes habían sido «citados» (palabra siniestra) y quiénes habían acudido para presentar una queja; de ambos casos había muchos, los pobres. Castang (siempre se tiene que ser amable) estrechó la mano de unas cuantas personas que conocía de vista y se escabulló escalera arriba a la oficina de la «Sûreté Urbaine». La puerta del señor Marchand estaba bien cerrada y deseó que permaneciera así. Generalmente lo hacía.

—Habéis tenido un suicidio esta mañana, por lo que parece, en el canal.

—Ah, sí, ahí es donde vives, ¿no? Habéis tenido uno en la casa, por lo que sé. Simplemente no pueden resistir por más tiempo. No era más que un *clochard*.

Un *clochard* es un vagabundo, alguien que no tiene ni una perra, aunque ninguna de estas palabras es técnicamente exacta.

¡El *clochard*! Los ojos de Castang se abrieron. Bastante a menudo se encariñan de un cierto lugar y allí «eligen domicilio». Excepto cuando el frío era intenso, este vivía en el muelle, a unos cien metros de Castang. Se conocían bien el uno al otro. En cierto sentido eran casi amigos. Lo que equivale a decir que Vera y el

clochard eran casi amigos. Pero en su mutua relación, los dos hombres mantenían una tolerancia digna y amable.

Tenía que tener tacto.

—Me gustaría tener información sobre ello. Es como tú dices, mi barrio.

—No tengo ningún expediente. Se cortó el cuello con una cuchilla de afeitar. Se la ha calificado de muerte rutinaria. El jefe no vio la necesidad de emprender ninguna acción. ¿Quieres el informe?, no se ha archivado aún —escarbó en el cesto.

Breve y conciso, hasta el punto de ser patético, aunque Castang estaba demasiado acostumbrado a aquellas cosas para notarlo.

Mientras el agente Bastian Dominique estaba de guardia en la susodicha fecha, le fue notificado por un empleado municipal de Parques y Jardines que había un cuerpo en el terreno yermo correspondiente al n.º 44 (antiguo estacionamiento de remolques). El agente Bastian se dirigió al lugar y efectuó las observaciones usuales. Era bastante obvio que estaba muerto y que la muerte la había producido una incisión autoinflingida en la arteria carótida derecha, lo que provocó una intensa hemorragia que causó la muerte casi instantáneamente; se calculaba que el fallecimiento se había producido dos o tres horas antes (la sangre estaba congelada y se estaba secando) o quizá al alba. No había señales de lucha o alboroto. El individuo, un tal Joseph Reille, lugar y fecha de nacimiento los que se mencionan, y sin medios conocidos de sustento, acampaba habitualmente en este lugar, hecho que conocían tanto el agente que hace el informe como el resto del distrito. Al individuo se le tenía por alcohólico, gravemente afectado tanto física como mentalmente. Crisis etílica (alcohol) se da como motivo más probable de la muerte. Se le conocía como una persona pacífica, que evitaba a otros de su especie; no es probable una pelea o disputa (violenta) y la evidencia no lo demuestra. Conclusión: suicidio o un posible accidente en un momento de alucinación. Evacuación: se llamó a una ambulancia de la policía de socorro y se llevaron el cadáver. Se hicieron mediciones *in situ*. Declaraciones tomadas a los testigos (adjuntas). Trámites posteriores, considerados como innecesarios, sujetos a las precauciones usuales.

Atestiguado y firmado por el agente investigador, Dominique

Bastian, Distrito Tercero.

Adjunta había media página de la declaración de Souche Thierry, jardinero municipal, atestiguando lo antes mencionado. Las observaciones del agente investigador eran, por todo cuanto él sabía y creía, exactas y estaban confirmadas por sus propias conclusiones.

A estas cosas se las marca con un sello de goma, que o bien dice «informar y comunicar» que significa seguir adelante, o «clasificar», a la discreción del oficial de supervisión. Marchand le había puesto el último, y una inicial. ¿Por qué dejar que estas cosas anden rondando por ahí? Cerrado incluso antes de ser abierto. Significaba que Castang no podía hacer nada, a menos que Richard... lo cual sería ir en contra del sentido de la administración, y Richard no lo haría. Si Castang quería hacer algo tendría que ser en su tiempo libre.

Miró su reloj. Puede que le necesitasen de vuelta en la oficina con urgencia, pero un cuarto de hora... El agente Bastian estaba aún de guardia y de uniforme, de modo que incluso quedaba descartado un traguito rápido en la taberna de enfrente. Era un muchacho joven con un rostro sincero y natural, pero se estremeció y se puso a la defensiva.

—¿No hay ningún problema, no?

—No por mi parte. Y no es nada oficial. No te preocupes. No voy a molestar a monsieur Marchand. Puede que quiera verte en casa, ¿que está dónde?

—La Mouette —dijo a regañadientes, pero Castang era un oficial, y si decidía malgastar el tiempo libre de todo el mundo...

—No es más que un interés personal. Yo vivo en esa calle. Puede que no sea nada.

—Mire, estoy cubierto, no importa lo que sea.

—Sí, sí —dijo de mal talante—. Puede que ni tan solo me moleste.

Sería conveniente ver a monsieur Souche mientras su memoria estuviese fresca. No se habría marchitado por la noche en la taberna pero, ciertamente, se habría adornado. Por la tarde quizá...

Hizo bien en no perder el tiempo, porque había llegado el télex de Tours.

11

Merde, alors!

UNA BREVE Y, necesariamente, muy superficial comprobación confirma por completo el relato de sus testigos ingleses, excepto detalles microscópicos. Al menos tres empleados del hotel están implicados en la manipulación del equipaje. Por razones obvias es muy poco probable que tengan algo que ver, pero todos convenientemente imprecisos a causa de un horror, igualmente obvio, a las molestias. Los porteros de día y de noche admiten haber manejado llaves, pero afirman que nunca abandonaron el mostrador. El mozo de recepción, quien físicamente transportó la maleta, afirma que no vio el interior del portaequipajes del coche. Comillas, me quedé allí de pie y me cargaron con un montón de trastos, cierra comillas. El mismo chico sacó la maleta a la mañana siguiente, pero afirma que la dejó en el suelo junto al coche. Al pedirle una explicación dijo, comillas, me dio la impresión de que eran del tipo de clientes a los que no les gusta que les toquen el coche, cierra comillas. Esto fue respaldado por otros miembros del personal, que mencionaron clientes quisquillosos y difíciles, pero no puede verificarse. Por lo tanto, no podemos estar seguros de si

el coche estuvo cerrado durante la tarde y noche, es decir, un período total de trece horas. El aparcamiento se encuentra a cierta distancia del edificio principal y tapado por los árboles. Las conversaciones preliminares dieron al personal de conserjería la impresión de que se trataba únicamente de un robo. Cuando se le informó de que se trataba de una muerte y de que era una investigación de homicidio, el sobresalto que mostraron todos puede explicarse como típica autodefensa airada, pero no hubo cambios esenciales en las declaraciones, y las afirmaciones permanecieron inalterables. Hicimos una grabación y la enviamos. En mi opinión, el que el personal del hotel esté involucrado es altamente improbable. Hoy tomaremos declaraciones escritas. Aconsejamos discreción hasta finalizar la investigación. Benoît PJ Tours.

Richard, Lasserre, Cantoni y Castang meditaron sobre aquello.

—Sé lo que el juez va a decir.

—El que la muerte apareciera en su terreno es un puro tecnicismo. Evidentemente, toda la investigación le pertenece a Tours.

—Una cosa es segura, y es que no hay ningún motivo para suponer que los ingleses estén involucrados, por lo tanto no pueden echársenos encima.

—¿Qué hace que estés tan seguro?

—Todo el asunto de las llaves. Se las pasaron de mano en mano; todo el mundo piensa que el otro cerró el maletero, pero el resultado es que el maletero permaneció abierto toda la noche y cualquiera pudo acceder a él.

—¿Cómo tuvo acceso tu asesino a esta importante información?

—Bien, de eso se tiene que preocupar Tours. Todos los demás huéspedes de ese día. O proveedores. El tipo que se lleva la basura.

—¿A qué distancia está el pueblo o lo que sea?

—A unos tres kilómetros, y el cruce con la carretera principal de Tours justo más adelante.

—Ahí lo tienes. Cualquier transeúnte ansioso por deshacerse de un cadáver. Piensa tirarlo entre los arbustos, encuentra un coche abierto, mejor aún, así crea más confusión. Podría haber pasado en

cualquier sitio entre París y Nantes.

—Difícilmente. El factor tiempo. Como muy temprano, la muerte ocurrió en las últimas horas de la noche anterior.

—Aún sigue habiendo mucho tiempo para deshacerse de un cuerpo. ¿Cuándo se marcharon los ingleses?, ¿a las nueve?

—Los ingleses no hubieran podido meter una maleta en el portaequipajes sin darse cuenta de que había un cadáver.

—No seas cretino; todo se basa en que los ingleses nunca abrieron el maletero. Echaron la maleta dentro del coche. Sobraba sitio.

—La historia del chico del equipaje es coherente. Si dejó la maleta junto al coche y ellos no la descubrieron hasta el último minuto, es bastante probable que la metieran dentro del coche.

—Me parece muy poco convincente.

—No, hay gente así, que acusaría a los empleados del hotel de cualquier cosa, incluso de dejar marcas alrededor de la cerradura.

—Como el tipo que dice que los empleados del hotel están fuera por razones obvias. Todo les señalaría a ellos, ya que tocaron las llaves. E inicialmente se les interrogó bajo la impresión de que no era más que un robo.

—Es igualmente obvio que jurarían en falso que nunca lo habían tocado. No hay necesidad de estar en connivencia.

—Conozco a Philippe Benoît lo suficiente para saber que ha hecho un trabajo bien hecho. También le ha pedido a la gerencia del hotel que haga una lista de todos los visitantes, incluso de los que pasaron allí la noche. Además del fontanero y el hombre de la basura. Hablé con él anoche.

—Gente de todas partes del país, sin duda. Puedo ver las comisiones rogatorias extendiéndose a lo lejos, hacia la eternidad.

—Hasta que obtengamos una identificación de la chica muerta.

—Si esos condenados estúpidos ingleses no hubieran sido tan gandules y hubieran abierto el maletero en Tours, nunca nos hubiéramos visto metidos en todo este disparate.

—Ya que estamos metidos, ¿de qué sirve quejarnos?

—Sí, pero *merde, alors!*

—Es absolutamente prioritario que nos libremos de los ingleses.

—Es verdad. O tendremos al Ministerio de Asuntos Exteriores y a la Cámara de los Lores, y al Ministro de Comercio quejándose, y,

y...

—El primer chambelán.

—Exacto. Absolutamente.

—Muy bien —dijo Richard—, iré a ver al juez. Esto será todo para vosotros tres. A propósito, ¿comprobaste ese informe del suicidio, Castang?

—Enviaron a un policía. Este echó una mirada y lo metió todo rápidamente en el cubo de la basura. Regresó y escribió un informe. Todo el asunto le llevó un cuarto de hora. El informe fue hasta Marchand, que no había levantado el culo, y le ocupó tres microsegundos ponerle el sello de «clasificar». De modo que no hay nada que hacer, a menos que uno tuviera muy buenas razones. Hablaré con el testigo que lo encontró.

—Sí, todo es tal como uno se espera. No hay razón para suponer que no tenga razón, ¡ay! Era solamente la coincidencia lo que resultaba molesto. Fausta, llama por teléfono a Patología, ¿quieres?, y pídele al profesor si me puede dedicar un momento. Si eso es pan comido, el juez firmará la salida. Este bien podría resultar una molestia, Castang, por lo tanto reza una piadosa oración ¿quieres? Ya hace una semana que no tenemos un atraco a un banco.

—Un momento —dijo Fausta—, el señor Martin Greene está al aparato.

—Un pesado —dijo sin sentirse preocupado—. Diles a todos que se vayan a almorzar, y que les diré algo antes de que se hayan tomado el café. Iré personalmente al Albión. Buenos días, profesor...

Castang se fue volando, murmurando por el pasillo. Vete pronto a almorzar, idiota. Estaba a medio camino de casa, cuando le asaltó un horrible pensamiento.

Quizá el joven Bastian se había equivocado. O quizá lo he hecho yo. Pero el informe decía sin duda arteria carótida derecha, de delante a atrás. Porque el *clochard*, y esto es algo de lo que estoy seguro, era zurdo.

Debo haberme confundido. Porque *alors, merde!*

12

Patología y parasitología

RICHARD VIO SALIR a sus policías por la puerta con alivio. Había ocasiones en las que era excesivamente irritante. Cantoni era un buen policía, con talento para asuntos de gánsteres y atracos a mano armada, en gran parte debido a que su mentalidad era muy parecida a la de ellos. Bastante audaz, decidido, muy rápido, y alarmantemente insensible. Lasserre, que el Señor nos perdone, era también un buen policía, incluso a pesar de tener la moralidad de una gaviota y, también la mayoría de las otras características de esa desagradable bestia: duro, codicioso, ruidoso y rencoroso. Castang era el más brillante, y también lo bastante sensible e imaginativo como para valer por dos, pero poco fiable porque estaba lleno de debilidades y tenía tendencia a ponerse a soñar en el momento más inoportuno. Agrupado con el corso, formaban un equipo fuerte, pero se tenían aversión el uno al otro... En cuanto a Lasserre... ¡Se detestaban mutuamente! Castang se las arreglaba bastante bien por su cuenta, si no lo enviaba todo a la mierda con una de sus típicas idioteces.

—Sí —dijo tomando el auricular.

—Siento haberle hecho esperar —era una voz tan áridamente seca y de una tan estudiada falta de emoción, que uno no podía figurárselo fuera de su ambiente esterilizado, aunque Richard sabía que tenía seis hijos—. Ya que sé que tiene prisa y como yo aún no

he dictado el informe... Germánica, para empezar. Su hombre tenía razón; la cogieron por detrás con el ángulo del codo, asfixiada por presión del antebrazo. Laringe aplastada, que hace que la persona se asfixie. Una cosa que creo le interesará: estaba embarazada de nueve semanas. Trabajo sedentario, secretaria, jugaba mucho al tenis. Su dentadura era mala; arreglada considerablemente, y aún le faltaban muchos arreglos más. Había andado mucho descalza. Veamos; grupo sanguíneo, pulmones de fumadora. Algo de alcohol en la sangre, de hecho más bien mucho, estaba bastante borracha. Una comida fuerte una o dos horas antes de la muerte. Comida trivial: marisco, bistec, patatas fritas, ensalada, pastel. Por la hora de la comida, podemos fijar la muerte alrededor de medianoche. Contacto sexual entre la comida y la muerte, pero no podemos clasificar el esperma. No diría que hubo lucha; es una palabra demasiado vaga. La trataron con un poco de brutalidad; magulladuras en la parte superior de los brazos y en la zona torácica. Algunas antiguas. No implican una violación: fue una pareja complaciente. ¿Es eso suficiente para empezar o quiere más?

—Es suficiente por el momento, tengo que ver al juez. Tengo una idea general. Y muchas gracias. De todas maneras, ¿ha terminado su trabajo?

—Tengo bastantes para ir tirando. Pero con esta sí, provisionalmente. Tendré el informe tan pronto como lo pasen a máquina.

—Gracias de nuevo —dijo Richard.

—Estoy intentando hablar con usted desde hace media hora —dijo la voz del juez, de mal talante—. Esa chica suya...

—Ella trataba de distraerle —mintió Richard suavemente, sin permitir ningún tipo de charla sobre su Fausta—. Tengo un télex de Tours y el resumen telefónico de los hallazgos patológicos; intentaré condensárselos aún más, ¿de acuerdo?

Se habla de tener la paciencia de Job, pero ¿estuvieron los jueces entre sus aflicciones?

Le dio muchas vueltas a «verlo por sí mismo». ¿Qué era lo que había que ver? El debido proceso de la ley y la separación de poderes, y comprobaciones-y-comparaciones (una barbaridad de frases que salían con facilidad de la boca de los políticos). Muy bien, Richard admitía de buen grado que el juez de instrucción

tuviera, por supuesto, el derecho a controlar y supervisar las investigaciones policiales. Sonaba bien. Al público le gustaba bastante la idea de que un magistrado honrado y escrupuloso vigilara severamente al *sheriff* poco honrado. En realidad no era más que una legislación de mierda cuyos orígenes se remontaban a Fouché; Napoleón había padecido de un muy sano recelo a conspiraciones mientras él estaba fuera, y desconfiaba totalmente de su ministro de Policía.

De cualquier manera, *quis custodiet ipsos custodes*, o ¿quién vigila a los vigilantes?

En efecto, muchos jueces practicaban una cómoda negligencia y se tomaban algunas molestias para no saber cosas que no les haría ningún bien saber. ¡Te encuentras con un par de asuntos molestos y complicados, y tienes que ir a dar con un pequeño impertinente, pagado de sí mismo, como aquel, apenas recién salido de la facultad de derecho e imaginándose a sí mismo como a un enviado de Dios para cuidar de la ética de Richard! Era pura mala suerte que la casa donde vivía Castang, de ordinario una colmena de parásitos burgueses, sí, pero meramente cómicos, estuviera ahora produciendo el mismo tipo de mequetrefe inquieto. Castang trastornado, para acabarlo de arreglar... Había más de una especie de parásitos. Los rinocerontes tenían un ave parasitaria sobre su cuerno y los tiburones una rémora sujeta a su estómago, y él, Richard, tenía que vivir permanentemente con una solitaria cuya longitud era tal que daba tres vueltas a su oficina.

Incluso sus treinta segundos de soñar despierto debían recibir su castigo: Fausta le llamó por teléfono.

—Ese cónsul pesado está al teléfono otra vez.

—Inmediatamente estoy con él —dijo Richard en su voz normal, controlada.

¡No pensaba tener a ningún cónsul pegado a su estómago!

—No, nada, gracias —esperando que su estómago no hiciera ruidos. No era asunto suyo si el comisario no había almorzado—. No estamos seguros de nada, señor Greene, excepto de que esto es un caso curioso y que hasta ahora no hemos avanzado en su esclarecimiento.

—Es exactamente este adjetivo, comisario, el que sin duda hace que sea obvio que mis compatriotas aquí presentes deben estar de

lleno en el campo de acción de sus investigaciones. Curioso es la última palabra que podría decirse que es aplicable.

—Bien, tal como está, no hay discusión posible. ¿No le molesta mi cigarro verdad? No he tenido tiempo; deben ustedes comprender que esto no se va a resolver en veinticuatro horas. El resultado de la investigación sumarial que se hizo en ese hotel demuestra que con toda probabilidad el coche quedó abierto.

—Lo he estado diciendo todo el tiempo, asegurando que aquella gente no era de fiar —empezó la señora con xenofobia.

—Calla —dijo Patience.

—Por lo tanto, debemos asumir que la joven fue introducida en el coche en algún momento durante la noche y ampliar, por consiguiente, el ámbito de nuestra investigación. Deje que me explique, por favor, señor Greene. No tengo ningún deseo de mantener a su familia aquí, y son libres de hacer lo que les parezca.

Se intercambiaron miradas de triunfo.

—Hay una pequeña salvedad —siguió Richard, escogiendo sus palabras—. Debe quedar bien claro que el juez de instrucción tiene el derecho de escuchar y, si es necesario, convocar testigos. Este juez es extremadamente concienzudo y meticulado, cualidades que sir James aquí presente es quien mejor puede apreciar. ¿Podría traducirlo, señor Greene?

—No es necesario —dijo el juez, cortésmente.

—En el caso, pues, de que aparecieran pruebas que requirieran confirmación por su parte, quizá serían tan amables de decirme dónde les puedo localizar.

—Bueno —dijo Rosemary, un poco agitada—, es que, quiero decir, supongo que es razonable, pero la cosa es que no tenemos planes definidos. Quiero decir, Colin quería esquiar y nosotros pensábamos quedarnos en la costa sur, si el tiempo era bueno. Quizá cerca de Cannes. Pero si hacía mucho frío y viento, pensábamos ir a las montañas.

El rostro de Colin demostró claramente que no iba a suceder así, si él podía evitarlo.

—¿En qué lugar pensaba? —le preguntó Richard.

—No lo sé —dijo a la ligera—. Val quizá, o Tignes, donde haya buena nieve. Incluso podría pasar a Suiza —dijo deliberadamente provocador— arrastrando un abrigo.

¡Como si Richard no supiera que ni todos los jueces de Francia pueden hacer volver a alguien de Suiza!

—No es problema. Yo sugeriría una postal si no fuera porque tardan un mes en llegar. Estamos hablando de las próximas dos semanas. ¿Ustedes estarán aquí aproximadamente ese tiempo?

—Más o menos —dijo Rosemary a regañadientes—. El principio que hemos tenido no es muy animador que digamos. ¡Lugares donde ocurre esto!

—No debe permitir que lo ocurrido, o yo, le estropeemos sus vacaciones, madame —fue tan agradable que alguien le hubiera comprado su coche de segunda mano sin dilación—. Una simple llamada telefónica a la comisaría de Cannes o de Niza, eso no les será una molestia. Tan solo para decir dónde estarán durante los tres días siguientes, y más o menos cuándo se irán. —Solo unos rasguños en la pintura, eso no es nada.

—De acuerdo —dijo de mala gana.

—Tratar con ustedes es un gran placer. Uno tiene la completa seguridad de que si han dado su palabra la mantendrán.

—Nuestro consulado en Niza... —empezó a decir el señor Greene con indecisión.

—Excelente sugerencia —dijo Richard, pasando por alto el hecho de que esta no era la sugerencia—. Podría resultar embarazoso el hecho de tener que ir telefoneando a las comisarías de policía. Una palabra a un colega del señor Greene y ellos se ocuparán de hacerlo por ustedes.

—Eso no era exactamente lo que yo, oh, bueno, supongo que sí.

—Déjenme desearles unas agradables vacaciones. Se debe estar maravillosamente bien allí, ahora. No piensen más en esto, ese es mi trabajo. —Se sentía lleno de amor—. Los jueces —dejó volar la fantasía— quieren confirmaciones de testigos irreprochables.

Los ojos azules de sir James Armitage no dejaron entrever su gusto por las extravagancias, pero el mensaje había sido recibido.

—Hemos hecho lavar el coche —dijo como despedida—. Está afuera ahora. Está precioso. —Se apresuró a volver a su despacho.

—Envía un télex, por favor, Fausta —dijo con la boca llena de un tardío bocado al que en América llamaban un BLT—. PJ Niza y Grenoble, no, pensándolo mejor dirígelo a todos. Transmítelo a todas las comisarías de la región. Ese condenado parásito del juez

no quería dejarles ir. ¡Idiota!

—¿Y si cruzan la frontera?

—No lo harán, parecería como si tuvieran algo que ocultar.

—¿Crees que lo tienen?

—Me sorprendería. Pero odio las sorpresas; encárgate de que no reciba ninguna. El juez quería que entregaran sus pasaportes. ¡Imagínatelo!

—¿Y si regresan rápidamente a casa y dan una conferencia de prensa?

—Entonces habría habido un error judicial del que el juez me culparía. No sería el primero. Pero eso es mejor que un incidente internacional. Todo lo que tenemos ahora es un despilfarro de los fondos públicos. Es menos malo. ¿No estás de acuerdo?

—Tengo mucho trabajo —dijo Fausta, suspirando.

13

Jardinería

EL ALMUERZO había sido poco afortunado, porque Vera, que ya estaba trastornada por el horrible y triste final de un anciano inofensivo, se sintió atacada y aplastada por el lento avance del *bulldozer* de la violencia y la miseria. Esta vez no podía filtrarse. Igual que el árbol que estaba afuera era «su árbol», este era «su *clochard*». Castang lo sabía, pero no había calculado hasta qué punto se sentiría implicada y quedó sorprendido por su negativa a comer. Era otra demostración más —le pareció— de su torpeza e insensibilidad. Se culpó a sí mismo y la culpó a ella, y a su embarazo, e hizo un desgraciado embrollo de todo aquello.

No quería andar rondando por ahí, pero quería pescar a monsieur Souche, el cual había dejado un azadón y varios montones de escombros y otras señales de que tenía intención de volver. Vagabundeo y se impacientó. ¿Qué estaban haciendo aquí, de todas maneras? Como sucede con la gente que no entiende nada de jardinería, le pareció que aquel tipo estaba siendo únicamente destructivo. El complejo municipal por la limpieza era ofensivo: no era más que un pedazo de desaliñado terreno baldío, pero ¿por qué tenían que andar trasteando en él? Al fin apareció, limpiándose todavía la boca con pausada deliberación municipal. Castang adoptó el papel de un cabeza de familia burgués que busca

ilustración.

—¡Ah! —dijo Souche—. No sé lo que van a hacer. Quizá embellecerlo. Yo no podría saberlo —se puso a la defensiva—. Yo tengo que limpiar toda la porquería. Las zarzas y todo eso; estos viejos arbustos no son buenos, de todas maneras. Será una buena cosa.

—Supongo que sí. Nos libraré de los *clochards*.

—Bueno, el que estaba por aquí no le molestará más. Muerto, así está. Lo encontré yo mismo.

—Sí, oí hablar sobre eso. —Era tiempo de desenmascarar su juego—. De hecho, es por lo que estoy aquí. Oficial de policía. Me gustaría preguntarle algunas cosas.

Souche se sobresaltó.

—Se lo dije todo al policía esta mañana. Perdí mucho tiempo, eso es lo que hice. No tengo más tiempo. Dejó cantidades de vieja chatarra sucia, y tengo que limpiarlo todo. No quiero hablar. Pobre viejo cabrón. En fin, así es la vida.

—Quiero que no toque nada hasta que haya tenido una oportunidad de examinarlo.

—No puedo hacerlo. El furgón vendrá a recoger los escombros. Si no lo termino, el jefe querrá saber qué he estado haciendo con mi tiempo, ¿sabe? ¿Qué cree usted?, ¿qué quiero perder la paga de un día a causa de un *clochard* y de las entrevistas con los policías?

—¿Prefiere venir al *bureau* y hacer una declaración formal? Estoy intentando hacerle las cosas más fáciles, tío estúpido. Necesito un cuarto de hora, no más, y lo haremos en la taberna. Luego le echaré una mirada a las pertenencias del *clochard*, y después puede hacer lo que le parezca. ¿De acuerdo?

—Deme un papel, que diga que esto es un asunto oficial y que usted se hace responsable. Tengo que cubrirme.

—Eso haré. Vamos pues.

Monsieur Souche recogió su podadera, y la sostuvo como si la fuera a usar para protegerse.

—Uno no debe dejar herramientas tiradas por ahí. Hay muchos ladrones por aquí. Y no serán los policías los que se preocuparán —dijo significativamente.

Se sentaron en una mesa junto a una ventana: la taberna estaba casi desierta a primera hora de la tarde.

—Yo bebo orujo —dijo monsieur Souche con fruición.

—Tú bebes cerveza —dijo Castang secamente, pagándolas—. Quiero aclarar un punto importante. Quiero que se concentre cuidadosamente. Vuelva atrás y visualícelo. Esta mañana llega para echar una mirada y ver qué trabajo hay que hacer, de modo que echa a andar por la vieja zona de los remolques, ¿de acuerdo?

—Preocupándome de no poner los pies en ninguna mierda de perro —dijo con igual sequedad—. Es como usted dice, estoy echando una mirada. Le veo allí abajo en el pequeño hueco que hay detrás de los arbustos. Siempre está ahí, le protege del viento ¿sabe? Yo pensé: tengo que hacerte salir de ahí. Está debajo de la vieja lona de camioneta; creí que aún estaba dormido. Incluso a aquella hora tan temprana de la mañana. —Efectuó una expresiva pantomima con referencia a la botella de cerveza—. Son todos iguales. Estaba como enrollado. Entonces vi toda aquella sangre. Empapándole la barba y todo lo demás. Una cuchilla de afeitar... ¿para qué quería una cuchilla de afeitar? —añadió.

—Bien; ahora ¿dónde estaba usted? ¿Junto a su cabeza o a sus pies? ¿Desde qué ángulo le veía?

—¡Ah! Primero desde uno y luego desde el otro. Estoy dando vueltas a su alrededor, ¿sabe?

—¿Desde dónde puede ver mejor? —preguntó pacientemente.

—Hay un poco de pendiente ahí. Luego hay ese abedul cubierto de maleza, ese tiene que arrancarse, también. Recuerdo que me sujeté a él. Sea como sea, te da un vuelco el corazón. Su vieja bufanda está toda empapada. Estoy junto a su cabeza.

—De manera que su derecha es la derecha de él. ¿En qué lado tiene el corte? —Hizo una macabra demostración con un cigarrillo que sujetaba en su mano derecha—. ¿Derecha o izquierda?

—Izquierda —dijo sin dudarlo.

—¿Seguro?

—Seguro, segurísimo. ¿No estoy ahí de pie? Una visión repugnante.

—El informe de ese policía dice diestro.

—Eso es. Quiero decir exacto. Diestro pero se cortó en el lado izquierdo.

Castang empezó de nuevo pacientemente.

—Está en un enredo. Piense otra vez. Sucede que conocía a ese

viejo. Le di un cigarrillo de vez en cuando. Así es cómo sé que era zurdo.

—Me está confundiendo —se rascó—. Se cortó en el lado izquierdo, seguro.

—Eso se puede comprobar fácilmente. Está en el depósito, solo tengo que mirar. Lo que no veré allí es qué mano utilizó. Usted dice la derecha. El policía escribió la derecha. Quizá están los dos equivocados. ¿Por qué? Piense.

—No, no lo estoy —con aire triunfante—. En su mano izquierda sujetaba la botella, ahí radica el porqué.

—Sujetaba la botella —dijo con aire escéptico—. Uno no se corta el cuello sujetando una botella.

—No veo por qué no. Es la única cosa que los *clochards* nunca sueltan. La cogía por el cuello, la apretaba fuerte.

—¿Mientras dormía?

—Por lo que yo imagino, despertó. Le dio un sorbo, o ya estaba vacía. Estaba vacía cuando la vi. Tenía frío, o quizá estaba enfermo, o algo le había ido muy mal, y no quería seguir adelante, no quería ver otro día más. De manera que encuentra esta cuchilla, y piensa un poco en ello, y... cuiik...

Tengo que mirar, pensó Castang, y ver si hay señales de duda.

—¿Dónde está la botella? Tendrá sus huellas.

—Ya no está —dijo monsieur Souche—. La tiré al canal.

—¿Por qué?

—No lo sé. Si alguien encuentra a un tipo así, aunque no sea más que un *clochard*, hace cosas instintivamente. Supongo que pensé que ya no le servía de nada. Qué demonios importa la botella. Se lo digo, le veo, tiene la cuchilla en la mano derecha.

—Te vas a mantener firme en eso ¿no?

—Mire. Yo no le toqué, entonces no. Fui directamente y llamé a un policía. No tuve que hacer o tocar nada para ver que estaba muerto. Pregúntele al policía. Sujetaba la botella.

—¿Tenía los dedos rígidos? ¿Apretados alrededor de la botella? ¿Agarrotados?

—No, solo la sujetaba ligeramente.

—Vamos a dar un vistazo al lugar.

Monsieur Souche, ablandado por la cerveza, no se sentía muy desgraciado siendo el testigo principal.

—¿Piensa que alguien le mató?

—¿Quién querría matar a un pobre borracho?

—Eso es lo que yo pienso.

Pero si los policías querían divertirse...

Estuvieron juntos de pie, estudiando el nido de abrigo viejos, desagradablemente congelado formando una pegajosa masa oscura.

—Límpialo —dijo monsieur Souche autocompadeciéndose—. Nunca se preocupan de quién tiene que hacerlo, ni de lo mierdoso que puede estar. Límpialo, dicen. Siempre me toca a mí.

—Comprendo exactamente lo que quiere decir —dijo Castang.

La casa del *clochard* —tienda, manta, bodega y desván— era una vieja lona, como si flechas sioux la hubieran desgarrado y agujereado, quemada en algunos sitios, remendada con cualquier cosa desde cartón embreado para techumbres a plástico impermeable. El hedor era fuerte.

—Dele una buena paletada —dijo Castang con una mueca de disgusto.

De vuelta al trabajo se desvió para pasar por el Instituto Médico Legal. Ya no es siniestro. Es pedante, académico, sin gracia. Los chistes sobre ladrones de cuerpos o ladrones de tumbas están pasados de moda, bien pasados. Aún flota por el lugar un leve matiz de humor macabro, totalmente involuntario.

—¿Una mujer encontrada en un coche?, no me dice nada. ¿Cómo quiere que lo sepa? ¿Qué me importa a mí? Nos falta personal, ¿sabe? Louise, ¿sabe algo de una mujer encontrada en un coche?

—Se refiere al uno siete cuatro. Aún no está lista.

—Tengo entendido que el profesor se lo dijo a monsieur Richard.

—Para él es fácil decirlo. El informe es larguísimo y aún no se ha pasado a máquina. De todas maneras está incompleto. La hemos llevado a Estomatología.

—¿Quién?

—El Instituto Odontológico —dijo irritada—. Algo sobre sus dientes. Lo enviaré cuando esté listo. A madame Groult la han operado de varices y no volverá hasta dentro de seis semanas; vamos muy mal de personal.

—Sí, ya me lo han dicho. Me gustaría ver al *clochard* mientras

estoy aquí.

—¿A quién? Por el amor de Dios, el nombre.

—No lo puedo recordar —dijo Castang—. Yo diría el uno siete seis.

—Oh, sí, ahora lo recuerdo. Tres en un día, no hay derecho, señor Castang. Es fácil para la PJ. Cada vez que no saben qué hacer le ponen alegremente una tarjeta que dice: «Hacer una autopsia», como si se tratara de un par de portaobjetos de microscopio untados de sangre, que se da a un estudiante diciéndole: «¡eh tú!, haz un recuento de hemoglobina».

Era como volver a oír a monsieur Souche de nuevo diciendo: «Todo el trabajo sucio me lo dejan a mí».

—Nadie ha pedido una autopsia por lo que yo sé. Quiero echarle una mirada, eso es todo.

—Bien, ¿por qué no lo dijo? Acompañale,

Jean-Paul

, y por el amor del cielo haz que frieguen. Policías entrando y saliendo; este lugar es como un lavabo público.

El corte estaba en el lado izquierdo, en un ángulo tal que tanto podía ser hecho con la mano izquierda como con la derecha. Era pequeño y limpio, apenas una hendidura en la arteria. Al uno siete seis le habían dado una ducha, o cualquier medida de higiene básica que aquella aterradora arpía impusiese para con sus huéspedes. Habían limpiado la sangre y la barba lo suficiente como para que se viera claramente; no había señales de vacilación.

Bajo el reinado del Terror había sido igual, pensó Castang. El ciudadano Sanson, el verdugo, siempre se estaba quejando de falta de personal de confianza. Escribió una carta solemne y burocrática al Comité de la Seguridad Pública, diciéndoles que, a menos que obtuviera un aumento sustancial de dinero para gastos, no podría dar abasto con toda aquella carga de trabajo...

14

Ordena la casa primero

RICHARD DIJO:

—Espero que habrás comido bien.

—He estado haciendo jardinería. Las zonas verdes municipales o el depósito, ¿sabes?, no se diferencian en nada. No dejes que los cadáveres llenen el lugar, y coge esa fregona que está apoyada allí sin hacer nada.

Por norma general a Richard no le desagradaban los chistes, pero estaba molesto por haber comido tan tarde.

—No te preocupes por el jardín: ordenemos la casa primero. Me he librado de los ingleses, que ya eran una buena lata. Ahora te puedes concentrar en esta mujer: ¿pensaste en recoger el informe de patología?

—No está listo todavía. Les falta personal y tuvo que ir al dentista, y madame Nosequé tiene varices.

—Ah, ya veo; siempre pasa lo mismo. Muy bien, ¿qué hay de este otro? Si le puedo dar al juez algún material preliminar le mantendré ocupado durante un rato.

—No le gustará demasiado. No es más que un *clochard*. Solo un apuesto borracho. Por lo que sospecho, creo que es homicidio. Dirá que la evidencia no es concluyente, o que Castang tiene una imaginación excesiva; él escogerá los dos muy probablemente, y sigo pensando que dos suicidios falsos en pocas horas en un radio

de cien metros cuadrados es excesivo.

—Tu sintaxis está embarullada y tu pensamiento turbio. Veo por donde vas. Vamos a analizarlo.

—Una persona zurda que sujeta una botella en su mano izquierda no se corta las arterias del cuello con la derecha. El testigo, ese es el jardinero, está resuelto. Tengo notas. Las pasaré a máquina, haré que las firme. Luego iré a ver al policía que hizo el informe, veré si me lo confirma. Eso es todo lo que podemos hacer, puesto que no tenemos fotografías.

—Házmelo un poco más convincente —dijo Richard, tal y como Castang había estado seguro que haría.

—Evidencia médica; no quiero decir una autopsia porque Louise echaría el resto y ¿qué probaría? Asume la hipótesis del suicidio. Estaba borracho, o tenía frío, o le dolía algo, o las tres cosas, y decidió acabar con todo. ¿Le ves tú capaz, sea zurdo o diestro de hacerlo con solo una pequeña incisión en el sitio exacto? ¿Sin una vacilación, sin señales de titubeo? ¿Nos encontramos alguna vez ante suicidios con cuchilla de afeitar, en el cuello, muñecas o donde sea, que no las tengan?

—Un punto bastante bueno —admitió Richard—. Mejor que el de la botella. Podría haberse agarrado a la botella para darse ánimos. ¿Estaba vacía? No importa. Los borrachos de este tipo tienen momentos repentinos de lucidez y decisión. Que no duren. Sigue sin ser lo bastante convincente.

—Entonces si le damos la vuelta y contemplamos la hipótesis del suicidio, solo hay una posibilidad. Nada más. Digamos que has hecho que un anciano se tranquilice, hablándole, distrayendo su atención, cualquier cosa. Eres fuerte, lo estrangulas y lo levantas para sujetarle a la cisterna con su cinturón y sus tirantes, creando un escenario convincente para un suicidio. Rápido, limpio, silencioso y convincente. Suponte que hubiera encontrado al pobre Auguste otra persona que no fuera yo. El punto que estoy intentando señalar es la similitud del método. Júntalo con la íntima conexión entre lugar y tiempo, e incluso un juez no se lo tragaría.

—Un juez —dijo Richard—, pero, quizá este juez quiere algo más convincente para atar un paquete de ideas sueltas. Lugar y tiempo, sí, está muy bien, pero un anciano burgués que está un poco chocho y un viejo borracho en la zona de remolque son polos

opuestos. Lo que necesitamos es una conexión que pueda ser la causa, y ¿qué vínculo puede haber quizá? Que el uno sabía que el otro existía es ya aventurar demasiado. Tú te encuentras con un suicidio que, en eso estoy de acuerdo, es falso. Esperamos el informe de Patología para tener una hipótesis apoyada por evidencia médica, pero ya estamos trabajando sobre una teoría de homicidio. Encuentras otro suicidio en el vecindario, y tu mente saca inmediatamente la idea de que es un segundo falso suicidio. Mi trabajo es no dejar que te domine la imaginación. Si yo digo «al diablo con Louise» y pido un informe a Patología sobre el borracho, y ellos encuentran un desagradable cáncer, y artritis o algo en tu otro muchacho, ¿en qué situación quedas tú entonces?

Castang lo estaba intentando; pensando en un Auguste vivo, parpadeando ante el sol en el umbral, esperando a los basureros. Repentinamente estuvo seguro de que lo tenía.

—Cubos de la basura —dijo.

Las cejas se enarcaron demostrando aversión a las frases con aspecto de sentencia:

—Tú vives en un edificio moderno —dijo Castang—. Tiras la basura por el conducto, y ya no vuelves a pensar en ella. Yo vivo en una casa anticuada. Algunos de los vecinos bajan descaradamente en el ascensor con bolsas de plástico, otros se deslizan furtivamente por la escalera de servicio con mugrientas cajas de cartón.

—Expón tu idea —dijo sin impresionarse por la retórica.

—Los cubos siempre están llenos porque la gente mete cosas estúpidas en ellos, y hay disputas interminables o las habría si Auguste no se hubiera tomado muchas molestias. Los periódicos puestos aparte atados con un cordel, ya sabes. Los sacaba a la acera y los vigilaba amorosamente como si fueran polluelos. Los burgueses son mucho más frugales que la gente trabajadora, nunca tiran nada y el que menos de todos Auguste, que incluso recogía la espuma de la nata. Pero aún habría restos para un *clochard*.

—Podría ser así perfectamente —dijo Richard como si le hubieran echado un jarro de agua fría—, pero no te lleva más allá. Una novela del siglo diecinueve, el cuento del trapero. Auguste encontró un tesoro en monedas de oro. Tu *clochard* se lo birló, colgó a Auguste de la cadena para esconder su crimen, le atenazó luego el remordimiento y se degolló. Un argumento digno de Víctor

Hugo; estoy diciendo lo que diría el juez. No, continúa tranquilamente con tu jardinería y cualquier cosa que descubras que cree un vínculo definitivo entre los dos inclinará la balanza, y monsieur Marchand podrá ir a que le laven la cabeza. Entretanto sintetiza todo lo que puedas conseguir del informe de Patología para convertirlo en una identificación que podamos dar fuera; espero que Tours la encontrará, pero prepárate por si hay problemas. Estas circunstancias son totalmente ridículas. Hazte una pregunta a ti mismo: ¿quién, cargado con una mujer muerta va a ir a toda velocidad por la zona del Loire buscando una papelería hasta que encuentra de manera tan conveniente un Rolls Royce, lleno con los personajes del *Lord Banquet*

Mayor's

? Resulta demasiado oportuno y conveniente ¿no es verdad? Piensa en ello. Envíame a Orthez, no, pensándolo mejor envía a Davignon; es un poco más inteligente. —Richard sacudió un dedo en un ademán parecido al que hace una maestra, mientras él abría la puerta—. Ten tus tareas domésticas bien hechas y ordenadas. Puede que tengas que hacer la maleta. Nantes, digamos, o quizá Saint Nazaire.

15

Cartas de Auguste

TRABAJÓ CON VIRTUOSA asiduidad en sus tareas «domésticas», incluyendo cosas que siempre se posponen, como el tomar declaración a alguien que esté en la cárcel municipal, una ocupación aburrida. El tipo ha estado ahí durante tres meses y lo seguirá estando otros tres meses más, mientras la instrucción sigue adelante con lentitud. Uno de esos en los que otros veinte casos similares serán tomados en consideración durante el juicio y el juez ha solicitado información suplementaria. La autoría de este en concreto («robo nocturno con allanamiento de morada con escaló») es dudosa, pero se hará un esfuerzo para acusar a este tío que de todas maneras ya está en prisión: es más limpio así. La policía es dilatoria en estas cosas; no demasiado justa realmente, pero lo que acostumbra pensar es que el tío ya está en chirona; es decir, está ahí cuando le necesitas y no tienes que recorrer el vecindario.

Antes de la hora de cierre aún encontró tiempo para enrollar un formulario de «declaración» en la máquina de escribir, con su fajo de copias, reducir las bucólicas reflexiones de monsieur Souche a lenguaje administrativo y dejarlo preparado para firmar. De manera que tan solo se marchó diez minutos tarde. Salió pitando de casa, y por una increíble buena suerte pescó a monsieur Souche cuando guardaba sus herramientas, y consiguió que la firmara, dándole toda clase de garantías de que en el futuro no sería una fuente de

disgustos.

Castang miró hacia su propia casa con anhelo, pero en una soleada tarde tan agradable como aquella —realmente parecía como si la primavera hubiera llegado— con todo el mundo de buen humor, quería ordenar tanto el jardín como la casa.

Descubrió al agente de policía Bastian en casa, un pequeño apartamento resplandeciente con el empapelado nuevo, y a una madame Bastian, mecanógrafa en el Ayuntamiento, quien amablemente le ofreció una taza de café. Se quedó bastante sorprendida la muchacha, cuando al entrar se encontró a Castang estirado en su sala de estar fingiendo ser un *clochard* muerto. Se pidieron excusas entre animadas risas. Era el resultado lo que contaba. No había dudas sobre ello; la historia del jardinero era totalmente exacta.

Solo fue una hora de trabajo extra no retribuido... Castang se sentía bastante contento. No fue hasta que hubo llegado a su rellano, con la mano extendida ya para abrir la puerta de su apartamento, cuando el típico obstáculo de última hora se abatió sobre él.

Indudablemente la vieja puta había estado rondando justo en el interior de su propio portal, con las orejas bien tiesas para captar su ligero andar. Siempre lo hacía, antes de engancharle, toda miel, con cualquier cuento infame sobre que el ascensor se había estropeado o que la techumbre necesitaba arreglarse. Repentinamente se sintió muy cansado. ¿No había sido el día lo bastante largo?

—¿No podría esperar a la mañana, madame? Hoy llego muy tarde realmente.

Estaba excitada, ojos brillantes, la escuálida garra tendida, el viejo marinero salido del infierno, siniestra y enigmática más allá de lo que era normal en ella.

—Si pudiera entrar un momento, es confidencial.

Sintiéndose como si fuera un conejo —y ella recordaba mucho al armiño— permitió que le arrastrara a sus dominios sin oponer resistencia, a donde no había entrado más que una vez, el día que firmó el contrato de arrendamiento: su famoso «despacho».

Realmente se la veía extraña. Furtiva; incluso hubiera dicho *sexy* si ello no hubiera sido tan, ¡ejem!, tan...

—Monsieur Castang. He hecho un descubrimiento muy extraño.

Mi pobre Auguste, su funeral debe retrasarse debido a esta atroz autopsia.

Dios, sí, y se esperaría a que él estuviera presente. Empezó ya a buscar una buena excusa. Tenía que decirle a Vera que consiguiese flores.

—Fui a su casa, desde luego, para ordenar las cosas —eco grotesco de sus propias actividades y de la frase idiota de Richard— y desde luego para ver sus papeles, seguros y demás.

Qué oscuro y deprimente era este lugar, y qué contraste con la brillante salita de estar de Bastian, donde todo era vulgar y de un gusto abominable pero ¡qué demonios!, vivo.

—Y en el escritorio de Auguste, escondido muy cuidadosamente, he encontrado esto. Parecen cartas dirigidas a usted. Desde luego no las he leído.

—¡Claro que no lo has hecho!

—Solo lo suficiente para saber qué eran realmente; bien, tenía algunos escrúpulos, ya que no las envió, no sé si hizo bien; bueno, debo admitir que deseaba que esta casa no fuera escenario de más escándalos; y, bien, usted sabe tan bien como yo que debemos cumplir con nuestros deberes cívicos.

Dándose cuenta súbitamente de que estaba farfullando, y de que cualquier cosa que dijera sería excesiva, agarró un pequeño fajo de papel de cartas, pulcramente ordenado y sujeto con clips y se lo pasó bruscamente sin decir palabra. Hipnotizado, lo tomó.

—No voy a decir nada más al respecto —siguió ella con toda precipitación—. Usted sabrá qué debe hacer, pero le ruego de nuevo, monsieur Castang, le ruego con apremio que me permita contar con su absoluta discreción.

Sí, te tentaron mucho; lo veo perfectamente. Hubieras preferido quemarlas o como mínimo enterrarlas; me pregunto qué son. ¡Curioso! Y son también curiosas las extrañas nociones que la gente tiene de la integridad. Hay gente cuya falta de honestidad llega a contarse en millones, que se sentirían muy incómodos si viajasen en un tranvía durante tres paradas sin billete.

Algo muy importante había sucedido para hacer que ella le entregara aquello. Seguía pareciendo furtiva y «sexy». Sería mejor que pusiera pies en polvorosa.

—Leeré lo que sea inmediatamente, y lo consideraré con

detenimiento, y se lo haré saber, desde luego. Esté tranquila, madame. No me considerará grosero si ahora... —dijo mientras avanzaba furtivamente pero sin titubeo hacia la puerta.

—¡Qué demonios! ¿La confesión secreta de la doble vida de Auguste?

—La cena está lista —dijo Vera—, y siento haber sido una idiota pesada esta mañana... solo demuestra lo remilgada y egoísta que una puede volverse. El más ligero signo de alteración de nuestras cómodas pequeñas rutinas... Mientras que tú nunca tienes ninguna; me refiero a pequeñas pautas de confort. Espero que no hayas tenido un día demasiado horrible. No quiero que esto se quede seco... ¡Oh, no!, no más papeleo.

—Claro que no —dijo Castang, volviéndolo boca abajo resueltamente—. Eso huele bien —dijo con un entusiasmo que incluso en él sonaba algo forzado.

—Huele bien —dijo Vera desolada—, simplemente porque he puesto un poco de queso rallado por encima y que está ahora bajo el grill.

Solo son huevos *à la tripe*. Y acompañamiento de ensalada de endibia porque las lechugas son aún muy caras. No es más que una comida, y no tiene importancia. Eres muy amable al demostrar educación y pronunciar unas palabras de reconocimiento hacia un ama de casa que se ha tomado muchas molestias con la estúpida comida; no perdón, eso suena a malicioso. Pero no quiero convertirme en madame Maigret, que hace cuarenta y cinco años que está pasada de moda. Estoy aquí para compartir tus trabajos y penalidades, si se me permite.

—Sí, claro. El cronometraje es perfecto. Está pasando algo muy curioso en esta casa y no sé que es. Richard me puso en ridículo hoy inventando un cuento estúpido sobre un tesoro escondido en el cubo de la basura. Todo lo que puedo decir es que hay algo de eso.

Los huevos *à la tripe* salen baratos y llenan. Se prepara un poco de crema de leche con mucha cebolla cortada en rodajas, estofada con la leche. Se ponen huevos duros a rodajas en un plato que pueda ir al horno, se le echa la salsa por encima y después queso rallado. Castang bebió una cerveza; Vera, aún un poco a disgusto, agua. El plato estaba sucio en el lugar donde su irritabilidad había salpicado salsa sobre los bordes. Castang se terminó la ensalada con

una rebanada de pan untada con mantequilla de cacahuete. El cuchillo, al raspar los restos del tarro casi vacío, produjo un prolongado sonido quejumbroso en medio del silencio, que podía atacarle los nervios a cualquiera. Vera se levantó (el levantarse y sentarse eran todavía procesos difíciles de ejecutar) y volvió con un tarro nuevo de mantequilla de cacahuete y una segunda botella de cerveza.

—No seas tonto —dijo comprensivamente.

—Hay que fregar los platos —dijo él con voz inexpressiva.

—Lo haré por la mañana; dejaré este plato mugriento en remojo. ¿Qué son esos papeles?

—Tendrán un aspecto curioso en el archivo con mantequilla de cacahuete por encima. Anny me los dio. Por la expresión de su rostro son algo sobrenatural. Dice que los encontró en el escritorio de Auguste. Léelos.

Empujó su plato hacia atrás, encendió un cigarrillo y destapó la segunda botella de cerveza con voluptuosa lentitud. Vera leyó las hojas una por una, volviéndolas del otro lado a medida que las iba dejando, de manera que se mantuvieran en orden. Castang se fumó su cigarrillo y se quedó mirando fijamente a la pantalla de la lámpara, que tenía polvo. Nadie podía acusarla de ama de casa gandula. De nuevo había conseguido ser extremadamente móvil, pero las escaleras estaban fuera de sus posibilidades.

—No dejes de leerlas por presunción —dijo de repente.

Él hizo una mueca y las recogió. Valían la pena. El pobre Auguste, que nunca había sido un ser humano, estaba ahora bruscamente vivo, insistente...

Papel de carta corriente arrancado de un bloc; azul pálido, buena calidad. Descolorido en los márgenes. ¿Cuánto hacía que Auguste no había escrito una carta? ¡Escrita a mano, con una pluma mojada en un tintero! La escritura en el estilo gótico cuadrado de los que habían ido a la escuela antes del 1914, con sus mayúsculas sinuosamente adornadas e intrincadas. Nombre y dirección cuidadosamente compuestos; en el lado opuesto el destinatario.

*Monsieur l'Inspecteur Castang. Service Régionale de Police
Judiciaire.*

Una línea de escritura muy correcta.

Monsieur, considero mi obligación hacerle notar.

Y eso era todo. Frunció el ceño y cogió la siguiente.

Monsieur, existen pruebas materiales y yo lo he visto.

No eran varias cartas, sino varios borradores de una, siempre la misma. El siguiente era más largo.

Debo decirle que tengo la seguridad de que se ha cometido un crimen, y tengo sobre mi conciencia que.

Una era anónima, sin encabezamiento, ni dirección, ni fecha.

Si usted se toma la molestia de investigar esta denuncia le puedo asegurar que no perderá el tiempo.

Se interrumpía bruscamente como las otras.

Monsieur, ningún ciudadano honorable puede quedarse sin hacer nada viendo cómo es despreciada la sociedad por.

Solo en una había ido más allá del primer párrafo.

Se ha cometido un crimen y el autor disfruta de total impunidad. Ningún hombre honesto puede quedarse parado contemplando esta situación sin intentar repararla, pero la acción únicamente puede instigarla la autoridad competente.

Si usted se compromete a respetar mi anonimato, puedo indicarle la manera en que puede encontrar pruebas y no le pido más recompensa que ver que se hace justicia.

Vera había terminado y estaba apilando los platos en el fregadero. Castang ojeó las restantes, que no le aportaron nada más, y las contó. Once. La primera fechada nueve días antes. Dos veces encontró dos con la misma fecha, y una vez tres. La escritura era pulcra y regular en todas. No había tachaduras ni tampoco faltas de ortografía, faltas de puntuación o errores gramaticales.

—¿Y bien? —dijo como si pretendiera sentir indiferencia.

Vera también lo hacía; estaba examinando las descoloridas y

raídas cortinas, muy serena, calmada y sosegada. De repente empezó a sonreír abiertamente.

—Tenías toda la razón. Ha habido un crimen.

—Ha habido varios.

—Y Richard no quería hacer caso, y lo rechazó desdeñosamente, y ahora no tendrá más remedio que comerse su chaleco.

—No, le estás juzgando mal, interpretándolo de una manera ligeramente equivocada. Él sabe que hubo un crimen. Lo que a él no le gusta, ni le gusta al juez, ni a mí, son las cosas que no se pueden demostrar. ¿Qué crimen? ¿Dónde, cómo, por qué? No sabemos nada.

—Todo lo contrario, nosotros, tú también, sabemos mucho.

—Bien. ¿Qué? Tómate tu tiempo, esquematiza. Y no lo digo solo para demostrar que te doy ánimos. Tú verás dos veces más que yo, y no estoy fingiendo.

—De acuerdo. Auguste estaba terriblemente asustado, quería depositar su confianza en ti, no sabía como dirigírsete y escogió este método, pero descubrió que incluso ese era demasiado difícil para él. Era viejo e inseguro, y lo hizo lo mejor que pudo. Debe de haber cometido la imprudencia de confiarse a alguien, ya que le mataron.

—¿Quieres decir que se confió al criminal? ¿Chantaje?

—Claro que no; eso no concordaría nada con su forma de ser. Quizá fue al revés; alguien se confió a él. X. ¿El *clochard*? ¿No es más probable que el chantaje proviniera de ese lado?

—Mucho más probable, y concordaría mucho más con la forma de ser, pero no hagas hipótesis. Mantente en aquello que sabes.

—Sabía algo, digamos que de manera accidental, sobre un crimen. Se armó de valor, pero cada vez que intentaba escribirlo le parecía que estaba equivocado; que tú no te lo tomarías en serio, o que él saldría a relucir. Hubiera acabado contigo, pero se había acostumbrado tanto a pasar inadvertido y estaba tan habituado a que le trataran como si formara parte del mobiliario...; vivía en un círculo que se iba estrechando. Su propia hermana fingía que estaba chocho, y le avergonzaba ser sordo. De manera que se comportaba como si estuviera chocho y ya no sabía cómo evitar esa costumbre.

—¿Por qué guardó tantos borradores?

—Porque había una buena frase en cada uno, y esperaba que a base de leerlos finalmente acabaría expresándolo de la manera que

quería.

—O quizá porque odiaba tirar cosas. Una pena que a pesar de tanto esfuerzo nunca consigue llegar al tema en cuestión. Existe una prueba y él la ha visto. Algo material, más que algo meramente visto u oído.

—Quieres decir que le mataron para recuperarla, más que para impedir que hablase.

—Uno no va muy lejos con este tipo de preguntas. La gente que mata, o está dispuesta a matar, no sigue necesariamente una lógica como la tuya o la mía. Esa persona corrió un riesgo enorme, al entrar en la casa.

A menos, pensó Castang, que fuera una persona cuya presencia en la casa no causara comentarios. No lo dijo; eso no haría más que asustarla.

16

Las marionetas Wayang

RICHARD DIJO:

—Vaguedades de un viejo chocho... La prueba de que no tiene valor, si se necesitase alguna, es que en once intentos nunca consigue dar un solo dato relevante.

Pero Richard estaba equivocado y el juez demostró un inesperado entusiasmo.

—Tienen valor. Se hubiera podido evitar la muerte de este viejo, es una muestra gratuita de violencia. Una plausible explicación obvia sería que sorprendió a algunos delincuentes juveniles rondando por ahí, forzando las puertas, y le estrangularon para evitar que hiciera sonar la alarma.

Richard no dijo nada. ¿Desde cuándo los delincuentes juveniles se tomaban la molestia de disfrazar de suicidio sus crímenes? Pero si le gustaba escucharse a sí mismo...

—Como yo lo veo —siguió el juez pesadamente—, ese vagabundo fue testigo de la salida o entrada del asesino en la casa. Todo ese montaje de Castang sobre qué mano usa uno para cortarse el cuello no me impresiona. La botella vacía en la otra mano... el informe de la autopsia mostrará el grado de alcohol que había en su sangre. Sospecho que no estaba en condiciones de afilar un lápiz, y mucho menos de cortar el cuello de nadie. De todos modos ¿dónde está el informe de la autopsia? —dijo malhumorado.

—La mujer que los pasa a máquina está fuera de circulación, tiene varices —contestó resistiendo la tentación de hacer algún comentario irónico.

El juez elevó las manos al cielo.

—¡Y se quejan de la lentitud de la ley! ¡El tribunal juzga un caso, y el personal de oficinas consigue pasarlo a máquina trece semanas después!

La policía judicial se pasaba las tres cuartas partes de su tiempo escribiendo a máquina, pero, evidentemente, cualquier comentario de este tipo sería ocioso.

—Será mejor que hagamos un registro. Esto apareció en la casa, si he entendido este inconexo relato; pueden producirse otros descubrimientos interesantes.

—Si la frase «existen y las he visto» significa algo, quiere decir que no disponía de pruebas físicas. Chocho pero no tan chocho; el tipo se tomó muchas molestias con su redacción. Lo encontró difícil porque quería expresar exactamente lo que decía. Se da el mismo problema con todos los informes escritos. Se utilizan frases en una jerga especial porque tienen un significado legal preciso, sin tener en cuenta si tienen sentido o no.

—Sí, sí —dijo dejándolo de lado—. Sigo pensando que un registro... esa anciana evidentemente lo revolvería todo a conciencia, pero no sabía qué tenía que buscar.

—Tampoco lo sabemos nosotros. ¿Qué prueba, y al mismo tiempo prueba de qué? Yo sugeriría una investigación por el vecindario.

—Hum... —musitó el juez—. No me gustan demasiado, ya lo sabe. Absorben una inmensa cantidad de energía, sacan a la luz una multitud de trivialidades irrelevantes y raramente algo de valor. Con todo, entiendo lo que quiere. Castang es la persona adecuada. Vive ahí; puede ocuparse del caso discretamente.

—El hecho de vivir allí es una buena razón para que no esté demasiado dispuesto a hacerlo. Desearía mantenerle en ese asunto del coche inglés. Estoy de acuerdo en lo de la discreción. Hablé con la anciana, y desde luego está extremadamente ansiosa de echar tierra encima. He ahí la razón. Si nuestro hombre está conectado con el vecindario, tal como parecen sugerir las circunstancias, no tenemos que alarmarle y que haga alguna barbaridad mientras aún

no sabemos nada. Todavía falta para que una indiscreción deliberada le haga salir cuando sepamos que está ahí. Veré a quién puedo encontrar.

Por una vez, el señor Castang no estaba escribiendo a máquina, sino sentado a su escritorio tirándose del labio mientras leía los informes de las autopsias, que acababan de aterrizar allí con un ruido sordo. Patología, demostrando un celo que en otras ocasiones hubiera encontrado excesivo, había enviado tres a la vez. Habían hecho incluso la autopsia del *clochard*... pero se dio cuenta de que más que un deseo de ayudar, era un excelente ejercicio clínico para los estudiantes. El catedrático había escogido simplemente una demostración clásica de los diferentes síntomas que podían observarse: malnutrición, cirrosis de hígado, blablablabla, hasta llegar a los uñeros. Había estado trabajando en ello todo un grupo de estudiantes, lo que explicaba aquella sorprendente rapidez. Todo aquel material sobre el páncreas le enseñó mucho mucho más de lo que quería saber sobre enzimas.

De todas maneras, encontró un hecho sólido, el pan de cada día de la policía. Veamos ¿cuántos miligramos integran el nivel permisible de alcohol cuando se sopla en una bolsa de papel? Hum..., el nivel de tolerancia variaba ampliamente, y podías tener a un carnicero conduciendo con un riego sanguíneo que haría que cualquiera se cayera de espaldas menos ese... todo lo que se podía decir era que si el pobre cabrón se había cortado sus propias arterias, al mismo tiempo habría estado bailando la rumba. Volvió a la parte que hablaba de la herida.

*Incisión de menos de 2 cm de longitud pero de casi
9 mm
de profundidad.*

¡Un trabajo notablemente preciso!

Por otro lado el informe sobre Auguste... Las iniciales del informe eran las de un patólogo con una falta de sentido del humor congénita, y no se le había ocurrido escribir otra cosa que: «Tomando en cuenta todos los achaques que se relacionan en el informe es difícil encontrar algo que le hubiera impedido llegar a los cien».

La calidad del informe sobre la mujer del coche era totalmente

diferente, como era de esperar, ya que lo había hecho el catedrático. ¿Quién más se hubiera dado cuenta de que estaba acostumbrada a andar por ahí descalza? Animó a Castang. Sabía que estaba trabajando para la policía, de modo que había muchas menos medidas y cifras, y muchos más detalles externos. ¡Empezaba a verla con más nitidez!

No era aún una persona, pero sí unas facciones en las sombras. Se encontró recordando, sin saber por qué, algo que había visto en la televisión; sí, el teatro de sombras javanés. Las marionetas que utilizan son extremadamente estilizadas. Frágiles tiras de bambú unidas con pedazos de papel o seda, de manera que la sombra que proyectan es un garabato, abstracta, casi fortuita. Sin embargo, parecen más vivas que una marioneta hecha con proporciones cuidadosas y esmeradas. Las marionetas wayang dependían, como cualquier marioneta, de la habilidad y la flexibilidad de los dedos del manipulador, pero aquellas sombras garabateadas eran más siniestras y fascinadoras. No se podía seguir la historia, explicada en javanés o lo que fuera, pero el tono invariable y chirriante era extrañamente parecido a la voz fría y sin energía del catedrático.

Pelvis gruesa y caída, piernas cortas, no muy derechas y bien cebadas. Crecimiento abundante de áspero vello corporal. No estaba excesivamente limpia, y mientras que los cosméticos habían sido usados con prodigalidad, un poco de agua y jabón no le hubiera ido mal.

Aún más, en el último párrafo.

Aunque la hinchazón facial y la distorsión, y especialmente los ojos, le quitan todo el significado a la frase, era una chica extremadamente bonita. La tosca morfología, la aspereza de la piel y el pelo, no contradicen la impresión de una abundante vitalidad, aunque contribuyen poco. Ninguna adición de detalles fisiológicos expresaría el extraordinario atractivo que poseía. A riesgo de ser acusado de ser contradictorio, había una lozanía en ella, un cierto brillo. Ni la ausencia de alma ni la brutal supresión de esa alma puede borrar los rastros de este sorprendente hecho.

Únicamente el profesor Deutz razonaba de esta manera. No había la menor intención en él de ser travieso o provocativo, o de hacer uso de paradojas para realzar sus argumentos. Castang sintió la seducción que una inteligencia excepcional tiene para una inteligencia mediana. El hombre no intentaba impresionar; nunca lo hacía. Si decía cosas como aquellas era porque las había visto. Esta es la misión de un auténtico experto, para ampliar e intensificar nuestro campo de visión. Tú o yo andamos por un museo de pintura, observando mientras pasamos «Mujer anciana de Rembrandt», «Mujer gorda de Rubens». ¡Pero hagamos eso en la compañía de un auténtico experto, y será totalmente diferente!

Si Castang hubiera estado allí con él para poder poner la iluminación, las visiones, los olores, dejando de lado las técnicas improcedentes, hubiera podido mostrarle; hubiera visto.

Incluso, tan solo con las palabras aburridas e inexpresivas de un informe escrito podía llegar lejos.

En su pantalla habían aparecido las sombras de dos marionetas wayang, al principio unas manchas oscilantes, volviéndose gradualmente más nítidas, más claras. Una, un asesino, furtivo y rápido, con una eficiente brutalidad para eliminar los obstáculos que bloqueaban su acceso al placer. La otra una víctima, una chica de largo pelo negro y de facciones toscas y acentuadas, a quien le gustaba bailar con los pies descalzos, flexible y atlética, con un inusual buen sentido del ritmo y de la coordinación. Sin embargo, detrás de la pantalla no eran más que muñecas de madera, papel y cola.

Deutz había visto en los tejidos muertos y congelados, que no volverían a estar vivos, el rápido centelleo de la sangre viva. Pasa de nuevo las páginas del informe, haz un esfuerzo.

«Muñecas y tobillos de huesos menudos. Las manos y los pies, de perfectas proporciones y dibujo», y por muy borrosas que estuvieran las facciones, «orejas de rara belleza, labios magníficamente moldeados», y el cuerpo mismo. «Cavidad torácica, grande y bien desarrollada. Abdomen escultural, fuertemente musculado», y el poco frecuente toque sardónico que Deutz se había permitido: «pechos, espléndidos». Releyendo, Castang llegó de nuevo a las originales observaciones superficiales: «Raza, mestiza

(euroasiática) o cuarterona. Sangre de Indochina o Indonesia pero yo no soy etnólogo. Cráneo, latino».

Y Castang, que le había echado una mirada bajo circunstancias muy malas, eso hay que admitirlo, se había preguntado vagamente si no había algo eslavo ahí, ¡él que tenía una esposa eslava!

El informe del dentista estaba sujeto con un clip, ¡todo él una jerga de estomatológica ampulosidad! Castang se abrió camino valientemente.

Traducido, sus dientes no estaban bien: descalcificación, una muela del juicio incrustada, algo prognato. Tralará, ¿dónde estaba la miga ahí? ¿Por qué había querido Deutz un informe extra? Bueno, le habían hecho muchas cosas en los dientes. Normal ¿no?, es importante para una chica y especialmente para esta. Su boca era excesivamente grande para su mandíbula; sí, lo podía entender pero... ¡Eh! En la última línea recibió una sorpresa:

Una gran parte del trabajo dentario, por no decir todo, diría que es de mala calidad. Algunas de las decisiones tomadas fueron imprudentes, por no decir otra cosa, y los métodos empleados discutibles. El estilo de trabajo no es europeo ni tampoco diría yo, americano. Si se me pidiera una opinión me arriesgaría a decir que su origen es inglés.

¿Era inglesa? Y si lo era... ¿qué diría Richard de eso?

Al igual que Castang, Richard dijo «¡eh!», y volvió a leer el párrafo.

—Si era inglesa... —aventuró Castang.

Richard se palpó la mandíbula cuidadosamente, como el hombre de un antiguo anuncio de espuma de afeitar, insatisfecho con los resultados obtenidos. No utilice Gloop y nunca recibirá un ascenso.

—¿Sabes que eres una endemoniada molestia?

17

Un viaje a la costa

—ESE GUSTO QUE TIENES por las coincidencias es realmente vicioso.

Pero la palabra *vicieux* es una trampa y significa más bien «pervertido».

—¡Primero tu maldito *clochard* y ahora esto!

Pobre Castang, él un pervertido.

—No es culpa mía —se defendió— si alguien mete cadáveres ingleses en el Rolls Royce de otros.

—Esperas que vaya al galope a ver al juez y le diga que hemos descubierto que la chica desnuda del coche tenía la boca arreglada en Inglaterra, de modo que prácticamente es inglesa. Y él me preguntará —añadió con ferocidad—, ¿cómo que prácticamente? ¿Y qué le voy a decir? ¿Eh?

—Imagino —dijo Castang suavemente—, que se te podría ocurrir que la chica desnuda podría estar de alguna manera conectada o incluso ser conocida de aquellas buenas personas. No tuvo por qué viajar necesariamente con ellos, pero sí haberse encontrado a propósito, puesto que «por casualidad» sería otra coincidencia y ya hemos tenido demasiadas.

—Ante lo cual —dijo con peligrosa dulzura—, el juez sugiere que pidamos al CID inglés que investigue los antecedentes de esta familia, con vistas a obtener una identificación positiva de la chica

desnuda. ¿No es así?

—Algo parecido.

—No, no haremos esto, Castang, y tampoco lo hará el juez. Porque al CID no le gustará la idea de que un puñado de palurdos policías franceses, quienes en su opinión son todos y cada uno de ellos gánsteres corsos, sugieren que su prestigioso juez se lleva putas de Yakarta como compañeras de viaje.

—Las famosas repercusiones diplomáticas. De modo que nos preguntamos si la familia del juez no podía conocer de ninguna manera putas de Yakarta. Quizá él trabajó en Hong Kong o Singapur; son colonias inglesas, ¿no?, y tuvo una hija ilegítima a la que solo se atreve a ver en Francia.

—Castang, no seas sarcástico conmigo, te lo ruego. Lo que vas a hacer, simplemente, es no mencionar al juez para nada. Haz que retoquen la fotografía, dejando los ojos y el resto en su estado normal. Convierte la descripción física que tenemos aquí en algo que los ingleses puedan entender. El viejo Deutz es una maravilla haciendo estas cosas, pero deja fuera lo de los pies descalzos y los pechos estupendos; el CID nos tomaría por un puñado de maníacos sexuales. Envías el gráfico dental y el informe, que están en código, de modo que no necesitarán traducción. Si ellos no pueden hacer nada con esta descripción tan extremadamente completa y detallada, nadie lo podrá.

—Les encantará eso. Trotando por todos los dentistas.

—No seas ridículo, hombre, se hace todos los días. Eso nos cubre a nosotros. No sabemos nada de un juez; pedimos una identificación, de una mujer muerta, quizá inglesa, encontrada en circunstancias que sugieren homicidio. Eso es todo lo que necesitan saber. Una vez que tengamos un nombre y una dirección, hablas discretamente con ese policía al que conociste en Londres, cuando lo del asunto La Touche, y le pides que mire sus antecedentes discretamente.

—Es demasiado inteligente; se lo olerá en seguida. De todas maneras está en la Brigada especial. Me presentó a un inspector de homicidios cuando estuve allí, que era un auténtico hijoputa. Solo eso.

—Muy bien —dijo Richard—. Hazlo de la manera más difícil, si quieres. En lugar de enviar todo tu material para una identificación

a Tours de la manera ordinaria, ve tú mismo. Pasó en su terreno y ellos son los responsables. Deberían prestar más atención a los coches aparcados. De todas maneras eso es lo que quiere el juez; tiene que comprobarse a los visitantes y al personal del hotel. El juez está de acuerdo además en que la historia del chico Armitage, que era vaga, evasiva e insolente, en lo que se refiere a su paradero, debe comprobarse, pero no quiere pedir oficialmente a Caen que lo haga. Sin embargo, está dispuesto a que tú vayas, con un gasto razonable; hablaré con Rougerie en Caen para explicarle tu presencia en su sector. Te vas a Deauville. ¡Vaya suerte, un viaje a la costa!

—¿Y qué pasa con el pobre Auguste?

—Monsieur Bianchi se ocupará de ello mientras estás fuera.

Monsieur Bianchi pertenecía a una raza de policías en extinción, la de los oficiales sin un título de derecho, sin diplomas estrafalarios y no le importaba en lo más mínimo aquel deplorable estado de cosas. Simplemente, había sido un policía durante treinta años, concretamente desde la guerra. Debido a que lo mencionaba algunas veces al personal joven (atiborrado de títulos) le encantaba decir con divertido énfasis: «monsieur Bianchi ha sido policía desde mil novecientos diecinueve». Tenía una mención por servicios distinguidos durante la guerra y en el ojal de la solapa de su sucia chaqueta descolorida lleva un sucio pedazo de descolorido cordón de seda. El personal joven no sabe lo que significa, y no le interesa en absoluto; monsieur Bianchi (con o sin sarcasmo siempre le llaman «Mossieu») no habla de ello. Una o dos veces al año se pone su traje de los domingos y se llena el pecho de medallas, pero nunca en la oficina; es un Caballero de la Liberación y muchas otras cosas además. Dice la leyenda que una vez, cuando André Malraux vino a inaugurar una sala de cultura y dar una conferencia sobre Jean Moulin, monsieur Bianchi (que debía de haber estado engullendo champán municipal hasta la saciedad) le palmeó la espalda y le tuteó. Muchas otras leyendas le rodean. Una dice que no come nunca y que subsiste a base de café y de los cigarrillos más fuertes, los Boyards fabricados por la Seita. Parece tener buena salud y nunca está enfermo.

¿Quién le reemplazará cuando se vaya? Ya que la gente que se cierra como una almeja ante los elegantes muchachos de hablar

rápido, le habla a él. Atrae confidencias. Consigue terminar una inmensa cantidad de trabajo, y Richard dice de él melancólicamente: «El equivalente de Bianchi serían cuatro mujeres eficientes con doble sueldo». Puesto que no tiene diplomas nunca ha llegado a comisario, pero también ante esto se comporta con serena indiferencia.

Adolescentes que se escapan de casa, respetables hombres de negocios que se vuelven locos repentinamente, esposas que le dan a la botella, rateros de tiendas o amantes inadecuados, y todas las investigaciones que se hacen en beneficio de las familias (todavía un porcentaje sorprendente del trabajo de la PJ), todo esto es el pan de cada día de monsieur Bianchi. Castang se sintió bastante satisfecho. Lo cual significaba que hubiera estado aún más satisfecho si monsieur Bianchi hubiera heredado el viaje a la costa, pero qué le iba a hacer; había que intentar no quejarse. Vera odiaba que estuviera fuera, pero tenía el buen gusto de no mostrar nunca su inquietud. Marzo en la costa de Normandía; seguro que haría más viento que en el infierno. Richard interrumpió sus meditaciones.

—Puesto que vas a tener un día ocupado, será mejor que te muevas —dijo con voz ofensivamente alegre.

El fotógrafo levantó las manos al cielo cuando se le pidió que consiguiese algo reconocible.

—No seas ridículo, estaba hinchada como una goma de mascar.

—Bien, entonces haz un dibujo —dijo, consciente de que eso se decía con mucha facilidad.

Sucede dos o tres veces al año, que se encuentre a alguien en una cantera de grava en desuso y decididamente en malas condiciones. Los «húmedos» son horribles, pero los «secos», a los que han visitado cuervos, ratas y otras bestias inmundas, no son mejores. El arte policial nunca ha ido más allá del nivel de los tipos atrasados que les ponen bigotes a las damas de los anuncios de sostenes. Incluso si le planteaba el problema a Vera...

Al final, lo hizo.

—No tienes por qué mirarlo, si no quieres. No es agradable. Los intentos de retoque son siempre catastróficos. No sé, si se intentara por el otro extremo hacer un dibujo y luego fotografiarlo, ¿se conseguiría un mayor parecido?

Vera miró, apretó los dientes, miró fijamente de nuevo y luego dijo:

—No.

—Comprendo.

—No es tan malo, uno tiene que acostumbrarse y yo puedo. Pero todo lo que puedo hacer es una ilustración, una reconstrucción imaginaria. No conseguiría ningún parecido.

—¿Lo intentarás?

Cogió un pedazo de papel sin decir una palabra. Sin que se lo dijera, utilizó un carboncillo litográfico que se podría fotografiar bien. Al final hizo tres, haciendo trampas con ellos; tres cuartos de un rostro mirando de reojo con ojos oblicuos.

—Gitana, hecha por Kate Kollwitz. Horrible. No puedo superar el problema; únicamente puedo ponerme sentimental. No puedo hacer nada más.

—No importa. Recuerdan a alguien vivo, y así es como si alguien la ve la recordará. Haré que hagan copias. ¿Quieres prepararme la bolsa? Si quiero estar en la costa por la mañana, tendré que empezar a hacer carretera.

—Vuelve intacto —le dijo ella.

—No es el tipo de asunto que implique un riesgo. Incluso si lo hubiera, hace tiempo que lo decidí: prefiero ser un prudente policía cobarde.

Era tan solo un poco menos que la verdad. Ella conocía la existencia de las estadísticas del Ministerio del Interior. Lo que no sabía, o él esperaba que no lo supiese, era que uno puede ser prudente como una compañía de seguros, y de una cobardía total, y a pesar de todo pasar a engrosar las estadísticas. Hay que ser indiferente a las estadísticas y tener la habilidad de saber apartarse de los accidentes de los demás, que los periodistas llaman baraca. Igual que «una vida encantadora», no es una frase que los policías utilicen.

18

Tourangeaux y los normandos

CONDUCIR HASTA TOURS como un agradable paseo matutino, con la expectativa de un almuerzo de tres estrellas, es una perspectiva agradable. Es diferente en una lluviosa tarde de marzo, en un coche de policía, y con el oscuro objetivo de tener que seguir adelante hasta llegar a la costa, y Castang no se hacía alentadoras ilusiones sobre «la douceur angevine». Aunque, como le tenía cariño a su estómago, se prometió una buena cena. El Loira no es un río contaminado y tiene peces.

—Buen pescado —se dijo Castang, como si fuera Gollum.

El Tours de hoy en día tampoco participa demasiado de «la douceur angevine». Es totalmente moderno, blanco, rectangular, austero y de moral severa. La acogida que recibió Castang en la PJ quedaba tan lejos de Rabelais y de Ici Douce France como pueda imaginarse. Caía una fina lluvia sucia y el viento era acre; hubiera hecho mejor quedándome en casa, en Aberdeen.

Consiguió hablar con un comisario adjunto llamado Brillant, que tenía una mentalidad aritmética. Un hombre bastante joven de fino pelo negro, a la vez fino y ralo, y un rostro gris salpicado de viruelas como una vieja cacerola de aluminio; su barbilla era negruzca con una abolladura, como el culo de una cacerola. Miró

los deberes de Castang línea por línea con un bolígrafo rojo entre los dedos, listo para quitar puntuación en cualquier momento por precipitación, inexactitud o pereza.

—Bien —dijo al final, dejando los papeles tras haberle concedido mentalmente un «bastante bien», a los deberes—, no veo nada de lo que quejarme. Vuestro patólogo confirma la opinión del doctor de la policía de que a la mujer la mataron por aquí y la pusieron en el coche. Nuestra investigación preliminar demuestra que eso es plausible, ya que el coche permaneció toda la noche abierto; que es lo más probable, ya que nadie lo admite.

»A partir de ahora es matemático. Ese hotel, ¿no has estado ahí?, está aislado. En un parque, cuyas verjas están a algunos kilómetros del pueblo, que a su vez se encuentra un poco distanciado de la carretera principal. Tienes por lo tanto una muy buena probabilidad de que la mujer fuera colocada allí por alguien que estaba en el lugar. ¿De acuerdo hasta ahora?

»En el lugar, contando al personal y a los visitantes como una cantidad global, hay alrededor de ochenta personas. De personal, considerándolos a todos, de veinticinco a treinta, que viven en el edificio o en el pueblo. Cuestión de eliminación. Más o menos un día de trabajo, y puedes probablemente eliminar a todo el personal exceptuando a tres o cuatro, y gran parte de los huéspedes. Te quedarás con quizá unas treinta personas a las que dirigir tus investigaciones. Eso puede llevar varios meses. Como tu juez, tú y el comisario Richard sabéis muy bien. ¿Así que qué estás haciendo, corriendo como una liebre hacia aquí? ¿Por qué todo este bullicio y agitación?

—Estos ingleses están en libertad provisional, o más bien libertad total simplemente, ya que no hay la más remota evidencia que señale hacia ellos. Se han ido a la costa; puede que estén por ahí unos quince días más o menos. Si consigo establecer una conexión...

Su voz se desvaneció; los ojos del hombre que estaba al otro lado del escritorio no animaban a hacerse ilusiones.

Brillant alargó una lánguida mano descolorida hacia la fotografía y dejó que sus ojos se posaran en ella.

—Bien, lo pondremos sobre la mesa. Hum..., tiene mal aspecto. Nunca es fácil de hacer. Recuerdo a uno que había recibido el

estallido de una escopeta a bocajarro. Y un suicidio una vez... el tipo se puso una pistola del ejército americano dentro de la boca; ya sabes, el Colt 45 automático. La cara seguía estando allí pero la cabeza no, ¿me entiendes? El dibujo que hicimos era tan malo que tardamos tres meses en identificarlo como un desertor de la legión extranjera... ¿dónde estuvieron, antes de venir aquí?

—En Normandía: Bayeux y Rouen. Un *ferry* del canal.

—Y según el trabajo odontológico pensáis que puede ser inglesa...

—Hemos enviado la foto a todos los puertos desde donde se cruza el canal. Hay que intentarlo. No pululan tantos turistas en esta época del año. Quizá consigamos ponerle un nombre mediante las listas de reserva de las compañías aéreas, pero no hay muchas probabilidades. Ahora no hay control de pasaportes en ningún sitio; esa frontera está totalmente abierta.

Brillant asintió.

—¿Cuántos ingleses trabajan en París o en sus alrededores? Ahora que pienso, ¿cuántos ingleses residen en Normandía, o incluso aquí? Pregunta en la Prefectura, te sorprenderías. ¿Y estás pensando en pillar su rastro a lo largo de la carretera? Doscientos cincuenta kilómetros de aquí a la costa.

—Puede haberse alojado en algún hotel.

—O en un albergue. O en una casa particular. O en la guarida de alguna mecanógrafa. ¿Le vas a dar la foto a la prensa?

—Richard no está ansioso por hacerlo, o todavía no, por lo menos.

—Yo no diría que no estuviese en lo cierto. Bien —dijo levantándose—, haré lo que pueda por ti.

—Gracias —dijo Castang.

Desde luego, Brillant se había dado cuenta de que él perseguía una posibilidad remota, no quería hacer comentarios sobre ello, y él tampoco los haría. La voz sonaba un poco menos débil, a pesar de que los ojos eran aún los de una anguila muerta. Castang, que había estado pensando en cenar pescado, cambió de idea y pidió pollo en su lugar.

—¿Buscaréis sus ropas? —dijo al despedirse.

—No te necesito para que me enseñes a hacer mi trabajo.

Había una extraordinaria cantidad de setos, zanjas, cubos de la

basura y vertederos municipales entre Tours y Caen. Sin mencionar los doscientos treinta kilómetros. Pero, sin duda, ella estaba viva cuando llegó a Tours. Y, presumiblemente, no iba descalza en el mes de febrero.

El joven Colin Armitage había logrado ser tan vago acerca del lugar donde había pasado la noche, que sin duda tenía algo que esconder. Debía darse cuenta, ¿no?, de que si la policía lo intentara lo descubriría. Claro que la gente le dice cualquier cosa a la policía; el hombre al que cogen saliendo del banco con un saco dirá alegremente que lo encontró sobre la acera. No esperan que se les crea. ¿Lo esperaba Colin?

Era mucho más probable que fuera una pequeña trampa del señorito Colin. Solo para divertirse. Crear muchas dificultades a la policía, sabiendo de antemano que no encontrarían nada; es un cierto rasgo de humor de algunas personas.

—No, en Deauville, no. En algún sitio cerca... No estaba de humor para ir a Deauville, no sé por qué... realmente no miré el reloj. Unas cuantas millas, supongo... Bien, con esas carreteras, ya sabe. Llenas de curvas. Seguro, había alrededor de diez mil letreros y todos decían Caen... No tengo ni idea. El León Dorado o el León Rojo o el León de Tres Patas... no, tan solo dije «León». Lo primero que me vino a la cabeza... Todos se parecen, ¿no es verdad? Vigas de madera, manteles a cuadros, rótulos con letra gótica, y pollo a la manera del Valle de Auge, y costillas de cordero a la manera del Valle de Auge, y judías cocidas también a la manera del Valle de Auge; al menos, nadie se llevará una sorpresa... Lo siento, pero ya sabe, cosas así no son importantes para mí. Estaba cansado. Solamente buscaba un lugar donde dormir y comer algo. No lo busqué en la Michelin. Patience lo hubiera hecho, porque es terriblemente importante cuántos cuchillos y tenedores tiene, y cosas impresas en rojo. Pero yo no lo haría... leí un libro. Una historia de detectives. He olvidado el nombre. Los detectives eran mejores en el libro que en la vida real.

Castang no se había molestado en seguir la pista. Era demasiado obvio que el chico se estaba divirtiendo. Richard simplemente había dicho:

—Un trabajo agradable y sencillo para Orthez, si realmente queremos confirmarlo. O para su equivalente en Caen. Con toda

probabilidad tienen diez exactamente como él.

¡Pero en lugar de eso, el trabajo le había tocado a Castang!

Había llegado a Caen antes de medianoche, y un soñoliento portero nocturno le había abierto, y se había dormido casi antes de poderse sacar el cepillo de dientes de la boca. Y por muy ridícula que fuera la historia del chico, había mucho de verdad en ella. ¡Al mismo Castang le hubiera sido difícil recordar el nombre del hotel, si no fuera porque tenía que guardar la cuenta, para cobrar gastos!

La lluvia había cesado la noche anterior. Empezó de nuevo antes de que llegara a Deauville, pero el café le puso de buen humor.

Es una ciudad pequeña, cuidada y ordenada, sin historia, ya que fue inventada de la nada durante el reinado de Napoleón III, y es una extraña mezcla de edificios muy pequeños y muy grandes, todos más o menos horrorosos. El Casino está cerrado excepto durante los fines de semana, y ahora estaba cerrado, pero no tuvo dificultad en localizar a un miembro de la gerencia.

Nadie que se pareciera a esta chica, no. ¿El chico?, es posible. Generalmente hay dos o tres así. No hay tantos ingleses ahora; pueden apostar en casa ahora, y el cambio también está en su contra. Pero siempre hay unos pocos rondando con la esperanza de un golpe de suerte. Sin una fotografía no me gustaría ir más allá, pero el personal está entrenado para observar las caras y recordarlas. Una joven como esta, sin duda yo mismo la hubiera recordado.

Ni mejor, ni peor de lo que Castang había imaginado.

Sin embargo, el León de Oro fue más duro de lo que se temía, debido a que había más hoteles abiertos en invierno de lo que esperaba, o a que todos parecían desalentadoramente iguales. Lo que sí era verdad en la historia del muchacho, era que a primeras horas de la tarde, después de una comida apresurada que no le satisfizo, había aterrizado finalmente en El Escudo del Duque, a medio camino entre Pont

l'Evêque

y Pont Audemer, en un cruce de carreteras con tres letreros diferentes que decían Caen, dos indicaban París, y ninguno que dijese autopista; responsable de toda aquella estupidez.

Cuando la policía está ocupada en ir rutinariamente de puerta en puerta, se la recibe de manera muy parecida a como se hace con

un viajante que promociona una nueva cafetera de manera altiva: «A nuestros clientes no les gustaría nada esto»; conservadurismo: «Ya nos va bien con lo que tenemos»; y desde luego profunda desconfianza: «Cuál es el precio real, no esta tontería que me está diciendo». Castang quedó gratamente sorprendido al oír que el propietario, un hombre de tez sonrosada, calvo y corpulento, que tenía un aspecto demasiado normando para ser real, decía: «Claro que sí». Ahí se acaba la reputación que tienen los normandos de no responder nunca directamente. Estaba comiendo su propia comida plácidamente, bebiendo sidra, y tenía el aspecto, raro hoy en día, de un hombre que está en paz consigo mismo.

—Lo recuerdo muy bien; un jovencito inglés con uno de esos coches pequeños. Número 4 creo —puedo mirarlo en el mostrador.

—Termine su comida en paz. ¿Habitación individual?

—Todas son dobles. Solo tenemos diez. Estaba solo, si es eso lo que quiere decir. Comió solo. Justo aquí en esta mesa. Le serví yo mismo. Era bastante tarde, por eso me acuerdo.

—¿Ha visto alguna vez a alguien parecido? —dijo mostrando la foto.

El hombre miró cuidadosamente, masticó, engulló, y dijo:

—No.

—¿Está siempre aquí?

—¿Dónde voy a estar, si no? De las siete de la mañana hasta medianoche. Así es este negocio. En noviembre y diciembre cierro el establecimiento, hasta Año Nuevo. Si hubiera estado aquí, la hubiera visto seguro.

—¿Incluso si hubiera estado en un dormitorio? —Recibió una mirada penetrante—. Solo preguntaba —dijo pacificador.

—No me preocupa su moralidad. Si pagan una habitación... ¿quiere usted decir que recogió a una chica? No que yo sepa. La camarera podía haberse dado cuenta. Puede preguntarle a ella si quiere. En la cocina.

—¿Es posible?

—Podría suceder. —Se limpió la boca con la servilleta y vació su vaso—. Ha pasado. Francamente, me preocupa menos que las personas que roban toallas.

—¿No tiene usted un conserje por la noche?

—Demasiado caro. Cierro a medianoche. Hasta entonces la

puerta exterior, la de madera, está cerrada, pero no con llave. La puerta de vidrio tiene una campanilla. Sale gente a dar una vuelta. La campanilla me avisa, y si estoy en la cocina echo una mirada por la ventana. Pero a veces estoy en la despensa o en el fregadero. Ha habido gente que se ha autoservido bebidas; a veces hay ciertas dificultades... pero es más fácil, barato y agradable tolerar unas ciertas molestias. Eso es todo.

—¿Y por las mañanas?

—Estoy fuera porque voy al mercado. María está aquí a las seis para preparar el café. Mi esposa está levantada y dando vueltas a eso de las siete treinta; es lo más temprano que se marcha la gente. Ella sabe qué habitaciones están ocupadas; se lo dejo todo escrito la noche antes. Suponga que haya dos desayunos en lugar de uno; María los cobraría.

Castang asintió con la cabeza.

—¿Dónde guardan los coches?

—En el patio trasero. Hay una puerta que da allí desde las cocinas. Los cocineros la cierran con llave cuando se van, digamos que sobre las diez. Después de eso, si alguien necesita algo del coche, tiene que pedirme las llaves. ¿Ocurre algo? —dijo con aspereza.

—Nada en absoluto. Estamos comprobando los movimientos de ese joven. Si hubiera tenido una compañera, sería interesante. Eso es todo.

—Hable con María. Estaré aquí si me necesita. La chica grandota y gorda.

María estaba terminando de comer junto con los cocineros y las dos camareras, y Castang empleó diez minutos observando las puertas de madera, sólidas, con cerraduras adecuadas. No había otra salida; una habitacioncita confortable. Quedaba lo clásico, la salida de emergencia. Pero había únicamente dos pisos, y las puertas de emergencia eran del tipo que se abren dándole un fuerte empujón a una barra automática; las probó, y dejaron oír un fuerte ruido metálico, desalentando a cualquiera que intentara salir furtivamente. Los escalones de hierro llevaban al patio, que tenía espacio para una docena de coches y estaba rodeado por una alta empalizada de madera. El motor de un coche poniéndose en marcha en mitad de la noche hubiera creado un estrepitoso eco. En el lado

que daba a la calle, las ventanas de la planta baja presentaban sólidas contraventanas de madera.

María se quedó impertérrita cuando él la abordó, y le condujo con busto oscilante y piernas musculosas escaleras arriba hacia la habitación número 4; era esta una habitación agradable, ordenada, con cortinas y cubrecamas de chantú y un pequeño cuarto de baño. Primer piso, dando a la calle. Estaba reluciente y olía bien, lo que inspiró confianza en María.

—¿Lo hace todo usted?

Ella sonrió.

—En invierno, sí. Hay mucho trabajo, pero el jefe es bueno. Madame ayuda. Después de Semana Santa, hay otra chica para el piso superior.

Su acento era muy marcado pero no afectaba para nada a su inteligencia.

—Solo una pregunta, pero quiero que la considere cuidadosamente. ¿Durmió aquí una persona esa noche, o durmieron dos?

No dudó para nada.

—Oh, sí. Había una chica con él. ¿Un hombre joven, no? Se fue por la mañana, sin embargo, se desvaneció —dijo con una expresión cómica y un expresivo movimiento de la muñeca—. No hay nada malo. El cuarto de baño se hubiera tenido que limpiar de todas maneras.

Castang, que había estado bastante dispuesto a decirle adiós a una idea frágil e insustancial, se puso alerta. ¿Habría valido la pena, después de todo, este infernal viaje a la costa?

—¿Está segura?

—Desde luego que lo estoy. Se había utilizado la cama, rastros de maquillaje. Y un olor... —con la indiferencia de alguien muy acostumbrado a los olores, tanto buenos como malos—. Le entré el desayuno. Entonces estaba solo.

—¿A qué hora fue eso?

—Ah, eso no puedo recordarlo. La hora normal. Siete y media, ocho quizá; ella se había ido antes. Es bastante fácil.

—¿Hay alguna cosa en la que pueda pensar para describirla? Como si era rubia o morena, quizá el perfume, o pelo en la papelera...

—Ah, no —dijo María riendo—. Yo limpio pero no con lupa. ¿A mí qué me importa? Quizá venía de otra habitación.

—Lo comprobaremos. Ahora intente pensar.

Pero María era inamovible.

—No, usted se refiere a zapatillas olvidadas, un peine, o carmín en un *kleenex*; sí, a menudo pasa, pero no esta vez.

—Entonces, ¿cómo puede estar tan segura?

María se encogió de hombros.

—Experiencia —dijo.

19

El inspector French investiga

HABÍA DESCUBIERTO DEMASIADO, pero no lo suficiente. La habitación la habían limpiado dos veces, y el gatear por ella no iba a desenterrar útiles horquillas; no había razones para llamar a un técnico. Sin embargo, allí se había alojado el joven Colin y una mujer con él.

Bajó las escaleras con las enojosas reflexiones de un hombre que se ha tomado muchas molestias para descubrir un montón de hechos inútiles que naturalmente son poco concluyentes y quizá engañosos. El hombre sonrosado estaba en su pequeña oficina desordenada, dándoselas de virtuoso, sea con la policía o con el recaudador de impuestos.

—Aquí está.

Era la copia de la factura. Habitación número 4, una persona, un aperitivo, una cena, media botella, un café, un calvados, un desayuno, impuestos y servicio sumaban el total. Monsieur Robert Maxwell. Castang lo miró sombríamente. Era perfectamente posible que el tipo de coincidencia más estúpida le obligara a empezar por el principio otra vez, muy animado por el hecho de haber hecho el ridículo. De todas maneras... La práctica de llevar pequeños formularios había sido abandonada por considerarla burocracia

inútil, y ya nadie mira los pasaportes.

Castang le dio la vuelta a la factura, tomó un bolígrafo e hizo un pequeño dibujo de un largo rostro inglés con pelo liso que caía hacia adelante; lo contempló insatisfecho. La mayoría de los ingleses tenían ese aspecto.

—Sí —dijo el hombre sonrosado dubitativo, pensando lo mismo.

—¿Vio el coche?

—Uno de esos pequeños cupés, azul oscuro, verde quizá. Es difícil de distinguir por la noche.

—Claro —coincidió Castang, oyendo al juez de instrucción preguntarse sarcásticamente cuántos había—. ¿Algún detalle que pueda recordar? —Pero eso era esperar demasiado—. ¿Hizo alguna llamada telefónica?

—Saldrían en la cuenta.

—¿Había esquís en el coche?

—Sí —respondió tras pensarlo un poco.

Castang decidió que era lo bastante aproximado. En el peor de los casos, más que buscar a un probablemente mítico Maxwell, se podía organizar una confrontación, aunque no probaría nada, excepto quizá la extrema improbabilidad de que Colin hubiera estado en Tours.

Se sentó en el coche y reflexionó. Miró los letreros que indicaban Caen. Después de un rato, puso en marcha el motor y condujo de vuelta a Deauville. Aparcó junto a la piscina, alquiló un bañador y una toalla, y se sumergió en el agua. Nadó media docena de piscinas, en compañía de tres mujeres gordas, dos caballeros de edad, y cuatro niños que reían tontamente turnándose para sumergirse en busca de un pendiente. Se tumbó sobre la espalda y flotó.

El ventanal de la piscina de Deauville mira al oeste, y el sol se hunde por allí, y en tardes despejadas tiñe todo el interior de un rojo sangre. Castang miró fijamente a la ventana pensando en el inspector French, sobre quien había leído una vez en sus días de estudiante, en un virtuoso esfuerzo por aprender inglés. ¡Así era como debía ser un detective! Uno no debía dejar que se le escapase un detalle, por muy trivial que fuese. Tras ciento cincuenta páginas de minuciosa observación y lógica perfecta, uno probaba mediante geometría euclidiana que la cuidadosamente elaborada coartada del

horario de ferrocarril del señor Crump era falsa, y tres meses más tarde el señor Crump era colgado en Wandsworth con la debida solemnidad; pero este hecho no le preocupaba tanto como preguntarse qué había hecho que el señor Crump se comportara tan tontamente. Castang se sentó en el banco de piedra. Los radiadores funcionaban a plena potencia y el calor confortó su húmedo trasero. Dejó que las gotas fueran cayendo pacíficamente y deseó ser el inspector French.

Colin, si realmente era Colin, tenía algo que esconder. Esto podía perfectamente ser un banal adulterio de fin de semana. Y podría tratarse de la morena desconocida, la chica descalza. Pero descubrirlo era un trabajo para doce burros de carga de la PJ de Caen.

El chico había estado aquí comiendo su *croissant* a las ocho de la mañana. A la una se encontraba a cuatrocientos cincuenta kilómetros al sur, y eso no podía conseguirse yendo por caminos vecinales hacia Tours. Se podía hacer normal e inocentemente, por la autopista.

Olvidemos a Colin. No tiene en absoluto nada que ver con la chica desnuda, y su compañera nocturna no es asunto nuestro.

En cuanto a la chica descalza, dejemos que Tours se preocupe de ella. Llegó aquí con su propio pasaporte, o la trajeron. Lo segundo es lo más probable, puesto que no hay señales de un coche abandonado. Puede que no sea inglesa, y alguien con un peculiar sentido del humor pensó que era terriblemente divertido meterla en un Rolls Royce de matrícula inglesa.

¿Qué le parecería al inspector French? Mientras aguardaba el laborioso peinado de todas las personas que habían estado en el hotel la noche en cuestión, buscaría sus ropas. Porque ningún policía, ni siquiera French, creería que había sido otra cosa que un crimen «*amateur*». Los profesionales pueden perfectamente tener cadáveres de os que deshacerse, pero no se dedican a juegos tan complicados como ese. Arrojarían el cadáver en un lugar desierto de la carretera, tan poco ceremoniosamente como a la abuela del carnicero. Nunca harían nada que llamara la atención sobre ellos, y ni soñarían en hurgar en un aparcamiento esperando encontrar una portezuela abierta.

Las ropas de una chica pueden reducirse a un pequeño fardo de

trapos y meterse en cualquier rincón sin llamar la atención. Puesto que puede haber algo incriminador (¿o si no por qué desnudarla, para empezar?), un criminal astuto consideraría las posibilidades de que le encontrarán.

Quería desenmarañar todo aquello. Quería sentarse en el balcón y disfrutar de una cerveza y contemplar cómo el sol se ponía sobre Cabourg. Quería divertirse. Si fuera fin de semana y el Casino estuviera abierto, iría a jugar. Sé imprudente, tómame una buena cena, busca una chica. Deauville en marzo parecía un terreno poco prometedor para el placer, pero era una cuestión de saber dónde mirar. ¡Colin se las había arreglado estupendamente!

Era un problema estúpido y no se estaba concentrando en él. Su mente seguía dando vueltas y vueltas al sótano de su casa, deseando de todo corazón que hubieran enviado aquí a monsieur Bianchi. Richard tenía razón, desde luego; a ningún policía se le enviaba a investigar en su propio bloque de apartamentos y ninguno querría hacerlo. Era casi como si se pidiera a un médico que hiciera un reconocimiento a su propia esposa.

De hecho, el que le hubieran enviado aquí olía a maniobra. Como si Richard se hubiese inventado un pretexto para sacarlo de en medio.

No, eso era un disparate. Richard podía hacer y hacía tales cosas, pero si enviaba a un subordinado a cuatrocientos cincuenta kilómetros de distancia era con un propósito. «En lugar de este correr por todas partes sin un propósito fijo —podía oír su voz deliberadamente medida y pausada— estate quieto y dale a tu cerebro una oportunidad de trabajar».

Y el cerebro de Castang no estaba trabajando. Se sentía cansado y negligente de tanto estar sentado en aquel asqueroso coche y de tanto fumar, y tontamente desconcertado. En resumen, no se sentía en forma. Y la marea había bajado por completo en Deauville, dando la sensación de que fuera a estar baja para siempre. Anímate chico.

Castang se sumergió de nuevo en la piscina de aguas lánguidas, ligeramente recalentadas, y la atravesó seis veces más tan rápido como pudo, intentando cronometrarse, manteniendo algo en reserva mientras obligaba a trabajar a los perezosos músculos más duramente de lo que ellos querían.

Acabó resoplando, sujetándose al borde con un dedo, en el extremo más profundo, intentando respirar sin hacer un gran alboroto, mientras amainaba el tamborileo de su corazón y el pulso volvía a la normalidad. Se suponía que toda aquella oxigenación también era buena para el cerebro. Estimula la inactiva materia gris.

Dios del cielo, funcionó como la clásica dosis de sales. El estreñimiento crónico de Castang se transformó en galopante diarrea entre una y otra inhalación de aire. Con un tirón de todos sus músculos, como si fuera una trucha, Castang saltó fuera del agua. El anciano caballero que descansaba en el carril contiguo, un alma obesa y bondadosa con un flequillo de cabellos grises y gafas de goma de un absurdo azul brillante, le miró pasmado. Castang agarró la refregada y desgastada toalla alquilada, y escapó hacia la ducha. Abrió el agua, muy caliente, muy fría, y lanzó un corto rugido aullante de angustia. Se vistió tan deprisa que su ropa interior se enganchó a su piel mojada. Abrió la ventanilla del coche, como de costumbre, para echar fuera el olor, y la cerró de nuevo rápidamente, y soltó el volante para encasquetarse un sombrero sobre el pelo mojado. El frío de una tarde de marzo después de aquella atmósfera húmeda y tibia: habiéndose librado de una congestión —la de la idiotez congénita— no pretendía pescar otra a causa de una pulmonía.

Había cometido un error elemental: se había equivocado de fecha. El Casino de Deauville se abre los fines de semana en invierno, pero no los lunes. Preocupándose por Auguste, y dislocado por el retraso del *post mortem* —todo por culpa de la señora Chose y sus varices—, de alguna manera había perdido un día.

Colin Armitage había pasado la noche aquí, pero no la misma noche en que estaban pasando cosas extrañas en Tours. Veinticuatro horas antes.

Había estado mintiendo y, ¿por qué? Había dado un nombre falso aquí y, ¿por qué?

Porque había una mujer con él. ¿Quién?

El inspector French, concentrándose en los horarios, lo hubiera descubierto mucho mucho más rápidamente. Castang se sintió como un perfecto idiota.

20

La soga en la casa del ahorcado

TODOS LOS MIEMBROS de la Policía Judicial de Caen que podían irse a casa lo habían hecho, y el inspector de guardia estuvo contento de ver a Castang, un alivio para el aburrimiento.

—Las cosas están bastante tranquilas, lo que quiere decir un endemoniado exceso de trabajo, pero nada excesivamente urgente.

Asintió; el cuadro era familiar.

—Lo que significa que te pasas semanas —siguió el inspector, cuyo nombre era Robin— trabajando en lo de este tío, que jura por su vida que recogió el arma de la acera; resultó que estaba allí. Sabiendo que cuando llegue a juicio el juez dirá tcha, tcha, eso no estuvo bien, pero puesto que eres un pobre chico desgraciado, te pondremos seis meses en libertad condicional. ¿Qué demonios estamos haciendo aquí? ¿Hasta dónde puede llegar la hipocresía? ¿Lo hizo, o no lo hizo, el tipo? ¿Si me he dejado las tripas para probar que lo hizo, entonces qué es esa mierda de que es culpa de la sociedad? Mete a ese malnacido en la cárcel durante cinco años. Es una cosa asquerosa; dale la espalda un segundo y te partirá el cráneo, y se sentirá feliz. ¡Seis meses en libertad condicional! Ahora se está riendo de mí a mandíbula batiente. Porque no podemos meter en chirona a la sociedad; no hay espacio. ¡Audencias! ¿Por

qué lo hago?, ¿por el dinero que nos pagan?

Castang conocía toda la historia demasiado bien.

—Me he pasado el día —dijo melancólicamente— dando vueltas como un imbécil, tras un chico que me dijo que había estado aquí. Claro que había estado, solo que era el día equivocado, y me lo tragué.

Era el turno de Robin para asentir con la cabeza y mirar comprensivamente.

—¿De qué se trata entonces?, ¿la mujer desnuda del coche? Vi el comunicado, pero el jefe no dijo qué quería que se hiciera con ello.

—Aún nada; vine esperando encontrar algo que lo relacionase. El chico estuvo aquí, y había una mujer con él. Sin embargo, nada demuestra que fuese ella. Los otros ingleses estaban en Bayeux.

—Tal como lo entendí, se suponía que todo esto pasó en Tours.

—Tours la está buscando. Pero no hay equipaje, ni ropas, ni coche: podría haber llegado desde cualquier parte.

—¿Por qué aquí?

Robin no estaba interesado en lo más mínimo y no era de extrañar: no querían que les cargaran los muertos de otros. Incluso hablar de ello era como mencionar la soga en casa del ahorcado.

—No hay ninguna razón, ni nada que demuestre que alguna vez estuvo aquí. Solo tengo una cosa para seguir adelante y es endemoniadamente poco sólida; ella podría ser inglesa, a juzgar por su trabajo dentario. De modo que podría haber habido una relación previa. Lo único que he encontrado es que el chico mintió sobre el día y dio un nombre falso en el hotel. De acuerdo, eso no es siquiera un delito menor. Pero había una mujer con él. Me pregunto quién.

—Pregúntaselo —dijo no sin falta de lógica.

—Está en los Alpes en alguna estación de esquí. Pero no es eso; el viejo es un juez inglés, y no se le puede atacar en base a una insignificante suposición. Los ingleses empezarían a darse importancia.

Robin asintió con la cabeza, comprendiendo.

—Embarazoso.

—Averiguar quién es ella, podría significar un proceso muy largo. Y supón que estos ingleses están implicados de alguna manera en ello. Para entonces ya habrían vuelto a casa. ¿Puedes imaginarte la cara del juez, cuando se le pidiera una orden de

extradición?

—Ja, ja —dijo Robin, sin alegría.

—Sí. De modo que el jefe dijo que, de todas maneras, viniera aquí y lo comprobara. Por si acaso.

—Ya veo. O no lo veo; ¿qué es esa historia de este tipo que tenía a una mujer con él? ¿Se alojaba ella en el hotel?

—Me estoy muriendo de hambre —dijo Castang, a quien la natación le había despertado el apetito—. Vayamos a tomar un bocado en la taberna. ¿Hay posibilidades de un buen pescado? —convirtiéndose de repente en Gollum.

—Hay un lugar en el puerto que no está mal —dijo sacándose las gafas con una primera muestra de entusiasmo—. No sé que tal será el pescado; todo el maldito estuario está contaminado, pero también lo estamos nosotros, de modo que ¿qué más da?

Castang estuvo de acuerdo con su razonamiento.

Un café agradable, con una barbaridad de anticuado latón que mantenían bien bruñido, y ridículas palmeras; empezó a sentirse mejor. Una enorme mujer gorda, mostrando lo mejor de los normandos, dijo que su pescado no tenía sabor a diésel, y que si no lo creía que lo viera por sí mismo, y le trajo una enorme aleta de raya cruda en un plato. Gollum pidió que se la pusiera en el puchero inmediatamente. Robin dijo que estaban casi a fin de mes, y que andaba justo de dinero, pero que si Castang pagaba las bebidas él pediría blanquette de cordero. Volvieron a la casa del ahorcado con renovados ánimos.

—Bien, ahora fíjate; esta mujer que estaba con él, no saltaría simplemente por la ventana en camisón. ¿Adónde iría?

—Lo que yo pensé. Debía de venir de algún sitio de los alrededores. ¿La recogió en Deauville o qué? En el Casino no la conocen. Tiene un rostro característico.

—Bien, démosle una mirada. ¿Nos enviasteis una foto?

—No importa —dijo Castang—. Tengo una aquí —revolvió en el bolsillo de su impermeable.

—Si es una turista debió de alojarse en algún hotel; debería ser fácil descubrirlo. ¡Por la sangre de Cristo!

—Sí, no tenía muy buen aspecto, de manera que nos inventamos un dibujo.

—Sí, ya veo. No está mal tampoco. Mira... ¡pero si yo conozco a

esta mujer!

Castang dio un salto y su encendedor cayó al suelo. ¡Robin había empezado a reír! No podía ser que estuviera tan borracho...

—¿Qué?

—Entró aquí. Dijo que era periodista. Te diré, los ingleses están chalados, pero esto le gana a todo lo que he oído en mi vida. Extraordinariamente guapa, también.

Ablandado por la comida y la bebida, y aún más por el recuerdo, monsieur Robin reía de buena gana al rememorar los hechos.

—Ya no lo es —dijo Castang ligeramente amargado ante todo ese carcajeo.

—Y tanto que lo es —dijo conteniéndose un poco abruptamente—. Quiero decir, y tanto que no lo es. Mierda, ya sabes lo que quiero decir. Pero es curioso, de todas maneras...

—Estudió el dibujo—. Se le parece y no se le parece, pero es ella seguro. Y es realmente muy gracioso que esté muerta.

—¿Por qué? —preguntó, sin ver que fuese nada divertido.

—Porque no hacía más que hablar de la muerte. Estaba sentada aquí frente a mí. Donde tú estás.

¿Habrían bebido los dos demasiado? Castang sintió la pequeña ondulación de la visión borrosa de los objetos en su línea de visión que se desenfocaban por segundos. Sacudió la cabeza, cerrando los ojos por un momento. Robin seguía allí, mirando fijamente a alguien que no estaba, pero que estaba sentado en su silla.

—Como dice mi jefe; si eres tan amable, intenta que tu narración sea coherente.

21

Mariposas alrededor de una llama

CASTANG ESTABA MUY INTERESADO; era normal. Por fin alguien había visto a la chica descalza con la ropa puesta (y presumiblemente también zapatos), alguien que sabía qué voz tenía, cómo eran sus movimientos, sus ojos... Pero no estaba especialmente sorprendido; estaba seguro de que tarde o temprano encontraría a alguien que la hubiera conocido viva. Que de todas las personas fuera a ser un policía, era, por supuesto, una coincidencia, pero no asombrosa. La gente involucrada en crímenes violentos a menudo ha tenido durante algún tiempo una aureola de violencia a su alrededor que puede, con bastante frecuencia, haber atraído la atención de la policía. Los policías con experiencia pueden reconocer este campo magnético, solo con mantener una conversación durante unos breves minutos.

Tampoco fue Robin un testigo excepcionalmente bueno. Un observador entrenado, por supuesto, pero a menos que se le pusiera en marcha, no más sensible que cualquier otro con una buena percepción.

—Estaba en el mismo turno que ahora —decía Robin—, y ya sabes la de gente que entra en la oficina con historias extrañas y falsas confesiones; con aires de misteriosa importancia. De manera

que no la tomé en serio. Muy parecido a como es ahora, no tenía mucho trabajo que hacer. Uno está aquí por si acaso suena el teléfono.

Exactamente, haciendo un poco de trabajo administrativo sin orden ni concierto, sin demasiada energía, bebiendo tazas de café, con un ejemplar del *Buen detective* y un crucigrama para cuando uno empieza a aburrirse.

—Dijo que era una periodista que escribía una serie sobre el crimen, y si podía hacerme una entrevista. De modo que dije que sí, supeditado a las normas, ya sabes; procedencia anónima, sin citar directamente, sin que se tomara como declaración oficial. Sacó un bloc de taquigrafía para garabatear encima y empezó. Era una excéntrica, eso era evidente desde el principio. La dejé seguir adelante más por curiosidad que por otra cosa.

—¿Era realmente inglesa?

—No lo dijo, pero habló de alguna revista y de la televisión. Hablaba un francés bastante correcto, fluido, con acento, pero... coloquial, esa es la palabra.

—¿Cómo iba vestida?

—Bastante a la moda y con buen gusto, aunque un poco desaliñada. Uno de esos abrigos de cuero, pañuelo de seda, vestido parecido a un saco pero de buena lana, un estampado borrosamente embarullado, con muchos colores, un gran bolso italiano sin forma, y una cadena de oro en la muñeca. Botas altas. Nada extravagante, nada original, pero lo llevaba todo desenfadadamente. Así que le dije que si era inglesa y qué hacía en Francia. Y fue entonces, ya al principio, cuando me empezó a interesar, no tanto lo que se decía como la entonación, ya sabes. Dijo que aquí todavía existía la pena de muerte. Bien, aparte de decirle que se fuera a España, ¿qué podía decir? Murmuré lo normal, que sí pero que se aplica muy raramente (tanto peor) y de repente ella me preguntó «¿Ha matado usted a gente?», de modo que me despabilé un poco, y pensé «calma chico, está intentando ser agresiva». «Mira chica —le dije—, lo que pasa es que algunas veces la gente nos dispara, y lo mejor que puede hacer uno es ser rápido y certero». Lo consideré la típica acusación de disparar por disparar, pero no, ella asintió, y dijo que yo llevaba un arma, y si podía verla y tocarla, de modo que aparté la revista y se la dejé.

—Excitándose a sí misma.

—Chico, ¿no estarás bromeando? Todos esos chistes sobre el arma que resulta que es el pene... Estaba allí sentada abrazándola de modo que le pedí que me la devolviera, que iba en serio, que no era cosa de chicas. Me la devolvió y no dijo nada, tan solo sonrió. Grandes ojos oscuros, boca grande, mucho lápiz de labios de un rosa pálido y plateado. No me sentí del todo a gusto con ella.

—¿Muy atractiva?

—Sí, fantástica. No hay nada malo en eso, pero ella dijo si estaba de acuerdo con la guillotina, y sin realmente pensarlo yo dije que sí, desde luego, que tiraría yo mismo de las malditas cuerdas si fuera necesario, y sus ojos empezaron a brillar, de modo que le contesté muy rápidamente que los sentimientos no contaban pero que en este trabajo uno ve cuán malo puede ser lo malo, y ahí está. No la quería allí excitada. Preguntó si había estado en alguna ejecución, y dije que no, bruscamente, y cambié de tema.

Castang asintió con la cabeza. Él había estado una vez, y no deseaba repetir esa vomitiva experiencia.

—Preguntó si había alguien bajo sentencia, porque le gustaría hacerle una entrevista, y si yo podría conseguir que le viera. Así que le contesté negativamente. Sonrió con una mueca, diciendo que casi se atrevería a afirmar que yo podría conseguirlo si lo intentaba. Como diciendo: «¿Lo intento yo también?». La temperatura empezaba a estar un poco alta.

Castang rio.

—No.

—Un no demasiado virtuoso, no si era Marlene Dietrich con su vela.

Castang, con treinta y siete, y un poco joven para Marlene, dijo estúpidamente:

—¿Qué vela?

—Mariposas alrededor de la llama.

—Sí, claro. Así que...

—Bien, no iba a estar sentado ahí como una idiota al que están presionando, así que dije que esto me sonaba todo un poco vulgar y sensacionalista, y daba una visión totalmente falsa, y que si había alguna otra cosa, y ella dijo algo así como: «Es interesante charlar mano a mano con la muerte». Oh, sí, mucho, y qué te parece

Francia, querida, la comida y los viejos castillos y demás, y ella se rio y dijo que en realidad no era más que una turista pero que le gustaba mantener los ojos abiertos para poder mezclar el trabajo con las vacaciones, y que todo esto le interesaba mucho. Sí señorita, seguro, pero lo siento, no puedo darle una carta de presentación para nuestra tribu apache local. Jerónimo se preguntaría por qué la estaba tomando con él. Lo siento, tengo bastante trabajo, pero disfrute de su estancia en Caen y ya nos veremos por ahí, espero. Se marchó sin más jaleo. No parece gran cosa, pero la manera en que miraba y hablaba... Quiero decir que no estoy nada sorprendido de que apareciera en el maletero del coche. Estaba buscando emoción, y quizá escogió el momento y el lugar equivocados. Cuando las ves buscando problemas y sabes positivamente que los encontrarán te da un pequeño escalofrío. Estas chicas son tontas de remate. Y, sin embargo, ella no era tonta. Se autoexcitaba, quizá, pero de una manera que ella conocía y podía controlar.

—No se encontró con Jerónimo, él no haría nada absurdo como ponerla en el coche de unos turistas ingleses, por muy divertido que pensara que podría ser.

—Eso es verdad.

—¿Dirías que había tomado algún alucinógeno?

—Es posible, pero no había señales, y no había trastornos visibles. No exactamente ese tipo de excitación. Hay personas que tienen su propio *speed*, y no necesitan comprarlo en píldoras. Hipernerviosa, sí, con toda seguridad.

—Tú le deseaste que disfrutara de su estancia. Tuviste la impresión de que tenía prisa por seguir.

—No, parecía que tuviera ganas de pasar el rato. No sé, entró aquí dentro como si fuéramos parte del circuito turístico normal.

—¿Qué noche sucedió esto?

—Durante la guardia del fin de semana.

—Debía de tener equipaje; un coche casi con seguridad. ¿Iba con alguien?

—Debería ser bastante fácil de comprobar. No tengo mucho que hacer, y te lo debo por las bebidas. Puedo telefonar a los hoteles.

Buscó a tientas en la estantería un listín de teléfonos lleno de anotaciones.

—La ciudad está comprobada en seguida pero, de todas

maneras, lo intentaré antes de ir más lejos. A juzgar por sus ropas tenía dinero, empezaremos por ahí.

Tan solo en la cuarta llamada Robin consiguió algo; una voz que contestó a su solicitud rutinaria de información con un largo e indignado graznido, de modo que Castang alargó la mano para coger el auricular libre, pero fue demasiado lento y no pudo oír más que «... gusta ver nuestro dinero inspector, como usted comprenderá por supuesto».

Robin se encogió de hombros.

—No es nada; la vieja puta de ahí que se quejaba de uno que se largó sin pagar, pero te interesará. La noche que tu amigo de Deauville se supone que estuvo con una mujer, mi amiga de aquí, claramente identificable por la descripción, no ocupó su habitación. Que no se volvió a alquilar, y no fue pagada, de modo que la vieja tacaña está dolida.

—¿Dejó equipaje?

—Una maleta.

—Iré a echar una mirada. Muchas gracias.

—Suenas como si fueses a volver —ofreció Robin—, en cuyo caso quizá nos volvamos a ver. Informaré al viejo. Y gracias por las bebidas. El lugar está ahí en la plaza, enfrente del puerto, no puedes equivocarte. Llámame si se resuelve.

—El juez probablemente sugerirá que ella pasó la noche contigo —sonrió Castang.

—Y que yo sugerí una luna de miel en el Loira contemplando todos esos viejos castillos a la luz de la luna. Diviértete.

22

La chica descalza consigue zapatos

LA MUJER DE LA RECEPCIÓN del hotel tenía una de esas figuras que se componen de una serie de tubos; uno largo desde la cadera al tórax, y tubos más pequeños para los miembros, pero todos de un diámetro perfectamente regular. Era de lo más suspicaz, y nada dispuesta a entregarle la maleta; tuvo que identificarse, y el hecho de que procediera de otra ciudad tampoco ayudó. Según ella, la gente haría cualquier cosa para evitar pagar una cuenta, incluso dejarse matar. Cuando se enteró de que la chica estaba muerta, quedó claro que, según su manera de pensar, un crimen llevaba a otro.

—¿Llenó el registro?

Lo había anotado en su libreta: señorita Mary Johnson, procedente de Egham, Surrey, Inglaterra.

—Guárdelo; puede que lo fotocopieemos.

—¿Qué hay de la maleta? ¿Alguna otra cosa aparte de ropas viejas? Tengo derecho a quedármela para compensar mis pérdidas.

—Lo siento. Todas las propiedades están confiscadas y quedarán bajo la custodia de la policía; eso es lo que marca la ley.

—Entonces quiero un recibo.

—¡Oh!, si quiere puede enviar una reclamación al juez de

instrucción pero que no le pase nada. ¿Qué hora era cuando llegó?

—A primera hora de la tarde. Miró la habitación, bajó a los pocos minutos y se fue en el coche.

—Así que tenía un coche...

—Claro que tenía un coche. Lo aparcó fuera; le dije que no podía dejarlo ahí.

—¿Puede describirlo?

—Pequeño. Rojo. —Se sintió un poco contrariada al no encontrar nada mejor que decir—. Realmente, no podría decir qué marca. No era un coche francés, creo; lo hubiera reconocido.

—¿Había alguien más en el coche? ¿Alguien la esperaba?

—No, no, iba sola —dijo con pesar—. Pensé que solo iba a aparcar. Es mejor que no deje el suyo ahí, tampoco. Usted puede ser un policía y todo eso, pero soy yo quien recibe las quejas.

«Horrible vieja vaca», pensó Castang, llevándose su hallazgo adonde pudiera examinarlo libre de ojos fisgones.

Para empezar, la maleta era buena aunque no nueva. Nadie la hubiera abandonado, aunque estuviera repleta de periódicos viejos, tan solo para eludir una miserable cuenta de hotel. Ciertamente había pensado en regresar. ¿Por qué no había vuelto?

Y estas eran sus ropas; sí, suficientes para un par de semanas. Un traje pantalón de punto, una falda larga, algunos jerseys y blusas, ropa interior y otros objetos puestos desordenadamente, dos pares de zapatos. Quizá tendría más ropa en el coche: abrigo y objetos para la higiene o maquillaje.

Todo el material era como Robin lo había descrito, buena calidad y bastante caro. Ciertamente era la misma mujer; la vieja cámara de neumático de allí atrás había dado una buena descripción. Había ido —presumiblemente en el coche y presumiblemente a Tours— y desde luego hubiera vuelto: había material por un valor de cinco mil francos. Examinó los zapatos. No había nada extraño en ellos; un ancho pie pequeño sin deformaciones. Piel buena, un poco estropeada. No estaban dentro de una horma sino envueltos en una bolsa de plástico. Pero eran suyos; aunque fuera una minúscula información, era de valía. Ya no era más la chica descalza encontrada misteriosamente desnuda y muerta en Tours; era una periodista o decía serlo. Era tan bonita y atractiva como se había adivinado, y era neurótica y excitable, y

posiblemente promiscua. E inglesa, ¡hum! La señorita Mary Johnson de alguna parte de Surrey, sonaba tan tranquilizadamente inglés que quizá era falso como el del chico. Y se había deslizado fuera de un hotel y dentro de otro a unos cuarenta kilómetros de distancia, y fuera de ese, ¿adónde?

Sabía ya mucho sobre ella. Pero no lo suficiente, no estaba lo bastante cerca. Esta escena de entrar en un departamento de policía, y además PJ, charlando sobre armas y penas de muerte, era sumamente confusa.

Sus ropas olían a un perfume muy fuerte y pesado. ¿Tenía algún objeto llevarle aquel material a María, en la esperanza de conseguir una identificación más ajustada? Decidió que no. Incluso si recordaba el perfume, no era el tipo de evidencia que los jueces tenían en cuenta.

Pero Bayeux, ahora... Estaba solo a veinticinco kilómetros, mucho más cerca de Caen que Pont Como-que-ra-que-se-llame, a pesar de que estuviera en la otra dirección. Unos sesenta kilómetros; no se tardaba ni una hora en coche. No suponía que hubiese nada nuevo, pero mientras estaba aquí tenía que comprobar cualquier indicio. Si podía establecer un contacto, de cualquier tipo, entre la familia inglesa y la chica descalza antes de que hubieran llegado a Tours, entonces, lo habría conseguido. O una conexión en Inglaterra, pensó esperanzado, pero eso era algo que necesitaba pensarse más a fondo. La policía inglesa tenía la descripción, las fotos, los detalles de los dientes; ¿darían información? Aún no habían tenido tiempo. Primero Bayeux y Tours después. Un coche rojo pequeño, y con el volante a la derecha. Incluso en Tours, que era una ciudad grande, no había tantos. Bayeux es un lugar pequeño. No sabía nada sobre el lugar, pero tenía una imagen de una adormecida población con mercado.

Estaba haciendo una buena colección de recepcionistas de hotel. Esta vez encontró a una chica bastante joven, quien echó una mirada a su placa y dijo que iba a buscar al gerente.

—¿Tienen una habitación libre?

Eran las diez de la noche y el día ya había durado lo suficiente.

—Me temo que no; siempre estamos llenos, incluso en esta época del año. Llamaré a otros sitios, por si queda alguna vacía.

—Muy amable.

El gerente estaba en su despacho, revestido de madera y totalmente lleno de papeles; un hombre amable y agradablemente inteligente que miró a Castang con perspicacia, escuchó con educación su historia, sonrió ante todas las cosas que —obviamente— no se dijeron, y juntó sus limpios dedos blancos.

—Recuerdo a la familia inglesa perfectamente. El juez, su esposa, e hija. Tranquilos, muy agradables, ningún problema. Nos viene un gran número de ingleses, incluso ahora; este es uno de sus lugares favoritos. Comieron en el restaurante y se fueron a la mañana siguiente; iban a visitar Arromanches, recuerdo que lo dijeron. ¿Una joven como la que usted describe?, no. —Contempló la foto durante un buen rato, tan largo que Castang se volvió curioso—. No —dijo al fin—. Un tipo inusual. Uno no podría dejar de verla. Había algo en ella que me ha hecho dudar por un momento, un parecido quizá a alguien que he visto, posiblemente, en circunstancias que ahora no recuerdo, pero aquí no. Puede probar en el restaurante si lo desea.

En el restaurante, donde incluso los rezagados habían llegado a la fase del café y la copa, los camareros tenían tiempo libre para mirar su fotografía, pero todos sacudieron la cabeza negativamente.

La joven de la recepción le sonrió.

—Le he conseguido una cama abajo en la carretera. El lugar no vale gran cosa; pero, de todas maneras, es una cama.

Ella también dudó por algún tiempo mirando la foto.

—No estoy segura —dijo al fin—. No es un cliente; de eso estoy segura. La gente entra, para preguntar cosas o comprar postales o..., o...

—¿Dejar un mensaje? —sugirió Castang—. ¿Hacer una llamada telefónica?

—Lo siento, realmente no puedo decirle.

Para él al menos era positivo. Dos testigos diferentes, confrontados con un parecido impreciso en el mejor de los casos, quedan sorprendidos, e intentan hurgar en su memoria. Castang se sintió seguro de que había estado aquí, pero el policía le dijo que eso no tenía valor alguno. Enamórate de una teoría —Richard solía decir— y siempre encontrarás cosas que encajen por poco que las estires. Los testigos pueden estirarse, porque están ansiosos por agradar y sentirse importantes. Tira de ellos solo un poquitín, y si

pueden adivinar lo que tú quieres oír, te lo servirán.

Tendido en el tipo de cama que a uno no le gustaría compartir, incluso con una pareja muy atractiva, debido a las profundas erosiones que había en el centro, Castang pensó, o se dijo a sí mismo que estaba pensando, incluso mientras se dormía. Ella fue a Tours, de todas maneras...

23

Dónde esconder una hoja

CASTANG DECIDIÓ que ya no iba a rondar más. Estaba convencido de que en algún lugar la señorita Mary Johnson había tenido un contacto por muy fugaz que fuera con la familia inglesa. En la catedral, o contemplando el tapiz de Bayeux, o en el museo en Arromanches. Si el juez estaba de acuerdo en llevar el asunto más allá, sería un trabajo para Robin y sus chicos de Caen.

Lo mismo podía aplicarse a cualquier encuentro anterior. La señorita Johnson se había inscrito en un hotel en Caen a primeras horas de la tarde, y luego se había ido con su coche, conduciendo durante media hora como máximo. El joven Colin, divirtiéndose en Deauville, había escogido un hotel al azar —o eso decía— en Port Lo-que-sea, a media hora de viaje de Caen. Si pasaron la noche juntos, debían de planificar algún acuerdo en algún punto dentro de esa órbita. Pero toda la maldita trama, reconoció, estaba montada sobre suposiciones. *«Avec des si, on construit Paris...»*.

En lugar de revolotear sin objetivo (una mariposa alrededor de una llama) debía concentrarse en un hecho tangible e inalterable. ¡Algo que constituyera una prueba! Conocía únicamente uno: el pequeño coche rojo de la señorita Mary Johnson. En cuanto a la afirmación de Colin de que había ido a París... no, no, no, tenía que dejar al chico fuera de ello. La señorita Johnson, según evidencia médica, había encontrado la muerte alrededor de medianoche y en

un corto espacio de tiempo había sido colocada en la parte trasera de un Rolls Royce no muy lejos de Tours. Razonable hipótesis número uno, que ella llegó allí en su propio coche; dos, que su coche está por aquel lugar en algún sitio. La policía de Tours, además de enfocar su desgracia de una manera comprensiblemente lenta, no había buscado este coche: no sabía que existía. Él sí.

Los argumentos de Castang eran toscos. Si pudiera encontrar este coche, sería una recompensa a un viaje largo, aburrido y molesto. Le haría quedar muy bien ante los ojos de la policía de Tours, que no sentía ningún entusiasmo y nadie podía culparles por ello, y que con toda certeza arrastrarían los pies esperando a que algún otro aclarase el misterio. En general, le haría quedar muy bien ante los ojos del departamento de policía; una raza con tendencia a despreciar lo que ellos llamaban «intelectuales». Gente que no hace nada, que «tiene ideas». Su eterno lema era: «¿Para qué sirven las ideas? Uno tiene que ser práctico, siempre práctico».

Los «banqueros», como les llamaba Vera con odio.

Le haría quedar bien ante Richard, también. Richard no menospreciaba las ideas, gracias a Dios, pero le gustaban asimismo unos cuantos resultados prácticos. Y había corrido un riesgo, utilizando buena parte de su influencia ante el juez. La aparición de Castang, con una vaga historia estúpida sobre revoloteos nocturnos arriba y abajo de las salidas de incendios en algún lugar desconocido, no le iba a gustar demasiado. Pero el coche de la señorita Johnson podría ser una importante plataforma de cara al descubrimiento de lo que le había sucedido a su propietaria.

El pensamiento de Castang estuvo ocupado durante el aburrido camino de vuelta a Tours.

El asesino había sido muy estúpido al poner el cadáver en un lugar donde se le encontraría inevitablemente, al poco tiempo, con un máximo de ruido y conmoción. Las alternativas eran: o era muy estúpido; o tenía mucha prisa, despachándola rápidamente por temor a ser descubierto.

Más alternativas: tenía un cómplice o no lo tenía. Si no lo tenía, que seguramente era lo más probable, no habría podido deshacerse del coche. Abandonado, lo hubieran encontrado en seguida. En una zona campesina, un coche extraño es descubierto y comentado al cabo de una o dos horas. No se había encontrado ningún coche, por

lo tanto había un cómplice que quizá no era tan estúpido como el otro. El coche estaba escondido.

Era realmente muy difícil esconder bien un coche en el campo. El número de canteras en desuso, pozos de grava inundados, de remansos profundos en ríos, etc., es estrictamente limitado. Uno tiene que saber que existen, lo que significa que se tiene que conocer el terreno perfectamente, y casi siempre se dejan huellas.

Era mucho más fácil esconder una hoja en un bosque. En la ciudad, no permanecía oculto por mucho tiempo, pero sí lo suficiente como para que uno se desvaneciera.

A Castang le gustaba esta teoría porque le favorecía a él más que a nadie. ¡No sabía nada sobre las canteras locales! En definitiva, valía la pena arriesgarse. Tours era lo suficientemente grande como para ocultar un coche por un tiempo más largo, quizá dos semanas.

Este había estado a la deriva una semana, y sería descubierto en cualquier momento. ¡Para poder progresar era mejor que tuviera razón!

Hay tres sitios clásicos. Una zona de desguace, repleta de viejos almacenes y ¿quién va a fijarse en uno más? Un garaje, cuyos alrededores están en su mayor parte cubiertos de coches en diferentes estados de desperfecto, esperando pacientemente a que el taller llegue a ellos; y una zona de aparcamiento, preferentemente una zona de aparcamiento de un aeropuerto. Este es el mejor de todos, porque la gente deja sus coches durante períodos indeterminados, a menudo largos, diciéndose a sí mismos que ya se preocuparán del *ticket* cuando regresen. El aeropuerto de Tours es un pequeño aeropuerto local, sin tráfico internacional, y Castang decidió probar primero en el centro de la ciudad.

De hecho, tuvo mucha más suerte que la que había tenido con los hoteles de Deauville. En lugar de dar vueltas durante la mayor parte de un día laborable, yendo de puerta en puerta, fue en el segundo que probó: un aparcamiento en el centro de la ciudad, con exactamente el anonimato necesario; una verja de entrada automática donde se recoge el *ticket*, y un control tan solo en la salida. Probablemente, no habría más de media docena de aparcamientos, pero el que fuese el segundo fue alentador.

Pocas personas estacionan más de un par de horas, ya que van de compras. Pero entre aquellos que aparcen durante una noche o

más siempre hay algunos extraños. Un Toyota rojo con el volante a la derecha y matrícula inglesa no había atraído ningún tipo de atención. Ni siquiera lo habían forzado. Castang permaneció en pie saboreándolo.

En realidad, debería llamar a la PJ, hacer que vinieran técnicos para examinarlo detenidamente en busca de huellas dactilares y demás. No había visto aún ni una sola vez que una investigación se resolviera o avanzase por encontrar huellas dactilares. Incluso el más estúpido y más «*amateur*» de los criminales sabe que existen, incluso si está demasiado turbado para pensar que se le descubrirá por otros medios. Castang no tenía la intención de permitir que un atajo de policías metiera sus grasientas zarpas en este hallazgo.

Lo rodeó contemplándolo. Por supuesto, la llave y el *ticket* de aparcamiento ya no estaban. Se quedó sorprendido al ver que el *ticket* lo habían dejado metido en la rejilla del ventilador, muy escrupulosamente.

Castang giró a su alrededor, husmeando como un animal receloso. ¡Detective Excesivamente Entusiasta Hace el Bobo de Nuevo! Bien podía haber cuatro coches rojos pequeños con matrículas inglesas en la ciudad de Tours, y a él cogerle forzando el que no era... Podía ver la cara de Brillant, y el lápiz rojo poniéndole un cero. Fue a buscar al encargado del aparcamiento, en su garita de vidrio en el control de salida.

—Un Toyota inglés; sí, lo vi.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí?

—Unos cuantos días; no podría decirlo exactamente. No le prestaría atención, a menos que se le denunciara como robado o algo así. ¿Cree que voy por ahí poniéndoles marcas de tiza?

—¿Pero usted echa una mirada de vez en cuando? —dijo Castang pacientemente.

—La mayoría de las noches; el que sea que esté a última hora. Somos dos, ¿sabe? No creería las cosas que llegan a hacer. Viejos cacharros, cajas con todo tipo de sucia basura. Una vez una mujer dejó a un bebé. Dijo que lo había olvidado.

—¿Les deja la gente las llaves a veces, para que las recoja otra persona?

—Seguro. Los desconfiados esconden la llave bajo el coche, donde cualquiera puede encontrarla.

—¿Podría haber estado ahí una semana?

—Supongo.

De nuevo al lado del coche, Castang se puso en cuclillas, y tanteó con la punta de los dedos. Y ahí estaba, pegada con adhesivo a la parte interior del parachoques. ¿Lo había dejado ella aquí? ¿Cómo la maleta en Caen? ¿Para que alguien lo recogiera?

La perforación del reloj decía 9.27 del día después de su muerte o del mismo día si había muerto después de medianoche. El asesino, o un cómplice, lo había traído aquí. Pero ¿por qué? Si era para ocultarlo ¿por qué dejar el *ticket*? ¿Y para quién era la llave, por el amor de Dios? Repentinamente se sintió cansado, y ya no estaba orgulloso de su descubrimiento.

Nada en el interior del coche; era lo mejor, debido a los ladronzuelos. Abrió el maletero.

Era de verdad su coche, y allí estaban sus pertenencias. Un neceser con sus cosas para dormir y zapatillas; una de esas poco manejables sombrereras femeninas con un revoltijo de maquillaje y joyas. Pero no las ropas que había llevado puestas. Ninguna señal de las cosas que Robin había descrito; el impermeable de cuero, las botas, el vestido con el intrincado estampado. Tampoco su bolso.

No había mucho más que hacer. Tomar nota de la matrícula y del número de la cédula. Conseguiría su identidad de cualquier manera, si la policía inglesa no la había conseguido ya. ¡Nunca había tenido mucha fe en la señorita Mary Johnson!

La guanterera no proporcionó nada, ni siquiera una factura de garaje. Siempre era el mismo problema con las mujeres; metían toda aquella basura en sus bolsos en lugar de dejarla por ahí, para que él la encontrara.

Se agachó de repente y revolvió por debajo de los asientos; se levantó con un pequeño bulto enredado, que resultó ser sus medias y sus bragas, que seguramente ella se sacó a la vez. ¿Pero, por qué enterrarlas bajo el asiento del conductor? Había hecho el amor, estaba en el informe de patología. ¿Pero dónde? ¿Con quién?

Volvió a cerrar el coche, puso la llave en su bolsillo, se fue renqueando de mal talante a la PJ. Brillant había salido; todo el mundo había salido. Dejó instrucciones concisas y se fue dando un portazo, ni mucho menos tan satisfecho de sí mismo como debería. Había encontrado un montón de cosas, ciertamente las suficientes

como para justificar su vagabundeo por las zonas rurales de media Francia, como parecía ahora, pero ninguna de ellas tenía sentido. Estaba cansado. Bostezó sin parar de camino a casa, y le pareció que estaba muy lejos.

24

Los amos de la noche

RICHARD HABÍA SALIDO. Cantoni también. Maldita sea, incluso Lasserre había salido. ¡Castang no había atinado en que llegaría un día en que le apenaría oírlo! Quería que alguien le dijera: «Mira chico, es terriblemente simple». Porque por estúpido que le pareciera todo, estaba seguro de que era sencillo. Las cosas lo eran. Era la gente la complicada. Esa mujer que había dejado el bebé en el aparcamiento... ¡las mujeres sencillamente no hacen tales cosas! ¡Oh!, sí que las hacían...

Maldición, había olvidado anotar la lectura de los indicadores del coche de policía. El interventor no estaría demasiado interesado en lo que había encontrado en Caen, después de todo, pero era capaz de crear un interminable alboroto sobre la cantidad de gasolina que había utilizado. El patio de la PJ parecía bastante vacío, y también la oficina.

—¿Dónde están todos? —gruñó al hombre del escritorio.

—¡Oh! —dijo sin expresión—, ¿no lo sabías? Han vuelto a atracar en la Caja de Ahorros. La que está en Sainte Claire.

—Es la tercera vez en seis meses.

—Es cierto. Cantoni se ha ido echando pestes. Aún no habían instalado un sistema de alarma.

Y aunque lo hubieran hecho, la cámara estaba invariablemente demasiado alta, demasiado baja, o se había quedado sin película en

el momento crítico. ¡Había que cerrar los bancos! ¡Abolir el dinero! Con tristeza Castang pasó su informe a máquina; todo parecía más estúpido sobre el papel que en la realidad.

Se escondió en un rincón, procurando no llamar la atención. ¡Nadie debía saber que estaba aquí! Esto era absolutamente infantil, puesto que el hombre del escritorio le había visto (pero quizá pensaría que había vuelto a salir... con optimismo). La oficina del alcalde debía de estar llamando, pidiendo todo tipo de información y unas cuantas mentiras útiles para el público (le recordaba al nuevo embajador americano que había dicho, agradablemente: «la técnica para este trabajo parece muy simple; aprender cómo mezclar lo tópico con la falsedad»). El periódico local debía de estar telefoneando, pidiendo detalles más sanguinolentos. Fausta estaba allí para cuidarse de todo aquello; super-Fausta era mejor que cualquier otra persona.

Cuando terminó, caía la noche. Las cosas habían regresado, más o menos, a la normalidad. Se escurrió con su asqueroso texto mecanografiado, que comentaba someramente una diversidad de detalles, como su imaginación mientras estaba en la piscina de Deauville, cuando se dio cuenta de qué día era. Podía oír a Lasserre en su oficina echando una bronca a alguien. A Richard no se le veía por ninguna parte. Fausta se había ido a casa. Se fue a casa. Un policía que volvía a casa era, después de todo, muy parecido a cualquier hombre de negocios que regresaba al hogar. En el momento de entrar por la puerta uno se ponía la cara de estar con la familia: todo era «ja, ja, ja», y «¿han sido buenos los niños, y han terminado ya sus deberes, y qué hay para cenar, querida?». No hablaba de los trucos sucios que había estado haciendo durante el día, mucho más sucios que cualquier cosa que hiciera la policía. A menudo pensaba en el hombre que escuchando una larga queja sobre lo mucho que se pagaba a los hombres de negocios, contestó: «Es totalmente justo; considera lo horrible que es el trabajo que hacen». (No es que fuera ningún consuelo).

Ni siquiera le asaltaron de camino a casa.

Vera a la luz de una lámpara era una visión encantadora. Su extrañamente modelado rostro eslavo era bonito solo en ocasiones, y algunas veces muy vulgar, pero a menudo era sorprendentemente hermoso, como ahora. Toda ella se iluminó al verle, y se hubiera

levantado de un salto, solo que saltar ya no era una de sus habilidades.

—Qué maravilloso. No sabía si vendrías pero hay algo en la nevera. —Le besó sonoramente.

—Hay un olor muy peculiar aquí dentro —dijo Castang suspicazmente—, como si fuera de pipa. ¿Quién es este nuevo amante que tienes?

Parecía ridículamente atrapada en una mentira, sonrojándose y mascullando.

—Oh, debe de ser monsieur Bianchi. Viene a pasar un rato y le preparo café.

El viejo hijoputa sabe organizarse. Desde luego, no podían ser más que sus terribles Boyards de papel de maíz.

—¿Qué noticias hay?

—Oh, no me quiere contar nada de eso, pero me explica las cosas más extravagantes. Tenemos largas e interesantes charlas. ¡La de cosas que no sabía sobre la policía!

Castang se sintió ligeramente contrariado. No sabía por qué. Era como si pensara que Vera podría ser corrompida de alguna manera por aquel viejo canalla mezquino. Tan ridículo como ilógico; indudablemente monsieur Bianchi sabía muchas cosas vergonzosas, de manera que sus memorias podrían titularse *Cuarenta años de negligencia policial*. Era inimaginable, sin embargo, que alguna vez las escribiera. Y Vera tenía la sorprendente cualidad de la inocencia; era lo más sorprendente en ella, pero en ningún caso podía confundirse con ignorancia. La «vida resguardada» no había impuesto ningún límite a su visión, y su inteligencia no se sentaba en una silla de ruedas. ¿De qué hablarían?

—Tiene un poco de solterona —dijo con un deje de malevolencia.

—En absoluto, y eso es cometer un error muy tonto, lo que demuestra que nunca lo has considerado adecuadamente —con tono bastante cáustico.

Se sentó altivo en un sillón, puso los pies sobre la mesita del café, se sacó los calcetines y meneó los dedos de los pies voluptuosamente, como maniobra para salvar las apariencias.

—Lo siento —dijo—. Estaba siendo malévolo. Es bueno estar en casa. No es solo curiosidad; estoy interesado. Nadie sabe nada sobre

monsieur Bianchi.

—Dice que la policía es un colchón elástico entre el gobierno y los gobernados.

—Un terreno entre dos ruedas de molino, diría yo —refunfuñó Castang.

—No puedes compararla con otras administraciones, como correos o los ferrocarriles, porque se ocupa de valores humanos y no de los técnicos. El error ha sido dejar que se convirtiera en demasiado técnica. Elástica..., utiliza a menudo esta palabra. Se puede comprimir y doblar, pero no se rompe. Las cosas técnicas son rígidas.

—Y tanto que se la puede doblar —murmuró.

—No, estás equivocado. Dice que el adagio «el mal que hacen los hombres permanece más allá de sus muertes, mientras que el bien lo entierran con sus huesos» es totalmente al revés. Asegura que su experiencia demuestra lo contrario; ha conocido a policías realmente pésimos pero que singularmente dejaron muy poca huella tras ellos, y algunos muy buenos que ejercían una influencia, un «rayonnement», lo llamó, que siguió existiendo durante años después de que se hubieran ido; retirado o incluso muerto.

—Puede que tengas razón.

—Elástica también entre el bien y el mal. La ley es más malvada y la criminalidad menos de lo que la ley es capaz de aceptar, porque «los casos difíciles hacen a la ley mala», y la función de la policía es absorber tanto ruido como sea posible.

—Totalmente cierto, supongo, excepto que es mejor que no le pesquen diciéndolo, pues todas estas generalizaciones sonoras no llevan a ningún sitio; es como esos clichés sobre la compasión.

—También dice eso. Todo ese parloteo sobre justicia social y los derechos del hombre; puro egoísmo repugnante disfrazado de sollozante retórica sentimental; leyendo a Victor Hugo en lugar de a Baudelaire.

—¿Lee a Baudelaire monsieur Bianchi? —preguntó divertido.

—Oh, sí, y especialmente sus textos de crítica de arte. Pero solo quería decir que su conversación es interesante. Me dijo que en Venecia a los policías se les llama «Los Amos de la Noche».

—Bien —dijo Castang, saboreando la frase, cogiéndole cariño.

—Muy mal, hubiera pensado yo. El peor tipo de policía política.

Dijo que no sabía, pero que pensaba que eran una pandilla de hijoputas; era el calificativo lo que le interesó, porque, ¿qué es la noche?

En Castang empezaba ya a hacer cierto interés.

—De modo que dije que para un pintor la noche era solo un tipo especial de luz. Él dijo que no, que la noche era un antiguo espíritu del mal, que la noche es la cólera.

—¡Vaya!

—Sí; sostuvimos una discusión bastante animada. Él solo no tiene ningún interés sin la sombra; un ser humano es como un dibujo, no puede existir sin contrastes; mire este aguafuerte de Rembrandt: hay tanta luz como oscuridad incluso en las sombras. De modo que hice una especie de Matisse, ya sabes, con enormes piscinas negras para rodear las formas blancas. Lo miró durante mucho rato y después solo dijo: «la tinta china me asusta». Así.

—Pero creo que sé lo que quiere decir —dijo Castang.

—Yo también. Está en Goya. Nos pusimos un poco teológicos.

Sonrió con una mueca. Vera siempre lo hacía.

—Cuando se fue, se volvió hacia mí y dijo: «No salga entre la puesta y la salida del sol». Le dije que nunca lo hacía, y asintiendo con la cabeza contestó: «En épocas anteriores esto se daba por sobreentendido». Es un buen hombre.

—No tenía ni idea —dijo Castang, encantado—. La luz eléctrica es un buen invento, pero, como la mayor parte de la tecnología, oscurece tanto como ilumina.

—No empieces de nuevo: la cena está lista.

—Jo, jo —dijo cinco minutos más tarde, con una cuchara llena de sopa de tomate a medio camino entre la escudilla y la boca; estaba muy caliente—. Los Amos de la Noche. ¿Quién lo hubiera sospechado de Bianchi? Nunca dice nada normalmente. Posees toda clase de aptitudes.

Vera dejó de soplar en la suya para decir:

—¿Por qué a Satán se le llama Lucifer? ¿Por qué uno que trae-la-luz? ¿Existe una luz negra?

—No sé. Llevamos una existencia muy primitiva. Quiero decir que hemos tenido una civilización tan solo durante dos mil años, lo cual es muy poco, y en su mayor parte se basa en ideas muy simples, como que el sol es bueno. Apolo. Pero esa es solo una

insignificante estrellita, ¿no es así? Y estamos empezando a adivinar la existencia de otras cosas misteriosas ahí fuera. Los agujeros negros, por ejemplo. ¿Qué son los agujeros negros?

—No lo sé, y no lo quiero saber.

—Y justo acabamos de descubrir el uranio, lo suficiente como para saber que hace algunas cosas extremadamente peculiares. ¿Cuántos más hay ahí, me refiero a los elementos, de los que aún no sabemos nada? ¿Por qué no una luz negra?

—Materia, pero la materia empieza a dejar de ser materia, y entonces puede que deje de ser tan aburrida. Como las matemáticas. Mientras uno y uno hagan dos, las matemáticas son un aburrimiento, pero aparentemente no lo hacen siempre. Como en el arte. La definición más simple del arte siempre ha sido que es aquello donde uno y uno hacen tres. Quizá ahora empecaremos a penetrar en Apolo y descubriremos cosas sobre Dios. Dame el pan.

—Cuando no sabemos nada, decimos «Dios sabe», ridículamente satisfechos de nosotros mismos.

—Exacto. Él no va a decírnoslo, ¿sabes? Tenemos que descubrirlo nosotros. Nosotros mismos.

—Cuando ni siquiera sabemos demasiado sobre la materia, ¿cómo demonios se supone que vamos a comprender cosas realmente complicadas, como los seres humanos? Es mejor que consigamos más policías —concluyó Castang, frívolamente—. O más del estilo de Bianchi.

—Y más como tú —dijo Vera—. Contemplando las flores y la tinta china, y dibujos de una silla de Van Gogh. Y puestas de sol.

—No salgas entre la puesta y la salida del sol. Tiene toda la razón.

—Sí. ¿Qué es la noche? Un elemento transuraniano, quizá. Quiero decir, decimos crimen, vicio, locura y seguimos intentando hacer retroceder ignorancia, enfermedad, miedo.

—Hay elementos metafísicos a la vez que físicos. ¿Qué es este queso, parmesano o pecorino?

—No lo sé, cogí el que me pareció más duro. Venecia..., la policía de Venecia debe de haber sido extraordinaria. ¿Por qué somos tan mezquinos y provincianos?

—¡Somos tan lastimosamente ignorantes...! Se exclamó Castang.

25

«A favor de Francia se
mantuvo el viento»

«LASTIMOSA IGNORANCIA» fue lo que demostró a la mañana siguiente el comisario Richard en su actitud de colapso físico total, que era señal de furiosa actividad cerebral. Para los subordinados, no era exactamente una señal de peligro, pero no había que dormirse. Se había hundido profundamente en su silla, inclinándola hacia atrás y sujetaba al extremo del escritorio con el empeine de su zapato, sus ojos fijos en el extremo más alejado del techo.

—Esto es... en conjunto, lamentable... Más si consideramos que tú has construido un caso muy interesante. Referente a... lo que pasó en Tours, tal como están las cosas probablemente no es de gran importancia. Hablaré con Philippe Benoît y le convenceré... pero no necesito recordarte que no se trata de un caso jurídico; tu desconcierto era aparente en cada palabra que me escribiste anoche. Que, desde luego, no he leído hasta esta mañana...

La voz se fue apagando casi hasta extinguirse. Hubo una larga pausa, que Castang tuvo el buen sentido de no interrumpir.

—Muchos de mis medios están ocupados..., por no decir malgastados..., en este estúpido atraco. Ayer un granjero removiendo la tierra en Ferrières sacó a la luz un cráneo y algunos huesos. No parece que se correspondan con el asunto Martínez de

hace dos años, del que te acordarás..., pero aún sigue «bajo instrucción» y contribuye a... una reanimación del interés. He tenido que enviar a Davignon allí.

»¡Todo lo que necesitamos ahora es que algún árabe venga el honor de su familia en algún lugar remoto y tendré que enviar a Orthez! Muy bien —volvió al tema con una sacudida—, debemos dejar que esto fermente en la mente del juez. Me parece que se sabía de antemano que tu chico Armitage está ocultando si no toda, gran parte de la información pertinente, e intenta utilizar la respetabilidad llovida del cielo de sus familiares como un paraguas. Puesto que la chica..., su hermana..., escogió un extraño momento para abrir el maletero y lanzar un enorme chillido, podemos quizá asumir que la familia no sabía nada...

—Si lo hubieran sabido —dijo Castang—, seguramente hubieran tirado a la, llamémosla, señorita Johnson en una zanja, como a la abuelita del carnicero.

—Exacto. Se me ha dicho, sin embargo... que cualquier intromisión en la vida del juez o de su familia sería considerada por la Embajada británica como una actitud hostil: se ha convertido en un síndrome clásico. El juez de instrucción ha descubierto los expedientes de tres casos así en los últimos diez años...

»Nosotros, no me refiero a la PJ sino a la República Francesa, estamos en una mala situación para quejarnos o protestar. Los ingleses ronronearían y señalarían dos casos recientes de una persona estrechamente complicada antes y después del hecho, si es que no era el verdadero asesino, que no pudo ser llevada ante la justicia, y la protección en las altas esferas se convirtió en un asunto de notoriedad pública. Sinceramente espero que me comprendas, Castang. El juez piensa como yo. Nos harían pedazos y nos triturarían.

»Sin una indicación de material realmente convincente, el juez no te dará orden para interrogar, y mucho menos de arresto. Es joven... y ambicioso.

»No vamos a dejar que el asunto se pudra mientras hablamos de su maduración. Veo pocos motivos de alegría por el momento. Tus dos mayores esperanzas; bien, podemos olvidarnos de los ingleses: ¡no van a decirnos mucho! Benoît puede encontrar algo en el coche: le pediré que haga una amable solicitud para que este como-se-

llame, este Brillant, cese de ser distante y engreído.

»Bueno, este asunto lo verás más claro a la luz del día. Podría sugerirte... ¡No es terriblemente significativo que quienquiera que abandonase el coche en ese aparcamiento, dejara el *ticket* y la llave! ¿Quién dio gato por liebre a quién? Ya habrás captado que no tengo demasiado tiempo o inclinación para especulaciones... Monsieur Bianchi aún no ha vuelto a salir a la superficie, y no se toma a bien que le den prisas. Trabaja mejor cuando le dejan a su aire y confío en que tú también... ¡Oh!, antes de que te vayas, Castang, Fausta recibió un mensaje del CID en Londres. Dicen que tienen una identificación. También dicen, lo cual supongo que es muy amable y de buenos vecinos por su parte, que tienen intención de enviarnos a un oficial experto y con experiencia para ayudarnos en nuestras investigaciones. En otras palabras, tienen intención de atarnos con la correa del perro y ponernos el bozal también... Menciono esto para prevenirte de que si ves acercarse a cualquier adiestrador de perros, no empieces a mostrar síntomas clínicos de tener la rabia, ¿de acuerdo?

—¿Qué quieres que le diga a la prensa?

—Oh, yo diría... que viene de ese lugar con el que estamos hermanados por aquello de las relaciones públicas. Cóctel en la Cámara de Comercio. Intentaré que el alcalde ofrezca una recepción cívica en el Ayuntamiento, aunque está de un espantoso mal humor a causa del nuevo atraco a este banco del demonio. Yo mismo mostraré un espíritu complaciente... Si tuviera un momento... quiero a Cantoni, intenta buscármelo.

Era típico de Richard introducir la parte de información que más le había molestado como un negligente desperdicio final.

Castang se mantuvo ocupado redactando cuidadosamente un télex para Tours, y otro para Caen, y luego sacó la declaración hecha por el joven Colin Armitage. Había intentado desdibujar la noche, y esto era importante, en que el resto de la familia había dormido en Tours. Según él, a la mañana siguiente había conducido por la autopista hasta París, tenía el deseo de probar el celebrado pollo de monsieur Thomas, imaginaba que su familia podría estar allí con la misma intención, y se apresuró con la esperanza de conseguir que papá pagara la cuenta.

Todo ello había parecido perfectamente plausible, hasta que uno

caía en la cuenta de que, de hecho, había dejado Deauville veinticuatro horas antes, después de pasar la noche con una *nana*. Hum, lo de la *nana* era muy discutible, dependía de la «experiencia» de Mary y del hecho de que una *nana* real, basada en hechos (esta había sido vista), no había ocupado su habitación en Caen.

Hasta ahí había llegado, sentado balanceándose en su silla como Richard con el pie en el escritorio, pero su silla era mucho menos cómoda, cuando la puerta se abrió y apareció Fausta. Una aparición exquisita como siempre, ojos que se arrugaban ante regocijantes pensamientos secretos, el pelo Rapunzel-Rapunzel, la sorprendente boca, cuyo labio inferior se torcía ligeramente cada vez que enarcaba las cejas. Totalmente deliciosa.

—¿Estás presentable? Tengo visitantes muy importantes para ti. Verás, el comisario ha tenido que ir a una conferencia en la Prefectura.

Endemoniada chica; lo estaba encontrando muy divertido.

—Haz entrar a las visitas. Por favor, di a Orthez que no queremos ninguna interrupción.

El CID londinense estaba representado por la típica sociedad Babcock and Wilcox, de un inspector jefe de homicidios y un sargento detective.

—Mi nombre es Larkins, y este es el señor Townsend.

Un francés muy cuidado y correcto, voz sosegada, sonrisa alegre, modales discretos. No respondían clichés. Los trajes no eran ni de *tweed* peludo ni de buena sarga azul marino con el trasero brillante por el uso, sino de grueso estambre, uno gris, otro marrón. Nada excéntrico, bucólico o totalmente acatólico; ni sombreros hongo, ni impermeables sucios. Dos hombres reservados, serios, razonables, que pasarían inadvertidos aquí, en casa, o en Buenos Aires. El señor Larkins era calvo pero no excesivamente; el señor Townsend tenía una larga nariz; ambos tenían las facciones irregulares y desiguales que imprimen carácter al rostro inglés, pero sin extravagancias. Castang acercó sillas, y dijo las típicas frases de cortesía.

—Aquí decimos «¿Hubo buen viento?».

—Oh, el viento se mantuvo bueno para Francia. No, eso no suena del todo correcto.

—«A favor se mantuvo» —intentó Townsend.

—Mejor, pero no resulta muy diplomático. Sin duda, Enrique V y la batalla de Agincourt difícilmente podrían considerarse una buena forma de presentarse.

—De todas maneras —dijo el señor Townsend—, Enrique V era un zafio imbécil sin ningún interés.

—Por regla general, ellos forman parte de nuestro negocio —dijo el señor Larkins suavemente.

—El viento es bueno —dijo Castang—. Estoy encantado de verles. Estamos bastante ocupados en estos momentos, con gran número de investigaciones entre manos, lo cual explica dos cosas: me alegro de poder recibir cualquier tipo de ayuda, y por la misma razón monsieur Richard me ha pedido que haga todo lo posible para que su visita sea agradable a la vez que interesante, porque teme no poder tener tanto tiempo como desearía. Intentará reunirse con nosotros para el almuerzo.

Quedaba patente que se habían sentido un poco incómodos, porque después se animaron.

—Bien —siguió con una acogedora sonrisa—, no necesito decirles cómo avanzan las investigaciones de este tipo; a un ritmo lento a menos que uno tenga suerte. Un crimen *amateur*, con unos cuantos intentos de aficionado para despistarnos. Querrán saber brevemente cómo me ha ido, e imagino que no han venido hasta aquí sin alguna información que nos ahorre el tener que andar escarbando en dirección equivocada. Me he ocupado, principalmente, de los movimientos de ella; ahora, si ustedes pueden decirme algo de sus antecedentes.

La puerta se abrió «¡Oh!, no»; ¿sería Orthez, impulsado por su inimitable mezcla de curiosidad y falta de tacto? La única cosa que es aún más dura que su piel, es su mollera. Hubo una expectante pausa y entró Fausta, reluciente, con tres vasos de té; un platillo con terrones de azúcar, un platillo con rodajas de limón. Salió sin el menor contoneo.

—Qué chica más maravillosa —dijo Townsend, muy impresionado.

—Ella es con mucho lo mejor que tenemos por aquí. Bien, ella (perdón, la otra) tuvo un mal final en la zona de Tours, y nuestros valiosos colegas de allí al no tener una pista directa, se verán obligados a proceder por eliminación. En un hotel lleno de personal

y de huéspedes, eso es pesado. De modo que he estado reconstruyendo sus pasos, esperando encontrar una conexión que pudiera arrojar alguna luz sobre su inexplicable aparición en el maletero de un coche. Encontré rastros suyos en Caen, de modo que la buena gente de allí va a intentar rellenarlo un poco. Tengo un coche, que está examinando la brigada técnica. Las ropas que llevaba se han desvanecido; me gustaría encontrarlas. El Rolls Royce y sus ocupantes, el juez y su familia, parecen ser una pista falsa gratuita. No estoy seguro de tener el adjetivo justo. ¿Fortuita? ¿Ingenua?

El señor Larkins tenía su entrada. Había estado observando su té, servido en una jarra de cerveza, como si se preguntase por qué hervían la cerveza allí. Ahora, rebuscó en su maletín, extrajo una pipa y una lata de Gold Block, y un par de pedazos de papel. Probó el té y empezó a cargar la pipa.

—Conseguimos una identificación suya sin demasiadas molestias realmente, sin necesidad de los datos odontológicos; apreciamos el envío del excelente y completo expediente. Asumiendo que era inglesa, supusimos que habría abandonado el país recientemente, nos concentramos en ello y encontramos petróleo con bastante rapidez. Pagó su viaje con un cheque, de modo que fue pan comido. Una tal señorita Letitia, no, Laetitia Toth, con una dirección en el oeste de Londres.

—¡Ah! —dijo Castang, sonriente—. Yo tan solo la conozco como señorita Mary Johnson, de Egham, Surrey.

—¿De verdad? ¿Egham en Surrey? Una imaginación fértil. No importa; no sonaba particularmente inglés, aunque nunca se sabe; no obstante, naturalizada desde la infancia —miró su pedazo de papel—, el padre tenía algún derecho a la nacionalidad británica: malayo. La madre era francesa, por extraño que parezca; aquí dice nacida en Niza. Estos son tan solo unos breves apuntes que el Ministerio de Gobernación nos ha conseguido amablemente. Los padres ya no viven. Estudios de segunda enseñanza, estudios adicionales sin orden ni concierto, hasta un nivel no muy alto. Un trabajo con la BBC, trabajillo de script; durante los últimos tres años más o menos periodista freelance, trabajo en el que parece haber tenido un moderado éxito. No hemos profundizado en todo esto; lo haremos, naturalmente, si es que tiene alguna relación. Desde

luego, en Londres hay una población marginal de esta clase que puede llegar a un par de miles. Sin antecedentes penales. Vivía sola, más o menos, en un pequeño apartamento en las afueras de la zona de Holland Park. No muy bohemia según los vecinos; algunas veces había ruidosas reuniones de amigos o lo que fueran, pero no para quejarse. —Se interrumpió para encender la pipa.

—¿Se drogaba? —solo para decir alguna cosa.

—Alguna pastilla, algún porro, sin duda. Nada extraordinario. Lo que nos ha traído aquí... La mataron aquí, posiblemente tenía amigos, parientes, no sé; una investigación en Niza puede producir familiares... pero —apagó la cerilla agitándola— echamos una mirada por el apartamento, naturalmente. Cartas y cosas así. Encontramos una o dos cosas raras. Estas crearon una imagen, ¡oh!, muy indefinida, pero por su naturaleza creí que quizá sería mejor asomarnos por aquí; aparte de que es un placer, desde luego...

»El comisionado adjunto estuvo de acuerdo. ¡Oh!, nada especial en lo que se refiere a rarezas, pero tenía dos armas de fuego no declaradas y ciertamente no registradas. Dime otra vez qué eran.

—Una pistola americana —dijo Townsend, sin necesitar notas—, un Ivor Johnson del 32 y un enorme Llama del 45. Cargados, además.

—Bien, los hombres hacen colecciones de armas de fuego, incluso ilegalmente, pero tal cosa es una rareza, y más en una mujer joven, a menos que tenga relaciones con criminales, ¿quizá? Hasta ahora, no le conocemos ninguna, pero hay que investigarlo más a fondo.

El señor Larkins era del tipo metódico, que se tomaba tiempo para exponer sus sucesivos puntos, y no tenía sentido intentar apresurarlo. La pipa no tiraba a su satisfacción. Y Fausta, esa rareza entre las mujeres europeas, vertió agua caliente sobre una bolsa de té Lipton.

—Además, esas armas no eran viejos desechos oxidados. Estaban muy bien cuidadas. Las confiscamos, desde luego. El informe de balística, espere un segundo, dice que no las han disparado recientemente, pero que estaban a punto para usarlas. Las balas que disparamos para analizarlas no corresponden a ningún crimen conocido que implicase armas de fuego; como bien sabe, tenemos un gran número de problemas en nuestro país a causa del IRA. Sin

embargo, la Brigada especial no le dio a esta mujer una importancia especial, pendiente de un estudio más detallado de sus asociados. ¿Me explico? No obstante, podría estar relacionada con terrorismo, ¿o quizá esta es una expresión demasiado fuerte en este país? Ustedes pueden tener bretones y tipos que dinamiten objetivos; el punto al que quiero llegar es que parecía demasiado endeble, y al mismo tiempo demasiado pertinente, para solo mascullarles algo por teléfono. Veamos ahora sus escritos. —Tomó el tercer pedazo de papel—. Como periodista, tiene un montón de notas y borradores y copias, quiero decir que es lo que uno podría esperar. Material relativamente de calidad para revistas femeninas, no únicamente cómo deshacerse de las espinillas o evitar las quemaduras del sol. Sin embargo, a cualquier nivel hay cosas fuera de lugar; voy a citarle: «La Luger es un instrumento perfecto para matar, lo que la hace una perfecta obra de arte. La estética es del todo satisfactoria, puesto que la muerte es clímax», ahí se interrumpe. Muy extravagante para una revista femenina. Pensamos en una novela naturalmente: ¿un guión, una historia corta, una novela?, pero nada del resto del material corresponde a esto. Bien, era una nota para algo muy reciente o... En cualquier caso, sentía una especie de malsana preocupación por las armas de fuego.

—O por la muerte —dijo Townsend—, por este o por otros medios.

Castang no dijo nada sobre la experiencia de Robin en Caen, porque uno soltaba su capital lentamente, en especial cuando no tenía demasiado. ¿Tenían algo que decir los caballeros del CID sobre el juez? Se preguntaba cómo enfocar aquel tema tan espinoso cuando sonó un discreto golpe en la puerta. Contestó «pase», y las afables facciones apuestas de Martin Greene aparecieron tímidamente.

—¿Les interrumpo? —preguntó.

—No, no. —Castang efectuó las presentaciones.

El señor Greene sonrió a todos. Vaya cuadro que hacían, pensaba: la respetable firma Babcock and Wilcox, apostadores, en busca de una buena información por parte del entrenador. Castang, con un aspecto equino, un poco raro pero de todas maneras apropiado. Su colección de sombreros y gorras para todas las ocasiones decoraba el despacho. Teniendo en cuenta cómo son los

funcionarios franceses, era agradable y extraordinariamente franco. ¿Brillante? Eso no contaba, por desgracia eran generalmente brillantes. Nada fuera de lo común. Más bien una mente independiente. En cualquier caso no era una persona a la que se pudiera ignorar, y esperaba que ese Larkins fuera lo suficiente agudo como para darse cuenta. Suponía que ellos habrían enviado a alguien eficiente. ¿Podía confiar en eso? Cuando trataban con los odiados franceses eran capaces de demostrar a veces una asombrosa estupidez.

—El consulado tiene una grata tarea —dijo—. Tengo instrucciones de hacerme cargo de los gastos de estos caballeros; déjenme tener el placer de invitarles a almorzar.

Todo el mundo protestó para guardar las apariencias, y aceptó graciosamente el que se hiciera caso omiso de sus protestas.

26

Alrededor de la mesa del almuerzo

ESTABA CLARO que esperaban ver a Richard, y que habían quedado a la vez desconcertados e indignados ante su no aparición. Para ellos Castang era un subordinado y Larkins tenía un rango equivalente al de comisario de modo que se sintieron desairados, y con toda seguridad se lo iban a tomar como una actuación hostil. El hombre del consulado, Greene, una persona agradable, se había sentido violento, y se había esforzado para ser conciliador, pero después de meter la pata estaba en desventaja. Ahora se habían refugiado todos en el consulado como en una fortaleza de valores británicos y estaban bebiendo té y conspirando.

¿Dónde diablos estaba Richard? Fausta juraba que no lo sabía; mintiendo sin duda, pero él no podía hacer nada. Los tópicos cortesés estaban muy bien alrededor de la mesa del almuerzo, y los ingleses se lo pasaron en grande comiendo y bebiendo; pero el ambiente se fue apagando. Greene había escogido un lugar típico para ir a comer, ligeramente caro y un poquito falso. Demasiados cuchillos y tenedores, una atención excesivamente pretenciosa a las especialidades regionales. Y le habían acosado bastante ostentosamente con bebidas. Los ingleses habían bebido una gran cantidad de vino, aunque sin embotar la inteligencia de Larkins, y

eso que tenía mucha.

Habían estado en una mesa redonda, grande, a propósito para cinco porque Richard también estaba invitado. Una mesa de conferencias, pues se suponía que el almuerzo iba a poner fin a las ambigüedades.

Dejaron translucir su opinión de que Castang se callaba demasiadas cosas. Menos claramente, pero con más detalle, que no les hacía ninguna ilusión cualquier suposición o insinuación referente al juez y a su familia. Hubo comentarios concisos sobre este tema por parte de los dos policías ingleses. ¡Había sido tan incómodo como escuchar a Richard! Castang se marchó sin tener ninguna duda sobre ello; legalmente cualquier «caso» contra aquel irresponsable personaje era tan endeble que un buen puntapié lo echaría todo a rodar. El mero hecho de que el cuerpo hubiera sido hallado en el Rolls Royce, era para ellos (y secretamente para él también) más que suficiente para demostrarlo.

—Has matado a una persona y vas cargado con el cuerpo —dijo Townsend, con claridad a pesar de tener la boca llena (debía de ser una habilidad de los ingleses)—. ¿Vas a cargarlo en tu propio coche e irte de excursión con él en el maletero? Estúpido.

—Como si esto no fuera suficiente —dijo Larkins en una voz que disimulaba la ironía—, tienes el coche más llamativo que se pueda imaginar, aterrizas en el lugar más llamativo que se pueda escoger, a saber, un restaurante de tres estrellas en plena hora del almuerzo, y allí lanzas un enorme chillido. La fundamental improbabilidad de todo esto...

—Hemos de tener en cuenta que son las extraordinarias circunstancias las que están molestando a monsieur Castang aquí presente —dijo Greene apaciguador—. Se encuentra ante unas circunstancias que son difíciles de explicar. Intentando explicarlas, uno busca en todas direcciones.

—Él busca en la dirección obvia —dijo Larkins—, a saber, que alguien tuvo la suerte de encontrar este coche abierto gracias a un malentendido con el personal del hotel. ¿Quién?: ahí hay un amplio campo. Esta chica era especialista en entablar amistades casuales. Laetitia, ¿no significa eso «alegría»? ¡Un nombre apropiado! Una «chica alegre» es lo que era.

—Está muy callado, Castang —dijo Greene, jovialmente.

—Estoy comiendo. Y escuchando. El juez de instrucción es consciente de estos argumentos; son los suyos. Es un magistrado capaz y con experiencia, y pueden estar seguros de que no llegará a conclusiones prematuras. Estará ansioso por escuchar las suyas. Creo que no me equivoco si digo que querrá verles mañana. A propósito, en cuanto al juez y su familia, señor Greene, usted iba a averiguar todo lo que pudiera sobre ellos.

—¡Válgame Dios!, no hay mucho que yo le pueda decir. Tribunal Supremo, por lo tanto tiene el título de caballero, y pronto ascenderá probablemente, el equivalente a su Tribunal de Casación, lo que le convertirá en lord. Aparte de eso le busqué en el *Who Who's*

. Lo copié. —Buscó un pedazo de papel en su bolsillo—. La información podría ser en su mayoría arcana para un oído no inglés; quiero decir los clubs a los que pertenece y todo eso.

»Marlborough; Trinity College, Cambridge. Sirvió durante la guerra en los Fusileros, llamado al Colegio —significa que se convirtió en abogado— en tal año, tomó la toga, eso es bastante técnico; intentaré explicárselo.

—No se moleste —murmuró Castang, añadiendo en silencio «al cuerno» para sí—. Vara de Oro, Perseguidor del Unicornio.

—Se casó con Rosemary, hija de... usted sabe todo eso. Un hijo, una hija, también lo sabe. Condecoraciones y distinciones. Ocupaba su tiempo de ocio en paseos por el campo, la botánica y los pájaros; interesante aunque por el momento no sea útil. Un piso cerca de Sloane Street y una casa en Egham.

—¿Egham, Surrey? —preguntó Castang sin darle importancia.

—Exacto. ¿Hay otros? Puede que sí, supongo, es el único que conozco, de todas maneras —vació su vaso—. Le daré esto si lo quiere. Sir James Clarence Gregory, usted obtuvo todo esto de su pasaporte.

—¿Dónde he oído hablar de Egham, Surrey? Es cierto; la señorita Mary Johnson. Ahora tenemos a Laetitia, la había olvidado.

El señor Larkins que había estado comiendo unas cuantas patatas fritas que quedaban en el plato, cogiéndolas con los dedos una a una con aire meditabundo; se aclaró la garganta y dijo:

—Recuerdo, Castang, que usted usó las palabras «fortuita» o «gratuita» antes. No me gustaron demasiado entonces, aunque no

sabía por qué. Esta chica, Toth, sobre la que estamos todos de acuerdo en que es un poco extraña, podríamos preguntarnos qué estaba haciendo aquí. Yo no le di mucha importancia. La región del Loira, los castillos y todo eso... un centro de turismo. Y usted dijo que había encontrado rastros suyos en Caen, eso es Normandía, ¿verdad?, otro centro natural de turismo. De modo que todo podría ser pura coincidencia, aunque sí que me pregunté si no habría estado siguiendo a la familia por algún oscuro motivo. El que diera esa dirección falsa lo confirma en cierta manera. Usted se acaba de dar cuenta; la dirección del juez está a la disposición de cualquiera que se tome la molestia de buscarla. Es del dominio público. Y ella era una especie de periodista. Hace sospechar si no estaba intentando...

—¿Llegar hasta él por alguna razón? —sugirió Townsend.

—¿Para intentar conseguir una entrevista para algo que estaba escribiendo? —preguntó Castang, quien aún no había mencionado a monsieur Robin.

—¿De vacaciones? —dijo Greene, lleno de dudas—. ¿Por qué en Francia?

Larkins le miró pensativamente, y más aún, un poco fastidiado porque hablaba demasiado, pensó Castang, con el suficiente sentido policial para no demostrarlo.

—Nuestros jueces, señor Greene, no son muy dados, como usted sabe, a conceder entrevistas. Es pura hipótesis, pero es una posibilidad. Para conseguir prestigio para ella o para su periódico, podía haber tenido la esperanza de entablar una amistad casual, para lo cual son propicias las vacaciones, cuando la gente resulta más accesible que en casa.

—Ya lo entiendo —dijo Townsend—. Una joven convincente podía pescarle en un momento de desahogo y hacerle hablar.

—¿Oficiosamente, sin duda? —objetó Greene.

—Nada es oficioso si te presentas como periodista.

—¿Lo haría? —se preguntó Larkins—. Yo mismo lo he experimentado. Un periodista de buena reputación no se saltaría las normas, no puede permitírselo. Pero estos impacientes freelances, que viven esperando algo que puedan vender a un periodicucho escandaloso, muy a menudo no tienen escrúpulos, y pueden planear una amistad en el extranjero, donde los ingleses están más unidos,

algo que sería impensable en casa.

—¿No son demasiadas molestias para ella? —preguntó Greene.

—A menudo lo hacen, cuando buscan exclusivas. Pero tal como yo lo veo, fue un acontecimiento fortuito, en el sentido que utiliza el señor Castang. Digamos que el coche le llamó la atención en el *ferry*; un poco de fisgoneo le permitiría identificar a los pasajeros. Piensa que vale la pena llevarlo adelante.

Castang estaba más impresionado de lo que demostraba. Él sabía que había algo en todo esto, mientras que ellos no.

—Para nosotros quizá vale la pena profundizar más. Pero ¿por qué él podría ser una buena exclusiva? ¿Tenía algo especial?

—Podría haber presidido recientemente en un juicio, una causa célebre —ofreció Greene—. Podemos mirarlo en los archivos de los periódicos, pero seguramente, ustedes lo sabrían —se dirigió a los dos policías.

Se encogieron de hombros.

—No uno de los nuestros —dijo Larkins—, pero él es muy conocido. Es un juez duro. Les deseo mucha suerte.

Le recordó algo a Castang.

—¿Infligiendo penas de muerte? —preguntó interesado.

—Ya no las tenemos. Es el tipo que lo haría, si pudiera. No todos son buenos como el pan.

—Nosotros tenemos el mismo problema. De todas maneras, nada de esto nos acerca más a saber por qué la mataron.

—Desde luego que no —dijo Larkins enérgicamente—, pero no he oído nada aún que me haga cambiar de opinión de que una mujer que está en posesión de armas de fuego puede tener socios criminales, y me parece a mí que es al menos plausible, que quien la mató pudo estar al corriente de su interés por el juez, y quizá buscó crear un desconcierto, debido a un espíritu vengativo. Sería interesante —intencionadamente— saber el punto de vista de monsieur Richard.

—Probablemente, ahora ya estará de vuelta —dijo maldiciéndole interiormente—. ¿Van a volver al consulado? Haré que les llame, en cuanto le vea.

27

La penitencia de monsieur Richard

CASTANG ESTABA SENTADO en la oficina desconsolado, con las manos en los bolsillos. A Richard no se le veía por ninguna parte. Cantoni y sus tres gorilas que componían la brigada «antigánsteres», conocida oficialmente como Búsqueda e Intervención, estaban sentados ruidosamente en su oficina bebiendo cerveza, después de haber arrestado a no menos de tres de los maleantes que habían atracado el banco. Otro estaba en el hospital con una mano herida, lo cual sonaba bastante inocuo hasta que uno se enteraba de que le habían dado con una Magnum calibre 357 que le había arrojado limpiamente al suelo. No, no había sido una operación al estilo del viejo oeste; ese había sido el único disparo que se había hecho. Un quinto maleante había huido y aún no le habían encontrado. El maleante de más edad tenía veintitrés años, y dos de ellos, diecinueve. Estaban mucho más alegres que Castang, en lo que se refiere a hilaridad.

Lasserre estaba en su oficina. Como segundo después de Richard, y coordinador de todo el trabajo diario —era una especie de jefe de personal, responsable de las comunicaciones, el equipo y de los recursos técnicos en general— lo sabía todo sobre la causa de la irritación de Castang.

—Jo —dijo con cursi afabilidad—. Ella fue a hacerle una entrevista al juez sobre la pena de muerte, y él le hizo una demostración práctica de lo más convincente. ¡Richard estará encantado!

—¿Dónde diablos está?

—Francamente no tengo ni idea, pero quédate; volverá.

Se oyó un ligero ruido y levantó la cabeza. Richard estaba de pie en el umbral, observándole con una débil mueca de rencoroso placer. Castang se levantó de un salto, furioso.

—Amigo mío —dijo levantando las manos en señal de rendición—, estoy desolado. *Je suis confus*. Mi corazón sufría por ti.

—No, no; estas piruetas tuyas, las sacas del prefecto.

Este era conocido por su afable manera de dar vueltas a las cosas, sus entonaciones de profunda preocupación y su melosa habilidad para no decir nada.

—No es lo suficientemente bueno. Me dejaste de reclamo, y te largaste. Los ingleses están furiosos. Para ellos tan solo soy un subalterno.

—¡Chist! —dijo poniéndose un dedo sobre los labios—. No te culpo pero es suficiente. Estoy verdaderamente arrepentido; te compensaré, te lo prometo. Es totalmente cierto que he estado con el prefecto todo este tiempo, pero tenía que quedarme hasta que Cantoni me avisara. El ministro le había echado una bronca, y estaba buscando víctimas. Le hablé de los ingleses y me dijo que se fueran a paseo.

—Deja de hacerte el gracioso.

Richard calló inmediatamente, cerró la puerta y se sentó en la silla del testigo situada enfrente. Un asiento penitencial, una prueba tangible del deseo de enmienda.

—Voy a ser totalmente sincero contigo; estos ingleses se están portando de un modo un poco extraño. El ministro, en palabras tuyas, «mencionó el asunto» y el prefecto había dicho «no queremos ninguna molestia». Fíjate en el «queremos». Así que en el lado inglés alguien importante ha pedido que se le eche el cerrojo a la puerta. También hubo muchas más cosas que a ti no te conciernen. Acéptalo, no pude escapar y no me trató nada bien; tiene su lado desagradable. Conseguí que se avanzara en el trabajo, a cambio de

una garantía de que no habría meteduras de pata. «Imprudencias» fue la palabra que utilizó. Ahora tengo carta blanca para el resto del día, porque Cantoni hizo un buen trabajo. Haré lo que quieras; ponme al corriente, primero.

—Esto se vuelve interesante —dijo cuando Castang hubo terminado—. Esta Laetitia, siempre pareció algo así. Bueno, puntos sobresalientes: uno, utilizó un nombre falso, con la dirección del juez. Dos, pasó la noche con su hijo; no podemos probarlo, pero es así. Tres, charló con Robin en Caen sobre la muerte, la violencia, y las armas de fuego. Cuatro, uno nuevo, tenía armas de fuego en su piso. Cinco, se encontró su coche, pero no sus ropas. Seis, no se ha encontrado rastro de su compañero o cómplice. Bueno, déjame que lo piense un poco. Esta silla es espantosa; ven conmigo.

Instalado en su propia silla, encendió uno de sus terribles cigarros pequeños, unas cosas negras brasileñas llenas de pólvora, para las que se había inventado la frase «salitre infame».

—Fausta, llama al Consulado Británico. Debo ir descalzo a Canossa, andando por la nieve. No los quiero aquí. Iré yo allí. Algo de vanidad satisfecha es un preliminar necesario para una anestesia acertada. Se les tiene que dar la impresión de que estoy atrapado y a punto de ser partido en dos; arregla eso, ¿quieres?

»Ciertamente, ella quería llegar hasta el juez. Se diría que perdió el tiempo en llegar hasta el hijo. Debía haber, creo yo, un contacto o una relación previos. No lo dirán, pero no importa. ¿Podemos considerar el episodio con el chico en Caen como un preliminar, una especie de ensayo? ¡Hum! Todo eso del terrorismo son tonterías; si ella traficara con armas o cosas así, no iría pregonando su mercancía en un departamento de policía, incluso aunque ese Robin fuese aún más burro de lo que parece. ¿Sí, Fausta?

—Estarán encantados de verle, y, ¿le gustaría ir a tomar el té?

—¡Té! —exclamó Richard, como si fuera alguna rara infusión exótica—, sí, me gustaría muchísimo. Quizá me pare en alguna pastelería por el camino. Quizá, sí. Ese prefecto me dio una hamburguesa como almuerzo, el muy caradura.

No tenía prisa para levantarse de golpe y salir corriendo a por los pasteles. Estaba ahorrando energías para la prueba que le aguardaba. Balanceó la silla y se puso a mirar fijamente por la ventana, que daba al patio; tres plataneros y un tilo, todos aún

pelados, y el servicio regional para la Juventud y Deportes al otro lado. Un soleado día de primavera con viento árido.

—Un tiempo agradable —dijo sin dirigirse a nadie en particular, con voz apagada, apenas más que un decir entre dientes—. Bueno para... pescar.

Castang se desconcertó. No sabía nada sobre la pesca. Tampoco lo sabía Richard. Pero un día de marzo brillante, resplandeciente, ventoso, seguramente... No hacía falta ningún comentario; Richard se había olvidado del tiempo y ahora estaba contemplando fijamente el gran mapa mural de Francia.

»¡Hum!; Tours. Realmente no está tan lejos. Sí. Podrías hacerlo en una mañana con bastante comodidad, siempre y cuando no perdierais el tiempo. Sí. No os desviaríais excesivamente de vuestro camino para contemplar los castillos. ¿Qué dice Stendhal? ¿Ponte en camino hacia el sur de París y la “belle France” es una masa gigantesca del paisaje más aburrido del mundo?

»¡Hum!, la distancia podría considerarse relativamente trivial, si tú fueras uno de esos pilotos suicidas de *rally* como Orthez. Pero cruzando la región a campo través, resulta que la autopista sigue el camino equivocado, como siempre. Varias carreteras nacionales, con tramos rectos, en las que siempre hay un camión que viene de cara y son demasiado estrechas para adelantar al que te está retrasando. A menos que seas Orthez, por supuesto. Y algunos, relativamente pocos, tramos con curvas.

Nada de esto sonaba como si proviniese del jefe de la policía judicial, pero algunas veces tenía estos momentos de chochez. Castang esperó pacientemente a que pasaran.

—Sabes, Castang —seguía hablando para sí—, hay momentos en los que uno tiene que hacer estupideces. Si eres responsable, y prudente, y sensato, te darán la Legión de Honor, pero debes permanecer en tu compartimento.

»No es una simple cuestión de posibilidades. Nunca apuesto, no estoy interesado en posibilidades. No supongo, ni por un momento, que vaya a salir algo de esto. Pero si lo hiciera, ya no estaríamos inmovilizados.

»Es una ocupación agradable también. No es como sentarse durante setenta y ocho horas afuera de un banco esperando que alguien llegue, y lo ataque.

—Adivino —dijo Castang—, que estás pensando en algún repugnante pasatiempo, pero aún no sé cuál.

Richard apagó el cigarro y fue a lavarse las manos. Se explicó mientras se las lavaba.

—Y a esto le llamas dar una compensación. Yo me voy de pesca, con Orthez nada menos, y tú te vas a tomar el té con los ingleses —dijo Castang.

—Igual que Marta y María —dijo Richard.

—Mañana por la mañana. No habrá suficiente luz para hacerlo hoy.

—Empezad ahora. Tenemos muy poco tiempo. Empezad desde aquí; Tours ha empezado por su cuenta.

—Tonterías.

—O lo harán, tan pronto como hable con Philippe Benoît por teléfono, lo que voy a hacer ahora. Fausta, ponme con el comisario Benoît en Tours, y envíale un télex. Lo que es más, Castang, él hará mucho menos jaleo que tú. Ves a ver a Lasserre para la cuestión del equipo. Vamos. Muévete.

«¡Compensaciones!», pensó Castang, yendo a buscar a Orthez. «¡Penitencia!».

28

Orthez

LASSERRE DIJO:

—Sí, lo sé, el viejo me llamó por teléfono. Tenemos algún equipo para aguas poco profundas, y puedo conseguir más de la gendarmería. El material para profundidades lo tendremos que pedir prestado a los bomberos.

—Necesitamos buceadores —dijo Orthez.

—No necesitamos buceadores —dijo Lasserre, como si se dirigiera a un niño pequeño.

—Bien, si tenemos una escafandra, yo puedo bucear.

—No puedo tenerlo instalado antes de mañana por la mañana —siguió sin prestarle atención—. Y para saber exactamente cómo está el agua, qué profundidad, qué tipo de corrientes, necesitaremos un ingeniero de Caminos y Puentes. De estar en tu lugar, Castang, hoy mismo tomaría el coche y utilizaría la luz que queda en hacer un reconocimiento. Si entiendo lo que piensa el viejo, no puede haber demasiados sitios. ¿Parándose para mear y escondiéndolo entre los arbustos? ¿O lanzándolo por encima del parapeto mientras pasa a toda velocidad? Y el fondo cuenta, ¿no? Piedras o arena, como se llame..., guijarros, grava, y tienes unas aguas poco profundas relativamente claras. Pero si hay lodo o arcilla, y nuestro submarinista aquí presente va dando saltos por encima con su traje de buceo, ¿es así como se llama, verdad?, todo lo que hará es volver

el agua más turbia de lo que ya es. Hablaré con los de Caminos y Puentes y con un equipo de submarinistas para las profundidades; roguemos al cielo que no sea necesario, pero si para mañana por la mañana has señalado los lugares posibles, eso puede ayudar mucho. Llamaré al garaje; tendrán el material listo para vosotros.

—Aún no lo tengo claro —dijo Orthez una vez estuvieron en la autopista—, qué es exactamente lo que estamos buscando.

Castang, que conducía, tuvo un momento de irritación. ¡Típico de Orthez, el que nunca sabía nada! Al mismo tiempo se dio cuenta de que el comentario era sensato y simple, no estúpido. El asunto lo habían discutido entre Richard, Lasserre y él mismo. Orthez no sabía por qué no se le había explicado.

—Un bulto con ropas. Posiblemente con un peso añadido, o también lastrado únicamente con botas y un bolso. Un impermeable. Quizá todo junto, quizá en pequeñas cantidades. Tenemos una descripción, y podríamos obtener una identificación porque la vieron en Caen. Vinieron de Tours y por esta carretera. Si tuvieron algo que ver con su muerte y no hay nada que lo demuestre, el jefe piensa que pudieran haberse deshecho de sus ropas. Si las encontramos lo demostraría. *Quod erat demonstrandum*.

—*Erit* —dijo Orthez—, tiempo futuro.

Castang le miró anonadado, sorprendido.

—No aprendí demasiado —dijo Orthez con sencillez—, solo un poco en la escuela. Sin embargo, se me quedó en la cabeza.

Castang pensó que nunca había sabido que nada se le quedara en la cabeza alguna vez, y que no estaba mal saber cuándo uno se equivoca.

—Realmente vinieron por aquí. El jefe me envió a comprobar donde habían puesto gasolina.

—Cierto, lo recuerdo. —Redució la velocidad para salirse de la autopista—. ¿Quieres que cambiemos de sitio?, tú eres mejor conductor.

—No. Sirvo para esto. Tú vigila la carretera y yo controlaré el paisaje.

Y servía para ello; tenía una extraordinaria vista para el terreno. Decía «para», y mientras Castang hacía retroceder el coche, «parecía un rincón apropiado», y ahí estaba un bonito pedazo de bosque con

una conveniente depresión, donde uno quedaba oculto del tránsito.

—No podemos estar seguros de que fuera una corriente de agua.

—Es verdad.

—Sería más fácil yendo en el otro sentido. Pero si tú estuvieras detrás, mirando por el lado, sería en este sentido.

—Podría.

—Nunca he subido a un Rolls Royce.

—Tampoco yo.

Había muchas corrientes de agua, y puentes que las cruzaban, pero tal como Richard pensó, no demasiado apropiadas para arrojar paquetes. Un puente en el centro de un pueblo, rodeado de miradas, no tentaría a nadie.

—Para —dijo Orthez—. O a la vuelta no tendremos luz.

Y su cálculo fue exacto; caía la noche cuando volvieron a la autopista. ¿Qué tenía que ver ser sagaz con ser un buen policía? No era la primera vez que Castang se había hecho la pregunta. ¡Él era bastante bueno en las cosas para las que servía! Como Orthez...

—Espera un momento —dijo, frenando en el acceso a la autopista—. No fueron por aquí. No se dirigían a la ciudad, iban a casa de Thomas. Vi un letrero.

Hizo girar el coche volviéndolo a dirigir hacia el cruce. No era mucho más que un camino, zigzagueando a través de los pueblos del valle, pero estaba señalado en el mapa, y ahorra más de veinte kilómetros de carretera y tener que atravesar la ciudad.

—Bobo —dijo Castang, refiriéndose a sí mismo.

—Yo también —dijo Orthez—, porque acostumbraba venir a pescar por aquí. Conozco un buen lugar, el mejor. Porque lo ves al entrar, ¿me entiendes?

Cinco minutos más tarde le ordenó detenerse.

—Demasiado oscuro.

—No. Para aquí. Lo verás.

Castang obedeció, apagó las luces, y cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra lo vio.

El arroyo de la colina, que se unía al río en algún lugar de la ciudad, serpenteaba aquí por el valle, caudaloso ahora debido al agua de lluvia invernal. El antiguo puente que lo cruzaba trazaba una peligrosa curva en forma de S y había provocado numerosos accidentes hasta que la administración lo arregló construyendo un

nuevo puente quince metros río arriba. El macizo arco de piedra del paso abandonado había sido un problema demasiado grande para ocuparse de él, y se veía claramente.

—Tienes razón —dijo Castang—, y no hay demasiado tránsito por aquí.

El agua se precipitaba bajo el arco, ensanchándose hasta convertirse en un estanque de unos seis o siete metros.

—Miraremos por la mañana.

—Mierda, no tiene más de un metro de profundidad y hay muchas posibilidades de que si era poco pesado hubiera sido arrastrado hacia la playa de guijarros de ahí. —Y como Castang vacilaba, debido a que no tenía grandes deseos de chapotear en aguas glaciales en la oscuridad, continuó maldiciendo—: Me gustaría escupirle a Lasserre a los ojos, él y sus buceadores —sabiendo que entre los dos no existía un gran cariño.

—Vamos entonces.

Forcejearon con la enmarañada masa de material a la luz de la linterna. El rechoncho Orthez se metió gruñendo dentro de unas botas altas impermeables. Manipular en la oscuridad una red aunque fuera en aguas poco profundas era una tarea que ambos desearon no haber empezado. Soltaron muchas palabrotas, sobre todo cuando el agua pasó por encima de las botas de Castang y lo dejó empapado; y más aún cuando Orthez golpeó una bicicleta oxidada en mitad de la corriente. Pero tenía la habilidad de saber manejar las argollas de la cadena y los cables de alambre que dejaban los dedos de Castang llenos de pellizcos y sangrantes. Al fin consiguieron colocar la red, después de tener problemas con los troncos sumergidos de los sauces en la parte poco profunda. Se hicieron con un botín fangoso, desteñido y desagradable bastante considerable, que se tradujo en una vieja batería de coche, algunos sacos de plástico que antaño habían contenido fertilizante, bloques de cemento, una pala rota, dos trampas oxidadas de cazadores furtivos y una gran cantidad de materia vegetal en descomposición.

—Joder —gritó Orthez, al encontrar un rollo de alambre de espinos liado con hilo de pescar viejo y una punta de cebo rota—. ¡Eh!, la linterna, deprisa.

La empapada bolsa de tacto grasiento hubiera ido río abajo, quizá, de no haber sido por el peso de su interior.

—Tranquilo —aulló Castang—, manéjalo cuidadosamente.

Tiempo atrás había sido perfumada, suave piel italiana.

La llevaron hasta el coche, cogiéndola por la correa. Buscó el botiquín de primeros auxilios que llevan todos los coches de policía. Castang estaba mojado hasta la cintura, y Orthez hasta los sobacos. Se remendaron los dedos con esparadrapo, y mirándose el uno al otro con júbilo.

—Un trozo de roca —dijo Orthez— para evitar que flotase. Pero lo tenemos.

Se fue a buscar el equipo, y Castang se dio cuenta al palparla de que no era una roca. Se envolvió la mano con un trapo y abrió el cierre metálico.

Era una pistola Luger, lo bastante pesada como para estar cargada.

29

Morfología de la PJ

UNA CIUDAD como la de Castang, con unas trescientas mil almas dentro de sus límites y una tercera parte en el extrarradio, tiene una estructura policial elaborada y densa, tan complicada y rígidamente jerarquizada como todas las otras ramas de la administración europea. La policía municipal tiene una enorme subestructura en la brigada de «seguridad urbana», que es la que se ocupa de la mayoría de los crímenes, incluso de los llamados «crímenes de sangre». Las peleas y ataques, e incluso los homicidios no son terreno de caza acotado para la policía judicial.

La PJ es una oficina totalmente aparte, y sus «antenas» provinciales en la mayoría de las ciudades importantes están conectadas con el servicio central de París, el bien conocido «Treinta y seis» del Quai des Orfèvres que guarda los archivos, el sistema de telecomunicaciones, y la computadora. La PJ es un club, o una casta: un *péjiste* no es tan solo un *flic*. Naturalmente existe una élite de oficiales con títulos de derecho y un alto nivel de especialización: un club-de-oficios-extraños, y un departamento de-trabajos-sin-porvenir también (VR o «vaines recherches» como se les llama) pero las siglas en jerga son menos románticas.

A pesar de que está terriblemente centralizado, es menos rígido que muchas administraciones europeas y las latinas especialmente, y menos burocrático. Los jefes de las brigadas territoriales,

comisarios de división como Richard, tenían bastante libertad para organizar sus servicios, y algunos como Richard, a quienes disgustan los organigramas y las pirámides rígidamente estructuradas, se han rodeado de oficiales de las diferentes graduaciones según convenía a sus métodos. Lo único que cuenta es la eficiencia; no hay otra posibilidad. La estructura de la PJ hoy en día es más morfológica que puramente anatómica...

Richard, por lo tanto, tenía sus brigadas BRI y VP, su experto financiero «Massip el Tramposo», y el típico grupo «mundano» o de la moral, especializado en prostitutas y narcóticos, a la vez que curiosidades como *le-père-Bianchi*, pero no se les mantenía en pequeños compartimentos estancos, y Castang, a pesar de ser oficialmente un inspector jefe de homicidios, podía encontrarse efectuando un trabajo de rutina «antigánsteres» con Cantoni, o cualquier cosa excepto las investigaciones especializadas sobre fraude o corrupción; cuando la gente se iba de vacaciones, o —alguna que otra vez— resultaban heridos, tomaba permisos atrasados.

Uno lo hacía lo mejor que podía para que no le pegaran un tiro, pero no había manera de no mojarse (únicamente Massip, el contable, no se mojaba nunca, y por supuesto el tesorero tampoco). Por lo tanto a Vera no le sorprendió y se mostró más comprensiva que enojada, cuando volvió a casa muy tarde, después de haber enviado el empapado bolso al laboratorio criminológico y haber dejado una nota para Richard, con los calcetines y los pantalones empapados. Una ducha caliente, una hirviente tisana de limón y miel, aspirina, cama, no demasiada charla. Perder el tiempo en charcas a medianoche, hacerse cortes en los dedos, quedar empapado, tener que enviar los pantalones a la tintorería (y el tesorero no lo aceptaría como un gasto), eran las actividades habituales de un *péjiste*. Dejando aparte el que le pegaran un tiro, pasaban cosas mucho peores.

La morfolología de la Administración es como todos los organigramas, una vasta pila de cubos conectados por líneas en ángulo recto. Se puede decir también que es una inmensa masa de gas, natillas o ectoplasma; puesto que no tienen ninguna forma, ¿cómo puede tener una puñetera morfolología? Pero la PJ es sumamente flexible. No cojas reuma.

Vera —como exgimnasta tenía una gran fe, conmovedora incluso, en el masaje— le frotó con alcohol, y por la mañana estaba como nuevo. Richard se sentía satisfecho.

—Puesto que los ingleses no se levantan temprano, y tampoco lo hacen los jueces de instrucción, si pueden evitarlo, tengo unos tres minutos. Muy bien, Castang, y eso te enseñará a ser un esnob intelectual; Orthez fue más vivo. Tienes tu prueba, y debes establecer una conexión. Aún están las ropas y las botas. Lasserre lo tiene preparado y se pondrá furioso si se cancela. Manos a la obra.

Sé flexible, más flexible...

En lo que quedaba de sus «tres minutos», Richard los observó mientras estaban en el patio, armando jaleo con sus ratoneras, con un cierto regocijo... El viejo Castang que se había mojado los pies, pero esta mañana volvía a llevar los zapatos magníficamente lustrados y la raya de los pantalones, y con solo un pedazo de esparadrapo que le delatara, y Orthez, con su aspecto bruto de hinch de fútbol, subió llevando la chaqueta informal de los domingos... ¡los dos se llevaban bien! Y aquí venía Davignon, otro intelectual con sus aires de maestro de escuela. ¡Atajo de burgueses!

Otro asunto enojoso: los huesos de Davignon habían ido al laboratorio criminológico en donde se dijo categóricamente que estaban equivocados. Mientras esperaba otro informe especializado de la Facultad de Medicina, tenía dos casos sin resolver en lugar de uno, para el cual había estado lleno de esperanzas, e incluso de optimismo. Una desaparición inexplicada hubiera muy bien podido convertirse en una extremada y convincente presunción de homicidio: ¿quién enterró aquellos huesos? Mientras que ahora estaba aquí sentado con «vaines recherches».

Se deshizo de Davignon, fue reconfortado por la llegada de Cantoni con el quinto y hasta ahora fugitivo bandido, y aún más reconfortado por Fausta; aquel pañuelo utilizado para amordazar a una anciana, encontrada muerta a golpes hacía tres meses, era definitivamente de fabricación checa y únicamente había sido comercializado en la República Democrática Alemana. Lo cual era en cierto modo un progreso. Ahora a por los ingleses. Clientes difíciles e inflexibles. ¿Qué pensaría el juez de ellos? ¿Y qué pensarían ellos de este bolso?

Exactamente lo mismo que cualquier defensor. El bolso carecía

en sí de sentido. Si uno coloca un cadáver en un coche, no hay ninguna diferencia entre esto y colocar un bolso en un estante.

—Fausta, telefona a IJ, ¿quieres?

El laboratorio criminológico no fue de gran ayuda. No se podía deducir nada de la empapada piel. El cierre metálico había sido limpiado totalmente, y las precauciones de Castang no habían servido para nada. El contenido era exactamente el que uno esperaría encontrar en el bolso de una mujer, con excepción de la pistola Luger que podría ser un bonito pisapapeles para Castang. Sí, era de ella, tenía sus huellas por todas partes. También el cargador con cuatro cartuchos, también una lima de uñas. Los documentos no se habían desintegrado durante la breve inmersión —sí, el factor tiempo sería más o menos exacto— y confirmaban su identidad inglesa y que era propietaria del coche.

—¿Tenemos ya un télex sobre el coche de Tours?

—Aún no, pero hablé con ellos por teléfono. Huellas de hombre en el exterior, que coinciden con los movimientos de Castang, de modo que son suyas. De mujer por todo el interior; de ella. La posición del asiento del conductor encaja con ella, y no hay señal de alteración por ejemplo en el retrovisor. Las numerosas señales de guantes de conducir de piel, que coinciden con los encontrados en el coche, evidencian que son de ella, puesto que encajan en su mano. Polvo, grava, etc., consecuentes con los movimientos que conocemos del coche. La ropa interior encontrada es por descontado suya. Si alguna otra persona movió el coche, era muy hábil, afortunado o las dos cosas a la vez —concluyó Fausta, volviendo la hoja de su bloc de taquigrafía—. El télex llegará esta mañana pero no pongas tus esperanzas en él. Una nota del comisario Benoît para decir que continúa en la línea seguida hasta ahora, hasta que le dé una nueva orientación.

—De acuerdo —dijo Richard consultando su reloj—. Tengo que encontrarme con los ingleses frente al Palacio de Justicia, y estaré con el juez de instrucción si me necesitas.

—Tra la, la, la —canturreó Fausta—. ¿El almuerzo?

—Me han invitado; a los ingleses les gustan mucho los almuerzos. No sé por qué, pero no puedo escaparme. Existe una impresión general de que almorzar juntos promueve el compañerismo.

—De acuerdo, pero no te retrases. Tienes a esa gente de Cantoni, a quienes madame Delavigne les ha prolongado la detención preventiva, y van a aparecer una o dos madres indignadas.

—Intercala a Bianchi en alguna parte. He leído su informe, pero quiero verle.

—Lo arreglaré —dijo Fausta.

30

El magistrado instruye

DE NINGUNA MANERA era tan estúpido como Richard se había imaginado. A la policía le encanta fingir que los jueces de instrucción son una pandilla de pesados. Aunque también es verdad que estos conceptos se invierten (los jueces de instrucción piensan lo mismo de los policías). Son como la policía, algunos son buenos, otros menos. Son mucho menos burgueses de lo que acostumbraban ser, y la policía lo es mucho más. De jóvenes tienden a ser de izquierdas, y con la edad se decantan hacia las derechas, pero eso lo hace mucha gente. Les encanta enfatizar su independencia de las ramas legislativa y ejecutiva, especialmente cuando han parecido serviles. La mayoría de los jueces son...

Monsieur Lhermite tenía unos treinta años, era alto, bien proporcionado, elegante. De rancia familia, hecho evidente en los rasgos, tan bien cortados como las ropas y llevados con la misma seguridad y sencillez, y en sus excelentes modales. Clase de los pies a la cabeza; sin arrogancia o afectación. Camisa de villela, abotonada. Traje medio azul, medio gris. Ninguna joya, excepto una alianza. Ni distante, ni afable; tan cortés al escuchar como al hablar. Famoso por su severidad, principalmente basada en aversión por la hipocresía, y una antipatía por el lloriqueo.

Todo eso, al menos, es lo mejor que tiene, pensó Richard. Aunque para hacerle justicia, lo peor en él no era mucho peor.

Cuando al final de un largo día está cansado y agobiado, y trabaja doce horas, se pone irritable y puede comportarse tontamente. A veces pienso que guarda su lado peor para la policía. ¡Pero hoy no!

El señor Larkins, a pesar de su experiencia, estaba un poco anonadado. ¿Había esperado más anglofobia o filia? Quizá se hubiera podido enfrentar mejor con cualquiera de las dos. Sus palabras fueron un poco demasiado tajantes y categóricas en lo referente a Derecho Romano.

—Nada en ninguna ley —dijo el juez—, me permite abrigar sospechas. La policía puede y lo hace. Ellos me preguntan: ¿Hay un caso para solucionar? Si existe una presunción, la examinaré. La única que existe en este asunto es que se ha cometido un crimen. No existe una imputación en cuanto a la autoría. Supongamos que existe una. Un testigo que quizá se comporta de manera evasiva o ha huido; evidencia material de aparente gravedad. Estoy facultado para citar a esa persona a declarar. Si rehúsa presentarse, yo puedo perfectamente presumir, no antes. Ustedes tienen un procedimiento, es su país, por el que si una diligente y paciente investigación policial parece demostrar que hay un caso para solucionar, se envían las pruebas al representante de la Fiscalía Pública. Este puede decidir basándose en la evidencia escrita que tiene ante sí. Yo, al contrario, requiero que esa persona se presente ante mí. En lo referente al Derecho Romano, ciertamente, tiene muchas características poco satisfactorias, que, al fin y al cabo, también las tiene cualquier sistema. Estoy seguro de que no necesito recordarles que Timothy Evans fue juzgado basándose en pruebas policiales, condenado apresuradamente y ejecutado sumariamente.

—Lo siento —dijo el señor Larkins—, si parezco un poco demasiado fogoso o demasiado precipitado. En efecto, hay muchos ejemplos clásicos en los que el caso parecía abrumador, y se llevó a personas a juicio injustamente. Soy tan consciente de ellos que puedo haber parecido hipersensible. Nos gusta creer realmente lo que creemos, que los procesos criminales se llevan a cabo con tal cuidado e imparcialidad que es muy raro un error. Estoy de acuerdo en lo del caso Evans; el juez del proceso resultó más tarde que tenía una salud cuyo deterioro no era evidente entonces, pero que murió poco después. Usted siente lo mismo que nosotros. No pueden haber conclusiones en base a unas pocas indicaciones materiales

superficiales.

—Una al menos fingió de manera excelente —dijo el magistrado sonriendo.

—Implicaba a dos mujeres acusadas de secuestrar y maltratar a una jovencita. Llevaban una vida solitaria y excéntrica, lo que prestó una falsa credibilidad a la historia. Pero cualquier presunción, incluso de peso, contra los que ocupan un cargo público de gran confianza y responsabilidad, se encuentra con una barrera. Según palabras de un eminente jurista de su país, cualquier persona tiene derecho a una incredulidad inicial que crea una gran predisposición a su favor.

Y con esto el señor Larkins tuvo que darse por satisfecho.

El juez de instrucción le había tomado la delantera limpiamente, pensó Richard, ofreciendo las bebidas del aperitivo. Montaron la comedia del «Bulldog Británico», gruñendo vigilante ante cualquier señal de que los inocentes turistas fueran intimidados y tiranizados por polis franceses de negro corazón. La —hasta ahora— no mencionada amenaza, que a ser posible debía evitarse, era informar a todos los periodistas ingleses y ofrecer una rueda de prensa que desencadenara una «cacería del zorro».

—A la salud del *Habeas Corpus* —dijo alegremente, levantando su vaso.

—Entiendo, comisario, ¿no habrá ningún obstáculo para que tengamos acceso al resultado del laboratorio sobre los dos coches?

—Absolutamente ninguno.

—Creo que también es hora de que examinemos el motivo de estos acontecimientos, que como usted reconocerá son en su mayoría alegaciones. —Richard dio expresivas muestras de alegría: Philippe Benoît en Tours estaría menos encantado, empero—. Puede que también tengamos que solicitar favores, bueno no es esta la palabra exacta, mejor facilidades.

—Estoy entre la espada y la pared, desde luego —dijo Larkins con aire de franqueza—. Me doy cuenta de sus dificultades.

—Es la gente de allí —dijo Townsend confidencialmente— quienes empiezan a sentirse inquietos. Debido a que esta chica, Toth, es ciudadana nuestra... probablemente temen que aparezcan parientes y provoquen jaleos.

—No ha atraído demasiado la atención de nuestra prensa —dijo

Richard—, el primer día era como aquello del perro mordido por un hombre. Se consideró divertido que se encontrara un cadáver en el coche de un juez. Imagino que su gente de la embajada en París no despegarían los labios. Un juez del Tribunal Supremo no estaría muy satisfecho de encontrar que su vida privada es tema para comentarios especulativos en el «Daily Chisme». Se mostró bastante susceptible con el señor Greene, aquí presente.

—Realmente creo que después de todo pediré este bistec, ¿qué significa «poêlé»?

—No asado a la parrilla; *poêlé* es una especie de sartén.

—Mejor eso que el fuego —dijo Townsend riéndose a carcajadas—. Con una deliciosa salsa pegajosa. ¡Nam!

—Deben ir a Thomas —dijo Richard— y probar su comida. Tienen una buena excusa, ya que toda esta tontería empezó en su zona de aparcamiento.

—Sin duda alguna...

Los dos coches de la gendarmería se habían encontrado aproximadamente a mitad de camino. Habían estado dragando toda la mañana, sin encontrar nada de lo que querían. Quedaba el mismo Loira; un fastidio, como lo es siempre en esta época del año. Encontrar allí las ropas de una mujer, francamente —bien, nadie quería hacer vaticinios—. Sin embargo, los más pequeños, tranquilos como el Cher... Castang había aprendido más de lo imaginable sobre ríos desconocidos.

La gendarmería, hambrienta a causa de sus esfuerzos, se había ido a casa a comer, dejando a Castang y a Orthez en un pueblo horrible, que no mencionaba ninguna guía turística ni lo haría jamás. El caballo puede ser muy bueno para comer, pero parecía un caballo muy viejo, alimentado con el maldito suelo pedregoso.

Iban a volver sobre sus pasos hasta el punto de partida aquella tarde, pero nadie estaba realmente entusiasmado. Los ingenieros de Caminos y Puentes contaban historias espeluznantes sobre el peculiar comportamiento del Loira.

—¿No es aquí donde pusieron gasolina aquella vez? —preguntó Castang fijando la vista de manera aburrida en una calle muy ancha con una vista de surtidores de gasolina.

—Cierto —dijo Orthez que estaba absorto, y parecía interesado en el periódico local—. El empleado de la gasolinera les recordó,

porque nunca había visto un Rolls antes, y más aún porque le sacó el polvo esperando una buena propina y no la consiguió. Permanecieron unos diez minutos; las dos mujeres vinieron hacia aquí (para ir a los lavabos; lo pregunté) y el viejo se paseó por la carretera para estirar las piernas. Pero aquel tipo estaba limpiando el parabrisas, el coche no se quedó solo, y él no metió a nadie en el maletero. De todas maneras, como puedes ver está a plena vista. Uno no lleva un cadáver en el bolsillo y lo tira como sin darle importancia en la papelera.

Castang consultó su reloj; un gendarme de campo odia que le hagan hacer la digestión de prisa. Salió a dar un paseo por la calle. Las tiendas del pueblo no eran demasiado atractivas. También se dio una vuelta por la carretera; tampoco lo era la gasolinera. Posiblemente nunca ocurriría nada en un lugar como este, a menos que el duque de Mantée apareciera con su escopeta; estaba petrificado. Empezó a andar de un lado para otro. El agua del cubo que utilizaban para limpiar los parabrisas necesitaba que la renovaran.

Se detuvo en un extremo del área de servicio y miró fijamente a un hombre que había decidido hacer limpieza total mientras le ponían gasolina al coche. Vació sus ceniceros por el suelo; típico. El empleado de la gasolinera protestó. El hombre se encogió de hombros, y anduvo lentamente hasta el cubo de la basura con un puñado de pieles de plátano. Castang fijó la vista en el cubo de la basura, que era un viejo bidón de aceite. Se dirigió hacia él y miró en su interior. Estaba lleno en tres cuartas partes de trapos grasientos, periódicos viejos y restos de comida pasados.

Orthez estaba en la acera bostezando, rascándose el estómago y volviéndose a colocar la camisa dentro de los pantalones.

—¡Hey! —llamó Castang.

El hombre del plátano recogió su cambio y se marchó en el coche.

—¿Cuándo se vació el bidón? —preguntó Castang al empleado.

—Jesús, no lo sé. Hace quince días, quizá.

—Ayúdame —le dijo a Orthez.

—Vuélvanlo a poner dentro —dijo el hombre de la gasolinera con repugnancia—. ¡Policías!

A medio camino del fondo, manchado de grasa, sucio, delicioso,

había un vestido de mujer de lana hecho un lío. Con rigurosa exactitud policial, Orthez pidió prestado el recogedor y el cepillo para barrer los mendrugos de pan seco. Los franceses podrán *saucissoner* sobre tu lápida, y, además, dejar las cáscaras tras ellos.

31

Vera

ENCONTRÓ A RICHARD haciendo tranquilamente la digestión, y de charla con Bianchi, lo que le dio un susto. Pero cada cosa a su tiempo.

—¿Dónde está el CID?

—Cogieron prestado un coche del consulado y se han ido a ver la zona de aparcamiento de Thomas. Quizá piensen que Laetitia vino haciendo autoestop con el carnicero. Pretenden verlo por sí mismos, y se están preparando para dudar de nuestro laboratorio IJ.

—No lo harán, ¿sabes? Y ella no lo hizo. —Mostró su trofeo, en una bolsa de plástico de la cooperativa del pueblo.

Richard hurgó con su pluma estilográfica.

—Apesta. Bájallo rápidamente a la IJ. Y espera un momento, tendrán que identificarlo. ¿Cómo se llamaba el de Caen? ¿Robin? Fausta, télex a Caen. Y llame al juez de instrucción.

—Y si te da lo mismo —dijo Castang—, me voy a tomar el resto del día libre.

—Sí, te lo has merecido. Con esos guardapolvos parecéis algo que sobró de Le Mans. Mañana, cuando hayas descansado bien me gustaría que escucharas lo que monsieur Bianchi, aquí presente, tiene que decirte.

—Pero...

—No, amigo mío. El juez, ya lo sabes, no va a arrastrar a esos

ingleses esposados a través de media Francia. Tranquilízate. Grenoble se dio un susto, ya que perdieron al chico. Pero le han encontrado de nuevo. Les dejaremos que vengan a su debido tiempo.

—Evidencia —dijo Castang—, in-con-tri-ver-table —disfrutando con la palabra.

Estaba tendido en el sofá como el marinero desalmado que tuesta al sol su peluda espalda.

—No entiendo nada —dijo Vera.

—Tampoco yo. Nadie lo hace. Aunque empieza con Laetitia. Una persona excéntrica, coleccionaba gente excéntrica, como policías. Encontramos un vestido en un cubo de la basura, ¿y qué? La gente que va en coche tira cualquier cosa. Pero es el suyo y lo reconocerá un policía. En Caen, entró en una oficina de la PJ precisamente y charló con un policía llamado Robin. Él reconoció el dibujo que hiciste.

—Tenía un rostro singular. Pero ¿significa eso que estas personas la asesinaron, o lo sabían, o qué?

—Hay un montón de textos sobre desfiguración de la verdad y encubrimiento que el juez puede utilizar. No extenderá un mandato judicial. Tal como dice Richard, no puede arrastrar a esa gente esposada a través de media Francia. Es mejor enviarles una notificación para que se presenten en la comisaría cuando vayan de vuelta a casa.

—Pero seguramente huirán; el chico lo hará de todos modos.

—Lo que yo dije. Tal como Richard lo ve, los otros son una garantía de que él se comportará bien; yo personalmente pienso que tan pronto como reciba una citación pondrá pies en polvorosa. Richard puede pedir que un par de policías locales se disfrazen de profesores de esquí, sin hacer nada, excepto esperar a que lo intente; la huida equivale a culpabilidad. Creo que ahora está bastante claro; cargó a su papá con el cadáver.

—Pero ¿por qué?

—No sé por qué —dijo Castang malhumorado—. No quiero saberlo. Todos estos porqués incumben al magistrado. Bien como tapadera, como se pensó en un principio; solo como una especie de doble farol, ¿entiendes? Quizá por algún rencor o resentimiento desconocidos. De ninguna manera algo sin precedentes. El padre es

un juez, excesivamente respetable y satisfecho consigo mismo para el gusto del chico. ¿Cómo se sabe? —dijo soñolientamente—. El interrogatorio lo descubrirá.

Pero Vera una vez que había empezado algo lo proseguía con severa obstinación.

—¿Se supone que la siguió el chico hasta Tours? ¿Y arrojó el vestido en el cubo de la basura para implicar aún más a la familia? Yo pensaba que el vestido hubiera sido irreconocible, a no ser por el policía de Caen. Me suena todo de lo más improbable.

—Bien, el asunto todavía es oscuro. Pero a menudo es así. Una investigación alcanza un punto en el que se pide explicación a la gente y se le pregunta seriamente porque hay pruebas materiales que demuestran una conexión. El hecho de esconder sus ropas y su bolso demuestran una intención de encubrir. No necesariamente de implicar. Si el chico siguió la carretera desde Tours, esa estación de servicio podría ser una coincidencia; el encargado del surtidor recordaba el Rolls, pero uno de esos pequeños Triumphs..., hay muchos de esos.

—Esa chica, ¿por qué tenía un arma en su bolso?

—Cariño, no lo sé. Le gustaban las armas, tenía un interés morboso por ellas, eso está claro. Dos más en casa. Se lo justificaba a sí misma pretendiendo que necesitaba protección, sola en un coche en un pícaro país extranjero. La excitaba llevarlo encima.

—Vera emitió un sonido despreciativo—. Mujer, déjame en paz.

—¿Y qué van a pensar los ingleses de esta peculiar historia?

—Sin duda, no les va a gustar nada —dijo con una nota de regocijo—. Richard les verá, no es cosa mía, y me alegro de ello. Ha estado coleccionando todos esos comentarios sarcásticos ingleses (ya sabes, como que la principal contribución del Mercado Común a Inglaterra ha sido la rabia). Se está preparando para ser devastadoramente dulce; bien, si ustedes persisten en enviarnos a ninfómanas descalzas con pistolas, qué le vamos a hacer.

—Ella es más que eso —murmuró Vera obstinadamente, pero se le había dicho que callase.

32

La geología de monsieur Bianchi

EL JUEZ DE INSTRUCCIÓN no depositó su confianza en Castang. Los oficiales subordinados de la policía judicial no se relacionan íntimamente con jueces de instrucción. Podía adivinar que se reunirían varias cabezas de las altas esferas, porque en realidad, este bolso y este vestido, ¿qué prueban exactamente? Por razones hasta ahora desconocidas, ¿había procurado esta zorra descalza seducir y atrapar a un miembro de la familia del juez? Ese oscuro testimonio de un policía de Caen, aparte de no ser concluyente, ¿sugería la posibilidad de algún delito menor por parte de él? ¿Qué pruebas había que demostrasen que el joven Colin Armitage había estado cerca de Tours? ¿Qué podía decirse con certeza para contradecir su perfectamente razonable y plausible declaración de que había conducido de Deauville a París?

La policía de Tours, cansada de todo aquello, dijo que en su opinión el descubrimiento de las ropas hacía innecesario que hicieran más investigaciones por su parte, las cuales implicaban la persecución de gran número de personas inocentes. ¿No era así? Les fastidió que se les pidiera que siguieran con acrecentado celo la posible pista de testigos oculares de los revoloteos crepusculares de una chica en un Toyota rojo y quizá los de un joven de pelo claro

en un Triumph azul de dos plazas.

El señor Larkins incluso había encontrado aliados que apoyaban un complejo e ingenioso argumento basado en pistoleros. Estaba aceptando, pensó más bien, la teoría de que fuese un crimen profesional, una hábil maquinación. Sus compañeros del CID no habían descubierto evidencia alguna de que esa tal Toth tuviera contactos criminales en terreno británico, pero podía muy bien haberlos tenido en el «continente», una palabra aún sumamente despectiva para el oído inglés.

Admitía que superficialmente, los asesinos profesionales no llamaban la atención sobre lo que hacían, colocando cadáveres en coches. Lo que en sí indicaba un ingenioso engaño, una pista falsa intensificada por el hecho de ir dejando prendas en lugares obvios para que las encontrara un ingenuo policía inexperto. Coloca una cosa, la más difícil y puedes colocar muchas más. Esa carretera principal desde Tours, la transitaban diez mil coches al día, que podían tirar objetos de los que pensaban deshacerse.

Estaba simplemente postulando la existencia de posibles alternativas a estas extrañas ideas que parecía abrigar el magistrado instructor, o que corría el riesgo de abrigar. Cuando hay una posible alternativa, se tiene un elemento de duda razonable, ¿no? Y si existía cualquier duda razonable, sin duda no podía haber un caso que solucionar. ¿No funcionaba así la ley francesa? Él no pretendía ser un experto, pero sería muy fácil pedir al asesor de la Embajada que consultara la opinión de expertos en la materia.

Monsieur Richard estuvo completamente de acuerdo, por principio. Aunque, más que permitirse hipotéticas personas desconocidas para las que no había ninguna evidencia, seguramente sería más fácil y cortés pedir al juez y a su familia, los testigos más fiables y concienzudos, que testificaran si ellos o alguno de ellos había visto alguna vez a Laetitia, una personalidad bastante memorable. Correr por todas partes buscando testigos periféricos —argüía su colega de Tours— no era demasiado lógico, mientras se pasara por alto a los testigos centrales. ¡Oh!, claro, habían efectuado declaraciones en el sentido de que nunca habían puesto los ojos en la chica antes de ahora. Pero eso había sido en medio de la emoción, incluso del ligero sobresalto, de descubrir una muerte. Varios pequeños detalles les podían haber venido a la mente desde

entonces. Nadie podía imaginar nada injurioso en el hecho de ser citado como testigo por el juez de instrucción. No había necesidad de apelar al Consejero de la Embajada: el código era inequívoco.

Castang, a quien se le había ahorrado todo aquello, había encontrado un rincón junto con monsieur Bianchi. No era un rincón tranquilo, sino agitado por la vuelta al trabajo del joven Lucciani, después de estar un mes de baja con —quién lo iba a pensar— ictericia. Pero monsieur Bianchi hacía que fuera tranquilo. Hacía caso omiso de toda turbulencia física o nerviosa. Las alarmas y las excursiones no entraban en su estilo; había en él una *gravitas* romana. No le decía a Castang «qué joven que eres» pero sí sus ojos. Marrones y apagados, los ojos de una enfermera de plantilla a la que Castang había hablado una vez, una mujer que había cerrado los ojos de muchos otros.

El recuerdo se situó donde debía; había estado hablando sobre la muerte. Hubiera sido una buena lección para Laetitia...

—La muerte... —había dicho ella—, la gente muere de la manera en que ha vivido. Algunos se ocupan de todo, especialmente aquellos que siempre se han enfrentado a sus responsabilidades. A otros les entra pánico.

Monsieur Bianchi buscó en sus bolsillos, se puso las gafas, volvió a encender su cigarrillo con una cerilla (que estaba dentro de una pulcra caja de metal con un dibujo de la Catedral) y sacó su agenda. ¿Dónde la había conseguido? Era una especie de diario del primer año del bebé, un obsequio de algún fabricante de espinacas enlatadas, cubierto de anuncios, de falsas autoalabanzas y lleno de observaciones útiles sobre el peso y las defecaciones. Su brillante encuadernación de plástico estaba cuidadosamente remendada con cinta adhesiva...

—Sí —dijo con una lentitud exasperante—, una investigación de distrito...

Castang había llevado a cabo las suficientes como para saber que era como cavar una zanja en terreno arenoso. Vas demasiado de prisa, cavas demasiado hondo, das una sola pateada imprudente, y todo se te desploma encima antes de que puedas encontrar algunos tablones viejos para apuntalar los lados. Bianchi había cavado una zanja a través de la casa de Castang. Y, también, de las casas que había a cada lado. Y a cada lado de esas. En la parte superior había

muchos restos de basura; donde se podía hundir todo el brazo, sacando paletadas cada vez, carretillas llenas. Pero con sorprendente brusquedad se podían alcanzar capas fuertemente incrustadas de mayor interés, material primitivo del Mioceno o del Plioceno, arrastrado cerca de la superficie por alguna actividad volcánica. Por aquí era donde monsieur Bianchi obtenía el resultado apetecido. Empezaba a dar golpecitos por todas partes —pero de una manera muy delicada— con su martillo; era su sentido del tacto lo que le servía más que cualquier otra cosa. Cualquier persona, incluso un chico como Lucciani, podía ver la diferencia entre rocas ígneas y metamórficas, o impresionar al ignorante con jerga sobre el período Jurásico, pero se necesitaba al viejo Bianchi para examinar un guijarro, palparlo con los dedos, hacer una estimación rápida de su dureza y densidad, saber qué deducciones sacar de su excavación, saber dónde encontrar su punto de escisión...

En presencia de un crimen —dos crímenes, pero él creía, al igual que Castang, que eran uno y el mismo— nadie hablaba. Nadie había visto, oído u olido nada. Los pobres se negaban a hablar con los policías por temor a ser tiranizados por el Estado. *Avoir des histoires* significa perder tu trabajo o tus prestaciones familiares, que te digan de repente que tu hogar no reúne condiciones higiénicas y que tu coche no puede circular por las carreteras, que no te paguen la Seguridad Social... La policía sabe cómo comportarse como un mal nacido.

Los burgueses tienen miedos diferentes, especialmente de que los polis vayan detrás de sus ingresos, ya que siempre hay algunos que no han sido debidamente declarados a las autoridades fiscales. El perder prestigio o perder posición social, todo se reduce a perder ingresos. Para el pobre, la poli representa la fuerza, pues tiene siempre medios para fastidiar en gran manera al justo. Para el burgués, que lo hace constantemente, la poli también puede pescarle en eso. Un derecho que era al mismo tiempo poderoso; qué horrible pensamiento.

Sin que Richard le diera prisas, sin que le acosara la prensa, o el juez de instrucción o cualquier funcionario meticulouso (en su vocabulario victoriano «los de los manguitos»). Monsieur Bianchi había separado pacientemente masa de cuarzo sin valor, tiza o feldespato, palpando cualquier guijarro con su amarillenta uña,

levantándose las gafas y bizqueando a causa del humo del cigarrillo de papel de maíz, que no se separaba nunca de su sucia boca; sus cuchillas de afeitar estaban tan estropeadas como su cepillo de dientes. Inspirando confianza a las mujeres; gracias a las mujeres descubres las cosas. Volviendo fuera de su horario, para encontrar a los hombres menos irritables, después de cenar y antes de sentarse ante el televisor. No rehusando jamás una bebida, pero nunca bebiéndola realmente. Se había convertido en una figura tan familiar en la calle como el cartero; se habían acostumbrado a que estuviese allí; el desasosiego y la hostilidad habían disminuido gradualmente. El problema entonces era hacerles callar, en lugar de intentar separar sus apretadas mandíbulas. Monsieur Bianchi se había convertido en un experto en cada una de las menopausias del bloque, en cada restreñimiento, en cada pequeño Alka-Seltzer; era como si hubiera revuelto en el armario del cuarto de baño.

Guijarro tras guijarro había sido dejado a un lado. Un rastro quizá de sodio o de flúor, cosas que no merecía la pena mencionar, que eran interesantes tan solo en grandes e inesperadas cantidades. Buscaba metales preciosos. Finalmente había encontrado un guijarro interesante. Bianchi se lo había puesto en el bolsillo del pantalón. Mientras andaba por ahí o se sentaba, sin que nadie lo advirtiera —o eso creía y deseaba— lo había sacado para mirarlo de vez en cuando. Había efectuado unas cuantas pruebas elementales y lo había vuelto a colocar en algodón, dentro de una caja para evitar el polvo. Quería ver qué pensaba Castang de ello. No se habían hecho pruebas sobre corte o escisión. Tenía características interesantes. Con seguridad era radiactivo. Oh, probablemente nada exótico, nada transuránico. Algo por encima del ochenta, entre el polonio y el torio.

El nombre de este guijarro era Goltz.

33

Latigazo

CASTANG PREGUNTÓ, sin demasiada seguridad:

—¿Hotz?

—Goltz —respondió con dificultad a través del cigarrillo.

—¿Español? —preguntó Castang.

—Algo de español. Algo de alemán, algo de francés, algo de yugoslavo. Un poco de todo. Vive en la casa de al lado. Probablemente nunca te habrás fijado en él. No es el tipo en el que uno se fija. Grande, pequeño, gordo, delgado, calvo, peludo, un poco de todo. Facciones sin forma, de las que no es fácil acordarse o describirlas o dibujarlas.

Castang entendió.

—¿Qué tipo de coche lleva?

—Un Ford. Grande pero no enorme. Cómodo pero no espléndido. Una especie de color chocolate.

Castang dijo que nunca se había fijado en él.

—¿No es eso lo que te estaba diciendo? Él es así.

No había matiz turquesa u opalino, ni nada ostentoso...

—¿Familia?

—Casado con una mujer que ha sido cajera en el mismo banco durante veinte años. Y ella no revela gran cosa... Él es un buen cliente de ese mismo banco, y tiene amigos ahí. Eso es todo lo que hay, excepto un hermano, pero el hermano se le parece como el día

a la noche. ¡Ferroviario! No se hablan, no se ven. Es un mundo diferente. No hay niños de por medio. No existen lazos entre los miembros de la familia.

—¿Qué hace, este Goltz?

—Mineralogista.

Castang empezó a reírse.

—¿Quieres decir que vende guijarros? —preguntó divertido.

—Exacto. Tiene una pequeña oficina en la ciudad; un edificio agradable, nada llamativo. Una mujer trabaja para él: mediana edad, respetable. Como un dentista y su secretaria. Una vitrina pequeña y discreta en el vestíbulo con objetos llamativos, rosas del desierto y ágatas; nada de valor. Un negocio tranquilo y seguro, con ganancias tranquilas y seguras. Nada excesivo, y todo en perfecto orden con el inspector de hacienda. Ni un rumor o un soplo de escándalo o murmuración; ni drogas ni chicas ni nada. Tanto la casa como la oficina, limpio como una patena. No hay mucha diferencia entre ambos, si vamos a mirar.

»He hablado un poco con la esposa, porque he conversado con cada inquilino del edificio y de no hacerlo hubiera parecido extraño. Pura rutina: ¿estaban en casa, habían observado alguna cosa, alguna ruptura en los patrones normales de comportamiento? Nada que hacer. Totalmente corteses, pero nada más. Ni temor, ni agresividad, no sentían inquietud ni curiosidad. Simplemente viven ahí. Uno tiene que vivir en algún sitio. Les gusta la vida tranquila.

Monsieur Bianchi extendió las manos, con las palmas hacia arriba para demostrar lo limpias que estaban, metafóricamente...

—La parienta se cuida personalmente de la casa. Solo un sencillo piso de tres habitaciones, han estado allí desde que se casaron. No hay animales ni pájaros, nada que moleste. La puerta es blindada, una cerradura falsa. Hice el comentario normal, es agradable ver que toman precauciones, y ella dijo sencillamente que no tenían artículos de gran valor, pero que no tenían ningún deseo de que les destrozaran la casa. La oficina es igual, bien protegida y con una buena caja de caudales. Escogí un momento en que él no estaba allí; generalmente no está por las tardes, y dije que era de la compañía del gas.

—¿Entonces, qué hace por las tardes?

—Hay que tener cuidado aquí —dijo monsieur Bianchi, que no

quería hacerse un lío—. Es un poco demasiado bueno para ser verdad, si me comprendes. Las otras personas del edificio dicen que no se relacionan, siempre corteses, pero que nunca dan confianzas. No hay escándalo, apenas tienen visitas o amistades. Salen por las noches tres o cuatro veces a la semana. De modo que cómo conocer sus aficiones, cómo y a qué se dedica sin que se fijara en mí... o que alguien le dijera después que había un tipo tomando notas.

Castang asintió con la cabeza. Un problema perfecto para Bianchi; una cosa para la que servía incluso demasiado. Por muy incoloro que fuera el señor Goltz, por muy discretos que fueran sus movimientos, monsieur Bianchi pasaría igual de inadvertido. Castang encendió un cigarrillo y removió su café. El chico tenía una automática en el armario; permanecía sobre su mesa cuando trabajaba. No se preocupaba de tener cenicero, utilizaba la papelería para disgusto de la mujer de la limpieza. Había ceniza por toda la mesa, e iba por su quinta taza. Incluso el teclado de la máquina de escribir estaba lleno de ceniza...

—No es fácil llegar hasta un hombre así, en especial cuando se está constitucionalmente alerta, y así se lo dije a Richard. ¿Por qué preocuparse, podrías decir? Él era todo lo que tenía, al principio. Y es justamente demasiado intachable para mi gusto. Juega al ajedrez por las noches y también al *bridge*. Lo único que hay en esto es las amistades que hace. Y hace amistades. No bebe, no fuma, pero sabe cómo ser agradable y hospitalario en el club. Juega al tenis en verano; una buena pareja para un dobles mixto. Ese es él; una buena pareja; no te deja tirado. De modo que tiene cantidades de... no son amigos, pero ¿cuál es el nombre...? Hombres que saben que eres un buen tipo en el club. De todo tipo. Ayuntamiento, tribunales, negocios, bancos. Así poco a poco... El hombre es un negociante honrado en cierta manera, digno de confianza, seguro, intachable. También es un ladrón. Un ladrón legal. Durante años, retrocediendo a sus principios, ha ido comprando alguna casa. Baratas porque estaban mal situadas, en malas condiciones, derrumbándose. Las arregla lo mínimo, y explota los alquileres. Hablando claramente, es un casero de barrios bajos. Nada ultrajante, no lo que tú llamarías especulación. Pero por dos veces ha hecho un buen negocio especulando con el valor del terreno. Deja que se derrumbe, y cuando ha sacado a todos los inquilinos la

vende a un traficante de fincas para hacer un pequeño edificio de apartamentos. Comprando al coste, ¿comprendes?

Desde luego que Castang lo comprendía, era algo común.

—Pero nunca demasiado codicioso, nunca con prisas, espera hasta casi haber superado el límite legal para la compra y la venta. Nunca intenta forzarlo, se contenta con socavarlo pacientemente, contento con un porcentaje bajo. Nada remotamente ilegal. Consulté todas sus transacciones durante veinticinco años en el Registro de la Propiedad. No son tantas. Hice una lista, y se la llevé a Massip. No hay fraude. No es diferente a jugar en la bolsa.

»Al llegar a este punto, estaba dispuesto a abandonar. ¿Dónde estaba el crimen? Porque tu viejo, el tío que colgaron, Auguste, eso es, dijo que había un crimen y que podía probarlo. Bien, en qué medida está implicado ese Goltz, y cómo.

»Pero no tenía nada mejor...

Pura obstinación, pensó Castang.

—«No tienes ninguna esperanza», dice Massip. Pide prestado barato, por ejemplo de sus parejas de *bridge*, y presta caro. Tiene un buen margen. Nada que le preocupe, excepto el inconveniente típico: no tiene liquidez; por ejemplo, si quiere capital no lo tiene porque cada penique está fuera del ámbito donde pueda ganarlo de prisa.

»De acuerdo, abreviaré. Tenía dos casas adyacentes, en el barrio viejo detrás de Saint Paul. Ambas en muy mal estado. Consigue que una se la expropian, eso es estupendo, porque hay un programa para volver a urbanizar el distrito; se ha de ensanchar la calle, hay que construir el nuevo edificio un paso más atrás; en diagonal, ¿de acuerdo? Y con la casa de al lado está atascado. Le pertenece, claro, pero hay un anciano matrimonio que posee el piso superior del que no puede librarse, y ellos simplemente no quieren vender. De modo que tienen que esperar hasta que se mueran. Y ellos mueren, a causa de un incendio.

—Pero...

—No, no. Esperó años. No ejerció ninguna presión sobre ellos, demasiado astuto. Ellos tenían una orden del tribunal para que no se les molestara, y lo dejó así. El fuego no fue demasiado espectacular o demasiado repentino como para que la gente malpensara. No había el pretexto de un seguro elevado. Desde

luego, la compañía efectuó una investigación, siempre se hace. Hablé con el perito. No estaba contento, pero recibió las instrucciones de arriba —¿sabes?— de dejarlo pasar. Oficialmente las instrucciones fueron que habían rechazado otras dos reclamaciones en el barrio, y no querían tener reputación de malos pagadores; su negocio de incendios va bien y es muy rentable. Así que de acuerdo, no hay investigación. El perito estaba dolido, pero no quiso reabrir el caso. Es su trabajo, ¿entiendes?

—¿Y este anciano matrimonio murió en el incendio?

—Exacto; asfixiados por el humo que venía de la escalera. Te lo resumiré. El incendio empieza en el sótano. Es una casa muy vieja y desvencijada, solamente hay un piso con inquilinos, y los *squatters* o los *hippies* habían reventado la puerta, que, nuestro señor Goltz, generalmente un hombre tan cuidadoso, no había hecho arreglar con su eficiencia habitual. El anciano matrimonio se queja, pero su alquiler es realmente bajo, razón por la que no quieren moverse. Había *clochards* acampados en el sótano. Esto fue hace un año. El invierno pasado. Y un *clochard* vuelca una vela o algo y envuelve en llamas la paja y los trastos.

—Un *clochard* —dijo Castang pensativamente—. ¡Ja!

—Sí —dijo monsieur Bianchi—. Iremos a echar un vistazo. No es que haya mucho que ver. Pero para que te hagas una idea. La taberna que hay en la calle no está mal. ¿Te gusta la salchicha de tripa a la parrilla?

—Sí —dijo Castang.

Y telefoneó a Vera.

—¿Qué tienes para comer?... ¿Puedes guardarlo hasta la noche? No, no estoy atascado, solo que estoy ocupado con monsieur Bianchi, ¿comprendes? Hay una barbaridad de detalles. ¿De acuerdo? Él dice que te dé los buenos días. Estaré de vuelta esta tarde temprano, ¿vale?

Monsieur Bianchi aparcó el coche en la misma calle, frente al terreno en construcción, junto a la pared de toscos tablones de madera que se suponía evitaba que la porquería cayese sobre el inocente viandante, y el rutinario aviso cortés que decía: «peatones, por favor, utilicen la acera opuesta». Castang pasó por encima de un montón de arena como si fuera un gato, porque no quería que se le estropearan los zapatos. Bianchi apartó con el pie unas bolsas de

plástico, cerró el coche por su lado y agitó la mano como sin darle importancia en dirección al edificio; el típico montón de cajas de zapatos abiertas. El lugar estaba aún en la primera fase de construcción; todavía no se habían colocado las ventanas ni los balcones; algún enlucido interior protegido por sábanas, pero la obra parecía parada: el lugar estaba desierto y la hormigonera se inclinaba vacía. Hacía ya algunas semanas que el tiempo ya no era tan frío como para no verter hormigón, y Castang así lo dijo.

—Dinero —dijo Bianchi, frotándose el pulgar con el índice—. Nuevo contratista. Quería encargarse él mismo esta vez, hacer una buena operación en lugar de ver cómo los grandes beneficios van a parar a otro tipo. Pero como digo, no tiene liquidez. Atado por falta de efectivo. Tiene que conseguir un nuevo préstamo, y eso no se hace en un día, aunque tengas muchos amigos. Quizá justamente por esa razón, son camaradas, uno no puede apresurarlos. Pero es lo suficientemente inteligente para no tener prisa nunca. Esta vez lo tiene seguro. Está aquí, y aún estará cuando vuelva dentro de una semana o dos.

»Todo perfectamente legal —siguió, dejando que Castang pagara dos vasos de vino blanco y añadiendo agua al suyo—. Para mi estómago... Bien, lo viste. Ahí hay veinticuatro apartamentos, desde un estudio de una habitación a tres habitaciones. Bien situado, en la parte pobre pero central y aumentando de valor día a día. Esta vez es una mina de oro. Financiado por un banco, pero el permiso de construcción está a su nombre. Lo busqué en la oficina de la Vivienda. Está metiéndose en un buen negocio, y eso es motivo suficiente para chantajear a cualquier testigo, por muy pequeña o dudosa que fuera la prueba. ¿Estás de acuerdo? ¿Qué es lo que el *clochard*, quizá, o el viejo Auguste, o entre los dos descubrieron? Nunca lo sabremos, probablemente, pero si podemos... de acuerdo, es algo quizá trivial, quizá solo habladurías, pero sí lo suficiente para interrumpir la construcción, provocar que la prensa chismorreara... Está pagando todo ese tiempo, y ya no puede permitírsele por mucho más tiempo. Tiene que conseguir salir de esta —sostenía su tenedor de hojalata como si fuera un arpón y apuñalaba el pan con él—. No puede permitirse ninguna interrupción. El banco se hace cargo (los amigos son solo amigos, pero el negocio es el negocio) y ve que se le escapa el premio. Se ha

hecho polvo montando el paquete, ¿y se comerán el pastel de cumpleaños? A mi modo de ver, eso es lo que no puede soportar, y constituye un motivo suficiente para ese tipo de hombre, para cometer dos asesinatos... No tanto perder dinero como ver que otros lo ganan a sus espaldas.

El lugar era destartado y ruidoso. Mesas de madera sucias, sillas baratas de madera torcida, un salvamanteles de papel y una camarera de piernas arqueadas y barriga prominente. Un jaleo considerable; una ofensiva mezcla de desagradables olores de cocina. La comida llegó en seguida, burda, abundante, recién hecha. El propietario, en la puerta de la calle, dejó ir un repentino berrido:

—Un poli quiere saber de quién es el coche que está mal aparcado frente a las obras.

Un gruñido de mofa y algunos silbidos brotaron de la boca de los reunidos.

—Ignorante hombrecillo —dijo Bianchi suavemente, tirando su tenedor y saliendo con la boca llena.

La PJ recibía tantas multas de aparcamiento como el consulado Nigeriano... Castang estaba de buen humor. Buen morapio local; se había convertido en una rareza. La manduca no había salido de algún asqueroso congelador. Un nuevo Bianchi; no únicamente uno que comía, y de buena gana, sino que hablaba, incluso locuaz. Era una buena compañía. Y estaba descifrando un caso verdaderamente interesante, demostrando que podía ser difícil, pero claro. No un paso adelante y dos atrás mientras se hacían reverencias a los ingleses. Envió a la chica a por otra copa; el vino procedía de Auxerre, dijo ella, del cuñado del patrón. Una comida pausada, desprecupada. El caso estaba ahí, pero ¿cómo conseguir estrecharlo, sin que Goltz lo advirtiera?

Afuera hacía sol y calor. Ambos habían comido y bebido un poquitín demasiado. Castang puso la mano sobre la caliente plancha polvorienta del techo del coche y eructó ligeramente. Monsieur Bianchi no podía recordar en qué bolsillo había puesto las llaves del coche, y las buscó sin rencor: no había ninguna prisa.

El primer disparo fue confuso. Estaban poniendo en marcha un dos caballos y su motor aceleró con un enorme estrépito, contaminando toda la maldita calle. Pero inconfundible. Castang se dejó caer pesadamente sobre el estómago instintivamente y sin

importarle ese montón de arena sucia. Estaba intentando descubrir de dónde venía el disparo, cuando el segundo le hirió levemente. Quizá su movimiento le salvó la vida, o quizá la inclinación del montón de arena. Su oído le dijo que era un rifle, a poca distancia. Le golpeó como un látigo, incidiendo en su lado derecho justo por encima del hígado; el latigazo le dio una sacudida que detuvo su rodar por el montón de arena.

34

A quemarropa

LE HABÍAN DADO pero no le habían paralizado; podía moverse, y era mejor que lo hiciese y rápido. Podía ir en dos direcciones. La hormigonera era el mejor refugio, y el montón de sacos de cemento, que podían detener cualquier bala, era aún mejor, pero ambos estaban demasiado lejos. Efectuó una violenta contorsión hacia el otro lado y apareció detrás del coche. Castang tenía el tipo de un gimnasta, y lo había sido algunos años atrás, pero el almuerzo y el exceso de Auxerre le hacían ser lento. La tercera bala penetró en el montón de arena justo cuando lo abandonaba.

Para entonces ya había sacado su revólver. En su mayoría, la PJ va equipada con una moderna arma americana, la Magnum del calibre 357 que se lleva en una pistolera justo detrás de la cadera. Las sobaqueras pertenecen al folklore; hoy en día un policía se pone desodorante en el sobaco, y no revólveres. Castang no hubiera podido ser un gimnasta sin fuerza en la muñeca y en el antebrazo, pero no era de constitución fuerte y encontraba que la 357 era, sencillamente, demasiada arma para él. La suya era menos maciza pero era uno de los clásicos modelos sencillos, un arma eficiente, de merecida fama: el Smith and Wesson del 38 de auténtico policía, con un cañón de cuatro pulgadas. El dos y medio es demasiado inexacto y el seis demasiado incómodo. Acabada en azul, sin niquelar, la empuñadura de auténtico nogal y no de ese asqueroso

plástico. Disparó dos veces sujetándola con las dos manos, desde detrás del coche, al alféizar del balcón del primer piso tan solo a diez metros de distancia, donde había visto que se movía la cubierta de plástico. Más tarde no supo si había visto realmente el cañón del rifle; pensó que lo había visto y luego de nuevo que no. Una figura humana, no. El sol le daba en los ojos y las cubiertas de plástico son semiopacas y producen extraños reflejos.

No había motivo para seguir disparando. Se apuntaló en la aleta trasera, sosteniendo el revólver a su nivel, e intentó abalanzarse hacia los toscos escalones de hormigón, creyendo que tenía una excelente posibilidad de hacerlo. Se movió hacia la derecha para lograr una mejor posición, lejos de aquel maldito montón de arena. Se había olvidado de monsieur Bianchi, el cual detestaba profundamente las armas y así lo decía. Pero debía llevar revólver según las ordenanzas, y ciertamente sabía cómo manejarlo.

Bianchi estaba tumbado sobre su espalda, intentando moverse, con un leve movimiento del brazo. Su rostro aparecía cansado y distorsionado, y los secos labios abiertos. Algo rosado, como goma de mascar, rezumaba por la comisura de la boca torcida. Le han dado, pensó Castang, o más bien sintiéndolo, como si le hubieran dado a él mismo en el pulmón.

Si el hijoputa no hubiera huido inmediatamente, e incluso si lo había hecho, había aún alguna posibilidad de cogerle. Ese es el deber. Quizá es extralimitarse en el deber pero no importa. No voy a dejar a Bianchi aquí para que se muera. El hijoputa ha cometido dos asesinatos pero no va a conseguir otro más.

El instinto le decía que aquel cabrón había huido en cuanto se había encontrado con un policía frente a él, en pie y contestando a sus disparos. Había tendido la emboscada perfecta, dos patos inmóviles a quemarropa, soñolientos y confiados. Uno no había tenido ninguna posibilidad; le habían disparado donde estaba, con todo el tiempo del mundo. Para el segundo había tenido que accionar el mecanismo, cerrojo o palanca, cambiar el ángulo; había fallado. Castang había olvidado que no había fallado, pero por el momento eso era una cuestión sin importancia. El oído de Castang había comparado automáticamente el seco golpe del segundo disparo con los dos suyos. Un rifle largo de cartuchos del 22. Un rifle a poca distancia es poco efectivo, y el gordito que lo sostenía se

habría puesto nervioso al fallar al segundo pato, asustado y trastornado.

Estoy seguro de que puedo cogerle, dijo Castang para sus adentros. Pero el policía herido era primero.

Para asegurarse envió dos balas más contra la ventana, volvió a cargar velozmente, se arriesgó a descubrir su brazo y un costado, retrocedió deliberadamente dando la vuelta al montón de arena hacia el refugio de la hormigonera. Nada se movió, se había quitado de encima al mal nacido.

Enfundó el revólver, y se volvió. Una muchedumbre puede reunirse alegremente para cualquier película del oeste, pero solo cuando la cámara está filmando; no había ni un alma en la calle. El propietario de la taberna estaba refugiado detrás de una de sus mesas de hierro, como si fuera Rudolf Rassendyll, ignorante de que una bala podía atravesarles a ambos, a él y a ella.

—Levántate idiota —dijo Castang—. Mantén a los mirones apartados.

Los bebedores del bar se sentaron mirándole boquiabiertos; él era Rupert de Hentzau. Cogió el teléfono del bar, marcó el número de la policía, la ambulancia Samu. Eso era lo primero. Lo siguiente la PJ: treinta-treinta-treinta.

—Castang, le han disparado a Bianchi, café Tres Coronas, rue de la Scierie. Richard, necesito a Cantoni.

Permaneció donde estaba. Podía ver sin conocerlo la parcela de terreno llena de desperdicios en un ángulo de la parte trasera del edificio, atestada con la grúa, los montones de ladrillos y techado. Hacía rato que el cabrón se había dejado caer ahí, torpe y con el estorbo del rifle metido en la pernera del pantalón, pero perfectamente capaz de desempeñar el papel del que lucha por su libertad con una rodilla rígida hasta llegar a una discreta callejuela, donde habría dejado su furgoneta marrón. Un rastro como el de un camello, con toda seguridad tendría testigos; Cantoni conseguiría todo eso. El hijoputa se había convertido en un bobo, ahora. No importaba excepto lo que dijera el hombre de la ambulancia. Salió hacia donde estaba Bianchi, apartando al propietario. Un tipo señaló sin palabras a su estómago; él miró con indiferencia. Su camisa y la parte superior de los pantalones estaban empapados en sangre. Curioso, había pensado que se trataba de sudor. Se

arrodilló. Bianchi respiraba. La baba de los líquidos corporales que rezumaban cubría su afeitada cara y le bajaban por el cuello. Castang no se atrevió a moverle, pero intentó sostener la cabeza algo levantada para despejar la jadeante tráquea; rezó. A lo lejos podía oír las dos sirenas de la ambulancia y del coche de la policía; las dos sirenas dobles,

fa-sol

y

sol-la

, abriéndose paso airadamente a través del tráfico que volvía al trabajo del mediodía.

Richard estuvo allí antes que nadie, mirándole a la cara, los dos ojos azules totalmente incandescentes. Cantoni detrás de él, los pies separados, el rostro apretado. Todos habían llegado en el mismo coche. Cuatro Magnums 357 para hacer pedazos esa estúpida caja de ladrillos.

—Salió por detrás —dijo Castang sacudiendo la cabeza—. Buscad un Ford marrón. Lleva un rifle del 22.

Intentó levantarse y resbaló hacia atrás sobre su trasero.

—Ocúpate tú Cantoni.

Las manos de Richard le sujetaban por los sobacos, poniéndole en pie. Policías de uniforme, armados hasta los dientes, estaban saltando de la furgoneta patrulla. La ambulancia, un Citroën blanco, montó suavemente sobre la acera, equilibrada sobre su suspensión hidráulica, a una pulgada de su nariz. Sintió que se le cerraban los ojos y los abrió violentamente. La policía estaba apartando a la ahora envalentonada muchedumbre de mirones. Los chicos de blanco levantaban a Bianchi. Cantoni se había ido. Richard le sostenía en pie con los músculos tensos.

—Chico, estás sangrando como una cañería de desagüe.

—No es nada en absoluto, me rozó. ¡Eh!, arriba —dijo sentándose.

—Siéntate —dijo Richard sacándole la empapada camisa—. Aquí señorita —dirigiéndose a la enfermera de Samu—, tapone esto, rápido, está perdiendo mucha sangre, y dele una inyección para el mareo.

Castang sintió la aguja, pero no estaba como para molestarse en preguntar qué le estaban inyectando. Como si una bala no fuera

suficiente.

—Rebotó en la costilla. Vivirá.

—Iré con ustedes —dijo Richard.

—Lo siento, no hay sitio.

—Estos son mis chicos —dijo Richard claramente.

—Oh, de acuerdo entonces. Apretújese.

Los ojos de Castang se habían vuelto a cerrar, pero sintió la presencia del brigada de la furgoneta patrulla.

—Tome las declaraciones —dijo la voz de Richard, con claridad—. Acordone el espacio. Cuando lleguen los chicos de la PJ dígalos que busquen las balas.

—En el montón de arena de ahí —dijo Castang, con la cabeza repentinamente clara debido a lo que fuera que le habían disparado en su sangre, sintiendo que le cogían por las rodillas.

—Quítenle la cartuchera —dijo la enfermera con paciencia—. De acuerdo, chicos... todos a bordo.

Oyó cómo el motor se ponía en marcha.

Se desvaneció, o se durmió, en la furgoneta y despertó en la sala de reanimación, tendido sobre una mesa, sin ropas, con una aguja en su vena dándole fuerzas. Richard estaba a su lado en una silla.

—¿Qué es toda esta mierda?

—Un cóctel, yo diría. Sangre pura; quizá algo de sangre de dragón salina o patentada mezclada con ella. Un poco de salsa Worcester. Te pondrá en forma en veinte minutos. ¿Puedes sujetar este tazón?

—Sí, desde luego que puedo. ¿Bianchi?

—Está aquí. El doctor está trabajando en él. Se está defendiendo, y dicen que sus constantes son invariables; no le dio a la arteria principal. Así que estamos bastante optimistas. Es un chico duro. Pero si la bala hubiera sido mayor... No hablará por algún tiempo. No volverá con nosotros, pienso. En cualquier caso está cerca del retiro. Pero no le dio en la columna, gracias a Dios. Ya no sabremos nada más, hasta después de la operación... Ahora tú. No te hizo demasiado daño; como tú mismo dijiste, solo te rozó y tiene peor aspecto de lo que realmente es. Perdiste piel, algo de carne, desgarró algún músculo. Aparte de la sangre que te están reponiendo con la transfusión, no hay para tanto. Me siento profundamente satisfecho de poder decirlo.

Castang se bebió el té.

—Sabía que solo era un rasguño. Cuando van en serio, duelen menos... ¿tienes las notas de Bianchi?

—Sí, pero en gran parte son ilegibles.

—Su nombre es Goltz. Vive al lado de mi casa. Tiene una oficina en la ciudad.

—Es verdad. Bianchi me dio un informe, ya sabes. Fausta tendrá la mayor parte.

—¿Entonces para qué estás perdiendo el tiempo aquí? —preguntó Castang con irritable desconfianza.

—¡Para cerrarte tus estúpidos ojos! Lasserre está ahí; nuestro Titi funcionará; no te preocupes. Cuando estés en condiciones te llevaremos a casa.

Un cirujano entró en la habitación acortinada, le hizo una mueca, quitó la sábana, silbó con admiración, dijo algo que sonó como «Chernonsky» a sus acompañantes, añadió algunas instrucciones, palmeó ligeramente a Castang en el estómago, y dijo:

—No hay motivo para escribir a tu madre a casa. Un cosaco te golpeó con su látigo. Te han dado un *bloody mary*, pero ahora ya puede desconectarse; las chicas te limpiarán, te vendarán y podrás tomar un taxi. Olvídate de los revolcones de primera hora de la mañana hasta que haya tenido tiempo de cicatrizar. Pide esto en la farmacia —garabateó en su bloc de recetas— y vuelve a verme dentro de cuatro o cinco días; para entonces se habrá cerrado. Bien, comisario, tendrá que buscar a otro para que haga los saltos de palanca durante un tiempo.

—Sí —dijo Richard bruscamente—. ¿Y?

—No, y me temo que como mínimo durante otro par de horas. El doctor les verá entonces. ¿De acuerdo? —Terminó de lavarse las manos, levantó la mirada, y dijo—: Creo que los tres tienen motivos para congratularse.

35

El inválido quejumbroso

CUANDO HIEREN A UN POLICÍA, nadie en el departamento dispone de tiempo. Policías ingleses, jueces y funcionarios consulares podrían no haber existido nunca. Se siguen llenando formularios; una gran cantidad de papeleo había sido despachada en dirección a Niza y Grenoble, y ahora un magistrado instructor estaba extendiendo una orden de arresto contra un cierto monsieur Goltz bajo la acusación de agresión y heridas con intención de causar la muerte. Con una de homicidio en reserva hasta que monsieur Bianchi se recuperara de la anestesia y las heridas. Pero francamente, a nadie le importaba un comino el magistrado instructor. Lasserre ya tenía las carreteras, los trenes y los aeropuertos cubiertos, y Cantoni estaba organizando la caza del hombre. El comisario Favre de la policía urbana había cancelado los permisos de todos sus hombres: el prefecto estaba sacando a la calle a la gendarmería y a una compañía de los CRS.

Goltz había desaparecido. Cantoni encontró su rifle, su coche, y un agujero en su cuenta corriente. El magistrado vomitó mandamientos judiciales; registraron su casa y su oficina, y encontraron gran cantidad de papeles, que fueron enviados a Massip. A madame Goltz se le pidió que fuera a la oficina para una entrevista. Pero parecía que Goltz había tenido un refugio preparado. Podía tardarse un día o así en encontrarle...

Envuelto en su «pilpul axial» y un montón de porquerías —refunfuñando—, cubierto con el impermeable de Richard (la administración no facilitaba sudarios), y asiendo un paquete de ropas rotas y manchadas de sangre, transportaron a Castang a casa.

—Menuda posibilidad tengo de que me reembolsen esto.

—Haré lo que pueda —dijo Richard comprensivamente—, pero ya conoces al tesorero. «No debe crear precedentes —imitó un quisquilloso tono administrativo—, o les tendremos pidiendo un traje nuevo cada vez que crucen una cerca de alambre de púas. Que se considere afortunado si la Seguridad Social le devuelve la piel». Bien, tienes una reclamación de peso contra este Goltz.

—No me hagas reír, me duele.

Le pusieron en la cama. Vera estaba muy tranquila, como siempre en los momentos de angustia. Podía oír el tintineo de tazas de té; Richard siempre prefería el té a un aguardiente. Todo el mundo te ofrece aguardiente, pero ¿dónde puedes obtener una verdadera taza de té? Respuesta: de Vera. Richard estaba hablando mucho en un murmullo tranquilizador, en un tono demasiado bajo para que Castang pudiera oírlo. Estará trastornada por lo de Bianchi, pensó, con un indicio de autocompasión. Quería dormirse. Demonios, su vejiga estaba llena. Llevar a cabo la pesada rutina de vaciarla resultó una auténtica lata. Estaba anquilosado y dolorido, y le hacía sufrir mucho.

Oh, el egoísmo mezquino y la vanidad del ser humano. Bianchi estaba peor. Mucho mucho peor. Posiblemente —con renovada autocompasión—, pero eso no elimina mi dolor.

Se durmió, aún contrariado con Richard y Vera por reír tontamente y conspirar en la habitación de al lado. Maldita sea, podía oírles reír a los dos. ¿De qué se reían?

Se despertó cuatro horas más tarde, sintiéndose perfectamente, o perfectamente si no fuera por ese espantoso esparadrapo que aquellas mujercitas habían colocado demasiado tirante. Un ligero dolor de cabeza, hormigueo en las puntas de los dedos y oscuros calambres en un pie, pero un par de aspirinas lo solucionarían todo. Lo que quería ahora era una copa de abundante aguardiente y un cigarrillo. Olía a sopa en el cuarto de estar.

—Vuelve a la cama —dijo Vera, escandalizada.

—Nada de cama. Todas estas nutritivas sopas y caldos,

¡medicina checa! Le disparan a un tipo, se ponen unas cuantas telas de araña en la herida para asegurarse que cura adecuadamente, y se le llena de caldo de legumbres. ¡Un buen escocés es lo que hace falta!

—Deja de decir tonterías —dijo bastante contrariada por los groseros comentarios sobre la sopa.

Hombres... o bien estaban a las puertas de la muerte o quejándose todo el tiempo, cuando se suponía que simplemente tenían que estarse quietos y dejar que se formara el tejido cicatrizante. Puede tomarse un buen aguardiente, pero no con el estómago vacío.

—Te pondré una almohada detrás y puedes mirar la televisión.

—No quiero mirar la televisión. Hagamos el amor.

—Idiota —dijo ella—. Recuerda que si vuelve a sangrar empapará hasta la sábana. *Tscha* —dijo en checo, cuando la abrazó.

Se despertó al amanecer, quejándose. No había pegado ojo. Tenía un asqueroso sabor de boca. Esas chicas idiotas le habían puesto el vendaje mal; se dio cuenta de que eran unas incompetentes. ¿Por qué sabía este café a detergente? Dando vueltas de esta manera uno simplemente coge estreñimiento; sentarse en el lavabo ya es bastante doloroso tal y como están las cosas. ¿Qué estás intentando hacer, envenenarme?

Vera empezó a dar pacientes explicaciones. Dormías como una rosa. Pero como te dolía al darte la vuelta, pasaste mucho tiempo boca arriba. De ahí los horribles sueños, los fuertes ronquidos, y eso es lo que hace que tengas mal sabor de boca. Tu temperatura ha bajado; tienes un color ligeramente verde, pero no peor. No le pasa absolutamente nada al café. No puedes ducharte, pero aféitate, límpiarte los dientes; entonces te sentirás mejor. Comportarte de esta manera irresponsable solo te perjudica a ti. La herida no tiene ninguna oportunidad de cicatrizar si sigues dando saltos. Lee el periódico tranquilamente mientras te hago la cama. Puedo hacer que estés más cómodo.

Miró el periódico durante diez segundos; estaba lleno de porquerías sobre la caza del hombre. Lo lanzó al otro lado de la habitación, lo que hizo enojar a Vera. La maldijo, ella le observó con dignidad y se encerró en el cuarto de baño. Él miró al suelo durante un rato, recogió el periódico y lo alisó, lo dobló

cuidadosamente, lo dejó sobre la mesa, se vistió con dificultad, poniéndose incluso la cartuchera, y cerró suavemente la puerta principal tras él. Nadie le persiguió o gritó desde el balcón. Su coche estaba aparcado entre los álamos, un poco más abajo de la calle, en la dirección en la que monsieur Souche había encontrado el *clochard*. El día era frío y lluvioso; con su impermeable abotonado hasta arriba se sintió como el anuncio de la Michelin, un Bibendum con neumáticos de abrazaderas de acero, en capas alrededor suyo. Entrar en el coche fue un asunto complicado. Cuando la mitad inferior de Vera quedó paralizada, él acostumbraba a levantarla en brazos, pero incluso colocar su ligero peso en el coche era un proceso complicado.

Había empujado muchas veces su silla de ruedas. Juntos habían explorado los caminos apartados de las afueras de la ciudad. Había crecido enormemente, esta ciudad. Hace veinte años, incluso hace doce, cuando llegó por primera vez aquí aún inexperto y pensando que lo sabía todo, se la podía reconocer como una ciudad francesa de provincias con el sabor de los años anteriores a la guerra intacto en su mayor parte. No solamente había doblado su tamaño desde entonces, sino que había cambiado radicalmente: se había convertido en una ciudad europea. Ahora era mucho más anónima, sin sabor, un lugar que podía estar en cualquier sitio, pero fue un cambio para mejorar. Le había gustado —y aún le gustaba— el viejo corazón medieval y la grandiosidad renacentista del antiguo ducado, pero no le había gustado nada la ridícula mentalidad de la monumental ciudad del siglo diecinueve, dedicada al mal gusto y a la mezquina avaricia. Francia se ha vuelto irreconocible, pensó, al salir del coche; salir era aún peor que entrar. Esto ya no es una ciudad de provincias. Se ha convertido en una gran ciudad, casi una metrópoli, una capital regional de una grande, variada e interesante parte de Europa. Su mitad inferior ya no está paralizada. Se mueve, piensa, flexiona los músculos; es un buen lugar.

Lasserre le miró sin especial alegría. ¿Qué estaba haciendo aquí? No había nada útil que pudiera hacer, se le suponía un héroe fuera de servicio, no entraba dentro del esquema organizativo de Lasserre, podía perfectamente volverse a casa y meterse en la cama. Lasserre había estado levantado toda la noche. Había reunido todos los hilos en su mano, desatados, y corriendo suavemente como

riendas entre sus dedos. No, aún no habían cogido a Goltz. Pero estaban completamente seguros de que no había conseguido escapar. El lugar estaba sellado y Goltz embotellado. Las cosas habían quedado en suspenso temporalmente mientras se cambiaban los turnos y se relevaba a los policías que habían estado de servicio. Eran tan solo las siete y media. Antes de las ocho llegarían Richard y Cantoni, se darían todas las explicaciones necesarias y él, Lasserre, que lo había planificado todo, sector por sector se había asegurado de que era infalible, se iría a casa, a la cama. De todas maneras, nadie le daría las gracias; nunca se las daban. Castang haría bien en irse a casa, también; no había nada que pudiese hacer, carreteando su estómago por todas partes como un pingüino con exceso de peso.

—¿Qué hay del hermano?

—¿El hermano de quién? ¿De Goltz? No seas imbécil, fue uno de los primeros sitios que comprobamos. Ridículo, no se han visto o hablado el uno al otro durante treinta años. ¿Qué tendría un hombre así en común con el revisor de tren? Uno de los chicos de Cantoni estuvo allí, registró la casa y el vecindario, naturalmente, pero pura rutina, se podía ver que estaban asombrados. Se me ocurre que son totalmente respetables y que pretenden continuar siéndolo. «No le hemos visto ni tenemos intención» dijo la esposa. Si se les cruzara en su camino, le apartarían. Pero no lo hará. Sabe perfectamente que no sacará nada de ahí.

—¿Dónde viven? —preguntó por vana curiosidad.

—Allá en Saint-Loup. Desaparece, Castang, ¿quieres?; si Richard te encuentra aquí, me culpará a mí.

—De acuerdo —dijo Castang, suavemente.

36

Abajo en los jardines de arbustos

SIENDO UN POLICÍA, Castang consideraba que conocía su ciudad muy bien. Pero era en los suburbios donde se movía mejor, y esto se lo debía agradecer a Vera.

Vera había estado paralizada en su mitad inferior durante unos dos años y medio, a raíz de su accidente. Paraplejía es un término vago. Gracias a Dios, siempre había habido esperanza y más que esperanza de que se pusiera bien. Su columna estaba dañada, pero no destruida. No había quedado paralizada, y de ello hay que dar gracias a Dios. Un par de semanas después, parecía cualquier cosa excepto un vegetal. Era todavía una minusválida a la que se empujaba por los pasillos del Hospital Universitario, pero estaba segura de que se pondría bien; podría controlar su vejiga y sus intestinos. La cirugía había funcionado. Había habido el terriblemente largo sufrimiento —más de seis meses— del horrible centro de fisioterapia. Era penoso mirar a aquellos chicos, la mayoría de ellos tan lamentablemente jóvenes, que habían sufrido accidentes de coche, y que ahora flotaban impotentes en la piscina climatizada.

Y de vuelta a casa, en la silla de ruedas y continuamente levantándose de ella, cayéndose al suelo y siendo incapaz de volver

a levantarse; también había habido una larga época de tristeza durante la cual había estado secretamente convencido de que aquello era así, que ella nunca progresaría. Pero lo había hecho; sus primeros pasos tambaleantes, cogida a las cuerdas que él había extendido por la habitación, los había dado sola: él ni siquiera estaba allí.

Durante ese tiempo, y después durante más de medio año mientras aprendía a andar de nuevo, había deseado por encima de todo una cosa: salir del piso; no estar encerrada, no permitir ni a las piernas ni a la cabeza que aceptaran el límite de esas cuatro paredes. Durante todos sus días libres, con lluvia o sol y todas las tardes de verano hasta que oscurecía antes de meterse en casa, la había llevado sobre los hombros escaleras abajo y entrado en el coche; había vuelto a buscar la silla plegable, metiéndola en el maletero, y la había conducido a algún sitio donde pudiera «andar». En los caminos poco frecuentados, donde escaseaban las personas y los coches, donde la población estaba compuesta de ancianas, perros, y hombres en mono de trabajo montados en motos que tomaban atajos para llegar a casa desde el trabajo.

El crecimiento de una ciudad es ilógico, derrochador, desordenado, mal planificado; todo cosas buenas reconfortantemente saludables.

Un campo, una granja, un pueblo entero pueden borrarse bruscamente. Los viejos nombres de los lugares permanecen durante una generación o dos, mientras que la población campesina sobrevive. Marius buscando a Cosette en los alrededores desérticos de París, se pasea por el Champ de

l'Alouette

, el Campo de la Alondra. Pero esto no es París, ni siquiera el París de Victor Hugo, y en el centro de un suburbio, a dos pasos de una propiedad municipal cuyos campos de hormigón crían periódicos viejos y carretillas abandonadas de supermercado, uno encuentra fragmentos de un pueblo. Vera tenía en común con Victor Hugo ese amor por la periferia de la ciudad. Cercas de alambre oxidadas hundidas bajo el peso de enredaderas en flor, que encerraban extraños pedazos de terreno baldío donde las bardanas gigantes sobresalían entre la ambrosía, eran su delicia.

Hoy en día, un barrio nuevo se planea como una entidad, con

sus carreteras de circunvalación que les sirven de enlace, sus centros comerciales y zonas peatonales, sus escuelas y sus centros deportivos y su horrible parque, todo sobre el papel antes de que lleguen las excavadoras. Pero Saint-Loup no era así. Estaba hecho en algunas zonas a la buena de Dios, construyendo unas cuantas yardas cada vez alrededor de fábricas de ladrillos y aserraderos, y canteras de grava. Era como una tela de araña, con arroyos y arroyuelos, como cuando se derrama un cubo de agua sobre diez metros cuadrados de enladrillado desgastado. Había extraños afloramientos de fachadas horrendas en el falso gótico del mil ochocientos ochenta; había pequeños callejones con diminutos chalets amorosamente restaurados a un alto coste, había huertos donde la hierba crece a la altura de la cintura; había sorprendentes jardines abarrotados de malvarrosas y espuelas de caballero. Había jardines por todas partes.

Los planificadores no pueden hacer nada. Es un enclave ligado a la ciudad solo por dos anchos bulevares polvorientos que apestan con el humo del diésel. Por los otros tres lados y gran parte del cuarto, está separado de la ciudad, aunque sigue estando dentro, por una barrera más impenetrable que la alambrada o el agua: por las vías del ferrocarril. La era del ferrocarril, espléndidamente pródiga y presuntuosa, cortó grandes fajas de terreno de medio kilómetro de anchura, las llenó de ramales y apartaderos y vías muertas; hay altos terraplenes, profundas zanjas, macizos puentes de caballete. Nueve décimas partes están ahora en desuso, y jamás se volverán a utilizar. Pero la SNCF, que nunca tira nada, lo guarda todo. Quién sabe, quizá puede llegar a servir.

Ningún municipio, por grande y poderoso que sea, puede hacer nada con la SNCF. Es una república dentro de una república.

Día tras día, Castang había empujado la silla de ruedas de Vera a través de aquellos pequeños senderos entre ortigas y cardos. A lo largo de las vías de ferrocarril crece en verano una sorprendente variedad de flores silvestres. El balasto pelado por el invierno produce una fiebre escarlata de amapolas, una locura de dedaleras, exquisitas achicorias silvestres.

La SNCF tiene el jardín más grande y hermoso de Europa.

Castang detuvo el coche donde una magnífica calle ancha bordeada de tilos, con otra hilera doble bajando por el centro,

terminaba abrupta y gimoteantemente ante un puente de ferrocarril, que tan solo podía albergar un doble carril de carretilla. Durante los últimos veinte años la ciudad había tenido vagas esperanzas de cruzar hasta Saint-Priest, el siguiente barrio más allá, pero había dejado de intentarlo. Caminó hasta el pequeño puente que cruzaba el canal donde las mujeres del pueblo, treinta años atrás, aún habían lavado sus ropas. Castang escupió en el agua. No la estaba contaminando más de lo que ya lo estaba.

A ambos lados del gran canal y de los adyacentes, había jardines. Los *jardins ouvrières*; trozos de terreno que pertenecían al municipio, algunas veces a las administraciones estatales como el ferrocarril o la electricidad. *Pop art*. Vera dijo que los amaba; en el auténtico sentido de la palabra. En ninguna otra parte se muestra el lado bueno de Francia de manera tan ventajosa, la pasión por la individualidad, el sentido de la proporción, la destreza, el gusto instintivo. Nunca pudo entender cómo podía ser tan horrible el interior de sus casas: aquí no hay nada horrible. Aquí no hay gnomos de yeso. Incluso cosas que por sí mismas son feas, como el hierro ondulado o los revestimientos de amianto, aquí son hermosas y buenas. Cada glorieta, toda hecha de chatarra de construcción y sin obedecer a nada más que a la fantasía del propietario, es un grito de alegría.

Uno tiene que observarlas durante todo el año. En verano cuando cada cerca está poblada de rosales trepadores, cada terraza cubierta con vides, uno solo puede adivinar encantos escondidos. A principios de primavera, cuando todo está desnudo, incluso los herrerillos del año anterior y las botellas de cerveza vacías, la belleza es más humilde y más conmovedora.

Solo habían brotado los azafranes. Los sauces a lo largo de la orilla estaban cultivando su suave piel verde. Las verdes púas de los tallos de los narcisos se mostraban en los senderos. Contrastaba con los oscuros abetos que crecían en el empinado terraplén del ferrocarril.

Castang fue a la taberna, una miserable cabaña valientemente llamada El Cazador Verde, con un lavabo en el exterior y un pequeño espacio polvoriento entre dos plátanos, justo lo suficientemente grande para jugar a petanca, tan gracioso y encantador como el resto. Hay seis mil jardines de estos en la

ciudad y sus alrededores. Cerca de mil quinientos en Saint-Loup, una zona enorme acantonada en seis o siete municipios.

No se veía a nadie; podía haber cogido toda la taberna y cargarla en el coche. Finalmente encontró a una vieja, enojada, sorda y maloliente, pero que lo sabía todo; en esos lugares siempre hay viejas.

El camino pasaba por debajo del puente del ferrocarril y desaparecía abruptamente. Había un cementerio de coches, que añadía un color de óxido otoñal al paisaje; una colección de bobinas gigantescas en las que se enrolla cable aislante. Un sendero, o pista de bicicletas, conducía a una cabina del cambio de agujas de gran exuberancia arquitectónica, encaramada como un depósito de agua, dominando la que una vez fuera estación de aparcamiento. El sendero se convirtió en traviesas de madera, negras y resbaladizas, para cruzar los raíles, y pasar por debajo de un puente de metal que sostenía la vía principal. Castang los siguió, y se tropezó con una escena extraordinaria. Cien metros adelante estaba el siglo veinte, el cruce de la autopista levantado sobre pilotes, que descendía siguiendo un diseño de cruce en trébol que no permitía al ojo, absorto en su curva cerrada, ni un momento de descanso para que el conductor pudiera contemplar el paisaje. Castang había pasado por allí unos cientos de veces sin ver nunca el cuadro que ahora se extendía a cada lado; un Corot.

Otro de los arroyuelos corría por el otro lado del ferrocarril; los sauces de la orilla más alejada eran enormes, doblándose sobre las chozas en forma de glorieta. No necesitarían más sombra durante el verano: los peldaños de piedra que cada propietario había construido hasta la orilla y el desembarcadero de su batea estaban mohosos y llenos de agua. Un propietario había convertido todo su terreno en un jardín acuático y su refugio reposaba encima como si flotara.

El sendero hasta la puerta principal de estos jardines pasaba formando un ángulo con el agua, de manera que las porciones de terreno se acortaban pero se hacían más profundas. Avanzó unos cien metros así, con los jardines ahora a ambos lados de manera que su cabeza se movía de derecha a izquierda como un árbitro de tenis, y encontró uno que era un huerto. No había hortalizas sino césped perfectamente segado; los troncos de los frutales cuidadosamente

encalados. Vera, que era checa, hubiera podido distinguir solo por las ramas desnudas el manzano, el peral, el ciruelo; su ignorante ojo parisino solo pudo distinguir el cerezo. No había flores, pero la glorieta junto a la orilla estaba cubierta de ramas trepadoras entrelazadas que se transformaban en rosas y clemátides. Vera, una estudiante aplicada, decía que en estos jardines se veían rosas antiguas que ya no se vendían en ningún vivero. Castang, que no diferenciaba una banksia de un malmaison y había encontrado la puerta sólidamente cerrada con un candado, estaba interesado principalmente en pasar por encima de una alta cerca de espinos sin destrozarse un nuevo par de pantalones, y sin que la herida, que ardía con fuerza bajo el vendaje, se le abriera de nuevo. Tardó sus buenos cinco minutos, pero allí no había nadie para gritarle. Descendió cautelosamente, pisando los tallos de los narcisos; era una lástima, pero había muchos más. Anduvo lentamente sobre el húmedo césped nuevo. Cuando llegó a la choza se desabotonó el impermeable y colocó la pistola en su mano sin apretarla. No iba a necesitarla, pero podía ahorrar esfuerzos que sin duda afectarían a los destrozados músculos de su estómago.

—Señor Goltz —dijo suavemente.

37

Significativo diálogo continuo

—SEÑOR GOLTZ —dijo de nuevo—. Estoy aquí solo. No tengo deseos de perseguirle o de dispararle. Usted me disparó y me hizo daño. Ahora la herida me duele mucho, pero no me siento tan vengativo como eso. De modo que entraré, si me permite.

Ascendió el peldaño, hizo sonar el rígido y viejo picaporte con la mano izquierda, empujó la chirriante puerta, y entró en una atmósfera oscura, dulcemente mohosa, de miedo y manzanas podridas. Algunas de estas chozas son chalets completos, e incluso tienen lugares para dormir, pero el ferroviario vivía solo a medio kilómetro más atrás, al otro lado de la vía, un paseo de diez minutos, y solo se había preocupado de poner un techo sobre su cabeza para no mojarse cuando llovía. Una habitación, a la vez cocina y dormitorio (un viejo diván la convertía en dormitorio); vivía y comía en la terraza mirando a la orilla, resguardada del sol por los sauces, solitario y privado, pero ¿no le molestarían los insectos? Así pensaba Castang que se había criado en la ciudad, pero aquí a nadie le preocupaba un detalle tan trivial. Goltz no solamente se había criado en la ciudad, sino que era un burgués, y no poseía ninguna de las aptitudes necesarias para sentirse cómodo en una choza. Sin puños limpios y pantalones con raya se sentía

deshecho. Incluso seguía llevando la corbata. Castang colocó la pistola sobre la mesa y se sentó.

—Húmedo —dijo—, y sigue haciendo frío por la noche. ¿No se atrevió a encender un fuego? Bien, tampoco hubiera durado más de una o dos horas más. Hoy, con seguridad, monsieur Cantoni hubiera llegado, cayendo sobre usted con bastantes menos cumplidos que yo. Esta es su familia después de todo. Ambos lo descubrieron con bastante sorpresa. Eso es lo que yo argüí, y lo que estará arguyendo monsieur Richard. La sangre es la sangre. Estoy hablando de la suya, no de la mía.

»Llegué aquí el primero, tan solo porque estaba herido, y al estar más o menos fuera de funcionamiento podía perder el tiempo con gran cantidad de detalles.

»Su hermano, técnicamente, es culpable de encubrir a un fugitivo, esconder información, conspirar para entorpecer el funcionamiento de la ley, a la que yo encarno, pero probablemente, y dadas las circunstancias, el juez no lo considerará como algo demasiado grave.

»Usted tiene problemas, por supuesto. Está monsieur Bianchi, a quien usted hirió. No está muerto, y a menos de que le invada alguna extraña infección postoperatoria, estará perfectamente, una vez que deje de fumar. De modo que no es homicidio. Pero sí que hay otras acusaciones de homicidio. Eso será asunto mío, al estar monsieur Bianchi en cama. El viejo Auguste, ¿eh? Y el *clochard* cuyo cuartel de invierno estaba en aquella casa que usted incendió. Pero no quiero hablar; hablar me cansa. Andar también me cansa. ¿Tiene la llave del candado? No me hace ilusión volver a pasar por encima de esa cerca. Aquí hace muchísimo frío, también. De modo que vamos, ¿quiere? Pediré un coche desde la taberna.

Goltz se parecía a Jonás después de que la ballena le hubiera escupido fuera, porque su gabardina sabía mal. Enlodado. El hombre aún no había dicho una palabra. ¿Pero qué podía decir?

Castang tuvo un instante de extrema fatiga en la taberna. Estaba acostumbrado a ello; era la reacción, era el aflojamiento de los nervios tensos. Sin embargo... contemplar ese... andrajo, era una decepción. ¡Diablos, todos los medios policiales de la ciudad puestos en pie para capturarlo! Le pidió a la vieja un vaso de vino negro, se volvió encogiéndose de hombros, medio a regañadientes, hacia el

hombre que estaba ahí silencioso con los hombros caídos, sin causar problemas.

—¿Quiere algo?

—No bebo.

—¿Un cigarrillo?

—No fumo.

Castang masculló algo inaudible, levantó el teléfono, dijo las menos palabras posibles a la centralita, en su tono más conciso. Lucciani llegó allí con un coche, cuando se había bebido el segundo vaso y fumado el cigarrillo hasta el filtro. Miró con curiosidad a la avergonzada pareja, mientras subía, y sacó un par de esposas; Castang se encogió de hombros.

—Para en la rue des Acacias. Retrocede bajo el puente... a la izquierda, aquí. Espérame.

Había acacias podadas para dar sombra a un terreno baldío cubierto de maleza, donde jugaban los niños. Casas solo en uno de los lados; una hilera, de singular aspecto inglés, de diminutas casitas del tipo chalet cuyas ventanas eran demasiado pequeñas, construidas antes de la guerra. Casas para los empleados del ferrocarril. Pequeñas verjas de madera, minúsculos jardines frontales con diminutos senderos de grava y absurdos céspedes, todo muy limpio y bien pintado; todas las cortinas de tul inmaculadas. El número dieciséis tenía una pérgola con rosales trepadores que iba desde la verja a la puerta principal, formando un túnel. En el número diecisiete había lilas.

—¿Madame Goltz? Policía judicial, Castang.

—¿Qué quiere? Estuvieron aquí ayer. ¿No me creyó entonces? ¿Por qué nos molesta de nuevo?

—Mire en el coche.

—Es mejor que entre un momento. No voy a hablar en la calle.

Casas diminutas, pero espacio desperdiciado. Un vestíbulo y sala de estar al lado. La cocina en la parte trasera y un baño añadido después. Arriba, un diminuto descansillo y tres pequeños dormitorios, padres, chicos y chicas. Recién empapelado con un dibujo de rosas en un emparrado. ¿No tenían ya bastantes rosas? No se le permitió entrar más allá del vestíbulo. Había espacio para los dos: el hombre con su impermeable, un poco más voluminoso de lo normal en la cintura, y la mujer con su delantal de cocina, más

gruesa también alrededor de las caderas, pero realmente hermosa; sin atractivo pero con facciones bien moldeadas que imprimían carácter y bondad.

—Mi marido está fuera, por algún tiempo. De vuelta... Le han cogido entonces. ¿Dónde estaba?

—Escondido en su glorieta, en su parcela.

—El tonto buenazo. Dejarse involucrar. Tendría que haberlo adivinado. Estaba extraño anoche antes de irse. Consideré que estaba simplemente trastornado. Ese crápula..., bien. Ahora tendremos problemas.

—¿No lo sabía?

—No. Cuando vino el poli no tenía ni idea. Si lo hubiese sabido hubiera mentido para proteger a mi marido. Lo hubiera sabido hoy, aunque no me lo hubiera dicho. Bien... supongo que habría hecho lo mismo si hubiera sido mi hermano. A fin de cuentas...

—No se veían.

—Ni una vez. Año Nuevo, Todos los Santos, nada. Nunca, ni siquiera para nuestra boda. Nos despreciaba. No estaba mal. Nosotros también le despreciábamos. Pero al final...

—Eso es todo. Ha terminado por ahora. Probablemente recibirán una citación del juez, pero solo como testigos seguramente. No puedo estar seguro pero dudo que el tribunal quiera causarles problemas. Los jueces también son humanos.

—Sí. Supongo que sus familias también se mantendrían unidas.

Fue un comentario que se clavó también en la mente de Castang, mientras volvía por el pulcro sendero bordeado de ladrillo para mantener la grava fuera del césped.

Richard estaba en su oficina, con aspecto cansado y pálido, pero vestido con el traje de trabajo más nuevo, y con una pajarita, como para mostrar más distintivos.

—¿Estás bien, Castang? Entiendo, pero no lo reabras; no nos ayudará ni a ti ni a nosotros... Siéntate. Saca las esposas, Lucciani. Coge tu cuaderno. Anótalo en taquigrafía. Pídele a Fausta cuatro tazas de café, Castang, ¿quieres?... Soy el comisario de división. Usted es Goltz, Étienne. ¿Correcto? Usted está bajo arresto, tal como le ha comunicado monsieur Castang. Hay graves acusaciones contra usted. Algunas las dejaré de lado, por ahora. Por el momento, se le acusa de haber cometido un acto de bandidaje armado, estar al

acecho de dos policías, dispararles desde una emboscada, herir gravemente al inspector Bianchi, que aún sigue entre la vida y la muerte en el hospital, y herir ligeramente al inspector Castang aquí presente. ¿Admite la autoría de este acto?

—Lo supongo.

—Usted lo supone. Bien. El que lo admita o no tiene poca importancia. Se encontró su arma con sus huellas dactilares cerca del lugar. Testigos oculares testificarán que le vieron huir. No habrá problema en ese punto, se lo puedo asegurar, no importa las declaraciones que haga, si se retracta o si intenta arrojar dudas sobre ellas. Cualesquiera que sean los sentimientos de las personas de este edificio hacia usted, le comunico formalmente que se le tratará exactamente igual que a cualquier otro supuesto malhechor; esto es, le interrogará monsieur Castang aquí presente, o cualquier otro abogado de oficio que pueda designarse para ese propósito. Cualquiera que sea el resultado, hay evidencias suficientes para pronunciar su acusación formal por los motivos expuestos. Después de que haya hecho su declaración, se le presentará en la forma debida al magistrado instructor, madame Delavigne, y, me satisface decir que el asunto quedará entonces fuera de nuestras manos. ¿Lo ha comprendido? No mueva la cabeza únicamente; se necesita su respuesta para el expediente.

—Sí.

—Muy bien. Tendrá más que decir, buen hombre. Esto no es una amenaza; aquí no se toleran brutalidades. ¿Puedes arreglártelas con esto, Castang? Lo preferirás, creo. Muy bien entonces. Vete a casa cuando quieras.

Castang se levantó torpemente.

—Empecemos —dijo.

Se sentó de nuevo en su silla, pesadamente, pues se sentía cansado e incómodo. Se hizo el silencio. Lucciani esperaba tranquilamente con el cuaderno sobre la rodilla. Goltz permaneció sentado. En medio del silencio, Lasserre abrió la puerta, se quedó allí de pie, miró a Goltz, se encogió de hombros y se marchó de nuevo, por una vez, cerrando la puerta tras de sí. Castang se sacó las palabras a la fuerza.

—Lucciani, harás los preliminares después, la cuestión de la identidad. Anota solo la hora y que voy directamente al

interrogatorio sobre los hechos... ¿Tiene hambre?

38

El diálogo se convierte en monólogo

—NO... COMÍ PAN, una salchicha...

—¿Sed?

—Sed... sí...

—¿Una cerveza? ¿Agua mineral? —sugirió Lucciani.

—Una botella de... naranjada...

Los dos policías se miraron el uno al otro. ¡Naranjada! Nadie le daría un sopapo en las orejas. Nadie le hablaría ni siquiera con aspereza. Un saco de huesos... uno apenas tenía el valor de llevar a cabo un interrogatorio normal. Naranjada... propio de un niño de seis años, e incluso entonces... no bebas esa cosa pegajosa, cariño; te dará más sed.

—Tendremos que enviar a buscarla.

Se podía comprender por qué Goltz pasaba inadvertido. Incluso cuando iba aseado y elegante, era una persona que pasaba inadvertida. Ahora que estaba mugriento y sin afeitarse, el traje arrugado, la camisa suelta, parecía más encogido e insignificante

que nunca. Un saco de huesos...

El chico de la oficina trajo una bandeja de la taberna de enfrente. Dos botellas de un refresco gasificado. Se suponía que había zumo de naranja y de pulpa ahí dentro, junto con los colorantes y aditivos autorizados, y ácido cítrico sintético. Cervezas para la poli. Un bocadillo de salami que nadie había pedido, y que al final se lo zampó Lucciani; ese chico siempre estaba hambriento.

—¿Por qué me disparó? —preguntó Castang de repente—. En cualquier circunstancia es algo tan... Es una estupidez.

Se le hablaba como si fuera un niño, un antipático y torpe niño gordinflón, no muy brillante, y desagradablemente astuto y malicioso, que olía mal y se echaba pedos nerviosos.

¡Se había sentido acorralado! Seguido por todas partes, aplastado, rodeado. Por el tranquilo, lento y apacible monsieur Bianchi, que se sacudía la ceniza de encima y se sacaba las gafas para limpiarlas. Tan discreto como se podía desear y sin perseguir a nadie, pero Goltz, suspicaz por naturaleza y siempre asustado, le había visto como un tigre. Y de repente había dos tigres. Había estado fisgando por el edificio... No estaría listo nunca. Cuando pudiera reorganizar la última parte del crédito, tener un apartamento arreglado y amueblado como muestra, entonces quizá vendería algo. Tenía un buen capital congelado, pero era liquidez lo que necesitaba desesperadamente. Bianchi había estado en lo cierto, todo el tiempo.

—¿Admite usted, entonces, haber hecho los disparos?

Increíble. Les había visto entrar en el café para tomar un bocado, al dejar su coche. Se había ido a casa y cogido un arma. Se desharía de los tigres. Madre mía...

—Y admite usted el asesinato del *clochard*... No recuerdo su nombre. Pero usted sabe, perfectamente bien, a quién me refiero.

—Me estaba haciendo chantaje. Quería dinero.

—Sí. ¿Y monsieur Auguste?

—También me hacía chantaje.

—Cuidado con sus respuestas.

—Me amenazó con denunciarme.

—No es exactamente lo mismo, ¿no es así? De hecho, sí le denunció.

»¿Admite, entonces, finalmente, que incendió la casa?

Realmente no importaba si lo hacía o no. Se retractaría de todo después, o su abogado lo haría por él. ¿Pero por qué era tan insignificante?

—Hábleme de usted, monsieur Goltz. Sus principios, por ejemplo, su juventud. Cómo empezó.

Colette Delavigne, a quien Castang conocía bastante bien y eran más o menos amigos —era más amiga de Vera que suya, aunque no se habían visto demasiado, recientemente— era el juez instructor, y ella preguntaría todo esto. De manera más detallada y profunda, y pediría el dictamen médico. Dos como mínimo, y la defensa pediría más. Pero él también lo preguntaría. Uno tenía derecho a saber sobre el hombre que por poco le había matado a él y a un compañero.

De acuerdo, de nuevo. Un muchachito impopular, desagradable incluso. Buscaba favores, iba en pos de la popularidad y al no alcanzarla se sentía agraviado. Daba coba a los jefes. No estaba dotado ni para el trabajo académico ni para el deporte; un muchacho que caía antipático, y que en el mejor de los casos era soportado por sus profesores. ¡Pero que deseaba tanto tener algún tipo de posición social! No hacía falta que gustara, si se le respetaba. El hermano caía bien. Lento y torpe, también, pero un chico paciente y honesto. Cuando tenía que estar en primera línea agachaba la cabeza y avanzaba. Y era generoso. Para él, generosidad era una palabra extranjera.

—Su modelo de vida, monsieur Goltz, tal como lo observó y describió monsieur Bianchi, muestra una preferencia por la compañía masculina, una predilección, una búsqueda, incluso. ¿Está usted de acuerdo? ¿Por qué cree que es así?

Bueno, las mujeres nunca habían sentido interés por él. Desde luego, habían sentido intuitivamente que era un personaje que había que evitar. Y por parte de él, miedo de nuevo, desconfianza. Los loqueros profundizarían en eso; la madre; la abuela; los primeros esfuerzos hechos, quizá, en la búsqueda de prostitutas. Algún comentario hiriente. «Esa cosita pequeña que tienes ahí no sirve de gran cosa, ¿verdad? ¿Qué pasa, no puedes levantarla?».

—¿Y su esposa, monsieur Goltz?

—Siempre me odió.

Era demasiado monótono; Castang se sintió cansado y

desalentado para seguir adelante. No había integridad, no había honestidad. No había fondo, ni centro, ni arena. Sentado ahí sorbiendo esa papilla anaranjada y mirando al vacío con aquellos ojillos inexpresivos. Es el típico individuo que aún está conmocionado por el pensamiento de la persecución, de la caza del hombre. El saber que todo ha ido mal, que todo está perdido. Solo en el frío y la oscuridad, en aquella pequeña choza mísera donde otros eran felices pero no él. Asilo y comida dados medio con vergüenza, medio con desprecio, de mala gana y el obligado consejo del hermano. Seguro, puedes quedarte aquí esta noche. Vendré mañana cuando regrese de Metz. Pero no puedes quedarte, ¿sabes? No ayudaría. Piénsalo, arréglatelas tú solo. Es mejor que te entregues, libremente, porque seguro que te cogerán. No te preocupes, no se lo mencionaré a mi esposa. ¡No!

Pero un día o así en chirona y se sentirá animado de nuevo, con diez mil sistemas de defensa y quejándose de la comida. Goltz. Carraspeaba, y lo escupía.

—Más o menos le abandoné —admitió Castang—. Me disculpé; dije que me molestaba la herida, lo cual supongo que era cierto. No podía soportarlo más. Lucciani puede terminarlo.

Richard estaba en su usual actitud de meditación, con la silla hacia atrás e inclinada, el pie apretado contra el escritorio, el rostro bajo y la barbilla contra el cuello de la camisa. Se subió la pernera del pantalón para rascarse.

—¿Ningún problema para que hablara?

—Todos los problemas del mundo para conseguir que se callara, y todo sobre él. Y uno sigue sin entender nada al final. Colette Delavigne puede que le entienda, yo no.

—Eso te sigue acosando. Esta manía de querer entender... Si fuera alguien interesante podría comprenderlo. Pero no lo es. Es un tonto demasiado torpe para ser un horrible hijoputa. No siento ningún sentimiento hacia él, y mi deseo es sacarlo de este edificio tan rápido como sea posible. La familia inglesa abandonó Cannes esta mañana, de camino a casa. Lenta y decorosamente. Como en una de esas etapas del Tour de Francia en las que nadie tiene interés en ofrecer un espectáculo, porque se quedan con lo que ya tienen. ¿De acuerdo? Puedes irte a casa. Has hecho un buen trabajo. Pero ahora olvídate de que sucedió en tu casa y de que te lo

tomaste como una afrenta personal. Es hora de dejar de ser un profesional. Espero que Lucciani comprenda que solo quiero hechos. En un día así le disparé aquí al «viejo polvoriento». No importa por qué. Todo lo que hay en realidad es una investigación de la maraña financiera, y cuando el juez pida información suplementaria, eso es cosa de Massip.

—No hay nada consecuente, nada coherente, y no hay centro.

—Vete a casa —dijo Richard pacientemente.

En el patio, bajo los plántanos aún sin hojas como en mitad del invierno, se encontró con el sargento Townsend, que también se dirigía a un coche aparcado. El hombre del CID no sabía si hacerse el despistado o saludarle, pero al fin se le acercó.

—Le hirieron, he oído.

—Es cierto. Poca cosa.

—Me alegro de oírlo. Desde el punto de vista humano, ya me comprende. Me dijeron que usted trajo al tipo.

—Sí. Nuestras cifras para los porcentajes de crímenes graves resueltos son muy parecidas a las suyas. Más del noventa por ciento de los homicidios, incluso teniendo en cuenta la interferencia política.

Townsend lo consideró, y decidió dejarlo pasar.

—Hay cosas peores que ser herido en el curso de una investigación. ¿Ha visto los periódicos de la mañana?

—No.

—Los periódicos ingleses no llegan mucho antes del almuerzo. Bien, espero que su monsieur Bianchi se vaya a recuperar. Por cierto, el comisario Lasserre, el subjefe o lo que sea, ¿voy desencaminado si le tengo por un considerable mal nacido?

—La opinión es compartida en numerosos círculos, no todos criminales.

—Ah. Ya lo pensé. Hemos de volver a Londres. No está claro si habrá motivos para ulteriores investigaciones sobre nuestro expediente. Por si no le vuelvo a ver, Castang, le deseo una rápida recuperación. Hablo por el viejo Larkins, también. Puede que usted le considere un poco mala pécora. Pero todos somos profesionales, ¿no es verdad? No vamos a tratarnos con animosidad.

—No —dijo Castang, preguntándose de qué iba—. Les deseo que tengan un buen viaje.

—Igualmente —dijo en tono irónico, alejándose.

No pensaba que hubiera nadie en casa de los Goltz. Esperó obediente después de tocar el timbre, y ya se alejaba cuando le sorprendió una voz que decía a través del interfono:

—¿Sí? ¿Quién es?

Sonaba inexpresiva, pero no se pueden juzgar las voces a través de los sistemas de intercomunicación.

—Inspector Castang. PJ.

—Oh, sí —sin interés.

La cerradura chasqueó y entró.

En el rellano esperaba una mujer, con un delantal de cocina. Le miró con ojos indiferentes, un fastidio ligeramente irritable, como si él le pidiera la firma para una carta certificada que reclamaba un pago vencido y que amenazaba con acciones judiciales.

—Estoy haciendo la comida. Pero entre.

Miró su reloj, sorprendido de ver que eran las doce y quince.

—¿Ha ido a trabajar?

—Desde luego que he ido. La gente cuenta conmigo.

Siguió rallando apio. Sobre la mesa había una chuleta lista para ser cocinada. Castang no tenía respuesta alguna.

—He venido simplemente para informarle de que han cogido y arrestado a su esposo.

—Tan solo podía ser una cuestión de tiempo —dijo mientras bajaba el gas al empezar a hervir la cacerola.

—En este momento está siendo interrogado en las dependencias de la policía judicial. Esta tarde se le presentará al juez de instrucción, quien firmará una orden para que se le encierre en la prisión local.

—Era de esperar, supongo.

—Sí. El juez le permitirá verle durante unos momentos. Es madame Delavigne. Tendrá que preguntarle a ella si se permiten visitas.

—¿Qué podríamos decirnos el uno al otro? —dijo limpiando la mesa con cuidado.

—Eso —dijo Castang— lo han de decidir ustedes.

Se sentía muy cansado, e incluso se le había agotado la curiosidad normal. No quería ni molestarse en mirar a su alrededor. Había un reloj con un fuerte tictac. Fue la única cosa que observó

durante su visita.

—Le sería de ayuda, sin duda, que le preparara un paquete con ropa y cosas para lavarse. Podría llevarlo al Palais. Desde luego, el portero de la prisión se ocupará de ello.

—Sí, haré eso. ¿Es eso todo? Quiero preparar la comida.

Cerró la puerta de la nevera y se volvió con una lechuga.

—Eso es todo. Tendrá noticias del juez, con objeto de que dé su testimonio.

—Mientras se dé cuenta de que yo también soy una mujer trabajadora, que tiene que ganarse la vida —dejó correr el agua sobre las hojas de la lechuga—, y no espere de mí que ande rondando por los pasillos. Parece que se mueve usted de una manera un poco rígida. ¿Es usted el herido?

Se volvió de nuevo, lentamente.

—El que fue herido ligeramente. Otro día más o así, y no se notará. Podría dejar una leve señal.

Pero ella ponía las hojas de lechuga en una cesta y untaba una parrilla para la chuleta. Parecía una comida insípida.

—Mientras no se vea —dijo sin levantar la vista.

Castang volvió a meterse en el coche sin apenas dolor ni esfuerzo. No se sentía satisfecho, pero sí profundamente aliviado por haberse deshecho de la familia Goltz.

También Vera estaba haciendo ensalada de apio. La miró con tristeza, no queriendo decirle que se le quitaba el apetito.

—Dame un beso —dijo ella—. Me comporté un poco como una cochina. Pero tú también. ¿Te vas a quedar en casa?

—Sí. Le encontré. En la glorieta del hermano. En uno de los jardines de la vía del ferrocarril en Saint-Loup.

—Son tan bonitos.

—Sí, fue una sorpresa descubrir que las plantas ya habían brotado.

No esperó contestación, pero Vera era una chica indiscreta cuando había algo que le preocupaba y a lo que no podía encontrar respuesta.

—No puedo entender a ese hombre. ¿Por qué te disparó?

—Le estorbaba. Lo tendrá todo justificado en su cabeza. El mundo le debe la vida. Ya había matado a dos personas, tan solo porque eran un poco molestas. Ni siquiera pensó que podría haber

un considerable alboroto si disparaba contra dos policías. O si se haría la emboscada en el edificio de su propiedad... es un loco. ¿De un tipo que se pueda alegar?... Tendrás que preguntárselo a Colette.

—Solo locura moral —dijo Vera secamente.

—Exacto. Así que, cómo juzgas a una persona que no sigue las reglas porque no tiene ninguna, excepto una devoradora necesidad de adquirir cualquier cosa: riqueza, posición o influencia. A quien las personas que le estorban le importan tanto como le importa a una hiena la cría recién nacida que está devorando.

»Supongo que a la hiena la controla alguna selección natural, o si no ¿por qué no está la sabana infestada de ellas? Quizá tengan dificultad en criar... también la tienen estos Goltz, afortunadamente. No hay niños, y la esposa solo es Goltz de nombre.

—Qué desgracia —dijo Vera, sin precisar a quién se refería.

—La desgraciada es Colette —replicó Castang.

—La ley la ata, pero la controla su propio sentido común.

—Su fama en el Palais varía, pero se dice que a madame Delavigne no se la engaña fácilmente.

—Goltz en un jardín —dijo Vera, intentando imaginarlo—. Una visión extrañamente incongruente. Nadie esperaba encontrarle ahí. Que es por lo que tú lo hiciste.

39

Fin de etapa del Tour de Francia

EL COMISARIO RICHARD, un Aries nacido el cuatro de abril, a primera vista tenía poco en común con su subordinado Castang, un Piscis nacido un mes antes (y ¿qué es más irritablemente fantasioso que un Piscis?), pero tenían un vínculo importante: sentido del ridículo. En ocasiones generalmente importantes y pomposas se miraban el uno al otro y tenían que reprimir risitas sofocadas. La pequeña chispa de ingenio de Richard fue recordada por ambos; la llegada del señor juez Armitage a la ciudad sí se pareció —de una manera idiota— a la llegada del Tour.

El final de una etapa del Tour de Francia constituye un espectáculo para una multitud que ha esperado durante varias horas, aguardando a que suceda algo. Intoxicada por el intenso parloteo de los comentarios jadeantes en la radio y la televisión, la muchedumbre estallará en aplausos frenéticos ante la llegada de los coches de escolta y los policías motorizados. El zigzag del *sprint*, trescientos metros en línea recta, tarda veinte segundos. ¿Por eso han esperado pacientemente todo el día, sentados bajo el sol abrasador? Los que no se han enterado se vuelven hacia sus vecinos, las esposas hacia sus maridos, como el pequeño Peterkin. ¿Pero quién ganó, por fin? ¿Puede decirme por qué esa fue una

victoria famosa?

El ganador de la etapa, sudoroso y sonriendo abiertamente, sube a un podio desvencijado para que le abrace una chica bonita y le entregue un enorme ramo. (¿Quién compra esas flores? ¿Qué pasa con ellas después?). El corredor con la camiseta amarilla del líder, sube a su vez para que le entreguen la camiseta limpia de ese día. Aplausos frenéticos. Y un incontenible torrente de reporteros, micrófonos fálcos inclinados y preguntas estúpidas hechas a gritos, rodea a todos los corredores de importancia y a algunos que no tienen ninguna. ¿Cuándo atacará? ¿Cuándo atacarán Blouc, y Bloggs y Bobby? Los corredores experimentados se ocupan de ello como si lo hubieran hecho desde que nacieron.

Este circo es parte del Tour, y ningún amante del Tour se lo perdería por nada del mundo. Radios portátiles y aparatos pequeños de televisión llenan incluso las oficinas de la PJ durante el mes de julio. En algunas ocasiones, cuando el Tour pasa por nuestra ciudad, estamos ahí en carne y hueso además de en espíritu.

Empezó cuando Castang, indolente en un sofá, envió a Vera a comprar un montón de periódicos, incluyendo los ingleses, cuando ella salió a hacer sus compras de la tarde. Castang «el Piscis» debería haberse sentido avergonzado de sí mismo, revolcándose ociosamente, mientras la devota esposa cojeaba con valentía ayudándose con sus muletas. Debiera haber estado empujando el carrito del supermercado, disimulando las punzadas alrededor del diafragma. Pero la verdad, es que a Vera le gustaba ir de compras.

Los periódicos eran muy divertidos. Al igual que cualquier día del Tour, estaban repletos de sabiduría y perspicacia al tiempo que seguían siendo impenetrablemente ignorantes, imbéciles y propensos a los tópicos. Nos enteramos de que a Blouc le han llevado literalmente en una butaca hasta los pies de los Alpes. Bloggs (que tuvo un pinchazo en una rueda) ha sido aplastado por una auténtica catástrofe.

Le Monde empezaba diciendo quejumbrosamente que por qué un asunto de esta importancia había permanecido ignorado por el público durante tanto tiempo; Castang lo dejó malhumorado en busca de noticias más serias. *Figaro*, en prosa refinada, pensaba que todo era bastante extraño y esperaba devotamente que se esclareciera dentro de poco. *Humanité* no estaba enormemente

interesado, ya que la policía judicial era la marioneta del ministro del Interior, un viejo fascista, y un juez inglés también, naturalmente. El periódico local hablaba de un auténtico bombazo, y sugería que monsieur Richard debía de estar literalmente atónito ante aquellas sorprendentes revelaciones, que estaban calculadas para desintegrar en perplejidad infinita al desdichado público, ya en sí agobiado por los escándalos municipales (ver nuestras Páginas Regionales).

Nada servía. De hecho, nada mínimamente fuera de lo normal y no se le movió ni un cabello. Caballeros del lado inglés, ¿les importaría disparar primero?

Esto también fue una decepción. *The Times* era vagamente gracioso, con un aire de que aquello era demasiado sencillo para malgastar ingenio en el tema. El *Daily Telegraph* estaba apenado ante las afrentas a la amistad internacional, que únicamente podían servir a intereses divergentes y conflictivos, aunque nuestro corresponsal en París estaba bastante enterado sobre las costumbres de los parisinos cuando pasaban los fines de semana en los lujosos antros de perdición a lo largo del lascivo Loira.

Cuando Castang cogió los periódicos vulgares, aquellos que Nancy Mitford decía que antaño eran apropiados para leer en el cuarto de los niños, se armó la de Dios. Albión aullando en demanda de sangre francesa. Por supuesto, *France-Dimanche* hacía exactamente las mismas insinuaciones, prácticamente cada semana, sobre la realeza británica. Los alemanes se sentían aliviados de que por una vez no era cosa de sus incompetentes policías, pero negligencia y Französich eran más o menos sinónimos.

Para obtener el auténtico jugo se tendría que esperar a los semanarios. Pero era un buen principio. Ningún reportero del Tour que hubiera descubierto que Bobby está en baja forma a causa de los furúnculos en el trasero, lo hubiera hecho mejor. Castang telefoneó a Fausta. Richard estaba fuera, pero ella había disfrutado muchísimo con todo ello.

—¿Cuándo se espera que llegue el Tour?

—Esta tarde, creo. La última noticia es que estaban en Lyon.

—Acabaos vuestro delicioso pudin, niños.

Estoy totalmente ausente, pensó Castang, diciéndose a sí mismo con voluptuosidad lo enfermo que estaba; ¿no dan esta noche por la

televisión algún agradable partido de fútbol de la copa de Europa? También los policías, cuando se les derriba en la zona de penal, se revuelcan fingiendo un dolor atroz, haciendo muecas y dando alaridos.

De hecho, la llegada fue un acontecimiento pacífico, y un poco como un anticlímax. El Rolls Royce depositó a sus pasajeros frente al Hôtel

d'Albion

. El señor juez Armitage cruzó el vestíbulo con una expresión particularmente nada comunicativa; la recepción se llevó a cabo con tanta afabilidad como fue posible. Rosemary, acompañada por el mozo de equipajes, bajó con el coche por la rampa hasta el garaje y subió con el botones en el montacargas, saltándose completamente el vestíbulo. Patience, que llevaba el equipaje pequeño, se detuvo en el mostrador el tiempo necesario para decir:

—No queremos visitas ni llamadas telefónicas.

En un claro acento inglés que llegó lo suficientemente lejos como para que lo oyeran todos los que rondaban por allí.

El señor Martin Greene había estado encerrado en el despacho del gerente durante casi tres cuartos de hora. Había salido con su usual aspecto enojado y sonrisa atormentada, y había dado a conocer que haría un comunicado a la prensa en la sala de conferencias pequeña. Su voz, como siempre, sonaba tranquila y apologetica.

—Tan solo quería decir, o más bien pedir (rogar, si ustedes lo prefieren) en nombre de la familia, que se respete su intimidad. Son unos viajeros totalmente inocentes que han tenido la desgracia, mientras estaban de vacaciones, de verse complicados por una desdichada coincidencia en un crimen brutal, que únicamente ha atraído la atención debido a esta implicación fortuita. No podemos descartar totalmente la posibilidad de un propósito malicioso contra una figura pública, pero parece improbable. Debido a que este punto no está claro, y únicamente por eso, el juez instructor que investiga el caso ha rogado, debo decir que muy amablemente y sin ninguna indicación de presión, a la familia que interrumpan sus vacaciones para efectuar una breve pausa aquí, de manera que sus testimonios en algunos puntos pormenorizados puedan utilizarse para verificar las declaraciones de otros. A lo cual la familia ha

consentido, por supuesto, en aras de la justicia.

»Me han pedido que sea su portavoz, para que comunique que no concederán ninguna entrevista ni harán ninguna declaración, porque tal cosa sería impropia en un asunto que está *sub judice*, y además porque, francamente, se niegan a que les importunen. Es definitivo y concluyente, me temo. Mañana celebrarán una entrevista privada con el juez, y después habrá un comunicado de prensa en el Palacio de Justicia, sobre los aspectos legales de la cuestión. Lo siento, no hay más preguntas.

El comisario Richard, que regresaba a casa tras su jornada laboral, pareció sorprendido al encontrar periodistas que le esperaban.

—¿Qué quieren? ¿Han llegado? No, nadie me lo dijo. ¿Por qué no habrían de venir? Aceptaron hacerlo; ¿por qué no habrían de mantener su palabra? Su presencia no me concierne. Hicieron unas breves declaraciones sobre las circunstancias en las que se descubrió este crimen, en su día, y se fueron a ocuparse de sus asuntos. Ahora van de camino a casa. El juez, como es perfectamente natural, espera que puedan facilitar un poco más de luz sobre cosas descubiertas desde entonces... Desde luego, las antenas de la PJ aquí y en Tours recibieron comisiones rogatorias para investigar; es nuestro trabajo. Nosotros pasamos información y testimonios al juez; su trabajo es cribarlo. Estas personas pueden ayudar a verificar ciertas declaraciones. Eso es todo. ¿Por qué arman este alboroto? Se me ha dado a entender que el Consulado británico va a facilitar la información que ustedes necesitan para sus ediciones. Si mañana el juez desea hacer alguna otra declaración, eso es cosa suya. Me voy a casa ahora, de modo que cállense, si no les importa.

Colin, que se registró pacíficamente en el Holiday Inn, una milla más allá, atravesó el vestíbulo y subió a su habitación sin ser reconocido; allí encontró a un caballero en el pasillo.

—Bienvenido —le dijo el caballero con una sonrisa amistosa—. Me alegro de que haya podido evitarse el comité oficial de recepción. Pensé que un poco de auténtica hospitalidad sería admisible. A propósito, Henk Boldoot, *Newsweek*. ¿Le apetece un trago?, mi habitación está más abajo.

Colin le devolvió la sonrisa.

—Bueno, es una sugerencia. ¿Hubo un bla, bla, bla?

—No estuve ahí. Imagino que sí. ¿*Whisky* con agua está bien? ¿Demasiado hielo? Cónsules y todo eso, todo un poco ostentoso. Dejemos eso para los ingleses, pensé. Los franceses se fueron a perseguir al capitán de policía, ¿de qué les sirve? No tengo ninguna intención de sonsacarle; el periódico pensó que podía echar una ojeada por aquello del ángulo insólito; me parece que es un engaño.

—Lo es. Al principio me divertí. Mi familia es muy decente, ¿sabe?, y me hacía gracia observarles mirando a todos esos polis desaliñados con el rostro demudado de terror. Me aburrí y me fui a esquiar. No serviría de nada, aunque usted quisiera sonsacarme; poca cosa sé yo del asunto. No estuve en Tours, vine aquí por la manduca de tres estrellas y aterricé en medio de esta broma del descubrimiento del cadáver, que fue una juerga, pero aparte de eso...

—De modo que nunca se encontró con la encantadora Laetitia, ¿no es verdad? Sírvaselo usted mismo.

—No la vi en plena forma —dijo Colin sonriendo abiertamente.

40

El plenipotenciario

AL JUEZ DE INSTRUCCIÓN le fue entregada una tarjeta en un sobre con el resto del correo del día. La tarjeta era grande, elegante, grabada. En ella se leía: George Brooke, Honorary Attaché H.

M. Embassy

París (Agregado Honorario de la Embajada de Su Majestad en París).

—¿Está él aquí? —se informó monsieur Lhermite—. Muy bien. Deme cinco minutos para leer la correspondencia.

Se levantó cortésmente. El señor Brooke era un hombre voluminoso, con un saludable aspecto juvenil, pelo rubio cepillado con severidad hacia atrás y vestido con sobriedad.

—¿Señor Brooke? Estoy a su servicio, pero difícilmente, me temo, a su disposición. Mi agenda está a rebosar. Los pacientes hacen cola a la puerta del especialista. ¿Puedo rogarle, sin ser descortés, que sea breve?

El señor Brooke sonrió, con la absoluta confianza del hombre al que no se le envía a esperar en el pasillo.

—Francamente, me anuncié a mí mismo de esta manera poco convencional en interés de la discreción. Espero que, por el contrario, sus citas de esta mañana puedan acortarse de alguna manera, si no le importa que le sugiera un poco de reorganización. Se me considera una especie de consejero adicional de la Embajada,

que interviene ocasionalmente cuando hay cuestiones legales.

—¿Un abogado?

—No exactamente. Se me admitió para ejercer la abogacía pero no la ejerzo. Pero déjeme que vaya al grano. Mi terreno es el del derecho internacional y este es un caso criminal, por lo que se ve. Me refiero a esta Toth. Sería acertado, digamos, definirme como un negociador. Quizá pueda evitarle a usted y a otros, el trabajo de llevar a cabo una aburrida serie de interrogatorios formales.

—¿Tiene usted poderes?

—Oh, sí. Plenos poderes. En nombre de las personas interesadas así como de Su Graciosa Majestad. A quien como es natural no le apetece mucho ver a un juez del Tribunal Supremo involucrado en un sórdido asesinato. Incluso en su capacidad de caballero particular, el Palacio de Justicia de Francia no es realmente su campo, ¿verdad?

—Perdóneme un momento mientras hablo con mi secretaria... y me sosiego para escuchar.

—Espléndido. Entonces podemos hablar entre profesionales. Crudamente, monsieur Lhermite, dejaremos de lado qué fundamentos hay o no hay para hacer acusaciones. Se reduce a esto: usted hace acusaciones o no. Si las hace, entonces no tengo ningún papel que desempeñar. La familia o cualquiera de sus miembros tiene derecho a representación legal, solicitamos los servicios de eminentes miembros del Colegio de Abogados de París, los cuales naturalmente impugnarán cada punto del procesamiento y buscarán, para decirlo claramente, la manera de amargarle la vida —en tono afable—. De nuevo, dejo de lado el punto de vista publicitario y la polvareda levantada. Sencillamente, nos crearía a todos una situación de lo más desagradable, y eso es lo que estamos ansiosos por evitar.

—¿Sugiere usted que tal paso conduciría a un error judicial?
—dijo suavemente.

—No. Debo rechazar completamente cualquier cosa que pudiera interpretarse como interferencia.

—Entonces continúe, se lo ruego.

—Digamos que no efectúa una acusación. Puesto que no se ha decidido aún no prejuzgo su decisión. Está claro que, una vez se les haya tomado declaración, no hay necesidad de mantenerles aquí.

Pretextos para pedirles que permaneciesen aquí se convertirían en ese punto en una afrenta a su honor y a su posición, y empezarían a aparecer sofismas. Ahora, eso pondría en peligro otros asuntos de mayor trascendencia, ya que inevitablemente en ese punto aparece un desacuerdo político.

—No hablaremos de consecuencias políticas —en tono firme—, puesto que se puede interpretar como intimidación, tampoco de sofismas, una palabra inaceptable en este despacho.

—Acepto las correcciones, pero mantengo las definiciones.

—Sus clientes.

—No, esa no era una de mis definiciones.

—La palabra protegidos debe de ser más apropiada. No están liberados de sus deberes y responsabilidades por el hecho de ejercer un cargo público en cualquier país. No puede alegarse ningún tipo de inmunidad —incluso ante una posible persecución criminal— bajo ningún privilegio diplomático.

—De acuerdo. A menos que haya mucho más de lo que sabemos, lo cual yo creo que es poco probable, no hay motivos para persecución.

—Pero yo soy, por función y definición, el que debe juzgar eso —dijo sonriendo un poco.

—Indiscutiblemente.

—Los servicios de la policía judicial siguen investigando con diligencia este asunto: esa chica, Toth. Menciono esto porque han aparecido diversas posibilidades absurdas. Drogas, gánsteres, grupos disidentes reclamando autonomía política; palabras en el aire. En vista de los descubrimientos, pediré un complemento a la información. Ahora, yo tengo el derecho de esperar de sus compatriotas que ofrezcan a los oficiales que investigan su colaboración incondicional.

—¿Está ofreciendo un arreglo?

—Dentro de los límites de mi libertad para hacerlo, sí. No quiero poner a su gente en un aprieto, con una excesivamente rígida insistencia en mis poderes personales para interrogar o confrontar.

Brooke se mantuvo en silencio.

—¿He de entender —siguió el juez— que la familia, en bloque, mantiene su negativa de tener cualquier conocimiento de esa mujer, o de lo que hacía? Porque si se ha ocultado una relación anterior,

por inocente que fuera, por vergüenza o inquietud...

—Separada y conjuntamente se refuta tal cosa.

—¿Y esto es lo que han descubierto las investigaciones del CID?

—Esto es.

—Muy bien. Tráigame a su gente para una declaración formal siguiendo esas líneas, y ordeno un complemento a la información. Usted se hace responsable de que cooperarán discretamente con el comisario Richard.

—Siempre que tales intercambios no tengan lugar en el edificio de la PJ.

—Ese es un asunto que usted debe estudiar con Richard. Yo no me comprometeré.

—¿Tiene intención de dar una conferencia de prensa?

—Me disgusta mucho una situación en la que un juez de instrucción tenga que someterse a presiones para conseguir publicidad para su cargo.

—El secreto de la instrucción.

—No me venga con hipocresías. Indiscreciones calculadas atrajeron a la prensa. Podrían interpretarse como intentos de utilizar las candilejas para avivar la emoción. Ahora debo pedirle que me disculpe, señor Brooke.

41

A cada uno le toca su turno

POR UN MISTERIOSO ACUERDO TÁCITO, toda la policía judicial iba elegantemente vestida esa mañana. Castang llevaba su chaqueta de *tweed* inglés, y únicamente le traicionaba el vicio de rascarse en el lugar donde le picaba su nueva venda elástica. En la oficina habían admirado su chaqueta inglesa, y Cantoni compró otra parecida. Si Castang parecía un corredor de apuestas de caballos con una buena información, comentó monsieur Richard, Cantoni parecía algo infinitamente peor. Uno de esos tipos, dijo, que agarran a los caballos reacios por los cuartos traseros para empujarles dentro del cajón de salida. ¿Y qué hacen el resto del tiempo? Todo decididamente siniestro.

Él mismo llevaba su traje de político y una camisa con gemelos y una corbata de triunfador académico. Si monsieur Bianchi estuviera aquí hubiese lucido sus medallas, dijo Lasserre con rencor. A monsieur Bianchi no se le permitía hablar, pero había recibido las noticias sobre Goltz con un inconfundible guiño malicioso.

Extraño contraste, pensaba Castang, dándole vueltas en la cabeza al comentario de la cuñada sobre que las familias de los jueces también se mantendrían unidas. Goltz no era nada íntegro; era un anárquico moral. Mientras que un juez inglés...

Comprometido en el más alto sacerdocio, jurando mantener las libertades de la manera más escrupulosa y exacta. Podrían haber habido, podría haber aún, jueces borrachos, jueces somnolientos, jueces antisemitas, pero no era este uno de ellos... Fausta intercambiaba pulidas frases en francés con el señor Brooke.

—¿Puedo probar uno de sus cigarros? —le preguntó a Richard.

Nunca se había sabido de nadie que tuviera este valor, jamás. Esas cosas, que parecían palos de regaliz, se suponía que venían de Brasil. Salía de ellos un olorcillo a salitre, como si viniera de las regiones infernales. El punto de vista del señor Brooke, de que él podía entrar en el Hades con impunidad pero no podía hacerlo ningún otro inglés, era irritante, pero Richard no estaba allí para que le enojasen.

—No entiendo su aversión por este local. Hay una puerta trasera perfectamente discreta, de la que podemos mantener alejada a la prensa.

—Comisario, comprenda el punto de vista del público. La misma frase «ayudando a la policía en sus investigaciones», originalmente una fórmula inocua diseñada para subrayar nuestros escrúpulos para usurpar las funciones del tribunal, se ha convertido en algo peyorativo. Me seguirá perdonando si le hago observar que inevitablemente y desde siempre a la policía de aquí se la ha asociado con secretos manejos de medianoche. Sigilo veneciano; personas o hechos sofocados en bodegas.

Castang hubiera sonreído ante esta descripción de «Los Amos de la Noche».

—No sonría —dijo el señor Brooke con seriedad—. El asunto de los venenos.

—Podría hacer notar que no fue monsieur de la Reynie quien destruyó las pruebas relativas a madame de Montespan. Podría añadir que este mismo teniente de policía y sus sucesores disfrutaron de universal respeto en una época en que los ingleses eran arrestados y torturados por orden de la Star Chamber, el antiguo tribunal británico de Inquisición. Si vamos a eso, ¿cuándo fue que dejaron de colgar niños por el hecho de robar seis peniques?

—Mi querido comisario. Acerquémonos más a nuestra propia época. El asunto Ben Barka. El asunto de monsieur de Broglie.

—Es precisamente porque no quiero ningún asunto Ben Barka (si se acuerda, una cuestión en la que un personaje muy relevante de un país amigo se supone que ejerció presión política) que pienso que estas cuestiones deben manejarse abiertamente.

—Eso no saldrá bien; a cada uno le toca su turno. ¿Estará de acuerdo en llevar a cabo estos interrogatorios en terreno neutral, proporcionando todas las facilidades?

—No, no lo haré. Llevo a cabo mis investigaciones aquí, en mi oficina, y no en las Naciones Unidas o en la Cámara de Comercio.

—El juez instructor ha manifestado su acuerdo.

—El juez instructor ha leído la historia de Stavisky y monsieur Prince, y yo también. Yo no soy prefecto de policía y mi nombre no es Chiappe. Soy un oscuro comisario de provincias. Usted parece poseer influencia. Vaya al ministerio del Interior y haga que me echen.

—Monsieur Richard, se está comportando de modo teatral y usted lo sabe.

—Perfectamente cierto —dijo con tranquilidad—. No tengo ningún deseo de dramatizar esta cuestión. Delegaré a un oficial responsable, capaz y sensible, para que lleve a cabo la investigación que yo considere conveniente, en terreno que sea aceptable para ambos. Nada más. Si vamos más allá, pierdo de vista sus razones para presionar de esta forma en busca de discreción.

—Muy bien. ¿El consulado?

—No. Polarizado.

—Una casa particular.

—No. Una habitación de hotel, si quiere. Y el traductor simultáneo como antes.

—Y grabaciones.

—Sin grabaciones.

—Vamos, Richard, usted sabe tan bien como yo las falacias de los intérpretes. La clásica es la de golpear en el aire, que se traduce en perfecto francés por acuchillar el agua. Cuando el siguiente orador recogió la metáfora del cuchillo, los ingleses se preguntaron de qué estaba hablando.

—En primer lugar, mi hombre entiende inglés y en segundo lugar no va a hablar en metáforas.

—Entonces la grabación puramente como medio de referencia

hasta la firma de todas las declaraciones en versión bilingüe. Una vez que estas sean aceptadas por ambas partes como una versión fiel de lo que realmente se ha hablado, pueden destruirse las grabaciones.

—Muy bien —dijo Richard, aburrido, apartando el humo del cigarro de su cara.

—Comisario, yo no tengo ninguna oscura sospecha de nadie. Introduzco tan solo el punto de vista de mis jefes. Si un hombre que ocupa uno de los más elevados cargos públicos del reino fuera meramente sospechoso de estar involucrado en una cuestión criminal, estaría obligado a presentar instantáneamente su renuncia ante el presidente de la Cámara de los Lores. Usted debe aprobar eso. Es tal como debe ser.

—En efecto —dijo Richard, asintiendo—. Y no sería la dimisión de mi subordinado. Sería la mía propia.

De este modo, Castang se encontró en una de las habitaciones del Holiday Inn.

42

Colin

—¿COMPROBASTE LOS PERIODISTAS?

—Se han ido —dijo Lucciani—. Con eso no hay ningún problema.

La noticia es una cosa graciosa, pensó Castang. Se echa a perder más deprisa que el pescado. Todo el mundo pregunta qué pasó, pero muy pocos tienen la paciencia de esperar y preguntar: «Y ¿qué pasó después?». Estaban por supuesto los semanarios. Pero el juez instructor les había desanimado; había hecho pública una declaración tan sosa como para haber desalentado a cualquiera. Castang sentía cierta admiración por este juez. Una figura —cualquier figura— que no aprovecha una oportunidad para salir en la prensa, que no se pavonea y exhibe su vanidad con la mayor complacencia. Se considera que el estar satisfecho de uno mismo es un prerequisite esencial para alcanzar el éxito. La prensa, simplemente, había llegado a la conclusión de que el juez de instrucción, habiendo tenido que aceptar de mala gana que no había motivos para presentar cargos contra ningún miembro de esta familia inglesa, no podía resignarse a confesarlo. Eso hubiera sido desprestigiarse. Una información complementaria, ¡por Dios!, una maniobra para salvar las apariencias. El comisario Richard dividía su tiempo entre una persona lamentable llamada Goltz y partidos de golf, ya que el tiempo era plenamente primaveral.

El tiempo era en verdad primaveral, y Castang, con las costillas aún doloridas, se había comportado de manera más bien galante dejando que Vera se llevara el coche y saliera a dibujar al exterior, por primera vez aquel año. No tan galante como todo eso; alguien que deja una bicicleta en la entrada de cocinas de un hotel es realmente discreto.

—Síéntase como en su casa, señor Armitage.

Un nombre curioso. ¿Sería quizá «eremita»?

—Este individuo que parece un camarero es monsieur Lucciani. Es un inspector de la PJ, pero para nuestros fines es un camarero. Le traerá cualquier cosa que desee, además de cuidarse de que no nos molesten. A monsieur Malinowski ya le conoce.

Colin estaba relajado, seguro de sí mismo, simpático. Un joven apuesto. Era comprensible que las chicas le adoraran.

—Ya sabe lo de las cintas.

—Oh, sí. Estoy bien informado. Bien aleccionado —sonrió abiertamente.

—Tengo su declaración anterior aquí, lo cual nos evita toda la cuestión de la identidad. Usted dio como profesión la de diseñador; ¿quizá es un poco vago?

—Trabajo en un estudio de interiorismo.

—¿No le tentó la abogacía? ¿Seguir los pasos de su padre? Es una profesión bastante hereditaria.

—No.

—¿Y usted no conoce a una mujer llamada Laetitia Toth?

—No.

—¿Nunca la conoció? ¿Puede estar totalmente seguro? Involuntariamente. Trabajaba como periodista y a veces para revistas femeninas. La decoración es una profesión en la que a menudo se conoce a una chica como esa, sin reconocerla o recordarla necesariamente.

—Estoy totalmente seguro.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—La razón es sencilla. La policía de mi país investigó. No encontraron ningún indicio de que ella me hubiera conocido. Son muy minuciosos. Así que pienso que es posible que no nos conociéramos nunca. De ese modo el que yo lo recuerde o no, no parece realmente relevante.

—Usted mencionó que pasó la noche en un hotel de campo; que no podía recordar el nombre.

—Eso es cierto.

—Nosotros lo encontramos, y el hotelero le reconoce por la descripción que se le dio. ¿Quiere ponerlo en duda o rebatirlo? Es un hombre ocupado y no queremos arrastrarlo hasta aquí para una cuestión tan trivial, a menos que usted lo desee.

—Le dije que no lo recordaba. Si él afirma que me vio, me atrevería a decir que es así.

—Bajo el nombre de Maxwell, ¿no es verdad? ¿Por qué el nombre falso?

—¿Es ilegal?

—No es ilegal a menos que haya un intento de despistar deliberadamente una investigación judicial.

—Llámelo discreción, entonces.

—Aclárelo un poco. No hay necesidad de ser suspicaz. Se le han dado instrucciones para que mantenga sus respuestas cortas y objetivas. Muy posiblemente se le ha advertido de que intentaré hacerle hablar. Verá que no tengo ninguna intención de serle hostil. El dar un nombre falso sin una razón aparente es lo bastante inusual como para considerarse como una rotura del esquema. Eso atrae nuestra atención. Hacemos preguntas sobre ello.

—¿Da alguna vez un nombre falso, señor Castang?

—Sí. Cuando hay motivos para ser discreto.

—Bien, entonces.

—Usted no quería comprometer a alguien. ¿A sí mismo? ¿A su familia? ¿Entonces a otra persona?

—Usted no debe de ser duro de mollera, ¿verdad? Yo no voy por ahí rompiendo los matrimonios de los demás.

—Puede estar seguro de que seremos discretos, en cuanto nos demos cuenta de que no tiene nada que ver con nuestra investigación.

—No sé su nombre.

—Entonces, ¿cómo sabe que no era Laetitia Toth?

—¿Qué le hace pensar que lo era?

—Reservó habitación aquella tarde en un hotel de Caen. No ocupó su habitación. Desapareció y ya no se le vio más. Hasta que reapareció en un coche en Tours. Dejando algún equipaje en Caen.

—No sé nada sobre eso. Vi el cadáver de una mujer aquí, usted estuvo ahí entonces. Pelo negro y largo. Entonces no vi su cara. Pero sabía que no la había visto nunca. Algunos días después leí en el periódico que había sido identificada como una tal Toth. No me dice nada.

—Déjeme que lo ponga en claro. Usted admite que pasó la noche en ese hotel con una mujer. Dice que no podía haber sido Laetitia Toth porque esta otra mujer no tenía el pelo negro y largo. Pero no sabe el nombre de esta mujer. ¿De acuerdo, hasta aquí? Estará de acuerdo en que parece un poco extraño para el que lo oye.

—Mire, ¿duda usted de lo que digo?

—No, no. Le diré con toda franqueza que la camarera que limpió la habitación después de que usted se fuera, tuvo la impresión de que había estado una mujer allí con usted. Ahora, usted me dice que no sabe el nombre de esta mujer.

—Es verdad. No tiene nada que ver con su asunto.

—Puesto que ninguno de los dos está seguro de su nombre, no podemos tampoco estar seguros de eso, ¿no es así? Pero le aseguro mi discreción; puede seguir adelante con total confianza. Qué aspecto tenía, cómo la conoció, qué le dijo. De hecho, todo sobre ella.

—No sé nada de ella. No hay necesidad de todas esas anticuadas tonterías morales. Nos conocimos por casualidad en el Casino. Nos gustamos el uno al otro. Así que nos citamos. Nos daba lo mismo a los dos, diría, si nos volveríamos a encontrar alguna vez. Posiblemente, tanto mejor.

—No digo que no sea así, señor Armitage. Deseamos desenredarle de esta coincidencia, de que Laetitia Toth estuviera en Caen, y he aquí que aparece en el coche de su padre un día o así más tarde. Bueno, se encontró con esta dama misteriosa en este hotel según lo convenido. Lo que usted declaró aquí es que escogió el hotel al azar.

—Admito que eso no era la verdad. Pero véalo a mi manera, podía imaginar que me haría muchas preguntas sobre dónde estaba y lo demás. Así que pensé que era mejor cubrirme. Una mujer así, recogida, bien, me dio la impresión que no era la primera vez que lo hacía.

—¿Cómo entró en el hotel?

—Descorrí el cerrojo de la salida de emergencia... No había nadie por allí a la hora de la cena.

—Muy romántico por su parte el buscar todas estas complicaciones. Podían haberse inscrito como marido y mujer; nadie hubiera dicho una palabra. Lo que me preocupa es todos estos líos. Atrajeron mi atención.

—Sí, bueno, pensé en ello. Llegué a la conclusión de que era una mujer a la que le gustaba correr este tipo de riesgos. Como si hiciera una apuesta consigo misma. Quizá, de que no la vieses. Románticamente estúpido, estoy de acuerdo. Pero, en cierto modo, hizo más atractiva la aventura.

—¿Forma parte de su carácter comportarse de manera romántica?

—En absoluto, yo diría —fríamente—. ¿Pero por qué no dejar que lo hiciera a su aire? Entonces no lo vi. Pensé que era conocida en ese lugar y tenía una buena razón para no dejarse ver.

—Muy bien —dijo Castang. Como dijo hace un momento, no hay necesidad para las anticuadas tonterías morales. Su familia es un poco así ¿está usted de acuerdo?

—Mi padre, sí supongo. Mojigato y muy recto, pero eso lo comprendo. Lo consideraría una estupidez e hipocresía a mi edad, pero es otra generación, y esas ideas le fueron inculcadas de manera muy rígida; usted no podría imaginarse lo conservador que es el Colegio de Abogados. Es natural para ellos.

—¿Y su madre y hermana?

—Fingen ser bastante tolerantes y modernas, pero la verdad es que tienen una mentalidad totalmente convencional. Con todo, no tengo nada que decir sobre ellas. Después de todo son mi familia.

—Sí. Entiendo.

—Y ¡oh! Usted comprende, mientras estamos en el tema, quiero decir que no tengo ningún interés particular en mantener este asunto privado por lo que a mí respecta, ya ve. Pero quisiera, tan solo, saber lo antes posible que usted no va a ir a contarles todo lo que he dicho. El viejo tiene una posición social que proteger. Ese tipo de la Embajada no es de mi estilo, pero puedo entender su punto de vista. Si eso se hace público a él no le haría ningún bien y a mi madre la trastornaría. Por eso di el nombre falso. Lo hago a menudo, cuando trabajo. El ser el hijo de un juez no es

necesariamente la gran ventaja social que usted podría pensar. No en mi círculo. ¿De acuerdo? He sido honesto con usted.

—No se preocupe, no iré contando chismes sobre usted.

—¿Lo entiende? Por eso me mantuve separado de ellos, durante las vacaciones quiero decir. Tan solo vine aquí por la manduca, y mire adónde me ha llevado.

Sí, pensó Castang. Parece verdad. Y en cuanto al resto de la historia, ¿es lo suficientemente ridícula para ser verdad? Lo veremos, ¿no es así?

43

Patience

CASTANG HABÍA ADOPTADO un ritmo muy pausado. Nadie con prisas consigue información de auténtico valor. Por supuesto, también es una táctica común en la policía dejar que la gente se vaya poniendo a punto... Instintivamente, también. No lo había considerado mucho, pero aún se divertía con su analogía de la «carrera de bicicletas». Esta etapa era contrarreloj y muy larga. No resulta forzar el paso al principio, por temor a reventar hacia el final. Le dijo a Lucciani que no necesitaría a Patience antes de ese mediodía, y pasó casi una hora redactando pacíficamente sus notas a mano. También se tardó mucho tiempo en preparar el escrito, mientras monsieur Malinowski efectuaba pequeñas alteraciones perfeccionistas en su estilo de expresarse en inglés y pulía la sintaxis. Enviaron a Lucciani «el camarero» a buscar bebidas, mientras esperaba el momento de pegarse a su máquina de escribir...

Castang tampoco quería telefonear a Richard, puesto que la llamada iría a través de la centralita del hotel. Habían acordado encontrarse para almorzar. Ambos dieron una rápida mirada a su alrededor en busca de cualquier periodista que escuchara escondido. Ninguno tenía mucho que decir. Colin había dicho un buen número de mentiras, pero no más de las que la mayoría de la gente decía. Un chico de veintidós años miente con desfachatez y

agresividad juvenil; Colin se había mantenido notablemente sereno.

—Escuchas este cuento ridículo —dijo Castang recogiendo fragmentos de corteza de pan con el índice humedecido— y sacarías la conclusión precipitada que no hay una sola palabra de verdad en él, y estoy convencido de que casi todo es verdad. El elaborado desafío de que no la vieran, toda esa romántica aventura, todo eso encaja con lo que sabemos de la personalidad de Laetitia. Crear un riesgo artificial y luego divertirse exponiéndose a él, es el mismo truco que empleó con el policía de Caen. ¿Una especie de ensayo para Tours?

—Estoy trabajando en eso. ¿No tienes ninguna duda, ahora, de que era ella?

—Ninguna en absoluto. ¿Pero fue o no fue a Tours esa noche? No podemos situarla con ninguna exactitud. Salió de la autopista de Normandía antes de París y se inscribió en un motel en el valle de Chevreuse; la PJ de Versailles lo confirma. Desde ahí es muy fácil acortar y llegar a Orléans justo antes del atajo de Chartres. Pagas por adelantado, para que nadie sepa cuándo te vas... Si se había decidido a perseguirla hasta Tours al tiempo que dejaba un rastro falso... No me gusta mucho. Demasiado forzado y demasiado fácil. Es una persona fría, sí, le gusta planificar, sí. Pero significa considerarle como si fuera un Ripley, un psicópata infantil. Porque poner el cadáver en el coche de papi y luego arreglárselas para estar por ahí, para poder disfrutar del descubrimiento, sería una auténtica jugada Rippleniana. Y eso, creo, es ir un poquitín demasiado lejos. Le divierte todo tanto..., y eso es de Ripley.

El personaje de Patricia Highsmith se ha convertido en un prototipo policial para los horribles jóvenes que cometen crímenes psicopáticos.

—No hagas nada que le alerte.

—Totalmente seguro de sí mismo...

—¿A quién tienes esta tarde?

—A la hermana. Dejaré a los adultos para mañana.

—Una solidaridad familiar muy fuerte. Deben saber. El padre debe darse cuenta.

—No es agradable estar en su pellejo.

Seguía sin hacer viento. Un cielo como un océano demasiado azul, un raudal de sol excesivamente caliente para el mes de marzo.

Un tiempo falso y traicionero. Helaría por la noche. Afuera del enorme y resplandeciente ventanal, abrigado con Johnson, del Holiday Inn había un paisaje inmaduro de fino césped y exiguas coníferas jóvenes, que tenían un desagradable aspecto artificial como de una tarjeta postal suiza. El sol que daba en el cristal calentaba tanto la habitación que Castang apagó la calefacción.

Patience no era ni vulgar ni bonita. A su pelo rubio ceniza le faltaba brillo pero estaba bien cortado. Su piel era pálida, en todo su esplendor una perla, pero la mayoría de las veces pastosa. Las facciones eran bonitas; ojos encantadores, boca agradable, la nariz un poco protuberante. Buena figura y piernas excelentes; manos y pies muy bonitos. Las ropas como las de la realeza, escogidas, de buen gusto; pero como están mal cortadas, el resultado es irremediablemente poco elegante. La voz de una chica inglesa muy bien educada: suave y clara, y terriblemente aguda.

Patience devolvió el largo escrutinio con aplomo y seguridad. Rostro feo pero no desagradable. Los brillantes ojos pálidos eran grandes y nada furtivos. Frente llena de arrugas como la de un mono. Pelo oscuro y áspero que iba en todas direcciones. El rostro lleno de bultos y depresiones, con las mandíbulas demasiado desarrolladas, pero compensadas por una amplia boca delgada y fuertes dientes marrones. Muy limpio realmente. Estúpidas ropas hombrunas, pero limpias y bien planchadas, y los zapatos debidamente enlustrados. En general bastante atractivo y daba una muy buena impresión. ¡Si no fuera porque era francés! Hay un axioma que dice que nunca, bajo ninguna circunstancia, se puede confiar en los franceses.

Patience trabajaba en el despacho de un agente inmobiliario en el West End. Sabía juzgar una casa, y sabía juzgar un cliente. Cuando sonreía aparecían en su rostro unas atractivas arrugas. De todas maneras, era un policía. Y un policía francés, ¡que el Señor nos ampare! Probablemente uno recibiría ese atractivo frunce mientras él estaba ocupado colocándole electrodos. ¡Eso no la asustaba! Ella estaba a la altura de la situación.

—No sé qué preguntas puede usted realmente hacerme.

—Algunas extrañas —dijo Castang, sonriendo—. ¿Le gusta conducir el coche?

—Sí, me gusta. Es un coche precioso. Grande pero

maravillosamente manejable.

—¿Ha conducido usted casi todo el tiempo?

—Me turnaba con mi madre. A ella también le gusta. Mi padre no conduce a menudo; está acostumbrado a tener un chófer. A ninguno de nosotros nos gusta mucho conducir aquí. Tienes el corazón en un puño. Los conductores franceses son sencillamente asquerosos. Maleducados y egoístas.

—Totalmente cierto; lo son. ¿Más impresiones?

—¿De Francia, quiere decir? Bien, lo mejor será que intente ser cortés. Realmente nos encanta el paisaje, y la comida y todo eso tiene gracia. Nos hubiéramos divertido si no hubiese ocurrido este percance.

—Sí, fue mala suerte. La señorita Laetitia Toth nos ha dado muchas preocupaciones. Disfrutaba complicando y dramatizando las cosas. Pero era muy bonita.

—No puedo darle mi opinión sobre esto.

—Me veo obligado a irrumpir en su vida privada hasta cierto punto. Intentaré no ser demasiado entrometido.

—Le haré saber sin falta, cuando sea necesario.

—¿Usted no está casada ni comprometida, creo? ¿Vive en casa?

—Sí. Había tenido un piso, pero ahora encuentro que sale más a cuenta ir y venir a diario, vivir en casa. Mi madre y yo nos llevamos bien. Tengo mi trabajo, desde luego, y me gusta.

—Cuando se case, ¿seguirá trabajando?

—No, al llegar a ese punto no creo que lo haga. Me gusta llevar una casa y formar un hogar. Y creo que uno debe criar a sus propios hijos. Puede que me gustase volver al trabajo más tarde. Dependería del esposo.

—Usted sería un cónyuge con igualdad de derechos en el matrimonio, creo.

—Cielos, sí. Odio a las mujeres de felpudo. En primer lugar creo en la igualdad en la toma de decisiones, y tengo un carácter fuertemente decidido.

—Entretanto, usted está contenta de vivir en casa.

—No veo nada ilógico en eso. Soy tan moderna o emancipada como cualquiera, pero creo firmemente en el valor de una unidad familiar. Hemos estado siempre fuertemente unidos unos a otros, como familia.

—Su hermano, también.

—Bien, él es un chico, es diferente; tienen esa necesidad masculina de mostrar su cresta y sus espolones. Hace un poco de ostentación, porque todavía es algo inmaduro. Pero también lo tiene, el lazo quiero decir.

—Fidelidad, lealtad, características fuertes en usted.

—Ciertamente. Y dar la cara por lo que uno cree. No se equivoque, le tengo cariño a mi hermano. Nos peleábamos mucho cuando éramos niños, como es natural. Y yo era la mayor.

—El trabajo policial nos enseña también el valor de la familia.

—Mi madre hace muchas cosas dentro de la asistencia social; debería hablar con ella realmente. Y ha recibido formación pedagógica. Puede que se nos considere anticuados debido a mi padre, quien puede comportarse de forma un poco victoriana, pero decididamente yo no lo soy.

—Estoy sumamente interesado. Los negocios primero, pero no tardaremos demasiado. El primer escollo, como usted sabe, es la cuestión de las ropas de la señorita Toth desperdigadas por la carretera. La deducción, casi inevitable, es que alguien les siguió lo suficientemente cerca como para observar sus movimientos. ¿Utiliza usted a menudo el espejo retrovisor cuando conduce?

—Pues claro que lo hago. No solamente aquí; también hay conductores horribles en mi país, si le he de ser franca. Soy muy prudente. Nunca fuimos de prisa. Esto nos ha desconcertado infinitamente. Quiero decir que es difícil darse cuenta de si hay un coche extraño, pero si se mantuviera cerca, siguiéndome durante toda una mañana, es seguro que me daría cuenta. No puedo explicarlo. Paramos donde dijimos para poner gasolina, y paramos un par de veces más para mirar el paisaje, y ese puente sobre el agua; bien, por qué fingir, mi padre se fue detrás de un árbol, y supongo, no me importa decirlo, que yo también lo hice.

—Aprecio su franqueza.

—De modo que si nos seguía un coche, nos hubiéramos tenido que dar cuenta. Tan solo puedo decir que no nos dimos cuenta.

—¿Es concebible, desde su punto de vista, que alguien vea un coche varias veces, pero debido a que es de un modelo y color común, supone sin pensarlo que se trata de varios coches diferentes?

—Supongo que esa es la única respuesta lógica. Realmente no estudiamos a los coches, más que como peligros circulatorios. El tráfico es denso alrededor de las ciudades, fluido entre ellas.

—En su declaración anterior usted se sentía bastante segura de que el coche no había estado nunca solo. Pensándolo detenidamente, desde entonces no ha cambiado de idea.

—Bien, es terriblemente difícil que te hagan preguntas sobre cosas que en su momento no tenían gran importancia, y uno empieza a preguntarse. Como estar tumbado en la cama y pensar: ¿cerré la llave del gas? Pero realmente, usted sabe... Hubiéramos debido cerrar el coche. Estaba lleno de equipaje, y se tiene que ser muy cuidadoso en todas partes a causa de los rateros. Estando solos siempre hubiéramos cerrado el coche, y al dar la vuelta se cierra todo. Aquella vez en Tours estábamos cansados, y el joven del equipaje era servicial y, ¡maldito hombre!, debe de estar mintiendo. Nunca hubiéramos dejado el coche abierto. Es todo demasiado fantástico para creerlo. Le ha causado una enorme preocupación a mi padre, y casi ha hecho que mi madre se volviera loca. Debe creerme; de alguna manera nos han hecho una jugada odiosa y muy hábil.

—Si es así —dijo Castang—, la investigación lo descubrirá. Después de todo, es para lo que está concebida.

44

Rosemary

VERA CONDUCCIÓN MUY BIEN. Tenía un cambio de marchas automático, y los pedales de control poseían dobles manuales por si se le «dormía» el pie. Castang se había agenciado en la prefectura un adhesivo para el parabrisas que decía GIG, abreviatura de *Grande Invalide de Guerre*, lo cual le confería varios pequeños privilegios y consideraciones; el ser la esposa de un policía también puede ayudar. La silla de ruedas plegable que ya no usaba en la casa estaba guardada en la parte trasera del coche; sus bolsillos de lona eran prácticos para meter los materiales de dibujo. Dibujar el jardín de los jesuitas a principios de primavera, antes de que sus huesos estuvieran cubiertos por el follaje era una combinación de trabajo y de placer. Puesto que era uno de los orgullos de la ciudad, se podía hacer una especie de álbum. Cuidadosamente encuadernado, en una elegante edición limitada, podía convertirse en un regalo bonito para visitantes municipales distinguidos.

El colegio de los jesuitas, ahora una escuela para la formación de profesores, era un sobrio y hermoso edificio del siglo dieciocho. Para sus meditaciones de naturaleza peripatética y recreativa, los padres habían construido un inmenso jardín en la parte trasera, y al ser jesuitas lo habían llenado de elementos de interés científico a la vez que de un admirable buen gusto. Había incluso un pequeño observatorio en el extremo más alejado que lindaba con el campus

universitario.

La Revolución declaró, con indignación, que todo aquello era propiedad del pueblo, pero no hizo nada con él. Los jesuitas, al regresar imperturbables con la Restauración, limpiaron el terrible desorden, eliminaron las huellas de vandalismo, y lo volvieron a levantar de nuevo en el más moderno estilo inglés, basado en el romanticismo de Walter Scott, de modo que incluso Stendhal, que odiaba a los jesuitas, se sintió lleno de admiración. Un lago estilo Lamartine, misteriosos desfiladeros rocosos y una cascada. Los misioneros que volvían de las Américas e incluso de China, todos excelentes botánicos, trajeron especies exóticas y esencias extrañas. Cuando la Tercera República echó a todas las órdenes religiosas, era ya demasiado tarde para que el mal gusto pudiera hacerle mella. Ninguna falsa ruina gótica cubierta de hiedra vino a estropear esta exquisita creación. El invernadero de naranjos y palmeras Napoleón III, en hierro y vidrio de estilo Baltard, era más pequeño pero más bonito que el de sir Joseph Paxton. Todo el parque era hoy en día el orgullo y la alegría de los jardineros municipales, y se le cuidaba de manera inteligente. Vera, que estaba haciendo un dibujo en sepia del enorme ginkgo chino, se dio cuenta de que la estaban observando.

La gente es casi siempre silenciosa y considerada. Su concentración hubiera continuado intacta a no ser por una pareja, un caballero mayor, alto, y una dama regordeta de mediana edad con un enorme bolso, que le llamaba la atención. Supo al instante que aquel era el juez de Castang y su esposa. No tan solo eran inconfundiblemente ingleses, lo cual era raro en esa época del año, sino que tenían porte distinguido. Les sonrió alentándoles.

—Lo hiciste muy bien realmente —dijo Castang aquella tarde—, y no podría interesarme más. ¿Cómo lo conseguiste?

—No fue nada difícil; los ingleses siempre son abiertos y afables en público; son los franceses los engreídos y severos. Y estaban aburridos. Los museos y las salas de arte están muy bien, pero cuando tienes algo en la cabeza que te está causando gran ansiedad, los árboles y el agua te atraen más que la arquitectura. El hermoso día les incitó a salir, igual que hizo conmigo. Son unas personas encantadoras y cultas. Almorzamos juntos. —Castang rio a carcajadas con alegría—. No querían comer de restaurante; hicimos

una especie de merienda en el pabellón de la terraza. El camarero se comportó de modo un poco *snoob* con mis emparedados, ellos únicamente quisieron ensalada, y el viejo le chasqueó dándose importancia y diciéndole que trajera el mejor vino blanco que tuviera. Debiera haber sido un «Jesuitengarten» dijo, conoce Alemania mejor que Francia, pero nos trajeron un soberbio Hospices de Beaune, del que he olvidado el nombre. Nos lo pasamos bien. Nos quedamos hasta las cuatro, cuando empezó a hacer fresco. No terminé mi trabajo, pero consideré que estaba trabajando para ti.

—Y tanto. ¿De qué hablasteis?

—Oh, cosas corrientes. Nacionalismo, ya sabes. Me sentí muy checa. Son muy prudentes hablando de Alemania, pero les gusta infinitamente más que Francia. Se tiene que comprender a los ingleses. Francia es el enemigo tradicional; la desconfianza y la aversión son fundamentales, clavadas desde siempre. Los romanos y los normandos solo fueron intrusos que no trajeron nada bueno a los honrados sajones. ¡Deberías oír al viejo hablando de la ley normanda! Y Shakespeare fue según él una catástrofe. Su pasatiempo favorito es el nórdico antiguo; puede citar de memoria largas sagas.

—¿Y crímenes? —A Castang le importaban un comino las sagas, a menos que fueran de los Forsythe y reales.

—Están preocupados los dos. Profundamente afectados. Ellos no hablan de ello pero está todo el tiempo en sus ojos. Ella dijo, sin darse demasiada cuenta, que estaban atascados aquí como testigos de una investigación de homicidio y que esto era horrible; y que suponía que lo había leído en los periódicos. Yo dije que sí, desde luego, pero que no creía lo que decían, así que soy una aliada además de ser checa. Ellos no sabían nada sobre arte checo claro, solo conocían la cerveza y Jiri Trnka, pero cuando les tocó el turno de preguntar qué hacía yo en Francia... No pude mentir. Espero que no te enfades conmigo —dijo Vera—. Su tremenda honestidad...

—Verdaderamente. No creo que pudiera causar ningún perjuicio.

—Dije sencillamente que estaba casada con un policía francés, que era el agente que les había tomado las primeras declaraciones, de modo que era normal que monsieur Richard le hubiera

designado para seguir adelante, puesto que era el único del departamento que podía mantener una conversación en un inglés reconocible...

—Y entonces... —dijo Castang sin expresión.

—Les cogió desprevenidos, desde luego. Pero eran demasiado educados para hacer comentarios, y demasiado genuinamente simpáticos para ser hostiles. Eso es lo que son, genuinamente simpáticos. Él dijo con brillantez, muy en su papel del juez, que se negaba a permitir que eso alterara los sentimientos de amistosa sencillez en los que se había basado este encuentro, y que mi franqueza me honraba.

—Es verdad.

—No es ninguna virtud. No puedo ocultar cosas; tengo que dejarlas ir.

—¿No te das cuenta de que la franqueza incita a la franqueza? —dijo Castang—. Me has hecho un gran favor.

—Tenía tanto miedo de haberlo enviado todo a la mierda —dijo Vera, a punto de llorar.

—Tuve el placer de conocer a su esposa —dijo Rosemary—, fue un auténtico y sincero placer. No debería decir esto. Podría parecer como si estuviera intentando obtener ventaja alardeando de una amistad. Desde luego, comprendo que usted está simplemente cumpliendo órdenes. Yo no puedo juzgar sus dibujos, aunque me parecieron muy buenos. Supongo que no es decoroso que le diga que no pude evitar sorprenderme al enterarme de que una artista es la esposa de un agente de policía; debe ser algo raro en cualquier parte. Pero no puedo dejar de decirme que eso aumenta mi respeto hacia usted. Espero que no lo considere como un comentario poco equitativo; no estoy intentando obtener ninguna ventaja, ni colocarme en una posición privilegiada. Tengo que mencionarlo, ¿sabe?; tuve la impresión de que ella también se sentiría obligada a mencionárselo.

—Y tanto que lo hizo: siempre lo hace; su carácter es así. No, esto no altera las cosas. No puede convertirse en una celebración social, ojalá pudiera.

—Tan solo lamento haber sido grosera en nuestro primer encuentro. Pero todo parecía tan trivial y absurdo entonces; comprenderá que mostrásemos impaciencia. Ahora parece una

trampa horrible, ya que todas las circunstancias nos acusan. ¿Qué demonios puedo decirle en respuesta a sus preguntas?

—Tengo muy pocas preguntas. Debo hacer un *mise au point*, no necesitamos que monsieur Malinowski traduzca eso.

—Una aclaración quizá. O poner las cosas en el orden que les corresponde.

—Me callaré —dijo el intérprete, sonriendo.

—Desde luego, el que mi esposa se encontrase con ustedes, y le gustasen, no altera mi actitud con respecto al trabajo que se me ha encargado hacer —dijo Castang—. Pero puede cambiar mi enfoque. Para ser franco, ayer cubrí el terreno en cuanto a sus hijos y, aparte de verificar algún detalle aquí y allá, si se me permite, me gustaría preguntarle más sobre la educación recibida. No me refiero a la cuestión de clase. No creo que haya demasiada diferencia. En todas partes, la mayoría de los jueces provienen de un sector burgués privilegiado de la sociedad, que supongo es clase alta o clase media alta. Lo que estoy intentando insinuar es que en ambos lados del Canal existe una tradición, ¿no es así? De servicio al Estado, supongo. ¿De integridad o lealtad hacia unos ideales? No estoy seguro de haberlo definido correctamente; me gustaría oírlo de su boca.

—Sí, desde luego. Quiero decir que sí en ambos casos; tiene usted razón y existe. O existía; parece que hoy en día estamos en peligro de perderla. Esa tradición, o así nos gusta considerarla, de devoción al bienestar público fue lo que construyó un imperio. Verdaderamente no pensamos en él como en una apropiación comercial. Nos educaron en la creencia de que nos debíamos a un ideal de responsabilidad, una dedicación casi religiosa. Eso suena bastante ridículo hoy en día pero le aseguro que era así.

—No sé mucho sobre el tema —dijo con cautela—, pero entiendo la idea. Responsabilidad. Nosotros, es el modo de pensar en general de la policía así que no estoy expresando un sentimiento personal, lamentamos el deterioro de la responsabilidad individual. Ahora se carga todo en hombros del Estado.

»De alguna manera, nos deja atrapados —siguió Castang—. ¿Cómo escapa uno de ello? Quiero decir que nadie quiere volver atrás, incluso si pudiera. Sin seguro médico, o protección para el desempleo, o tener que pagar las tasas universitarias, es impensable.

Pero cuanto más hace el Estado, más queremos que haga. No puede hacerse cargo de todos los deberes de una familia.

—Estoy realmente de acuerdo —dijo Rosemary, en el tono de voz que se emplea en un cóctel, alegre y artificial.

Su redondo rostro acolchado era hermoso; detrás de él había huesos grandes y fuertes, un cutis excelente. A diferencia de la palidez de su hija, tenía un subido tono natural. El cutis era de grano fino, y no escatimaba dinero para cuidarlo. La multitud de diminutas arrugas solo se ponía de manifiesto bajo aquella fuerte luz. El rostro de una reina madre.

—Responsable significa tener que responder —dijo él categóricamente.

Se arrepintió en cuanto lo hubo dicho, porque ahí la perdió, y se dio perfectamente cuenta. ¿Fue por el tono de voz, demasiado parecido al de un maestro?

—La etimología de esta palabra, tú, Jenkins, el de la esquina. No pongas esa cara de tonto. Es un verbo francés vulgar. ¿Alguien? ¿No? *Répondre*. ¿Cuya raíz latina es...? ¿Nadie? Oh, Dios mío. —Apatía por todas partes. ¿De qué idioteces estaba hablando el viejo estúpido ahora?

O la había acorralado demasiado bruscamente en una esquina de la que no podía escapar.

—Es un poco como un juego de palabras, más bien.

Se rompió la tensión y también el hilo. Buscó un cigarrillo en su bolsillo.

—Lucciani, tal vez podrías traernos un poco de café. ¿Le gustaría tomar uno, lady Armitage?

—Creo que me gustaría, sí.

Encendió el encendedor, mientras revolvía sus papeles.

—Me gustaría repasar este horario.

—Oh —en tono inocente—. Pensé que habíamos terminado.

—Hay un incómodo intervalo que nos preocupa —explicó Castang cortésmente—. Perdemos de vista a esta mujer viva en Caen, y la volvemos a ver muerta, aquí.

—Nunca la vi de ninguna de las dos maneras —dijo Rosemary—. Sencillamente tendrá que aceptar mi palabra.

—Desde luego —dijo Castang—. Ella conducía un pequeño coche rojo japonés. Aquí tiene una fotografía en color.

45

El Collado de Galibier

CASTANG HABÍA IDO EN BICICLETA, ¿hasta qué parte de la colina? ¿A la mitad? Había innumerables curvas cerradas zigzagueantes; todas parecían iguales y hacía tiempo que había perdido la cuenta. Tampoco se podía apearse para descansar y merendar, y efectuar un tranquilo reconocimiento para ver a qué altura se encontraba de las cumbres alpinas. Una etapa de montaña en el Tour es un esfuerzo mayor del que uno hubiera creído poder exigir a su cuerpo. En algún sitio hay una meta, y una persona para sujetarte mientras te caes de la bicicleta, y darte un trago de agua. Pero no sabes dónde está. ¿Cuatro curvas más en aquella carretera zigzagueante? ¿Seis? ¿Ocho?

Colina no es una palabra con un significado preciso. Los altos puertos de montaña de los Alpes son carreteras estratégicas, lo suficientemente anchas para el armamento. La pendiente es de alrededor de un doce por ciento. Las curvas no tienen visibilidad, recodos de roca desnuda en un lado y escarpados precipicios en el otro. En la parte interior hay una torrenciosa toscamente asfaltada para llevarse la lluvia y la nieve derretida. Hoy en día, el firme es liso, bien cuidado, y no debiera haber demasiados baches; todavía pueden suceder muchas cosas desagradables de camino hacia la cumbre.

En una etapa de montaña hay dos, incluso tres de estas duras

pruebas. El Galibier es la clásica. Tiene más de tres mil metros de altura. Súbelo —o bájalo— y puedes decir que sabes montar en bicicleta.

El Tour cubre cuatro mil kilómetros de muy variado paisaje francés, pero se gana y pierde en los puertos de montaña altos.

El comisario Richard no estaba allí hoy, a la hora del almuerzo. Había ido a Ginebra para almorzar con un policía suizo. Existía una cuenta bancaria que guardaba, según se creía, el dinero del rescate de un secuestro. Castang dejó que fuera Lucciani quien comiera las hamburguesas. El día que te propones ascender al Galibier has de cuidar lo que comes y lo que bebes. Tampoco hay que tomar medicamentos.

El conductor de la policía, conduciendo un Peugeot negro modelo sedán de tamaño mediano, trajo al señor juez Armitage a las dos y cuarto exactamente. El señor Malinowski se había comido una hamburguesa con mucha salsa, pero nunca eructaba y llevaba un cepillo de dientes en su bolsillo; la traducción simultánea tiene muchos escollos, no todos ellos etimológicos.

Hay dos maneras de subir a la colina. Uno puede permanecer en pie, con las puntas de los pies sobre los pedales, mirando directamente al frente, efectuando una serie de rápidas aceleradas. O bien se puede pegar el trasero al sillín, bajando la cabeza hasta meterla entre los codos, escogiendo y manteniendo un ritmo uniforme.

—Llega el momento —dijo Castang— de hablar directamente. No hay manera de evitarlo por más tiempo.

El juez estaba encendiendo su pipa, algo que no había hecho antes con los dos policías a su alrededor.

—No me gusta este trabajo. Me hace aparecer ridículo, y a nadie le gusta eso. ¿Cómo puede un agente de policía sin importancia discutir puntos legales con un hombre de su posición y experiencia? No puede. Pero cuando tiene que hacerlo, lo hace.

El juez escuchó la traducción tranquilamente, echó una bocanada de humo y dijo con calma:

—Aquí no soy un juez. Soy un ciudadano particular. Entiendo lo que quiere decir, desde luego; un hombre como yo no puede ser nunca un ciudadano totalmente particular, ni siquiera durante su propio desayuno. El problema es conocido; todo juez ha aprendido

esa lección. El poeta Kipling tenía una gran facilidad para expresar las verdades sucintamente, en versos que a veces eran vulgares pero sorprendentes. Un hombre de mi generación se ha criado con muchos de ellos, que son muy aptos para esta ocasión. Por ejemplo:

*Iría sin camisa ni zapatos,
amigo, tabaco o pan,
antes que perder por un momento los dos
lados diferentes de mi inteligencia.*

El señor Malinowski dudó un segundo en el último verso, pero Castang entendía lo suficiente ese inglés sencillo.

—Bien, pero desgraciadamente me veo obligado a crear confusión entre ambas. Por un lado, tengo algo personal que decir. Dirigido a la persona. Por el otro, un policía hablando en términos técnicos con un magistrado, sobre un tema judicial.

—Nosotros lo llamaríamos hacer un sometimiento. Pruebe con eso primero. No tiene por qué titubear. El respeto a un sometimiento es el primero de nuestros deberes.

—Al examinar modelos de conducta antisocial, a veces encontramos un tipo que nos preocupa más que otros. Es indudablemente médico a la vez que legal, de manera que le llamamos sociopático, o actitud patológica frente a la sociedad, aunque creo que ningún país lo acepta como defensa en términos de enajenación mental de acuerdo con la ley. Uno puede decir médico, puesto que las personas que manifiestan este comportamiento responden a diferentes definiciones. Son muy inteligentes, con personalidades brillantes y atractivas; encantadoras, francas, sinceras, de confianza y abiertas.

—Un modelo que está dentro de la experiencia judicial, ciertamente, el granuja simpático.

—Aún no sabemos qué les empuja al crimen. Parecen tener necesidad de correr riesgos. Tienen una poderosa confianza en sí mismos, una certeza de que tendrán éxito que hace que a menudo lo tengan. Como todos los criminales vanidosos, se autoadmiran hasta llegar al narcisismo. También sacan buenas notas en astucia, disimulo, credibilidad... Serenos y rápidos para improvisar. Capaces de explicar cualquier cosa, siempre de esa manera atractiva y abierta. Jamás se les ocurriría admitir su culpabilidad, puesto que

no tienen este sentimiento, y una vanidad que pasa por encima de tales conceptos; la culpabilidad no tiene que ver con ellos. Lo único que les preocupa es evitar que les cojan. No se les encuentra con tanta frecuencia, pero tampoco son tan escasos, y parece que van en aumento, ya no son una rareza médico-jurídica. Generalmente se les llama inmaduros, porque parecen incapaces de resistirse a sus deseos. El policía aprende a temerles, porque bajo interrogatorio no muestran inquietud, no se desconciertan ni se muestran preocupados. Dan vueltas en torno a él y se ríen. Conocen sus derechos, y cómo sacar ventaja de ellos. Incluso ante un tribunal, a menudo las acusaciones que se les hacen se basan en cosas circunstanciales. Estaban por allí, tuvieron la oportunidad. Los medios, quizá. Motivos, quizá, siempre y cuando uno comprenda realmente qué es lo que les motiva. Como un interés financiero. Pero a menudo es algo que ninguna persona normal aceptaría como estímulo para el crimen.

—¿Ese es el sometimiento? Hipotético, hasta ahora. Sin duda la segunda fase de su alegato tiene que ver con ello.

—No conozco bien a su hijo. Después de tratarle superficialmente, presenta algunas de estas características. Eso es inquietante.

—Debe presentar sus pruebas, ya lo sabe.

—Circunstanciales solamente, lo cual lo debilita muchísimo. Estamos convencidos de que trabó amistad con Laetitia Toth, y que pasó la noche con ella en un hotel cerca de Caen. Él siguió hacia Versalles, ella hacia Tours. Creemos que decidió ponerse en contacto con usted, quizá para presionarle. Lo único que sabemos seguro, pero no es de mucho peso, es que estaba embarazada de algunas semanas. La firme opinión de usted sobre el aborto, sin embargo, es del dominio público. Como motivo para suprimirla, suponiendo la existencia de una amenaza de descubrirlo o de escándalo, parece lamentable. Aunque el motivo no es siempre una buena base para investigar. Creo que en eso es en lo que erraron los agentes de policía ingleses, en ponerle tanta importancia al *cui bono*.

—No es demasiado. ¿Hay más?

—Algo, a mi juicio no concluyente. Alguien, que únicamente puede tener una personalidad sociopática, pensó que era divertido

sembrar muchas pistas falsas para implicar a su familia. En nuestra opinión eso elimina toda posibilidad de un asesinato profesional; nadie se arriesgaría a que le vieran de manera tan fantástica. Poner el cadáver en su coche, para empezar, pero ir colocando ropas y cosas por la carretera... Eso provocaría, y lo hizo, gran confusión y humillación. Por razones desconocidas, hasta ahora, para nosotros. En mi opinión, seré franco, se demuestra en el hecho de que se las arreglara para estar cerca en el momento en que era probable que se descubriera el cadáver, una vez que por una coincidencia estúpida no fue descubierto en Tours. Pareció divertido ante el descubrimiento. Un tipo de equipaje tremendamente molesto para un juez. Una pequeña pero exquisita complicación para la policía francesa e incluso para el gobierno francés. Con unos medios bastante simples, se crea un incidente internacional. No es un homicidio, es una enorme broma macabra. En nuestra opinión es sociopático en concepto y en ejecución.

—Estoy obligado a señalar que sus premisas son sumamente frágiles. Ni siquiera puede situar a su presunto autor en el lugar.

—Me doy perfecta cuenta. No he tenido tiempo, aunque puede que el tiempo no me ayude.

—Usted supone una relación que duraba ya un mínimo de algunas semanas, y una relación física. No se ha demostrado que existan indicios de un encuentro.

—Con todo mi respeto, no creo que mis colegas ingleses lo hayan intentado muy a fondo. No les culpo. Naturalmente se sentirían muy reacios a creer cualquier cosa que pudiera afectar a un hombre de categoría pública. Su familia tiene el derecho, cito la frase dicha por el juez de instrucción a monsieur Richard, «de disfrutar de una incredulidad inicial». Y a la policía de todas las naciones le disgusta hurgar en situaciones con una potencial susceptibilidad política. Somos desgraciadamente conscientes de que puede afectar adversamente nuestra carrera. Nosotros no tenemos la protección de que disfruta un magistrado; a nosotros nos pueden echar.

»Creo que todo esto estaba presente en la mente del autor del crimen. Contaba con ello. Creo que también contaba con unos lazos familiares. ¿Cómo podría cualquier miembro de su familia reconocer que lo sabía o sospechaba? Nos tiene a todos con el agua

al cuello. Excepto, realmente, a usted...

—Ya le veo. Su deducción, pertinente si bien poco atractiva, es que en estas circunstancias, yo debo haberme dado cuenta del significado de los descubrimientos, y habiéndome planteado la inevitable deshonra y desacreditación que su descubrimiento o corroboración pueden acarrear, escojo permanecer en silencio. ¿Es correcto?

—Rotundamente no, ya he deducido demasiado. Me veo obligado por las circunstancias a exponérselo formalmente y a esperar una respuesta. De todas maneras, ninguna ley nuestra le obliga a dar una respuesta. Usted sabe tan bien como yo, que con la evidencia disponible, o de la que podemos disponer, no puede pronunciarse ninguna acusación. Nos veremos obligados a archivar el asunto. Lo llamamos un IV: Investigación en Vano.

—Ya veo. Me encuentro así en presencia de un agente de policía convencido de la culpabilidad de mi hijo en un homicidio, y de mi encubrimiento criminal de este conocimiento de su culpabilidad. Bonita idea se ha formado usted de mi familia. Usted, entonces, para hacer que me enfrente a mis responsabilidades, me cuenta sus certidumbres y agrava mi carga admitiendo hábilmente su propia impotencia para seguir adelante en el asunto. ¡Hum! Y además que todo esto haya tenido que pasar en Francia. Un país que como usted no puede haber dejado de observar, no es el que en más estima tengo. Usted utiliza mis propias armas contra mí, puesto que yo estoy en desventaja. Me he quedado sin aliento: permítame un momento.

46

La cima de la montaña

EL JUEZ ENCENDIÓ una cerilla francesa, que se le rompió en los dedos. Otra, que se encendió y se apagó al instante. Agitó la caja y la miró con irritación. Castang se mantuvo en silencio, dándole la razón secretamente. La fabricación de cerillas en Francia muestra una misteriosa repugnancia a reformar sus malas costumbres. También muestra una mezquina tacañería, por Dios; la caja nunca está llena.

—Dígame ¿ha discutido esta teoría con sus colegas? ¿O con el juez de instrucción?

—El comisario Richard conoce mis ideas. Él no me ha confiado las suyas. El juez no. Él pidió una investigación y espera los resultados, que interpretará como le parezca. No daría mucha importancia a las conclusiones sin fundamento de un oscuro inspector de la PJ.

Asintió con la cabeza.

—Debe de haber, creo —siguió el juez—, una creencia general en Inglaterra, en el sentido de que la administración de las cosas aquí adolece de un grave defecto. Como un ingeniero, por tomar un ejemplo, que recibe una educación muy buena en el campo de la teoría, pero la realización práctica de su reconocida brillantez resulta defectuosa o se estropea con molesta frecuencia. ¿Como si hubiera un desequilibrio fundamental en su manera de pensar?

Debo decir que he escogido un ejemplo del que sé muy poco.

—Es célebre —dijo Castang alegremente—. Construimos magníficos prototipos, y somos incapaces de fabricar una serie con viabilidad comercial. La empresa de electricidad estatal diseña una hermosa máquina para producir energía, sin pensar ni por un segundo en el efecto que pueda tener en las vidas de la gente normal, y se muestra de lo más sorprendida e indignada cuando se le dice que nadie lo quiere. Una especie de despótica autosuficiencia.

Asintió con la cabeza.

—¿Una estrechez de miras? ¿Una cierta rigidez?

—Exacto. Añada un gobierno que no confía en sus ciudadanos y no les quiere consultar. Es difícilmente sorprendente, entonces, que los ciudadanos no confíen en su gobierno. No solamente los franceses, parece ser universal.

—Tomando el campo que yo conozco mejor: la ley. Se nos acusa a menudo de aferrarnos a instituciones absurdamente anticuadas y caducas. Nosotros respondemos que siglos de experiencia demuestran que proporcionan un buen resultado pragmático. El argumento para conservarlas es igualmente convincente; otro ejemplo de pensamiento empírico. Ahora ustedes, tal y como lo vemos nosotros, han sido dotados con unas instituciones legales cuya teoría parece superior a la nuestra. Sin embargo, demasiado a menudo, el resultado, el fallo dictaminado por el tribunal, parece igual de confuso y desconcertante.

—Todo demasiado cierto, me temo, y sé de alguien que está de acuerdo.

Maldita sea, parecía como si estuviese hablando Richard.

—Para reducir las cosas al asunto que nos ocupa —siguió el viejo de forma implacable—, aunque claramente impropio viniendo de uno que está él mismo implicado, es decir yo mismo, le planteo el hecho de que usted es vulnerable a esta misma crítica.

—Soy consciente.

—Usted tiene una teoría, y teóricamente el argumento en su favor puede considerarse convincente. Pero al no estar respaldado por evidencias no puede pasar las pruebas que un Tribunal, me refiero a nuestros tribunales, insistirá en efectuar. De hecho, debo decirle que mi opinión en un estrado sería que no había caso que

juzgar. El representante del Ministerio Fiscal, aproximadamente el equivalente a su Cámara de Acusación, creo que hubiera llegado a la misma conclusión antes que yo.

Castang empezó a recoger sus papeles cansadamente. Este anciano, que parecía tan envarado, era mejor escalador que él. Llegó arriba el primero. Sus piernas parecían de algodón.

—No llegará tan lejos como la Cámara de Acusación —dijo—. Si llega al juez de instrucción será solo en un sentido formal, de que anule nuevas medidas. Mi propio superior, el comisario Richard, aplicaría su razonamiento a mi sumario.

Volvió los papeles boca abajo y encendió un cigarrillo. ¿Qué expresión pondría el joven Lucciani al tener que pasar a máquina todo aquello? ¡Sería mejor que lo hiciera él mismo por pura autodefensa!

Sorprendentemente, el juez no mostraba ninguna señal de querer huir hacia el aire libre.

—Usted me ha presentado, señor Castang, un enigma clásico, descrito en forma clásica en un libro excelente que dejó inacabado un gran escritor, que estaba algo relacionado con la ley: Robert Louis Stevenson.

—Siento decirle que no me dice nada.

—¿No? ¿*Weir de Hermiston*? Debería consultarlo, le interesaría. Vale la pena. El nombre es el de un juez, un juez de la horca, conocido universalmente por su erudición y por su integridad, pero también por su comportamiento autoritario y brutal en el tribunal. Tiene poco contacto con su hijo, un joven imaginativo y sensible, el cual queda un día escandalizado e incluso horrorizado por la aparente insensibilidad demostrada por su padre al sentenciar a muerte a un criminal sórdido y vulgar. El joven decide protestar públicamente, arruinando por ello su prometedora carrera en la universidad. Existe una analogía, remota pero válida, con experiencias mías.

Castang escuchaba.

—En una escena bellamente escrita, el hombre de edad rehúsa con desdeñoso orgullo justificar su conducta ante su hijo y destierra al joven a una remota existencia rural, en una granja de la meseta, donde solo, confundido y aturdido por un amorío con una inocente joven campesina, el hijo comete un crimen funesto. Aquí termina la

historia, con la inoportuna muerte del escritor. Hay bastante confusión sobre cómo iba a terminar la historia. La intención original del escritor, tal como aparece en las cartas, era que el joven fuera juzgado en el propio tribunal de su padre. El escritor tenía planes para modificar este tosco desenlace melodramático. Cómo hubiera intentado exactamente resolver el problema no se sabe. Seguimos en la duda.

»No hay ningún paralelismo aquí, señor Castang, con ninguna situación en la que yo me encuentro. Incluso si estuviera convencido por sus razonamientos teóricos, lo cual no admito, mi formación y mi experiencia me dicen, como le he repetido, que no hay un caso legal que presentar, y mi manera de pensar es legalista.

»Dicho todo esto, me gustaría pedirle que aceptara, como cierta indulgencia, para permitirme recapacitar sobre este asunto. No me interprete mal. No tengo investigaciones que continuar o interrogatorios que llevar a cabo, en calidad de persona particular o paralelos a los que usted ha realizado. Pido algunas horas de reflexión, posponer, si me lo permite, las conclusiones de este intercambio por razones personales. ¿Tiene alguna objeción?

—No.

—¿A propósito, dónde está el comisario Richard?

—Se fue a Tours. No estaba totalmente satisfecho con algunas de las investigaciones realizadas allí, concernientes a lo que realmente ocurrió en Tours. Ese es el eje de la investigación.

—Ya entiendo. ¿Está de acuerdo, entonces, con un aplazamiento de veinticuatro horas? ¿Mañana a esta hora?

Castang forzó una mueca.

—Los tribunales se permiten estos intervalos para examinar las cosas detenidamente. De acuerdo.

¿Quién había llegado realmente el primero a la cima del puerto? No lo podría decir ni que le fuera la vida en ello.

Se montó en su bicicleta y pedaleó de vuelta a la oficina, muy despacio; las piernas aún eran como de algodón. El camino más corto era a través del campus universitario. En una pared llena de garabatos ponía: «Esta pared aparecerá pronto en edición de bolsillo» y «La Alienación Empieza Aquí». Este mensaje lleno de buenas noticias, generalmente hubiera provocado una mueca, pero ahora sacudió la cabeza ante él. La fachada exterior de la ciudad

administrativa, vuelta a pintar recientemente y en consecuencia terreno prácticamente virgen, había adquirido instantáneamente el llamamiento usual para liberar a fulanito, pero lo último, en un atractivo color violeta, era «Carmen, te quiero» a lo cual alguien había añadido «Pues líate el tuyo, Carmen no tiene tiempo», cosa que le desconcertó.

47

Trabajando hasta tarde

—FAUSTA, ¿DÓNDE ESTÁ RICHARD?

—Sentado en un tren, confío que sin leer a Agatha Christie.

Desde luego; Ginebra. No había vuelo directo, y había rehusado coger un coche. Volvería tarde y se iría directo a casa. De todas maneras Richard no podría serle de ayuda. Diría: «Quien mal anda, mal acaba». No podía protestar por eso.

—¿Quién es Carmen? ¿Y por qué tiene uno que liarse el suyo?

—Pero chico, agudiza tu ingenio. Carmen trabaja en una fábrica de cigarrillos.

—Lo que necesito es un trago.

Las costillas le producían un dolor de mil demonios. La sonrosada cicatriz, aún reciente e inflamada, le escocía de una manera terrible.

—Bueno, si te niegas a ir al hospital ¿qué puedes esperar? Siéntate en la silla de Dios Padre porque se puede inclinar hacia atrás. Sácate la camisa; veré lo que puedo hacer.

Fausta siempre podía hacerlo todo. Sacó el botiquín, le extendió e hizo tumbarse como en el dentista, limpió su estómago con un algodón empapado en alcohol de noventa grados, terriblemente frío y furiosamente *sexy*.

—Toda esta goma de mascar pasada... Y puedo ver las hilas en tu ombligo.

La herida que cicatrizaba estaba dolorida a la vez que escocía.

—Te pondré algo estéril, y luego te vendaré. Uff, ese Goltz te dejó su marca, ¿eh?

Un mechón del pelo de Fausta —todos en la PJ se jactaban de que se podía sentar sobre él— se le soltó y le hizo cosquillas en la barriga.

—Fausta, hazlo de nuevo, pero con los pechos desnudos.

—Cállate y estate quieto.

—Fausta, qué me estás haciendo; mi pene se está poniendo erecto en un auténtico delirio.

Le dio un tremendo bofetón justo en los centros nerviosos del diafragma, ante lo cual él lanzó un chillido con voz de soprano afónica.

—Suena igual que Carmen cuando la apuñalan —dijo la horrible muchacha.

Para entonces había empezado a atar cabos. Ninguna compañía de ópera de provincias se las podía arreglar ahora para pagar a estrellas internacionales. De modo que la Ópera du Rhône, la del Rhin, y alguna suiza se habían reunido. Se hacía hoy en día; se lo había explicado Vera. Con un repentino sobresalto recordó que ella iba aquella noche. Una fabulosa y *sexy mezzosoprano* negra. Y toda la ciudad, encantada de tener una auténtica melodía que poder tararear por fin... excepto él, desde luego; había estado en el Hermitage, cuando no había estado Goltzeando.

—Fui anoche —dijo Fausta—. Es absolutamente formidable.

Desde luego.

—José es un pobre blandengue; Escamillo tan solo un semental estúpido. Pero Carmen está viva. Todos los hombres de la ciudad estaban con los pelos de punta. ¿Está mejor?

—Si me rascaras la espalda sería perfecto.

—Que te la rasque tu mujer; me voy a casa.

¿Era ya tan tarde? Llamó a la operadora de la centralita, quien antes de irse dejaría la línea conectada con el oficial de guardia.

—¿Quién está de guardia?

—Lachenal.

Un enorme gorila de la brigada de Cantoni, que dormiría felizmente toda la noche.

—Déjame la línea conectada en el despacho de Richard; la

volveré a pasar cuando me vaya.

Una tarde tranquila en la oficina de la PJ; todo el mundo se largaría mientras las cosas fueran bien. Pronto se haría el silencio, y solo quedarían los pequeños ruidillos que producía la mujer de la limpieza. Ninguna otra persona trabajaría hasta tarde en los edificios; una vez que la mujer de la fregona y el cubo hubiera acabado, tan solo el conserje iría por ahí silbando mientras hacía sus rondas para comprobar ventanas y radiadores, con su perro al lado. No se molestaría con las oficinas de la PJ. Estaba acostumbrado a que la gente trabajase allí hasta tarde.

El sol se estaba poniendo, proyectando una siniestra luz roja al interior de las oficinas que daban al patio. Dibujos sobre los desnudos plátanos, y haciendo que una fresca neblina blanca se elevara del suelo. Uno encuentra tardes así algunas veces en primavera pero más a menudo en otoño; cielos despejados y tranquilos, claros y sin viento, de donde el sol brotaba durante todo el día. Únicamente cuando el crepúsculo caía de golpe, abriéndose paso hacia la noche, uno se daba cuenta de lo cerca que estaba el invierno. En el momento en que surgían los amos de la noche. Estiró la mano para coger el teléfono y marcó el número de su casa.

—No sé cuándo volveré; puede ser un poco tarde.

—Oh. Bueno, no importa, te dejaré la sopa.

—¿Por qué?, ¿vas a salir?

—¿No te lo dije? Estoy segura de que sí; no debes haber estado escuchando. Voy a ver *Carmen*.

—Oh... no, no, de acuerdo, no pasa nada.

De alguna manera, se sintió ofendido, como si ella no tuviera derecho a ir a ver *Carmen* cuando él estaba ocupado con aquella mierda.

Valdría más que se pusiera cómodo. La silla de Richard estaba acolchada y bien diseñada; podía recostarse en ella. Puedes hacer una incursión en el armario de Fausta, prepararte café, o té; incluso hay bebidas ahí. Si te quedas sin cigarrillos, Lachenal tendrá. Si el tiempo se te hace muy largo, puedes leer los archivos de Richard; incluso puedes escuchar su «cuaderno electrónico» que muy amablemente ha dejado sobre el escritorio, y que estará lleno de frases en diversos estados de perfección para las cartas e informes que dictaría a Fausta al día siguiente...

Richard ya no volvería ahora. Una vez fuera del tren de Ginebra se iría a casa directamente incluso aunque no llegara con retraso. Estaría allí a las ocho de la mañana, fresco y atento entonces, escuchando las aventuras de Castang. Pero había una docena de archivos sobre su escritorio. Castang no sabía nada del asunto de Suiza que Richard llevaba personalmente, pero era tan importante como el insignificante homicidio de una ridícula joven que se lo había estado buscando. De hecho, mucho más. La prensa había abandonado de buen grado a aquellos ingleses para concentrarse en el secuestro.

De cualquier modo Richard se había distanciado de este asunto. No había que echarle la culpa. No podía esperarse de él que estuviera a las órdenes de nadie, cuando los testigos consentían amablemente en efectuar declaraciones o someterse a interrogatorios. Richard estaba dispuesto a respaldarle, y lo haría, si era necesario, incluso a pesar de que no le había parecido bien la «táctica».

—Te has metido en una ruleta —le había dicho—. Ni siquiera estás apostando al rojo o al negro; estás apostando por un número. Estás haciendo caso omiso de la norma básica de procedimiento que dice: ten la ventaja de tu parte.

—No veo qué se puede perder. No hay ninguna evidencia propiamente dicha. Dándole y dándole uno podría, supongo, sacar un pedazo pero ¿puedes imaginarte a alguien firmando órdenes de extradición?, desde luego que no. Con ese Larkins sentado ahí todo sonrisitas condescendientes, y este tipo de la Embajada esperando para lanzarnos la mitad del Colegio de Abogados de París bajo nuestros pies.

»En estos momentos hemos reconocido tácitamente que no tenemos bases para una acusación. Hay una posibilidad, quizá, de hacer que el chico se confíe demasiado. No llegaremos a ninguna parte si actuamos estúpidamente y esperamos a que ellos se contradigan a sí mismos. Mientras que si lo presentamos todo en otro plano...

—Sigue adelante entonces —había dicho Richard con calma—. Nunca sabes la suerte que te espera. En una situación en la que de todas maneras no llevas ventaja...

Richard no decía lo que realmente pensaba.

—Se ha cometido un crimen. Usted lo sabe, sabiendo que yo lo sé. ¿Va a repercutir en su solidaridad familiar?

—Exactamente —dijo Richard—. ¿Esperas que la mafia te venga a ver y te cuente todos sus problemas? Sí, sí, mi hijo tiene malas amistades, y lo que es más, escondió el cadáver en mi coche; ahora ¿qué te parece eso?

—De acuerdo —dijo Castang—. No tienes más que enviar a Lasserre para llevar a cabo estos interrogatorios.

Richard no dijo nada; simplemente miró por la ventana. Pero parecía una viñeta de cómic...

—¡Lasserre...!

Apareciendo en el bocadillo que había por encima de su cabeza. ¡Puah! ¡Buf! Te lo tengo todo resuelto, firmado tu Buen Vecino El Hombre-Araña. Lasserre no le pegará a nadie; por lo menos no después de que se le haya dicho que no lo haga.

O Cantoni. Nosotros, los corsos, podemos tener una reputación algunas veces merecida, pero en realidad no vamos por ahí conectando electrodos en los huevos de los demás. De verdad... el viejo Lachenal, aquí simplemente un encantador y amable jugador de *rugby*. Un niño grande, en realidad.

Sonó el teléfono.

—Castang.

—Ah, estás ahí. Estoy en el hotel. La madre y la hermana estuvieron mirando escaparates, tomando té, paseando. Finalmente han vuelto, han subido a darse un baño o lo que sea, van a tomar un bocado en el restaurante, y le han pedido al conserje que les consiga dos entradas para *Carmen*. ¿Está bien?

Maldición, todo el mundo iba a ver *Carmen*.

—¿Dónde está el juez?

—No he visto ni rastro de él.

—De acuerdo, puedes ver *Carmen* también, como los demás. Fausta dice que es fabulosa. ¡Hazte amigo del bombero!

La siguiente llamada llegó casi al instante.

—Tu juez se va a dar un agradable y largo paseo. Volvió al hotel. Cogió un abrigo, bufanda y guantes, bastón, no dijo una palabra a nadie.

—¿Por dónde?

—Por los muelles. Brumoso. Frío.

—¿De modo que te pasaste por la taberna para entrar en calor? No quiero que se le pierda de vista.

—No, estoy en una cabina. Camina despacio.

—De acuerdo, no te acerques demasiado. De todas formas es un anciano; no quiero que le asalte ningún mozuelo.

—Comprendido. Solo que no tengo transporte, ¿sabes?, y si repentinamente se mete en un taxi o algo así me deja plantado.

—Cualquier cosa así y telefoneas rápidamente, y le recuperaremos a través del expedidor. Es probable que pare a comer algo.

Y ¿dónde demonios estaba Colin? Tuvo que esperar otra media hora para este.

—¡Uh, al fin! De vuelta en el Holiday Inn. Ha subido a darse una ducha, o a cambiarse. Está bien, estoy utilizando el teléfono que colocó Lucciani, que no pasa por la centralita. Cuento con que será una noche movida, ha estado preguntando en recepción donde está la acción. ¿Vas a hacer que me releven? Me conoce ya. Se ha estado divirtiendo a costa mía.

—¿Qué le dijeron en recepción?

—Oh, que vaya al Rancho del Escándalo, ¿dónde sino? A menos que pregunten por los garitos iluminados a la luz de las velas, ahí es donde envían a los turistas.

—¿Dónde has estado todo el día?

—Haciendo turismo por los viñedos pintorescos. Ya sabes, te garantizan que las telarañas tienen trescientos años. Ejecutó toda la rutina de la degustación, compró una buena cantidad de material. Aguardiente de nuez, cosas así, un par de cajas. Le sableó algún dinero a mamá durante el almuerzo; ella firmó algunos cheques de la American Express. Mira, será mejor que vigile; ha dejado el coche afuera.

—Si no te relevan ahí, lo harán en el Rancho, ¿de acuerdo?

El Rancho estaba a unos cuantos kilómetros, río abajo, una antigua posada de pescadores antes de que el río estuviese demasiado contaminado. Durante el verano era una taberna ribereña donde se podía beber en el jardín y bailar los fines de semana. Un hábil negocio local, más hábil que el del señor Goltz, que funcionaba muy bien con el ganado local convertido en un *saloon* del oeste, con chicas calzando botas y con los muslos

desnudos, y dólares de plata con los que jugar, y bistecs a la barbacoa y un pequeño grupo de *jazz*. Obtenía unos beneficios formidables. Los accidentes de tráfico en el camino de vuelta se habían convertido en algo crónico, hasta que pusieron una patrulla permanentemente a las tres de la mañana. El amo Colin se lo pasaría muy bien. Y las vaqueras eran habituales, estaban en la guía, y eran conocidas del portero nocturno del Holiday Inn.

El viejo se dirigía en aquella dirección. Pero había sus buenos ocho kilómetros, demasiado lejos para que fuera andando; cogería un taxi. Bien, ya se vería. No sería un buen lugar para una charla tranquila, de todos modos.

Pasaría otra hora antes de que ocurriese nada. Cruzaría rápidamente a la taberna para tomar un tazón de sopa —ni mucho menos tan buena como la de Vera— una muy necesaria cerveza y un paquete de cigarrillos. Eliminaría primero a Lachenal, quien en aquellos momentos debía de empezar a tener hambre.

48

Laetitia

LA FICHA RETROCEDÍA al principio, a cuando era la «chica descalza», incluso antes, a cuando había sido un Muerto Recién Llegado, un pedazo de carne femenina repugnantemente estrangulado, del que no podía decirse nada como no fuese destacar lo inusual que era el haberlo encontrado en el Rolls Royce de un turista. Era hora de darle una nueva mirada a Laetitia. Ella era la clave, el eje, la fuente; ningún tópico en el que se pudiera pensar difuminaría o enturbiaría su importancia. Había sido la corriente eléctrica, la vida, sí, la vitalidad que haría que todo ello fuese lógico. Eso es, lógico; en algún momento había parecido lógico matarla.

Richard, al igual que él mismo, había chocado con aquel callejón sin salida; según la lógica policial, el chico Colin era el único cliente formal, porque hay que olvidarse de todos los mitos franceses tan requeridos por el señor Larkins. Gánsteres o *barbouzes* y brigadas de asalto clandestinas, extremistas de extrema derecha, que asesinan a personas que saben secretos que pueden comprometerles y amenazan con divulgarlos. ¿Pero dónde estaba el interés de Colin en matarla? Hay siempre un interés, ni que sea por una fracción de segundo. El miedo o el liberarse de un sufrimiento o de una tensión enloquecedora. Si vas a matar a alguien puramente por conveniencia, por definición eres un psicópata. Bien, pero llamarle

a fulanito un psicópata simplemente porque no has encontrado nada mejor, es discutible. Ni a los tribunales ni a los policías les gustan los casos edificados sobre un diagnóstico psiquiátrico.

En cuanto al embarazo, habían llegado demasiado tarde para determinar el esperma, pero debería ser posible determinar el tipo sanguíneo. Y hacer un análisis de sangre a Colin. Richard había sacudido la cabeza. Tenía que hacer que el juez lo ordenara, y no sería concluyente.

Castang siguió examinando los informes y transcripciones que habían sido de tan poca ayuda.

Laetitia viva, al fin. Aparte de las «declaraciones» tomadas tan concienzudamente pero sin energía por los señores Larkins y Townsend, allá en Inglaterra, a los vecinos de Holland Park, al personal de redacción de una revista femenina, a la agencia de viajes donde había reservado su pasaje, el único testigo que tenían era aquel policía de Caen. Había sido un observador excelente, pero ¿era suficiente? Aquí estaba la transcripción de una cinta, que Fausta había pasado a máquina. Lo había hecho lo mejor que había podido para darle un poco de vida. Pero como sucede a menudo, las pocas palabras chistosas, superficialmente impresionistas, antes y después de algunas copas con Castang, eran más valiosas y convincentes —y vívidas— que aquel laborioso lenguaje administrativo. El papel quita vida...

«Robin, Jacky, oficial adjunto de la policía judicial... bla, bla..., haciendo un informe verbal en cinta a petición del comisario Richard subsiguiente a... bla... Recuerdo bien la conversación informal y extraoficial» —era un hombre cuidadoso— «entre el inspector Castang y yo mismo. Una esmerada síntesis de los dos episodios no admite añadiduras, y el análisis posterior no me induce a eliminar demasiado. De ello saco la conclusión de que no hay ningún punto sobre el que quisiera alterar materialmente los comentarios que hice entonces, al tiempo que subrayo que dichos comentarios eran el resumen, más o menos frívolo, de impresiones fugaces».

Muy bien, chico.

«No deseo que se le dé una importancia indebida a cualquier interpretación que pueda haber hecho en el transcurso de lo que puedo describir como chismorreo profesional, pero tengo entendido que la descripción que di de las ropas ha resultado ser exacta, y que tenía una pistola en su bolso, hecho que yo ignoraba. Creo, por lo tanto, justo decir que mis observaciones sobre ella estaban bien fundamentadas. No pretendo exactitud al describir su forma de actuar o al repetir sus palabras, pero sí algo de exactitud objetiva. Hago hincapié en que mi encuentro con ella duró un cuarto de hora, y nada me hizo sospechar que adquiriría entonces o en fecha futura alguna importancia».

Bien, muy bien. Robin no había intentado retractarse o desdibujarlo; me respalda, y no intenta cambiar mi manera de expresarlo. Porque el preliminar de aquello había sido el que Castang grabara su propia versión de la reunión con Robin en una cinta, incluyendo una versión del diálogo (discretamente censurado, por lo cual Robin le había quedado agradecido). El hombre de la PJ en Caen sencillamente había «devuelto al ascensor» para que recogiera a un colega en la profesión.

Había demostrado ser extrañamente valioso. Era el único vislumbre de Laetitia viva que habían podido encontrar.

Porque Tours había resultado absolutamente inútil. El comisario Benoît, estimulado por su colega y hermano Richard (su igual en rango y en antigüedad...) había realizado una tremenda síntesis de las investigaciones, empezando en el más logrado lenguaje administrativo con: «Nosotros, Benoît, en virtud de los poderes, bla, bajo la comisión rogatoria promulgada por, bla, consecuente y subsiguiente a bla al cuadrado». Mejoraba a medida que avanzaba. El comisario Benoît llevando a cabo en persona el interrogatorio del portero nocturno, y estando inquietantemente cerca de perder la paciencia con aquel mal nacido al cuadrado y al cubo, resultó ser «selecto» como decía Richard, y a veces extraordinariamente divertido. Pero Laetitia no había aparecido por ninguna parte.

Oficialmente, uno no podía prescindir del hecho de que el aparcamiento del hotel estaba a unos cien metros de la casa, e incluso oculto visualmente por los árboles. No había garaje ni patio. El portero simplemente señalaba un letrero colocado de manera que

quedara perfectamente visible tanto en la conserjería como en la recepción, que decía que la gerencia no se hacía responsable de los coches o de las cosas que contuvieran. Todo el asunto, por lo tanto, era como una nuez seca: pártela y no hay meollo. Lo mismo que las llaves.

—Tan solo tiene que comprender, comisario —dijo el portero pacientemente—, que la gente conduce hasta la puerta principal, descarga su equipaje, lo que, desde luego, hacemos nosotros, y si nos dan las llaves del coche las utilizamos para abrir el maletero. Pero hemos dejado de ofrecernos para aparcar estos coches. Nos encontrábamos con que demasiados clientes intentaban cargarnos los daños, rasguños y otras cosas ocasionadas por aparcar descuidadamente o incluso ocurridas días antes. Tenemos buenas razones para ser susceptibles con este tema; nos ha pasado demasiado a menudo. Los clientes deshonestos echan a perder las cosas —dijo con tono virtuoso.

¡Nunca había visto a Laetitia! Naturalmente... Benoît le había presionado con bastante aspereza. Todos los porteros de noche tienen sus trampas y supercherías... se sabe que dejan habitaciones, o permiten que haya cambios de habitación, que se compartan, o que sean «utilizadas» de otra manera sin que conste en el registro; bastante a menudo. Se sabe que jóvenes bonitas sin acompañante han tenido acceso a las habitaciones de los hoteles a cambio de la juiciosa entrega de sobornos, no siempre monetarios; no, no, no, comisario, uno ha oído tales cosas pero, créame, son mitos. Este no es un establecimiento para viajeros de comercio, y estando como estamos en el corazón del campo, las damas de vida ligera no nos molestan. Desde luego, si los huéspedes traen señoras de vida ligera inscritas como sus esposas... pero en un hotel de esta categoría, comprenda usted, comisario, se intenta atender los más mínimos deseos del cliente, al tiempo que mantenemos para la protección de todos un escrupuloso nivel moral. Tan solo hojee el libro de registro, comisario, y encontrará el gratén, la cresta dorada, lo crujiente y lo aromático, los nombres. Y no utilizo estas expresiones canallescas como gilipolces, comisario, y déjeme decirle que me ofende su utilización aplicada a mi declaración. Mire donde aprendí, mire donde obtuve mi experiencia; pregunte a estas personas. Ellas se lo dirán; no únicamente sin antecedentes

criminales, nadie podría mantener un empleo de esta responsabilidad ni por un segundo, sino que ni una sospecha, comisario, ni una sospecha.

Benoît había ido bastante lejos, amenazando que si tan siquiera le llegaba la más mínima sospecha a sus oídos, se ocuparía él personalmente de ello... y lo demás. Pero un conserje de un hotel de lujo es un crustáceo con un caparazón perfecto. Puedes ponerle en un cacharro con agua, pero no siempre es fácil conseguir que el agua hierva. Se necesitan pruebas materiales, y así, finalmente, Benoît lo había decidido (privadamente, hablando por teléfono con Richard).

—Si tan solo una persona hubiera visto a esa chica, Toth. Si hubiera parado en el pueblo a poner gasolina o comprar cigarrillos, en Tours para comer. He hecho todo lo humanamente posible; me diste el contenido de su estómago y he comprobado todos los establecimientos de la región que sirven comidas. Sí, todos los *campings*, pero por Dios, hombre, en el mes de febrero... y un bistec... lo compraría en cualquier carnicería y se lo freiría ella misma. Este discreto portero podría haberlo sacado de la nevera y habérselo preparado, pero ¿cómo vas a probar eso?

Laetitia viva, Laetitia muerta. Castang tomó el cuaderno de apuntes de Richard.

Nota interior, Castang a Richard. ¿Se le ha dado la suficiente importancia a lo siguiente (para PJ Tours)? La razonable suposición de que debido a las condiciones meteorológicas el asesinato de Toth tuvo lugar a cubierto (en un coche es una posibilidad, pero en un hotel es más probable) y reforzada por lo siguiente: ej. relajación del esfínter. Esto dejaría un buen rastro desagradable. (¿Sábanas?). Pregunta: ¿se ha comprobado la lavandería, tanto en lo que se refiere a la camarera o ama de llaves, en el sentido de habitaciones alquiladas aquella noche, y en relación a la lavandería, donde tendría lugar la comprobación y el recuento del material del hotel? Esto no sería una cuestión de una mancha de café en una funda de almohada...

¿Había algo más referente a la Laetitia viva? El informe inglés

daba como antecedentes familiares que la madre había nacido en Niza. Incluso había sido comprobado, tanto más cuanto que la familia inglesa estaba pasando las vacaciones en la región; casi con toda certeza una coincidencia, pero ¿se podía estar seguro? Pero no, ningún rastro de familia o incluso de ninguna conexión, ni personal ni profesional (el certificado de nacimiento de la madre, según los archivos de los pasaportes británicos, daba como ocupación de esta «ninguna»). Y se podía confiar en que los ingleses serían muy minuciosos en aquel tipo de cosas. También el señor Larkins —Richard estaba de acuerdo— era totalmente leal. Si descubriese cualquier cosa que diera una indicación, no intentaría minimizarla, por mucho que deseara que todo el asunto fuera un caso extraterritorial.

Laetitia, chica idiota, con tu fascinación por las armas y la muerte, los criminales y los policías.

Sí, la editora de las crónicas especiales para la revista lo había reconocido; ella había hecho algo sobre los aspectos femeninos del crimen y los criminales, y lo había presentado sobre la vaga base de que la liberación debería de producir una fuerte caída del crimen cometido por una mujer en todos los niveles, desde hurtos en tiendas al asesinato del marido. La editora de las crónicas especiales lo había rechazado, pero había dicho —sin comprometerse en nada— que si Letty deseaba seguir trabajando sobre aquel tema no tenía por qué perder la esperanza. No se le encargó nada, inspector, pero sí, Letty podría haber querido seguir con él; realmente ella solo podía decir aquello...

Cuando Laetitia descubrió que su nuevo novio era el hijo de un juez, ¿significó eso algo?

¡Laetitia, por muy trivial que suene esto, cómo deseo que estuvieras aún viva!

49

El alma de la fiesta

SONÓ EL TELÉFONO.

—Castang.

—Estoy entrando en calor, y por Dios que lo necesito. Hemos ido por el río hasta las afueras de la ciudad. ¿Y qué hace él, entonces? Va y da media vuelta como en una maldita marcha de entrenamiento y vuelve por donde había venido. Es un buen andarín para ser un viejo; estoy a punto de mearme en los calcetines. Estamos en el Quai des Belges; tal como dijiste, paró para comer algo. Yo también tengo buen apetito.

—¿Dónde?

—El restaurante de la Bourse; ¿lo conoces? Le llamó la atención, supongo; simplemente se paró en seco, echó una mirada al menú y entró.

—¿Puedes verle?

—Y tanto, estoy en la cabina. Está en la esquina, pidiendo. Estoy seguro de que me ha visto; tendría que estar ciego para no reconocerme, después de todo este tiempo. Pero hace ver que no, no me presta atención. Se está tomando su tiempo, con mucha dignidad, ahora se ha sacado un libro del bolsillo.

—Muy bien, toma un bocado; ¡que no sea caro! No importa si se ha fijado en ti o no. Simplemente quédate con él tranquilamente, no hagas nada a menos que él haga algo. Si por casualidad no estoy

aquí, Lachenal sabrá dónde encontrarme. ¿De acuerdo?

¿Qué estaba pasando? No es que Castang esperara realmente nada dramático; equilibrio, indiferencia y autocontrol eran la base de la existencia del viejo. A menos que se derrumbara esa base... pero el restaurante de la Bourse no era un lugar para llevar a cabo un drama. Podía ser un entreacto. Pero en general era relajante.

Lo conocía bien, y tenía una buena visión de la situación. Sólido, sosegado, un lugar chapado a la antigua; no quedaban demasiados de esos ahora. Decorado como un budín de pasas de la Tercera República, suelo de madera oscura y techo artesonado; un desmesurado número de espejos de un dorado descolorido en los que Herriot y Blum habían examinado sus reflejos. Grandes mesas cubiertas con toscos manteles blancos, banquetas tapizadas en felpa, plata antigua recargada de adornos. El típico lugar que aún tiene una vieja fuente con un surtidor en el centro del salón. Comida de difícil digestión y seria, sencilla pero buena. ¿Bourse de qué, originalmente? La mercancía llegaba por el río; probablemente el vino. Lugar de reunión de los transportistas y todavía el restaurante de los hombres de negocios a la hora del almuerzo, lleno de banqueros y de agentes de seguros que comían estofado y fideos. Y ostras, regadas con un Chablis excelente. Lo más parecido a un restaurante inglés que se podía encontrar; el juez debería de sentirse cómodo allí. El barrio financiero estaba desierto por las tardes, pero siempre había unas doce o quince personas, la mayoría ya de cierta edad, que tenían una reunión familiar o dos recién llegados pueblerinos, abriéndose paso a través de la anticuada comida Escoffier y de una muy buena bodega. No tenía ni una estrella en las guías gastronómicas; tampoco la quería ni la necesitaba. La anciana de la caja con su vestido de raso negro había desaparecido, hacía ya unos veinte años que no estaba. El «jovenzuelo», que se estaba quedando calvo y al que las preocupaciones habían hecho salir arrugas, rondaba los cincuenta y cinco y conservaba el mismo aspecto que había tenido durante los últimos treinta años; se sentía satisfecho con el ambiente que había conocido siempre y en el que se había criado. Era uno de los últimos bastiones de la tradición. No duraría mucho tiempo; el chef de cocina pasaba de los setenta. Si uno no quería esperar, podía conseguir «una chuleta y una botella de clarete» y un tazón de auténtico consomé con tuétano de

primero, y queso después. El instinto del juez no había ido errado.

Su ensueño se vio interrumpido.

—Castang.

—Rancho a la vista —dijo una voz que sonaba a cazalla—. Realmente acabo de llegar ahora. Hice el relevo en el hotel, el jovencito echó una cabezada supongo, me tuvo allí despistando más de una hora. Yendo al grano, se ha metido en una fiesta, franceses, suizos, todavía están discutiendo qué van a comer. Yo me salí; estoy estupendamente, tengo algunos bocadillos en el coche. El menú ahí cuesta un ojo de la cara y es una porquería.

¡Ya lo creo! Un contraste total con la Bourse: un menú muy llamativo que incluye un exótico plato de Hawai y otro de Estocolmo y todo con cartulina emperifollada, y una lista de precios perfectamente sazónada y aderezada.

—Bebe solo cerveza.

—¡Me lo dices a mí!

—¿Qué impresión te da el chico?

—Nervioso. Febril, bullicioso. Está riendo mucho. Es el alma de la fiesta. Hay muchas chicas sueltas, así que está muy ocupado. Hasta ahora, perfectamente bajo control, pero no apostaría cuánto tiempo puede durar.

—¿Temerario?

—Sí.

—Quédate cerca, y estate alerta. Si se mete en una pelea o cualquier cosa...

—Entiendo, jefe.

—Está bajo una tensión considerable. Está buscando la manera de salir del apuro, o por lo menos de hacerse la ilusión. Sabe que le estamos pisando los talones, así que esto es un desafío, nos está retando; ¿entendido? Actúa en consecuencia. Si se marcha con una chica no le pierdas de vista.

—¿No vas a venir?

—No; me conoce, lo tomaría como una provocación. Es un sujeto imperturbable, pero ha estado bebiendo todo el día. Quizá no demasiado y de manera espaciada, de modo que no puedo decir si está desfogándose o si se está provocando a sí mismo deliberadamente. Lo dejo a tu juicio; si muestra señales de comportamiento molesto o violento vendré: por el momento

mantente en contacto.

—Entendido. Por ahora está simplemente jugando. Lleva mucho dinero, y compra todo lo que le gusta.

—No voy a esperar. No creo que vaya a suceder nada por ahora. Dejaré el recado a Lachenal, pero si me necesitas búscame primero en casa.

Con Richard ahí, se podría haber presionado a Colin, aumentando la tensión nerviosa para crear una crisis deliberadamente, pero se dio cuenta de que no funcionaría. Pase lo que pase, no dejes posibilidades para cualquier queja sobre trucos policiales. No podía saber hasta qué punto era exacta su interpretación de la situación. El chico había escogido un lugar donde desahogarse sin que resultara inconveniente. Los «ejecutivos» de todas las edades hacían eso exactamente. Durante todo el día eran terriblemente prudentes, convencionales, intensamente respetables; hablando a sus superiores con voz suave y educada. Después de cumplir con sus obligaciones querían echar una cana al aire en un ambiente apropiado. Este tugurio era en realidad un antro con pretensiones de club Playboy, donde pequeños vendedores angustiados y reprimidos que se llamaban a sí mismos gerentes de *marketing* podían darse golpes en el pecho y pavonearse de su machismo frente a una galería de hembras insulsas que vestían ropas ridículas. El Rancho era respetable en realidad. Los músicos hacían barullo y había mucha animación alrededor de la pista de baile, y los camareros de chaqueta roja pasaban a gran velocidad con bandejas de tonterías: entremeses calientes y porquerías en brochetas; y las chicas de falda revoloteante y largos rizos esgrimían enormes vasos de grueso culo, llenos de cubitos de hielo y tan solo un toque de *whisky* ahogado en burbujas. Unos cuantos *maitre* veloces y experimentados aproximaban el carrito con magnificencia, y ejecutaban su diestro juego de manos con la lámpara de plata, la sartén de cobre, un juego de muñeca con media docena de botellas, una lengua de fuego apagada inmediatamente con una salsa aguada a base de Maggi y *ketchup*, y gran revoloteo de servilletas. Brillo de feria barata. Los franceses y los suizos estarían encantados con Colin. Les daba una oportunidad de alardear de su inglés. Le estarían despreciando secretamente, y él les estaría despreciando a ellos. A

sus chicas les gustaría él... En general, todo parecía muy inofensivo. Castang se encogió de hombros, se levantó, volvió a colocar las cosas en sus bolsillos y decidió que era mejor irse a casa.

50

El jardín de los jesuitas

DORMÍA. Había tardado mucho en conseguir dormir, con los síntomas familiares de una tensión excesiva. Vera había regresado tarde; cuando se anda con dificultad, y hay gran cantidad de coches aparcados en las calles estrechas, todo se convierte en algo muy laborioso, pero aún estaba exaltada y radiante. *Carmen* había sido preciosa. Y bien hecha. Sin excesivos sofisticamientos. Una sencilla naturalidad muy de su gusto. Sin condenadas alusiones metafísicas. Sí; él deseó que sus propios casos fueran así. Ella estaba muy cansada, y él se levantó de la cama para hacer un poco de cacao, feliz de tener algo que hacer.

—¿Y a tu bebé también le gustó *Carmen*?

—Oh, sí, se sintió muy feliz. Dio saltos en los fragmentos emocionantes, ahora está muy cansado y duerme lleno de felicidad.

¡Ah!, a él aún le quedaban fragmentos emocionantes por los que saltar.

—La música sigue sonando en mi cabeza. No importa. Déjame que me quede inmóvil.

Y después de haber hablado durante una hora, finalmente se durmieron. Y él estaba profundamente dormido cuando sonó el teléfono. No servía de nada maldecir. Si no quieres que el teléfono interrumpa tu sueño hazte empleado de banco.

—Castang.

—Barde, jefe. Tenemos un pequeño drama. Tu chico volcó con el coche en su camino de vuelta del Rancho. No creí que estuviera tan borracho. Excesivamente animado, digamos.

Sí. Como yo.

—¿Está herido?

—No. Solo un poco magullado. Estamos dentro de los límites de la ciudad, así que lo tiene la patrulla urbana. Naturalmente sobrepasa la tasa permitida de alcohol, y le acusan de conducción peligrosa. No hay nadie más involucrado, lo que es tener suerte, pero se comportó insolentemente; se lo llevan. Te he llamado porque, ¿qué quieres que les diga? Le han sentado en la furgoneta mientras hacen las mediciones. Ha sido un patinazo tremendo.

—No hay problema, deja que se lo lleven y lo fichen. Una vez esté en el depósito dile al general de brigada que lo queremos, de modo que monta un alboroto por la mañana, ¿me entiendes? Dale importancia a lo del seguro y pide una larga declaración, multiplica el papeleo, haz que dé de sí. Para retenerlo, en resumen, hasta que Richard decida si nos lo quedamos; querrá ver al juez. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Estoy despierta —dijo Vera en la oscuridad—, así que podrías contármelo todo.

Con los ojos ligeramente inyectados en sangre mientras se tomaba el café a la mañana siguiente, telefoneó a la comisaría central. Acababa de llegar el turno de día.

—Está bien —dijo la voz del brigada de la recepción—. Tengo la ficha aquí. Un enorme ojo morado, un corte en el caballete de la nariz, gran cantidad de magulladuras, pero nada roto, hum, tuvo suerte. Se ha pelado el brazo y la parte superior del muslo. Se le hizo un análisis de orina, y se le puso la inyección del tétanos. Articulaba mal, visión borrosa. El doctor quiere verle de nuevo esta mañana, de todas maneras, le dio un sedante bastante fuerte y ha estado tranquilo toda la noche. Puede que quiera enviarle a que le hagan radiografías, y un examen neuropsiquiátrico; ¿es eso lo que quiere?

—No vendrá mal pero tendré que localizar a Richard. Puede que requiera un segundo experto inmediatamente, para corroborar. Le queremos probablemente por homicidio.

—Hay muchísima chatarra para retenerle si quiere una excusa.

De acuerdo, ya me informará.

—Estaré en la oficina en diez minutos —dijo Richard sin emoción—. Nos veremos allí. Yo trataré con la familia.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Castang a Vera.

—¿Quién sabe cuánto tiempo durará esto? —miraba por la ventana el nuevo día de sol—. Quiero adelantar mi trabajo en los jesuitas antes de que el follaje sea demasiado tupido. Quiero huesos con una frágil y fina piel.

—Puede que tengas compañía —dijo Castang irónicamente, colocándose la chaqueta y encogiéndose de hombros.

El sol era aún débil y pálido, pero necesitaba la luz de la mañana. No es que le sirviera de mucho, el dibujo era malo; daba lo mismo si era por culpa de Carmen o de ella misma. Arrancó la hoja del cuaderno y volvió a empezar.

Un individuo de edad permanecía en pie al otro lado del camino. El juez.

—Discúlpeme, la estaba mirando de manera muy poco educada.

—No importa.

Le sonrió, lo cual pareció darle ánimos. Se decidió a sentarse en un banco. Ella dibujó una línea que carecía totalmente de sentido.

—Me temo que la estoy distrayendo —dijo.

El dibujo no era bueno. Le dio un tirón a la silla para quedar más cerca; da igual la línea de visión.

—Hablemos —dijo ella.

—Encantado. Pero me temo que no hablo francés.

Vera reflexionó sobre el problema, que era serio.

—¿Quizá alemán! —sugirió tímidamente.

—Ah. Sí. Ah..., lo tengo un poco oxidado.

—Bien entonces. Yo también. Yo soy checa. Pero es mejor uno oxidado que dos limpios, quizá no me he expresado muy claramente.

—Lo suficiente; estoy de acuerdo. Los intérpretes...

—Y no me preocupa dar el sentido exacto. —No hablaba alemán desde su época de estudiante, pero no lo había olvidado del todo—. Hablemos de cosas sencillas.

—Por desgracia no lo son siempre —sonrió.

—Lo son para mí. Tengo una mente muy sencilla. Nadie parece ponerse demasiado de acuerdo sobre qué es lo que está mal en

nuestro mundo, aunque está claro que hay mucho. Para mí, gran parte los problemas provienen de complicar las cosas. Pero yo soy una campesina.

—Y una artista.

—Los artistas —dijo encogiéndose de hombros—, si son buenos, simplifican. Mire el paisaje. Los árboles y los arbustos están diseñados por Dios de una manera muy complicada y sutil. El hombre los guía, modifica, copia de una forma esencialmente sencilla, es solo una sofisticación superficial. La ecuación que hay entre los dos es lo que me interesa. Con el comportamiento sucede lo mismo.

—Usted me interesa.

—Desde luego. Usted es juez. Mi esposo me habló un poco de usted.

—Debo considerar situaciones complicadas.

—Y simplificarlas. «Proteger a los hijos de los pobres y castigar al malvado». Así es como debería ser.

—Oh, mi querida jovencita...

—En lo que se refiere a este asesinato. ¿No es en realidad muy sencillo?

Se puso tieso, como si estuviera a punto de sentenciarla por desacato, y luego dijo:

—Siga.

—Mi esposo, no, no quiero hablar de él como si fuera una personalidad. Digamos la policía. Piensan que es su hijo. Yo no conozco a su hijo, pero han elaborado una complicada teoría, aunque aún no han ligado cabos.

—¿Y usted tiene una teoría sencilla?

—En cualquier caso, más sencilla. No he conocido a esa mujer. Pero tampoco ellos, excepto un policía de Caen. Él la observó muy bien, pienso.

—Esto es reconfortante. ¿Y cuál fue su conclusión?

—Solo la vio como una amenaza. Para él, en aquel momento. Los policías tienen olfato para los alborotadores. O para quien es un imán para problemas —agitaba las manos en el aire, buscando la palabra apropiada.

—¿Que los atrae?

—Eso. Y así es como la veo. Me mostraron su fotografía y me

pidieron que hiciera un dibujo. No soy retratista, y técnicamente era imposible... hice lo que pude. Pero ese policía de Caen encontró que se le parecía. Me sentí satisfecha. Yo la había visto de la misma manera que se reía, pero tan solo de su sintaxis.

—Él sacó su pipa y la empezó a llenar.

—Le ruego que siga.

—Laetitia. Alegría. Usted la conoció, ¿verdad?

—Él estaba encendiendo una cerilla.

—¿Eso piensa?

—Si quiere saber mi opinión, creo que Laetitia era peor que una persona molesta. Una persona peligrosa, a quien le encantaba complicar las cosas, y por tanto enredar, atrapar y seducir a la gente. Yo pienso que usted la puso, lo he expresado mal, que ella le puso en una situación tan difícil que de repente se convirtió en algo inadmisiblemente insostenible para usted. Y que para simplificar las cosas rápidamente se encontró con que tenía que matarla.

—¿De veras?

—Si estoy equivocada, puede decírmelo.

Fumaba pensativamente.

—Usted me recuerda a otra persona sencilla que conozco. El verdugo. El que viene después del juez. El que ejecuta.

—¿Habla usted de una persona o de un cargo?

—Esta sí que es una persona auténtica. Fue el verdugo público durante muchos años. Escribió unas memorias, que compraron muchas personas, por razones morbosas, sin duda. Lo que me interesó fue su personalidad.

—Sí, los verdugos también me interesan a mí. Deben ser muy difíciles de encontrar, me refiero a buenos verdugos.

—Exactamente. Él era muy bueno, y consciente de ello, y con razón se sentía orgulloso. Y durante veinte años fue totalmente fiel y concienzudo, el perfecto instrumento de la ley. Entonces, repentinamente, dimitió. Su vida ya no tenía sentido.

—Explíquese por favor.

—Verá, no tenía ningún tipo de imaginación, lo que mantenía su mano firme y los nervios templados. Y tenía elevados preceptos morales. Para él no era un trabajo sino una vocación. Le venía de familia: su padre, su tío... Lo pasmoso es que como alumno, haciendo una redacción sobre profesiones, escribió como la cosa

más natural del mundo «quiero ser verdugo». Había nacido para ello, ¿entiende? Estaba profundamente orgulloso de su dignidad, su destreza, su amor propio. Sentía, también, respeto por sus víctimas. Es sorprendente. ¿Sabe?, esas personas que tienen el valor de llevar a cabo ese trabajo no son ni borrachos ni degenerados, sino psicópatas.

—Es el inconveniente de la pena capital.

Él no captó la ligera ironía.

—Uno. El otro es que todo el mundo está de acuerdo en que debe de haber excepciones, pero nadie se pone de acuerdo en cuáles. No se puede achacar a prejuicios individuales.

Había dejado que se le apagara la pipa.

—¿Y yo le recuerdo a esta persona?

—No es crueldad. Es una tranquila y perfecta certeza. Se sintió totalmente satisfecho durante treinta años.

—Un individuo excepcionalmente chapado a la antigua —sin añadir—, y ya son dos.

—Pienso que al final se dio cuenta de eso; que había quedado atrapado en el tiempo.

—Es probable —dijo Vera.

Pero el juez continuaba aún sus pensamientos.

—Dice, bastante patéticamente, que siempre intentó mantener una conciencia humana. Y luego, de manera muy reveladora, que la conciencia humana implica recuerdos, sueños, temores, y que esos son los que destrozan a un hombre.

Vera no dijo nada.

—Lo que no he comprendido es por qué me odiaba, como era evidente que hacía, e intentó hacerme caer en una trampa. Me he preguntado incluso si mi hijo... pero no puedo creer que fuera consciente... Pero era casi como si le divirtiera...

—Usted es más bien una figura burguesa, ya sabe —dijo ella despacio.

—Supongo que sí.

—Yo misma no puedo evitar verle entre aquellos que castigaban con la muerte los delitos de sangre, como se les llama, cometidos por los pobres. Mientras que los autores de los delitos económicos, hombres que robaban millones a los pobres, disfrutaban de refugio y protección.

—¡No es verdad! Lo que es verdad es que la línea fronteriza entre el bien y el mal se ha convertido en algo fatalmente confuso.

—El bien, el mal; lo bueno, lo malo; el día, la noche. ¿Sabe?, un sabio policía viejo me dijo que no saliera por la noche. Esa es la hora de los poderes de la oscuridad. La policía sale; tiene que hacerlo. Ellos pertenecen a ese mundo, son parte de él. Los amos de la noche, les llamó. Era un calificativo veneciano.

—Ah. Usted cree en los poderes de la oscuridad.

—¿En Satanás? Desde luego. No en esas supersticiones sobre exorcismos. Pero si los hay de día, entonces también los hay de noche. Mire cuántos personajes públicos, mire sus caras, mire cuántos le pertenecen y cuán abiertamente. Está escrito en sus rostros.

El juez la miró sin saber qué decir.

—Tengo un consejo para usted si quiere seguirlo.

—¿Cuál es? —preguntó el juez—. Estoy seguro de que será bueno.

—Vaya a la policía. A mi marido. Al comisario Richard. Ellos no son como su verdugo. Tienen imaginación, demasiada. No creen ciegamente en la justicia; pero saben mucho sobre el bien y el mal y salen de noche.

Mientras se alejaba por el sendero, Vera pensó que aquel hombre se parecía a Goltz. Vamos, no seas estúpida; no es como Goltz... Pero sí. Goltz no podía entender por qué la gente tenía que alterar su tranquila existencia.

51

El escritorio de Richard

CUANDO EL JUEZ ENTRÓ en las oficinas de la PJ y anunció que deseaba ver al señor Castang, creó un poco de confusión. La planta, para empezar no excesivamente grande, estaba atestada por catorce imbéciles recogidos después de una fiesta con drogas. El que hacía el número quince estaba en cuidados intensivos con una sobredosis, y no iba a recuperarse.

Había la pequeña y escuálida «sala de confesiones», pero no era lugar para un juez. Además estaba ocupada por Colin, al que habían dejado ahí solo para que meditase.

—Sería mejor que te encargases tú de esto —sugirió Castang a Richard con optimismo.

—No, no, intérpretes, ¡gracias! Subidlo aquí, pero yo me iré a la cama con Fausta. Muévete, señorita.

A Castang debiera haberle divertido aquella original promoción al despacho de Richard, pero la diversión no era lo primero en este momento. También se había quedado sin cigarrillos. ¡Y uno no sabía nunca cómo dirigirse a aquel hombre! Cada vez que decía «sir James» se sentía como un tonto...

La vida estaba llena de molestias. Intente no rascarse el estómago; el señor Goltz es aún un pretérito imperfecto. Las noticias de aquella mañana sobre monsieur Bianchi eran satisfactorias; se estaba quejando mucho con su forzada inmovilidad.

Un policía de la PJ en el escritorio de Richard es como un doctor. Ante cualquier cosa que se le diga, y no importa cuántas mentiras, no demuestra sorpresa, sino interés, comprensión. Pero las confidencias de la sala de consultas no son tan fáciles como las que se hacen en los bancos del parque.

No hay intérpretes —dijo Castang—. Tendrá que perdonar cualquier pequeña torpeza.

—He estado hablando con su esposa. Nos las arreglamos extraordinariamente bien en alemán. No encuentro que esto sea un obstáculo; su inglés es bueno.

La sonrisa de Castang fue débil y mecánica. ¿Qué ha estado tramando Vera?

—Dejaré de lado los preliminares —dijo el juez—. Las explicaciones tienden a necesitar más explicación.

»Me encuentro en una posición que no puedo mantener. El que usted lo adivinara o no; el que sus sospechas, expresadas ayer, fueran o no en gran parte fingidas, planeadas para presionarme, no importa. Usted no me debe ninguna explicación tampoco. Quizá esté tan ansioso de evitarlas como yo.

—Si lo entiendo correctamente, usted confiesa este crimen. ¿Es correcto?

—No puedo meter a mi familia en esto... También necesito una oportunidad de regularizar mi posición profesional. ¿Puede usted permitirme una breve entrevista con el señor Brooke?

—Eso se puede arreglar fácilmente.

—No sé por dónde empezar. Si desea hacerme preguntas le responderé lo mejor que pueda.

Castang asintió y tomó un pedazo de papel.

—No tiene por qué ser formal. Si tomo notas, es para evitar confusiones. Un juez de instrucción le hará preguntas precisas en su momento, y esperará respuestas exactas. Por ahora, me interesa verificar. Verá, la gente hace confesiones, pero no siempre son... comprenda; no estoy sugiriendo que usted me vaya a engañar. Pero hay varias clases de verdad. Algunas tan solo son verdad en la mente del que las dice. Usted comprende que necesito información basada en hechos y que se pueda verificar.

El juez sonrió brevemente.

—No necesita elegir sus palabras con tanto cuidado. Tengo

experiencia sobre confesiones falsas hechas a agentes de policía. Desearía hacer una observación, no busco proteger a mi familia. Igualmente, no puedo permitir que se pongan en peligro intentando protegerme.

—¿Puede que ocurra?

—¿Si lo ponemos como hipótesis?

—Creo que puedo garantizarle que quedarán libres de toda persecución, si la información falsa se acaba en este punto.

—Se lo garantizo.

—Entonces no se les acosará.

—Me gustaría verles libres de toda culpa.

—Es un punto legal. Yo solo soy un oficial de policía. Si estuvieron en complicidad, o conspiraron de antemano, eso es decisión del juez. Si a usted le preocupa el que callaran u ocultaran información, quizá tan solo la sospecha, entonces puedo tranquilizarle. La lealtad familiar no convierte a las personas en cómplices.

—La definición legal que utilizamos es «encubridor».

—No tengo la facultad de hacer tratos; eso también concierne al juez de instrucción. Sin embargo le doy mi palabra en esto: su familia, fuese lo que fuese lo que supiesen o adivinasen, mantuvieron silencio por lealtad a usted, ¿es así? ¿Solo eso?

—Mi hija Patience se deshizo de ese coche; sin saber ni sospechar nada en aquel momento, lo prometo.

—Ya veo. Nadie utilizará eso contra ella, y no quiero que piense que estoy intentado embaucarle colgando incentivos ante sus narices.

—Habiendo hablado con su esposa, puedo creerle —dijo con sencillez.

—Es como en Inglaterra —dijo Castang tristemente—. Estamos gobernados por un código de comportamiento rígido y escrupuloso. Hay policías corruptos.

—También en Gran Bretaña, señor Castang.

—Empecemos por este punto —dijo Castang—. Aclara mucho acerca de lo que nos preocupaba. ¿Su hija condujo el coche y lo aparcó en Tours?

—Le dije simplemente que el coche pertenecía a una amiga de Colin, que nos había pedido que nos encargásemos de que se

guardara en un sitio seguro para recogerlo más tarde.

—Esto la convenció, tras el descubrimiento del cadáver, de que su hermano era el autor del crimen.

—Me temo que así podría ser.

—¿Podemos retroceder a la noche anterior? ¿Le gustaría una taza de café? ¿O una cerveza? —preguntó Castang con optimismo, deseando una.

—Creo que preferiría una cerveza —dijo el juez, que se estaba volviendo humano a pasos agigantados ante los ojos de Castang.

Castang agarró el teléfono de Richard.

—Envía a alguien a por cuatro botellas de cerveza y un paquete de cigarrillos para mí... ¿Dónde estábamos? Sí, la noche anterior.

—Creo que tendremos que retroceder aún más.

52

El despacho de Richard

TRAS EL BOTONES que abrió la puerta violentamente de un puntapié para entrar la bandeja, venía el comisario de división Richard, que se introdujo silenciosamente y se sentó humildemente en un rincón. Probablemente había descubierto que el departamento, es decir Fausta, funcionaba mejor sin él. Las drogas le aburrían —había demasiados imbéciles involucrados— y era un trabajo del que se podía ocupar Lasserre. Sabía casi tanto inglés como Vera, el suficiente para escuchar con expresión inteligente y mantener la boca cerrada.

—¿Te hago sentir incómodo, Castang?

—En lo más mínimo. —Estuvo tentado de levantar un pie e inclinar la silla hacia atrás, pero se contuvo—. ¿Por Bayeux? —preguntó pagando las cervezas.

—Dile a Fausta que me haga una taza de té —dijo Richard austeramente.

—Por Bayeux —contestó el juez, probando la cerveza, descubriendo que no estaba demasiado fría y dando su aprobación con la cabeza.

—Admito que lo pensé. Dos o tres personas encontraron que su rostro les era familiar, pero no se podía probar nada. A primera hora de la tarde dejó su hotel en Caen y no se la volvió a ver. Está solo a veinte kilómetros.

—Estábamos examinando el famoso tapiz. Está en una habitación corriente. Gente de pie que se apiña junto a las paredes. Puso un pedazo de papel en mi mano.

—¿Tiene ese pedazo de papel? —preguntó sin entonación.

—Por fortuna o por desgracia, lo tengo.

Era un sobre arrugado. La mitad de una hoja de papel de hotel corriente. Escritura vigorosa y legible.

—No deberá ser difícil conseguir demostrar que es su escritura.

Estimado sir James:

Como amiga íntima —debería decir muy íntima— de Colin, es de gran importancia que pueda hablar con usted. Me doy cuenta de la necesidad de que esto se haga discretamente. ¿Puedo rogarle que se encuentre conmigo en el aparcamiento del hotel esta tarde, alrededor de las nueve treinta? No le entretendré demasiado.

L. T.

—¿Qué le hizo conservarlo? Puso especial cuidado en deshacerse de los otros indicios.

—Estaba en mi bolsillo interior. Para ser franco lo olvidé hasta un día después. Entonces pensé que era mejor guardarlo que destruirlo. Resulta que ha sido sensato hacerlo.

—Mucho. Siga, por favor.

—Usted habrá visto entonces ese aparcamiento, o mejor el patio. Está poco iluminado y no se presta atención a la gente que va y viene. Mi primer instinto, por prudencia, fue hacer caso omiso de este mensaje misterioso. Pero se me ocurrió que Colin podría haber hecho algo estúpido. Y, supongo, que la curiosidad vulgar... De todas maneras, a mi mujer le dije simplemente que me proponía dar un paseo, para digerir un buen clarete. Ella se fue a la cama.

»La reconocí, pues la había visto en la sala del tapiz. Puede creer que esa fue la primera vez. Le pregunté con bastante sequedad qué quería. Ella sugirió que entrásemos en el coche. Yo dije que prefería andar. Aceptó, pero al cabo de unos minutos se quejó de que se estaba mojando; caía una ligera llovizna y no hacía frío. Nos metimos en una especie de café. Pidió una copa; yo no quise ninguna. Acepté una taza de café; ella bebió, creo que un coñac.

Un testigo excelente, conciso, concienzudo.

—Fue directa. Dijo que había tenido relaciones con Colin durante algunos meses. Era bastante inexacto, pero entonces no tenía medios para confirmarlo. Dijo que deseaba casarse con él. Actuó como si estuviera ansiosa por agradar y ser complaciente. Dijo con sensatez que no había querido precipitarse, que se la presentase de repente a la familia sin avisar. De ahí esa discreta forma de entrar en contacto. Estaba desconcertado, y en cierta forma intimidado, por su aire de misterio y su evidente tensión.

—Una especialidad suya —dijo Castang secamente.

—Me pregunté qué motivos había. Estaba desconcertado. Un poco intrigado. Supongo que estaba un poco envarado. Dijo que tenía más cosas que decirme. Le contesté que estaba cansado, y que quería volver al hotel. Me rogó de la manera más insistente que la dejara verme de nuevo, y explicarse. Dije que deseaba recapacitar sobre aquello. Me pidió que no mencionara el encuentro todavía. Me preguntó dónde estaría al día siguiente. Le di como un necio la dirección cerca de Tours que mi esposa había encontrado atractiva. Se fue. Debo admitir que me intrigaba. Estaba claro que había algo más detrás de sus palabras y me pregunté qué...

—Quizá estuviera indecisa —dijo Castang—. Nunca lo sabremos, pero es posible que como periodista quisiera descubrir cómo era un juez en la vida privada. Quería un pretexto para acercarse a usted, pero ahora poco importa.

—Puede que tenga razón.

—En ese momento, es evidente, se sentía segura de tener a Colin en sus garras. Pasó la noche con él; con toda seguridad. Nos tendrá que dar cuentas de ello.

Castang calló prudentemente el hecho de que Colin estuviera abajo «meditando», con un ojo morado y una terrible resaca...

—Sí. Bien, debo ir al grano, no hay más remedio. Al día siguiente condujimos hasta Tours. Allí tomamos una comida más ligera y digerible, pero debo acusarme de haber bebido demasiado vino de Chinon. Debe de haber contribuido a mi temeridad.

»Le repetí aquello a mi esposa, mi excusa de querer dar un paseo. Ella estaba cansada y un poco irritable. Dijo que tomaría un baño, una pastilla para dormir y se iría inmediatamente a la cama.

—¿Podemos decir —preguntó Castang prudentemente—, que usted consideró que tenía una cierta libertad para pasar la noche

fuera?

—Creo, decidido a ser honesto, que sí.

—Por favor, siga.

Richard estaba silencioso como un gato en su rincón. Fausta fue igualmente silenciosa al entrar llevando la taza de té de Richard.

—Nadie me vio salir.

—Si se me permite anticiparme por un instante, ¿le vio alguien entrar? ¿Después? Por pura confirmación... el portero nocturno jura que no vio nada.

—¿Más tarde? No. La luz de su mesa estaba encendida, pero él no estaba allí. La puerta estaba abierta.

—Discúlpeme. El muy cerdo..., pero es culpable únicamente de negligencia.

—A lo mejor —dijo Richard dulcemente— tenía visita.

—El aparcamiento, aunque usted ya lo sabe, está a alguna distancia del hotel y oculto por los árboles. Era una noche fría y brumosa, mucho más fría de lo que había sido en Normandía. Estaba en su coche. —El juez apoyó la frente en su mano por un instante—. En nombre del cielo: ¿cómo pude hacerlo?

—Todo el mundo, incluso después de muerta, observó su excepcional vitalidad y su gran poder de atracción.

—Sí. Quizá. Y los poderes de la oscuridad.

Únicamente Castang reconoció una de las frases de «Vera». Pero no lo iba a negar.

—Sugerí, como la otra vez, que diéramos un paseo. Pero realmente hacía demasiado frío. No quería sentarme en su pequeño cochecito. Un poco mecánicamente, probé la portezuela de mi propio coche. Debo pedirle que lo crea; esto fue una auténtica coincidencia que provenía de una equivocación. Tanto mi esposa como yo pensábamos que el mozo de los equipajes había cerrado el coche.

—Lo admito. Entiendo cómo pasó.

—Sugerí que entrásemos en el coche. Puesto que seguía quejándose de tener frío, extendí una manta de viaje para ella.

—Ah. No importa. No es más que un detalle.

—Creo que no puedo describir lo que sucedió durante la hora siguiente.

—No necesita hacerlo, aunque me temo que el juez... no se

preocupe de ello ahora. ¿Podríamos decir que ella le sedujo, o que usted la sedujo a ella?

—Creo —en tono altivo y desdichado— que no puede haber la menor duda... ella no... llevaba ropa interior.

—Me temo que se estaba divirtiendo deliberadamente y, a la vez, buscaba también con toda seguridad tener influencia sobre usted. Había funcionado como en un sueño con Colin. Sería mucho más arriesgado y excitante repetir la experiencia con el padre, más aun tratándose de un juez.

—Que el Señor me perdone. Pero, lo sé, deberá dar cuentas.

—Dejaremos eso. Me gustaría preguntarle una cosa. Hubo algún momento, quizá un gesto o una palabra de ella, ¿qué le incitó fuertemente?

—Después de... no puedo llamarlo amor... dejó escapar una extraña risa histérica. Tenía el bolso a su lado. Lo abrió. Llevaba una pistola y me apuntó con ella, muy cerca. Dijo... no puedo recordar sus palabras exactas. Pero yo las interpreto como... después del amor, la muerte. O: el amor es una sensación fuerte, la muerte también. No puedo recordarlas exactamente.

—¿Y usted...?

—Estaba muy asustado.

—Sí, naturalmente.

—En una acción refleja, coloqué mi brazo a su alrededor. Estando sentado, es ridículo, uno al lado del otro, incluso en un coche grande, te sientes molesto e incómodo. Especialmente... al colocar el brazo alrededor de su cuello. Empezó a chillar. Yo...

—Está bien —dijo Castang suavemente—. Dejémoslo estar.

—Lo siento —dijo el juez levantándose tembloroso—, desearía ir al lavabo.

Fue Richard quien se levantó velozmente y le tomó del brazo. Cuando Richard volvió, y se sentó, él y Castang se miraron fijamente a través del despacho de Richard, sin verse.

53

El señor juez Armitage

CASTANG DESTAPÓ las otras dos botellas de cerveza, que emitieron un ligero siseo.

El juez se había lavado cuidadosamente las manos y la cara en el pequeño lavabo de Fausta, que ella en persona limpiaba; las señoras de la limpieza eran, según ella, «chapuceras». Se había pasado un peine por el pelo y también había encontrado la botella de Roger & Gallet

de Richard. Había recuperado el dominio de sí mismo.

—¿Puedo encender mi pipa? —preguntó con humildad.

—Por favor. Tan solo tengo una pregunta más. Sir James...

—No. Me temo que tan solo los jueces tienen derecho al título. A partir de ahora ya no tengo ese derecho.

—Tengo una respuesta para eso —dijo Castang fingiendo despreocupación—. Los españoles dicen que Hombre es el más honroso de los títulos. Pero yendo al grano, siento esto, pero encontramos su vestido, su abrigo, su bolso. Pero esa manta de viaje. Tengo que decirlo sin rodeos... ya no estaba limpia.

—No... la enrollé con fuerza. No encontré ninguna oportunidad para deshacerme de ella. Estaba en el portaequipajes. A la mañana siguiente conseguí evitar que la familia mirara dentro del capó. Tenía la insensata idea de deshacerme de ella en alguna parte. Me deshice de sus ropas, poco a poco. Cuando llegamos aquí, en ese

restaurante, Thomas, envié a las chicas por delante, para que se lavaran y arreglaran, tuve un momento, mi excusa fue cerrar el coche. Cogí la manta. Había un coche enorme y llamativo... la dejé sobre el techo como si la hubieran tirado. Esperaba que la robarían; se me ocurrió que la manera más segura de deshacerse de algo que no se quiere es hacer que lo roben.

Castang y Richard se miraron mutuamente. En otras circunstancias, o si no hubieran tenido tanto autocontrol, ambos se hubieran echado a reír. ¡Dios mío! El Volvo del carnicero... arrebatado con una prueba vital en un homicidio a la vez que con una abuelita, fallecida recientemente...

Rateros de coches aparcados, de uñas largas, la vida está llena de pequeñas bromas, chicos. Y pequeñas sorpresas para animaros. La próxima vez será uno con una bomba bajo el capó, conectada al encendido.

Castang se levantó y cogió su cerveza de la mesa. Richard se sentó en su lugar, se acomodó, poniéndose en funcionamiento.

—Traduce, Castang. Señor Armitage —Richard no iba a armarse líos con títulos— estoy obligado a colocarle bajo custodia. El reglamento exige que se le prive de su corbata, los cordones de sus zapatos y de cualquier cosa con la que pudiera estrangularse. No tengo la menor intención de ponerlo en práctica. Antes que humillarle, confío en su integridad. Monsieur Castang se encargará de que le lleven la comida. Yo mismo iré y explicaré el asunto a su familia, y usted podrá verles en privado. Uno u otro de nosotros, toma nota, Castang, no necesitamos a Fausta, se pondrá en contacto con el consulado y localizará al señor Brooke. El intérprete, Malinowski, tiene que ir al hotel esta tarde; dile que en lugar de eso vaya al Palacio de Justicia. Veré al juez y me encargaré de que le vea tan pronto como sea posible, y de que cualquier nota en la prensa sea lo más escueta y poco dramática posible.

»Puesto que ha hablado con tanta franqueza en este despacho, le voy a ser franco también. Como usted sabe, no hay fianza en las acusaciones de homicidio, pero la instrucción del caso no será larga. Podemos decir con certeza que tanto el juez de instrucción como la Audiencia de lo Criminal lo considerará desde el punto de vista más amplio y liberal, en ausencia, claro está, de cualquier argucia legal; espero que el señor Brooke... tenga el buen sentido de

comprenderlo.

El señor juez Armitage meditó sobre todo aquello pausadamente.

—No necesita preocuparse por ninguno de estos motivos, comisario, el último acto de mi carrera judicial será asegurarme de que se haga justicia.

—Bueno, hombre —Richard intentaba hacer un chiste—, no es el juicio a Oscar Wilde, ya sabe.

Por un momento pareció como si el juez no fuera a encontrarlo divertido, y luego su boca se agitó.

—Quizá, únicamente, su exilio.

Cuando Castang regresó, Richard acababa de telefonar al Palacio de Justicia y Fausta, sentada en la silla del juez, escribía a toda velocidad.

—¿Qué le pasó a Oscar Wilde?

—Pasó unos dos años en chirona y luego se fue a vivir a Dieppe —dijo la omnisciente Fausta.

—Bueno, hay muchísimos lugares peores. No es exactamente la isla del Diablo.

—Ojalá pudiera irme a vivir a Dieppe —dijo Richard colgando el teléfono—. Castang, es mejor que vayas a sacar a ese chico, Colin. El juez dice que no está «satisfecho del papel que ha representado ese joven», como si todo esto fuera terriblemente gracioso...

—Creo que hace algún tiempo que él dejó de encontrarlo todo divertido.

—Bien, todos tendrán que hacer penitencia en el despacho del juez y se les echará un rapapolvo. Esa Laetitia... si alguna vez alguien buscó meterse en líos...

—Y lo consiguió —dijo Fausta, a quien le gustaba poco Laetitia—. Pero ¿qué les ocurrió a los dos? ¿Cómo puede un hombre de su experiencia llegar a hacer algo tan estúpido? ¿Cuál es el diagnóstico?, quiero decir, ¿qué dirá el loquero?

—Anorexia nerviosa —dijo Richard frívolamente.

—No, no —dijo Fausta que hablaba en sentido literal—, eso es las jovencitas que no quieren comer y luego descubren que no pueden, y se consumen.

—Bien, ¿cuál es la frase que usa el curandero cuando ni él mismo tiene la menor idea?

—Pirexia, pirexia de origen desconocido. Significa simplemente

una fiebre.

Castang trabajó en ello durante un rápido almuerzo y las tareas administrativas de todo el día, pero no llegó mucho más lejos al final. Quizá Vera lo entendería, mejor que ninguno de ellos. ¿Coger fiebre?, todo el mundo coge fiebre, como había señalado Peggy Lee. Goltz había tenido fiebre.

Cuando un hombre de carácter y gran integridad cometía un crimen... bien, eso es un clásico. El hombre está trastornado. ¿Desconcertado? ¿Acabado?

¿Por qué uno pierde su integridad? ¿Una repentina repugnancia agobiante por un mundo que ha perdido la suya propia? Goltz, que tenía la ética de un armiño, fue un ciudadano respetable, respetuoso de las leyes a los ojos del mundo, hasta que el chantaje le obligó a matar a un *clochard*. Y, como diría el comisario Marchand, ¿qué importa si hay un *clochard* más o menos?

Dios mío, vivimos rodeados de criminales peores que ese. ¿Qué son los políticos? «Des gens à pisser dessus», como observó Napoleón refiriéndose a los miembros del Directorio.

¡Integridad! ¿La tiene Richard? ¿La tengo yo? Bien, la tenemos durante el día, y no la tenemos durante la noche, como había dicho monsieur Bianchi.

No basta con la integridad. El juez se comportó como un perfecto imbécil del principio al final. Sin experiencia de la vida. Eso es lo que trae el vivir esa existencia aislada, artificialmente perfeccionada.

¿Pero qué demonios es la experiencia de la vida? ¿Es lo que tenía Goltz?

¿Cuáles eran los pensamientos de Oscar Wilde mientras paseaba arriba y abajo por el paseo marítimo de Dieppe?

¿No había mucha diferencia, —¿no es así?— entre ser un juez condenado por asesinato, o ser condenado por sodomía? O exhibicionismo, según cómo se mire.

No obstante los tribunales franceses, el señor juez Armitage recobraría su integridad ocupándose de que se le hiciera justicia.

Ningún verdugo le iría a buscar, ningún mecaniquillo con su máquina. Los ingleses se sentían bastante orgullosos de su verdugo y su horca. ¡Era más artesano de esa manera! Pero incluso en los viejos tiempos, el Ministro del Interior hubiera firmado indultos sin

pensarlo, mientras le partía el pescuezo con mojigatería a una jovencita de dieciocho años sin un céntimo, que había matado a su bebé en un acto de desesperación.

Hoy en día no son tan hipócritas, al menos. Con la complicidad del señor Brooke, un tribunal francés apresuraría la instrucción del caso, y dictaminaría tres años (dos suspendidos). En total ocho meses, una agradable habitación limpia y ventilada, llena de libros de la biblioteca y sin malas compañías.

¿Y qué sacamos en limpio? Bien, quizá podamos llegar a un pequeño acuerdo con la integridad, retorciéndole el brazo al señor Thomas.

Hacia el final de un día de trabajo de la PJ, cansado y atareado, Castang se fue en el coche al pueblo, justo fuera de los límites de la ciudad, que había tentado al carnicero a incumplir las leyes municipales; en realidad, el juez no había hecho nada peor que dejar de comunicar una muerte a las autoridades de Tours... La brigada de la gendarmería local, que había sido tan eficiente en lo relativo al carnicero, su coche y su abuelita, podía ahora ocuparse de recuperar una manta de viaje, de excelente calidad y en buenas condiciones; ligeramente manchada...

Después de ocuparse de esto, se asomó un momento para charlar amistosamente con el señor Thomas.

—Deberías estar en el *Libro Guinness de los récords*. ¿Ha existido alguna vez un dueño de restaurante que tuviera, no uno sino dos coches con cadáveres en su aparcamiento?

—¡Chitón! No es divertido. De todas formas tengo que decir en tu favor: la prensa no mencionó nunca mi nombre. ¿Cuándo vais a venir tú y tu encantadora esposa a tomar esa cena que te prometí?

—Mañana —dijo Castang al instante.

—¡Oh! —exclamó un poco desconcertado ante esta insistencia—. Muy bien, pues, guardaré una mesa.

—Nos veremos entonces —dijo Castang, metiéndose en el coche con su paquete bien cogido (una manta de viaje, recuperada en la tintorería local).

Muy cansado, pero relativamente animado, consultó su reloj. No, hoy ya era demasiado tarde para ir a visitar a monsieur Bianchi. Tendría que ser mañana; el día se iba haciendo noche. Los policías se pondrían un cuello, camisa y corbata, y se comportarían como

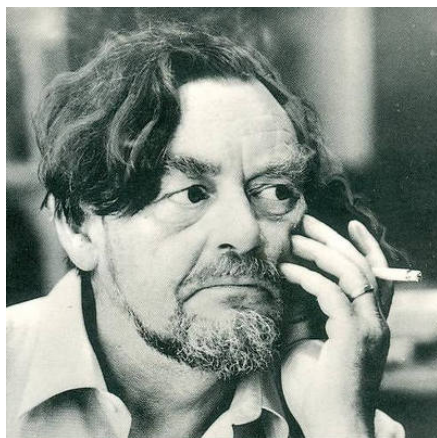
burgueses, atracándose en un restaurante de tres estrellas, como si fueran los amos; como los amos de la noche.

Entretanto, se producía una hermosa puesta de sol.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *FULGOR DE MUERTE*, Elmore Leonard
2. *CALIFORNIA ROLL*, Roger L. Simon
3. *NO APTO PARA MUJERES*, P. D. James.
4. *HERENCIA MALDITA*, Eric Ambler
5. *ASESINATO EN EL SAVOY*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *EL ANOCHECER*, David Goodis
7. *INOCENCIA SINGULAR*, Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *CONTRA EL MAÑANA*, William P. McGivern
9. *MUERTE EN EL DIQUE*, Janwillem Van de Wetering
10. *BLUES PARA CHARLIE DARWIN*, Nat Hentoff
11. *ASESINATO EN LA SINAGOGA*, Harry Kemelman
12. *LOS TERRORISTAS*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *JUGAR DURO*, Elmore Leonard
14. *RATEROS*, David Goodis
15. *VÍCTIMA SIN ROSTRO*, Janwillem Van de Wetering
16. *LOS AMOS DE LA NOCHE*, Nicholas Freeling
17. *AGENTE ESPECIAL*, Nat Hentoff
18. *LA HUIDA*, Charles Williams
19. *CHANTAJE MORTAL*, Elmore Leonard
20. *SIDRA SANGRIENTA*, Peter Lovesey
21. *EL ZAPATO HOLANDÉS*, Ellery Queen
22. *CAÍDA DE UN CÓMICO*, Roger L. Simon
23. *CRÍMENES INFANTILES*, B. M. Gill
24. *ABRACADÁVER*, Peter Lovesey
25. *¿POR QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*, Nicholas Freeling
26. *EL CLUB DEL CRIMEN*, B. M. Gill

27. *DESCENSO A LOS INFIERNOS*, David Goodis
28. *BAILE DE MÁSCARAS*, Anthony Berkeley
29. *EL VIENTO DEL NORTE*, Nicholas Freeling
30. *EL FALSO INSPECTOR DEW*, Peter Lovesey
31. *DETECTIVE EN JERUSALÉN*, Harry Kemelman
32. *LA CHICA DE CASSIDY*, David Goodis
33. *CAÍDA MORTAL*, B. M. Gill
34. *SECRETOS PELIGROSOS*, William P. McGivern
35. *CAMINO DEL MATADERO*, Ruth Rendell
36. *CUIDADO CON ESA MUJER*, David Goodis
37. *UN CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR QUEEN*, Ellery Queen
38. *ME MUERO POR CONOCERTE*, B. M. Gill
39. *SU ALTEZA Y EL JOCKEY*, Peter Lovesey
40. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS*, Anthony Berkeley
41. *ETERNA DESPEDIDA*, Ruth Rendell
42. *LA VIUDA*, Nicholas Freeling
43. *AMOR DE MADRE*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *MISTERIO PARA TRES DETECTIVES*, Leo Bruce
45. *EL JURADO NÚMERO DOCE*, B. M. Gill
46. *TRAPOS SUCIOS*, Roger L. Simon
47. *LOS CONDENADOS*, Malcolm Bosse
48. *CAUSAS NO NATURALES*, Thomas Noguchi
49. *ESTACIÓN TÉRMINO*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *ARRASTRADO POR EL VIENTO*, Janwillem Van de Wetering



NICOLAS FREELING (Londres, Reino Unido, 3.3.1927 - Mutzig, Francia, 20.7.2003). Se educó en Francia e Inglaterra. Hasta su muerte residió en Los Vosgos y confesaba sentirse más continental que británico. Sus obras, varias de ellas protagonizadas por el inspector Henri Castang, le han valido los más importantes premios concedidos a la literatura policíaca: la Daga de oro británica, el Gran Premio de la novela policíaca francés y el Edgar Allan Poe norteamericano. Se ha dicho de él que es el único autor del género que puede compararse a Simenon.